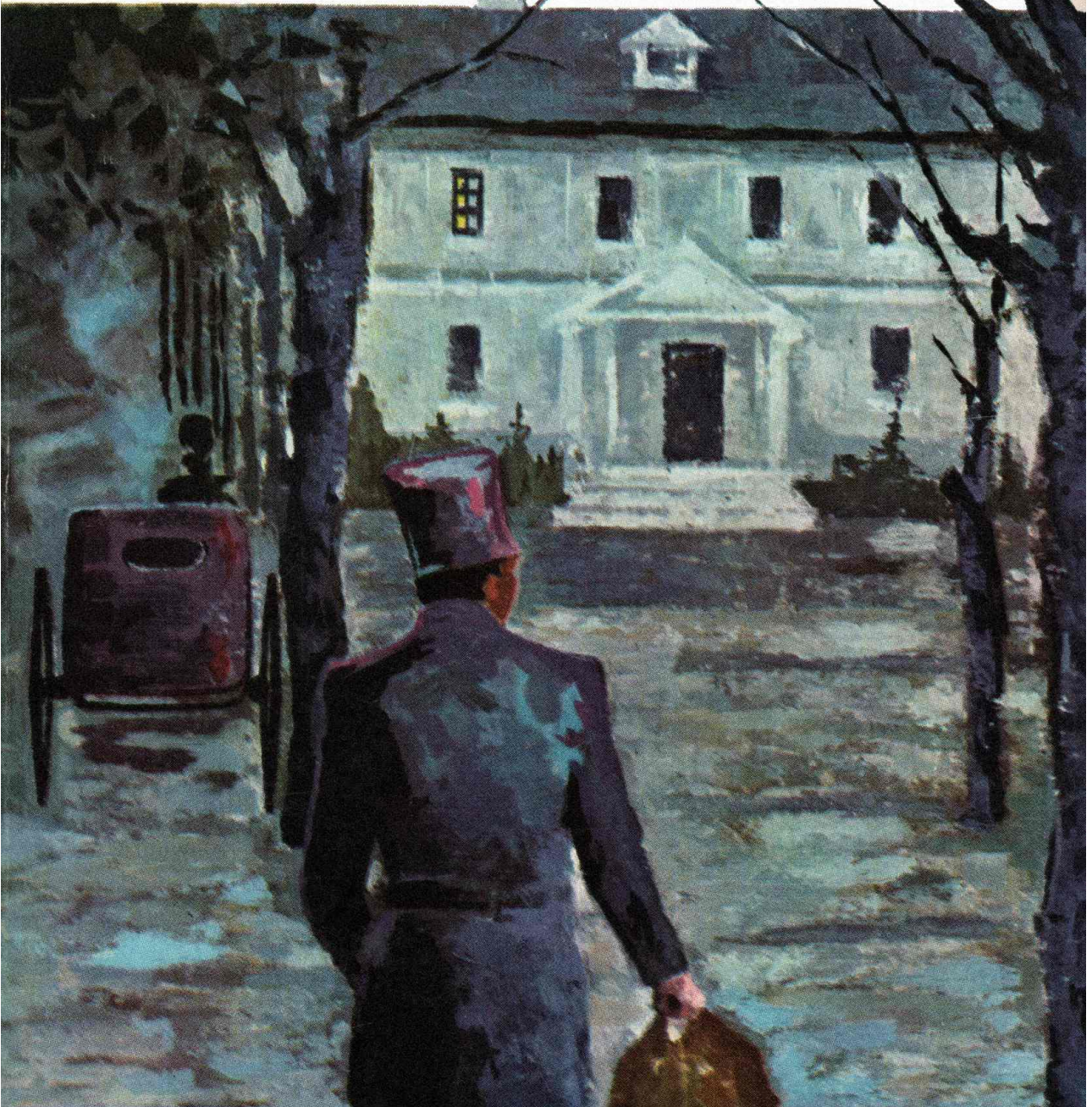


LA CASA SOLARIEGA



ENRIQUE SIENKIEWICZ

**LA CASA
SOLARIEGA**

biblioteca sopena

Enrique Sienkiewicz

LA CASA SOLARIEGA

(LA FAMILIA POLANIECKI)



EDITORIAL RAMON SOPENA, S. A.

Provenza, 95

Barcelona

Traducción:
Pedro Pedraza y Páez

Título original:
Rodzina Polanieckich

Versión íntegra.

Editorial Ramón Sopena, S. A.
Depósito Legal: B. 1.720-1960
Gráficas Ramón Sopena, S. A.
Provenza, 93 - Barcelona - 1966 (11.036)
Impreso en España - *Printed in Spain*

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Oriundo de lituanos fugitivos de su país a causa de la invasión rusa, el futuro gran novelista vio la luz en Wela Okrsejska (Polonia), en 1846, y durante toda su vida se sintió polaco de corazón. Tras seguir estudios de Leyes y Letras en la Universidad de Varsovia, empezó a darse a conocer como crítico desde muy joven (1869). Al año siguiente publicó su primera novela, En vano, y algo más adelante sus primeros cuentos: Nadie es profeta en su tierra (1872), Las dos voces (1873) y Hania. Hizo largos viajes, especialmente a América del Norte, lo cual le permitió colaborar en los periódicos de la capital polaca con relatos de sus impresiones, escritos en estilo epistolar.

Sigue viajando (África central, Inglaterra, Francia, Italia, España, Grecia) y da a conocer una serie de novelas largas (Juan el músico, Diario de un preceptor de Poznán, Bartek el vencedor), hasta que se encuentra a sí mismo en un aspecto del género que le habría de proporcionar popularidad mundial: la narración histórica. La trilogía A sangre y fuego (1884), El diluvio (1886) y Un héroe polaco (Pan Wlodyjowski) trata de las guerras de Polonia contra suecos, turcos y rusos en el siglo XVII. El vigor narrativo y la brillantez de estilo de Sienkiewicz, al servicio de un tema que sentía hondamente, conmovieron al público y a los críticos de su país. Y es que este autor poseía la especial virtud de saber situarse con maestría en el ambiente de épocas pretéritas, hasta el punto de que habría de ser una novela de la antigüedad romana, Quo Vadis...? la que le diera fama y estimación fuera de Polonia. La fuerza de las descripciones, el acabado de los caracteres, el interés de la acción y la belleza de la prosa motivaron una ininterrumpida serie de ediciones en todos los idiomas, que se ha prolongado a lo largo de los años. A un cuando Sienkiewicz acometió también otro tipo de novelas (La familia Polaniecki, por ejemplo, en la cual intenta una explicación de los defectos más arraigados en el alma eslava) nunca llegó en ellas a la altura de las citadas anteriormente.

En 1905 le era otorgado el premio Nobel, y once años más tarde fallecía en Vevey (Suiza), siendo sus últimas palabras reveladoras de su infatigable patriotismo:

«Hubiera querido vivir más, para tener la dicha de ver a Polonia libre».

I

Acababa de dar la una de la madrugada, cuando Polaniecki llegó al término de su viaje, a la hacienda de Kerzemien. En su niñez había ido allí con frecuencia. Su madre, una parienta lejana de la primera mujer del actual propietario de la finca, le llevaba allá dos veces al año, durante las ferias.

Polaniecki se esforzaba en reconocer los sitios por donde pasaba, pero no era posible. La noche, clareada por la luna, daba a las cosas un aspecto diferente. Sobre el follaje, sobre los prados, sobre los campos, sobre todo, se extendía una densa y blanca niebla que hacía semejar el paisaje a un mar sin límites. El croar de las ranas que salía de aquel mar de niebla, contribuía a hacer más verosímil la ilusión.

Era una hermosa y serena noche de junio. Apenas callaban las ranas, resonaba el melancólico canto de la codorniz, allá a lo lejos, en paludosos estanques ocultos, y entre los alisos resonaba, cual si saliera de las entrañas de la tierra, el lúgubre grito del búho.

El canto de aquella noche subyugaba a Polaniecki, y era mayor esta impresión por cuanto se hallaba en su patria, recién regresado del extranjero, donde había pasado su juventud y los primeros años de la edad viril, dedicado por completo al comercio. Mientras se aproximaba al pueblo, acudíale a la mente el recuerdo de su niñez, la imagen de su madre, fallecida cinco años atrás, y todos los pequeños cuidados de la juventud se le figuraban insignificantes comparados con los graves sentimientos del presente.

El coche llegó lentamente, recorriendo un arenoso camino, y por último se detuvo a la entrada de una umbrosa alameda en cuyo fondo destacaba un blanco edificio, con todas las ventanas iluminadas.

Al ruido del coche, un criado salió apresuradamente de la casa y, recogiendo el reducido equipaje de Polaniecki, le condujo al comedor, donde estaba preparado el té.

Nada había cambiado allí.

Una de las paredes estaba ocupada por un *buffet* de nogal y por un enorme reloj de péndulo provisto de grandes pesas; de la pared opuesta colgaban, con ridícula ostentación, dos retratos mal pintados de mujeres atrabiliariamente vestidas; en el centro de la sala estaba colocada la mesa, cubierta con blanco mantel y rodeada de viejos sillones de elevados espaldares.

Polaniecki dio algunos pasos por la estancia, pero el ruido de sus propios zapatos en medio de aquel profundo silencio le distrajo; acercóse, pues, a la ventana y se puso a contemplar el patio iluminado por la luna.

Al cabo de breves instantes abrióse lentamente la puerta de la habitación inmediata y una joven penetró en el comedor. Polaniecki creyó reconocer en ella a la hija de la segunda mujer del dueño de la finca.

A su aparición separóse él de la ventana y se acercó a la mesa inclinándose y pronunciando su propio nombre.

La joven le tendió ambas manos y dijo:

—Hemos recibido el telegrama en que nos anunciaba usted su llegada; pero mi padre está algo indispuerto y ha tenido que acostarse. Tendrá mucho gusto en saludarle mañana temprano.

—Siento mucho haberles molestado en hora tan intempestiva —contestó Polaniecki—; he llegado a Ezerniov en el tren de las once.

—Y de Ezerniov aquí hay dos largas millas de camino. Mi padre me ha dicho que no es ésta la primera vez que viene usted a Kerzemien.

—Sí, venía a menudo con mi madre. En aquella época usted no había nacido todavía.

—¿Es usted pariente de mi padre?

—La primera esposa del señor Plavicki era parienta mía algo lejana.

—Mi padre me habla de usted con frecuencia —repuso la joven, mientras servía el té resguardándose con la mano derecha del vapor que se desprendía de la tetera.

Decayó la conversión y únicamente se oía el rítmico tic-tac del reloj.

Polaniecki, a quien todas las mujeres jóvenes y bellas interesaban, examinaba atentamente a la señorita Plavicki.

Esta era de mediana estatura, bastante desarrollada; tenía el cabello negro, dulces y expresivas facciones, la tez algo curtida por el sol, ojos azules, bien delineada la boca, si bien con cierto aire sarcástico, produciendo el conjunto la impresión de un ser dulce y delicado.

Polaniecki, a quien la muchacha no le parecía fea, pero que no la hallaba hermosa por completo, pensaba para sus adentros que, a juzgar por su aspecto, tenía que ser buena y cariñosa, y que, bajo un exterior algo frío, podía ocultar las bellas dotes que distinguen a las jóvenes educadas en el campo.

A pesar de ser aún joven, sabía por experiencia que las mujeres, conocidas de cerca, ganan siempre, mientras que los hombres sólo pueden salir perdiendo. Y sobre todo sabía que la señorita Plavicki estaba dotada de una actividad poco común. Tenía ella a su cuidado no tan sólo los asuntos domésticos, sino lo concerniente a la administración de la finca, que, por lo demás, estaba próxima a la ruina, y que, a pesar de ser ella sola quien llevara las molestias y las cargas propias de tales cuidados, no por eso dejaba de aparecer tranquila y serena.

De pronto se le ocurrió que la joven estaba fatigada y que necesitaba descansar. Leíase en sus ojos la dificultad con que luchaba contra el sueño.

Indudablemente habría sido para ella más favorable el examen, si la conversación no se hubiera llevado tan penosamente. Lo cual en parte tenía su explicación, considerando que era la primera vez que se hallaban juntos, y el embarazo que debía experimentar ella al tener que recibir sola y a tales horas un forastero. Además, ella sabía perfectamente que Polaniecki había ido no para hacer una visita, sino para reclamar un crédito que tenía contra la familia.

En época muy remota la madre de Polaniecki había prestado al señor Plavicki veinte mil rublos, garantizados por hipoteca de la finca, y el hijo venía ahora a reclamárselos por dos razones: primera, porque no se pagaban los réditos, y segunda, porque estaba interesado en una casa de comercio de Varsovia, y como se hallase empeñado en varios negocios, tenía necesidad absoluta de capital disponible.

Antes de ponerse en camino, se había propuesto no conceder prórroga alguna e insistir en que se le pagase todo en seguida.

Este era su sistema en semejantes ocasiones, por más que su carácter nada tenía de duro ni de inflexible.

Mientras examinaba a la joven, a pesar de que ésta le inspiraba simpatía, decíase para sus adentros:

—Es bonita y muy buena, pero tendrá que pagar.

A los pocos instantes dijo, dirigiéndose a la señorita Plavicki:

—He oído decir que está usted siempre atareada. ¿Le gusta mucho el campo?

—Tengo mucho cariño a Kerzemien —contestó ella.

—También yo de niño le había tomado cariño, más ahora no quisiera verme mezclado en nada, porque debe ser una administración muy difícil.

—¡Muy difícil, difícilísima! Francamente, nosotros hacemos todo lo que está a nuestro alcance.

—Lo cual quiere decir que trabaja usted más de lo que sus fuerzas permiten.

—Ayudo a mi padre que está enfermo muy a menudo.

—Yo entiendo de todo menos de esto; mas por lo que veo y oigo decir, no hay gran cosa que ganar en la industria agrícola.

—Nosotros confiamos en la Providencia.

—Eso es una cosa muy bonita y muy buena, pero a los acreedores no se les puede enviar a la Providencia.

Un vivo rubor inundó el rostro de la señorita Plavicki, y una pausa embarazosa siguió a estas palabras.

—Permítame usted que le dé a conocer el objeto de mi visita —observó Polaniecki.

La joven fijó en él una mirada que a las claras quería decir:

—Acaba usted de llegar y es muy tarde ya; el cansancio no me permite casi tenerme en pie, y aunque sólo fuese por un resto de atención debiera usted haber evitado hablarme de semejante cosa.

Pero se limitó a decir:

—Conozco el objeto de su visita, pero creo que es mejor que hable usted de eso con mi padre.

—Está bien: dispense usted —respondió Polaniecki.

—Yo soy quien tengo que suplicarle me dispense. Cada cual tiene derecho a pedir lo que se le debe; pero hoy es sábado y los sábados se tiene mucho más trabajo que los otros días. Y en estas ocasiones... ya comprenderá usted... a veces, cuando vienen los judíos, yo despacho sola los asuntos con ellos... Pero con usted... Prefiero que hable con mi padre. Créame usted, será mucho mejor para uno y para otro.

—Pues hasta mañana —repuso Polaniecki, sintiéndose con menos valor para proseguir, y a pesar de que, en cuestión de dinero, hubiese preferido que se le tratase como a judío.

—¿Quiere usted otra taza de té?

—No, gracias. Buenas noches.

Así diciendo se puso en pie y tendió la mano a la joven, quien le alargó la suya, pero con mucha menos cordialidad que la primera vez, y de tal suerte que él apenas le pudo tocar las puntas de los dedos.

—El criado le enseñará a usted su cuarto— dijo la joven antes de alejarse.

Cuando se encontró solo, Polaniecki se sintió malhumorado contra sí mismo.

Su conciencia le reprochaba el no haber obrado tal como se había propuesto, en vez de dejarse llevar de un sentimiento de compasión hacia la fatigada niña.

No dejaba de contribuir también la señorita Plavicki a su mal humor; irritábale porque la muchacha le había gustado.

Experimentó la misma sensación que le invadió a la vista del melancólico paisaje iluminado por la luna.

Sus modales y su persona toda le eran simpáticos, hallaba en ella algo que no había observado jamás en mujer alguna y que le impresionaba fuertemente, con una impresión muy superior a cuantas había experimentado hasta entonces.

Empero se avergonzó de sus propios sentimientos, y se juró proceder al siguiente día con un rigor inexorable.

Pero mientras interiormente se felicitaba por la resolución que acababa de tomar, maldecía el destino que le había enviado a Kerzemien con el carácter de acreedor; y por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, éste se alejaba de sus ojos.

El gallo entonó su primer canto matinal, y los primeros pálidos rayos del alba iluminaron con su lánguida luz los cristales de su ventana, sin que él hubiese conseguido alejar de su mente la melancólica imagen de aquella joven.

II

Era ya muy entrado el día cuando fue a despertarle el criado, invitándole a que bajara a desayunarse.

Polaniecki le preguntó si no había costumbre de tomar el desayuno juntos en el comedor.

—No —contestó el criado—; la señorita se levanta temprano y el señor duerme hasta muy tarde.

—¿Se ha levantado ya tu joven ama?

—La señorita ha ido a misa.

—¡Ah, sí! es verdad; hoy es domingo. ¿No va con su padre?

—No. El amo va a la misa mayor, y luego hace una visita al párroco; por eso la señorita prefiere asistir a la primera misa.

—¿Qué hacen tus amos el domingo?

—No se mueven de casa. Después de comer viene el señor Gatoski.

Polaniecki conocía desde niño a este Gatoski, a quien se daba el apodo del Oso por ser grueso, rudo, tonto y regañón; pero el criado le advirtió que éste era el padre del señor Gatoski, y que había muerto hacía ya cinco años.

—¿Viene todos los domingos? —preguntó Polaniecki.

—A veces viene también los días laborables por la tarde.

—Un rival —pensó Polaniecki.

Y tras breve pausa preguntó:

—¿Se ha levantado ya tu amo?

—El señor debe haber llamado, porque José está en su habitación.

—¿Quién es ese José?

—El ayuda de cámara.

—Entonces, ¿qué eres tú?

—El segundo ayuda de cámara.

—Pues bien; ve a preguntar al señor Plavicki si me puede recibir.

Alejóse el criado y volvió a los pocos instantes.

—El señor me encarga le diga a usted que en cuanto se haya acabado de vestir se pondrá a su disposición.

—Está bien.

Salió el criado y Polaniecki quedó solo.

Aguardó largo rato y, perdiendo, al fin, la paciencia, disponíase a bajar al jardín, cuando vino José a anunciarle que su amo le esperaba.

Polaniecki le siguió por una larga alameda hasta otra habitación situada al extremo opuesto de la casa.

De momento no reconoció al señor Plavicki. Recordaba a un hombre joven y extraordinariamente guapo; y ahora hallábase en presencia de un viejo arrugado y con el bigote teñido y cuidadosamente peinado.

El viejo abrió los brazos y exclamó:

—¡Estanislao! ¿Qué tal vamos, mi querido muchacho? ¡Ven acá!

Y rodeando a Polaniecki con los brazos, lo estrechó contra su pecho.

Transcurrieron algunos minutos antes de que el señor Plavicki se decidiese a librar a Polaniecki de su abrazo.

Al fin le dijo con acento conmovido:

—Deja que te contemple. ¡Eres el retrato de Ana! ¡Mi pobre y adorada Ana!

Esto diciendo; se puso a sollozar, pasándose las manos por los ojos, en los cuales, sin embargo, no se percibía señal alguna de lágrimas, y luego prosiguió:

—El verdadero retrato de Ana... tu madre es la parienta a quien he profesado más cariño.

Polaniecki se hallaba en un verdadero apuro. Nunca se hubiera esperado una acogida semejante. Además le aturdió el olor de pomadas, polvos y otros perfumes que se desprendía del rostro, del bigote, de los cabellos y de todo el traje del señor Plavicki.

—¿Y usted, querido tío, cómo sigue? —preguntó por último, resolviéndose a emplear una frase que le era habitual en su niñez, y tratando de dar a aquélla el tono festivo propio de quien al fin vuelve a ver una persona querida, después de una larga separación.

—¿Cómo sigo? —repitió el señor Plavicki—. ¡Esto no puede durar mucho tiempo; me voy acercando al fin de la vida! Precisamente me alegro de que hayas venido a esta casa... Y si la bendición del individuo más viejo de la familia, para quien pronto se abrirá la tumba, tiene algún valor, yo te la doy.

Al decir esto abrazó de nuevo a Polaniecki, lo besó y lo bendijo. Este se hallaba como sobre ascuas. En sus facciones se dejaba adivinar fácilmente el esfuerzo que hacía para contenerse. Realmente su madre estaba emparentada con la primera mujer del señor Plavicki, pero no la ligaban a ella los lazos de un

verdadero cariño, por cuya razón aquellas manifestaciones de amistad no le impresionaban en modo alguno, antes por el contrario, lo fastidiaban. Él mismo tampoco experimentaba ni el más mínimo afecto hacia el señor Plavicki, y pensaba para sus adentros:

—Este insulso individuo me bendice en vez de hablarme de mi crédito.

Apoderóse de él la cólera y de nuevo se juró que sabría hacerse pagar en el acto. Entretanto, el señor Plavicki exclamó:

—Siéntate, querido joven; aquí se te considera como si estuvieras en tu propia casa.

Polaniecki comenzó en seguida el ataque:

—Querido tío, no tengo necesidad de asegurar a usted que experimento un verdadero placer en haber venido a verle aquí, y que lo habría hecho también si no hubiera de por medio cierto asunto. Ya sabe usted que el dinero que mi madre...

De pronto el señor Polaniecki apoyó las manos en sus hombros y preguntó:

—Oye, ¿has tomado café?

—Sí —contestó Polaniecki un poco desconcertado.

—Marina ha ido a misa. Debo suplicarte que me dispenses si no he destinado para ti esta habitación; pero estoy tan acostumbrado a dormir en ella... es mi nido.

Mientras hablaba, dirigía la mirada en torno suyo.

Polaniecki siguió involuntariamente aquella mirada.

En otro tiempo aquella habitación había ejercido sobre él un singular atractivo, porque en ella estaban colocadas las armas del señor Plavicki. En cambio ahora no había otra cosa que un tapiz nuevo de color de rosa, dividido en varios cuadros, y en el cual se veían representadas varias jóvenes pastorcillas vestidas a lo Watteau. Debajo de la ventana estaba colocado un pequeño tocador de mármol blanco con espejo encuadrado en un marco de plata y atestado de potes, cajitas, frascos, cepillos, peines, pinceles, etc. A un lado, en un ángulo de la habitación, un estante lleno de pipas; en una de las paredes, encima del sofá, destacábanse algunas cabezas de jabalí, debajo de las cuales estaban colgados dos fusiles, zurrones, un cuerno y otros objetos de caza; la pared opuesta estaba ocupada por un escritorio. En una palabra, era el cuarto de un señor viejo, del perfecto egoísta cuidadoso de su propia persona.

No tuvo que esforzarse Polaniecki para comprender que por nada en el mundo habría el señor Plavicki cedido su habitación.

El hospitalario señor continuó:

—Creo, sin embargo, que en el aposento que te he destinado habrás hallado comodidades. ¿Qué tal has pasado la noche?... Di, ¿supongo que serás nuestro huésped por una semana cuando menos?

Polaniecki, impaciente, se puso en pie y contestó:

—Hágase usted cargo, tío, de que yo tengo abierto mi despacho en Varsovia y que durante mi ausencia mi socio se ve precisado a trabajar por dos. Debo partir lo más pronto posible y terminar en todo el día de hoy el asunto que me ha traído aquí.

—No, hijo mío, no puede ser. Hoy es domingo: hoy eres el sobrino que ha venido a hacer una visita al tío; mañana serás acreedor. Tienes que someterte. Todos los asuntos se aplazan para mañana. Tienes que consentir, Estanislao, es tu deber. Te lo pide el viejo pariente que te quiere, y que hasta tiene el derecho de exigir de ti un poco de cariño.

Polaniecki, cuyo rostro estaba cada vez más sombrío, contestó, después de una breve pausa:

—Aplacemos, pues, los negocios para mañana.

—Así es como debe hablar el hijo de Ana... ¿Fumas la pipa?

—No. No fumo más que cigarrillos.

—Haces mal, créeme, pero también tengo cigarrillos para mis huéspedes.

El ruido de un coche que se detenía frente a la puerta vino a interrumpir aquel diálogo.

—Es Marina que vuelve de la iglesia —dijo el señor Plavicki.

Polaniecki se asomó a la ventana. La joven, que en aquel momento se apeaba del carruaje, iba vestida de color de rosa, y llevaba un sombrero de paja.

—¿Conoces ya a mi hija? —preguntó Plavicki.

—Tuve el gusto de saludarla y hablar con ella anoche.

—¡Una buena muchacha! Es inútil que te diga que sólo por ella vivo.

En aquel momento llamaron a la puerta y una vocecita fresca preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Desde luego. Estanislao está aquí —respondió el señor Plavicki.

Marina entró con viveza en la habitación, corrió a abrazar a su padre y tendió una mano a Polaniecki.

Con un traje de percal rosa y llevando el sombrero colgado del brazo, aparecía verdaderamente encantadora. Hubiérase dicho que con ella acababa de entrar la fresca luz de la mañana, el festivo aire del domingo. Con el cabello ligeramente descompuesto, vivaces los ojos y coloreadas las mejillas, parecía la personificación de la juventud, y produjo a Polaniecki impresión todavía más favorable que la de la noche anterior.

—La misa mayor se celebrará un poco más tarde de lo acostumbrado —empezó a decir dirigiéndose a su padre—. El párroco ha tenido que ir, inmediatamente, a llevar al *Molino* el Viático a la señora Sintkavoski, que se halla muy grave.

—Mejor—respondió Plavicki—. Así podré hacer más rato de compañía a mi Estanislao. Te digo que es el verdadero retrato de Ana; si la hubieses conocido convendrías conmigo en que es así. Y además te participo, Marina, que hoy es nuestro huésped como pariente y como amigo. Mañana, si le place... será nuestro acreedor.

—Siendo así —observó la niña—, podremos pasar un buen domingo.

—Anoche —interrumpió Polaniecki, sólo por terciar en la conversación—, me olvidé de transmitirle recuerdos de la señora Emilia Evatovski.

—Hace algunos años que no la veo, pero nos escribimos con frecuencia. ¿Ha marchado a Reinchenhall con la pequeña?

—Estaba haciendo los preparativos de viaje.

—¿Cómo está la niña?

—Demasiado crecida para su edad. Está muy anémica y en conjunto es una chiquilla débil y enfermiza.

—¿La visita usted a menudo?

—Sí, mucho; es una de mis relaciones de Varsovia que más estimo.

—Dime, muchacho —intervino el señor Plavicki mientras se metía en el bolsillo del chaleco un par de guantes nuevos—, ¿a qué te dedicas en Varsovia?

—He formado sociedad con un tal Bigiel y negociamos en granos, azúcares y alguna que otra vez en madera; en una palabra, en todo lo que se presenta.

—Yo creía que eras ingeniero.

—Y lo soy; pero desde que volví del extranjero; como no pudiera hallar un destino conveniente, me dedique al comercio, para el cual siempre he tenido ciertas disposiciones.

—Vivimos en unos tiempos en que no es lícito avergonzarse de tener una ocupación, sea ésta la que fuere —observó con cierta dignidad el señor Plavicki—. No estamos obligados ya a seguir las viejas tradiciones de familia. Además, el trabajo no resulta en desdoro de nadie.

Polaniecki, que al entrar la joven había recobrado su jovialidad habitual, rióse cordialmente de la salida del anciano, dejando ver doble hilera de dientes blancos y sanos.

Marina se sonrió también y dijo:

—Emilia me dice, con frecuencia, en sus cartas, que trata usted los negocios con mucho tino y provecho.

—La señora Emilia entiende tanto de negocios como su hija Litka.

—Lo creo; nunca ha sido una mujer práctica. Si ha salvado su hacienda debe agradecerlo a su cuñada y al señor Teófilo, que quiere mucho a la pequeñuela.

—¿Quién sería capaz de no amar a Litka? Yo mismo la profeso un profundo afecto. Es una niña encantadora que se conquista irresistiblemente los corazones.

Mientras le escuchaba, Marina contemplaba con aire pensativo su rostro franco y abierto, y pensaba:

—Debe ser impulsivo y violento, pero tiene buen corazón.

El señor Plavicki advirtió que era hora de ir a misa.

Despidióse de su hija como si debiera estar ausente un mes, y por último trazó sobre la frente de ella la señal de la cruz y tomó el sombrero.

Marina estrechó cordialmente la mano de Polaniecki, el cual, mientras acompañaba al viejo iba pensando:

—Es muy bonita y muy simpática.

Cuando hubo salido de la alameda, el coche dio la vuelta por un camino flanqueado de añosos árboles, colocados a distancias desiguales, y entre cuyas ramas volaban las urracas y las abubillas.

A lo lejos, en los sinuosos senderos que cruzaban los campos cubiertos de espigas de granos amarillentos ya, caminaban las jóvenes aldeanas de las cuales, a causa de la altura de las mieses, sólo se alcanzaba a ver las cabezas tocadas con pañuelos encarnados que semejabán enormes amapolas en flor.

—La cosecha promete —observó Polaniecki.

—No está mal —repuso el anciano—. Tú, amigo mío, eres joven y, por consiguiente, te puedo dar un consejo que te sería muy útil para el porvenir. Cumple siempre tus deberes y lo demás déjalo al cuidado de Dios. Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Este año la cosecha será abundante; yo lo había pronosticado ya, porque cuando Dios me quiere castigar me envía siempre una señal.

—¿Cuál? —preguntó el joven, asombrado.

—Cada vez que me amenaza alguna desgracia, de debajo del estante de las pipas (creo que has reparado en él) sale durante varios días un ratón que corre por el tapiz.

—Habrá algún agujero en la pared.

—No —exclamó el viejo entornando los ojos y sacudiendo misteriosamente la cabeza.

—Encierre usted el gato en su habitación.

—¡Jamás! Si tal es la voluntad de Dios, yo debo respetarla. Este año no ha aparecido ratón alguno. Quizá Dios, con esta señal, quiere advertirme que vela sobre mi familia. Escucha, querido, yo sé que la gente habla de nosotros y cree que estamos arruinados o cuando menos abocados a la ruina. Tú mismo vas a juzgar. Kerzemien, junto con los predios de Stocki, Magierow y Sakacin tiene un área de unas doscientas veinticinco hectáreas. Sobre ellas hay cerca de ciento treinta y cinco mil rublos de débitos hipotecados, incluso el tuyo. Ahora calcula tres mil rublos por hectárea, que forman seiscientos setenta y cinco mil rublos, en total ochocientos mil rublos.

—¡Cómo! —interrumpió vivamente Polaniecki—. Pero, tío, usted suma los créditos con los débitos.

—¡Naturalmente! si la finca no tuviera valor, nadie me daría un céntimo, y, de consiguiente, tengo que agregar los débitos al valor de la finca.

Mientras Polaniecki pensaba que aquel hombre estaba loco y que era inútil discutir con él, Plavicki continuó:

—Magierow lo quiero dividir en lotes y vender el molino. En Stocki y en Sakacin hay gran riqueza de marga. ¿Sabes cuánto vale? Dos millones de rublos.

—¿Ha encontrado usted comprador?

—Dos años atrás vino a verla y a buscar muestra un tal Scaum. Verdad es que no me habló de comprarla, pero estoy seguro de que volverá. Por otra parte, el ratón no se me ha vuelto a aparecer desde aquel entonces, y esto aumenta mi confianza.

—Es probable que vuelva.

—¿Sabes lo que pienso? Ya que tú estás metido en los negocios, podrías encargarte de eso. Naturalmente, tendrías tu comisión.

—No tengo ni tiempo ni medios.

—Búscame otro comprador. Te abonaré el diez por ciento de la ganancia.

—¿Qué piensa de eso su hija de usted?

—Marina es una niña que vale tanto oro como pesa; es de mi opinión; confía en la Providencia.

Entretanto habían llegado frente a la pequeña iglesia de Valoré. A la sombra de los árboles veíanse los vehículos de los fieles. El señor Plavicki se santiguó.

—Ésta es nuestra iglesia —dijo—. Tú deberías acordarte de ella. Aquí han sido enterrados todos los Plavicki y creo que no tardaré en serlo también yo. No existe otro sitio tan adecuado como éste para rezar.

—Supongo que la iglesia estará atestada de fieles —dijo Polaniecki.

—Veo el carruaje de Gatoski, el de Jamiz y de muchos otros; ¿te acuerdas de la familia Jamiz? Ella es una mujer extraordinaria; él, en apariencia, un excelente administrador y un buen consejero; pero en realidad un mentecato que de nada entiende. Después de la misa, te conduciré a la tumba de mi primera esposa; ruega por ella, ha sido parienta tuya. Era una mujer como hay pocas. ¡Que Dios la tenga en su santa gloria!

Para no verse obligados a pasar por entre la multitud, entraron en la iglesia por la sacristía. Las mujeres estaban sentadas en los bancos colocados a ambos lados del coro. El señor Plavicki tomó asiento junto con Polaniecki al lado de los señores Jamiz.

El marido era un viejo cuyo rostro inteligente denunciaba un oculto pesar; la mujer contaba unos cincuenta años, pero llevaba, como Marina, vestido claro y sombrero de paja.

La manera como el señor Plavicki la saludó, la amigable sonrisa que cambió con ella, podían dar lugar a creer que existían entre los dos relaciones muy estrechas. La presencia de Polaniecki despertó desde luego la curiosidad de la señora, que le examinó un instante a través de su lente, pero sin poder adivinar quién era el compañero del señor Plavicki.

Al entrar en la iglesia despertáronse en Polaniecki los recuerdos de la infancia.

En ella nada había cambiado.

Al exterior *y* frente a una de las ventanas, elevábase aún la misma encina cuyas oscuras ramas, agitadas por el viento, chocaban contra los vidrios. La luz, pasando a través del follaje, llenaba la nave de una claridad verdosa.

Polaniecki, cuya mente estaba incesantemente ocupada por los recuerdos de otros tiempos, comenzó a pensar, con una asociación natural de ideas, en lo fugaz de la vida y a preocuparse por no tener a quién transmitir todo lo mejor que existía en él. De repente, se le apareció como en sueños la graciosa figura de Marina con su ligero traje de verano, ajustado en torno de su flexible talle.

Antes de que él partiera de Varsovia, la señora Evatovski le había dicho:

—Si no vuelve usted de Kerzemien enamorado de Marina, le prohíbo pisar nuevamente los umbrales de mi casa.

Él había sostenido que el único objeto de su viaje era el cobro de su crédito, lo cual no impidió que partiera llevando aquella idea en la imaginación. Si no hubiese tenido la esperanza de hallar a Marina, tal vez no se habría movido y para hacer efectivo su crédito habría abrumado de cartas al padre, recurriendo, si llegaba el caso, a una citación.

—Es hermosa como un día de mayo —pensaba—, y ella lo sabe.

Estaba deseando con impaciencia que terminase la misa y tenía prisa por volver a la finca con objeto de proseguir el estudio que se había propuesto hacer sobre las mujeres.

En cuanto terminaron los divinos oficios, el señor Plavicki se persignó de nuevo y salió apresuradamente de la iglesia, seguido de Polaniecki. Dos cosas llevaba en su imaginación; en primer lugar, debía ir a rezar ante la tumba de sus dos difuntas esposas; luego deseaba acompañar a la señora Jamiz hasta su coche. Y como no quería renunciar a ninguna de estas dos cosas, menester era que se diese prisa.

Trasladóse, pues, con su huésped al cementerio, situado a uno de los costados de la iglesia, se arrodilló por algunos minutos, rezando devotamente, enjugóse luego los ojos humedecidos por las lágrimas y tomando del brazo a Polaniecki exclamó:

—Las he perdido a las dos y aun tengo que vivir.

Frente a la iglesia se encontraron con los señores Jamiz y el joven Gatoski.

El señor Plavicki presentó a Polaniecki y volviéndose luego a la señora y sonriéndose como quien está convencido de decir una agudeza lo presentó en estos términos:

—Un pariente que ha venido para abrazarme... y para estrujarme.

—Nosotros no permitiremos más que lo primero—repuso la señora Jamiz—; de lo contrario, tendrá que habérselas con nosotros.

—En Kerzemien (*pedra*) —prosiguió Plavicki— puede romperse los dientes, aunque sea joven y robusto.

—¡*C'est inoui* tanta gracia! —repuso la señora—. ¿Cómo está usted hoy?

—En este instante me siento sano y fuerte.

—¿Y Marina?

—Ha venido a la primera misa. A las cinco les aguardamos a todos. El tiempo es excelente.

—Veremos si mi neuralgia me lo permite... Y si consentirá mi señor marido.

—¿Qué dice usted a eso, vecino? —preguntó Plavicki dirigiéndose al señor Jamiz.

—Yo consiento con mucho gusto —respondió el interrogado con la voz cavernosa que le era habitual.

—Entonces, *au revoir*.

—*Au revoir* —repitió la señora Jamiz.

Volviéndose luego a Polaniecki, le tendió la mano diciendo:

—He tenido una verdadera satisfacción en conocerle.

El señor Plavicki le ofreció el brazo y la acompañó hasta el carruaje.

Polaniecki quedó por unos instantes solo con Gatoski, que lo miraba con aire de mal humor. Del Oso había nacido un robusto mancebo. Polaniecki aguardaba que le dirigiese la palabra; pero éste permanecía inmóvil con las manos metidas en los bolsillos y sin despegar los labios.

—Es hijo de su padre —pensaba Polaniecki—. No es un oso pero sí un *osezno*.

—Tienes que servirte de tu carruaje, mi querido Gatoski —le dijo el señor Plavicki, que acababa de reunirse con ellos—; en el mío no hay sitio más que para dos.

—A la fuerza —respondió el joven—; casualmente traigo conmigo el perro de la señorita Marina.

Y se alejó inclinando ligeramente la cabeza.

Pocos momentos después emprendían el regreso a Kerzemien.

—¿Ese Gatoski es pariente de usted? —preguntó Polaniecki.

—En noveno o décimo grado; esa familia ha decaído. Adolfo tiene una quinta, pero no posee un cuarto.

—Debe de estar enamorado.

El viejo hizo un gesto de desdén.

—Tanto peor para él si se enzarza en sueños de amor. Es un buen muchacho, pero un simplón. Su educación es muy deficiente. Marina soporta su compañía.

—¡Ah! lo soporta...

—Mira cómo van las cosas. En el campo estamos sacrificados. Aquí la vida es muy monótona y escasea la juventud. El pobre Gatoski nos distrae algo. Ahora lleva un perro para Marina.

Mientras el coche seguía por el arenoso camino permanecieron ambos en silencio.

Detrás de ellos venía Gatoski en su calesa. Iba pensando en Polaniecki.

—Si ha venido como acreedor e insiste en querer que se le pague, le tuerzo el cuello —decía para sí—. Y si viene como enamorado, se lo retuerzo doblemente.

Cerca de una hora después halláronse reunidos en torno de la mesa en el espacioso comedor.

El perrito llevado por Gatoski, que fue objeto primordial de la atención y de la conversación general, daba saltos alrededor de la mesa, poniendo, a veces, familiarmente las patas delanteras sobre las rodillas de los comensales.

—¡Es un sabueso que responde al nombre de *Cordón!* —creyó deber hacer notar el señor Gatoski—; aun cuando éste es muy torpe todavía, su raza se distingue por el inmenso cariño a su amo.

—Es muy gracioso y le quedo a usted muy agradecida —contestó la señorita Plavicki.

—Además, son excelentes para la caza.

—¿Es usted aficionado a la caza? —preguntóle Polaniecki.

—No; nunca me ha dado por ahí. ¿Y usted?

—Alguna vez; pero, como vivo en la ciudad...

—¿Tienes muchas amistades? —le preguntó el señor Plavicki.

—Casi ninguna. Fuera de la señora Emilia y mi socio y mi antiguo maestro Vaskovski, un tipo muy original, no tengo otras. Pero trato a mucha gente con motivo de mis negocios.

—Haces mal, hijo mío. Un joven como tú debería alternar con la buena sociedad. Un Polaniecki sería bien acogido en todos los salones. A Marina le tengo que reprochar también lo mismo. Dos años atrás, con ocasión de su cumpleaños, la llevé, durante el invierno, a Varsovia. Ya te harás cargo de que esto me costó no pocos sacrificios. Pues bien, se pasaba todo el tiempo leyendo libros en casa de su amiga Emilia. Ha sido, educada como una pequeña salvaje, y no hay esperanzas de que cambie. Tú y mi hija os podéis dar la mano, parecéis cortados por el mismo patrón.

—Démonos pues la mano —exclamó Polaniecki en tono jovial.

Pero Marina contestó sonriéndose:

—En rigor, no puede ser, porque lo que mi padre dice es algo exagerado. Cierto que leí mucho en compañía de Emilia, pero también lo es que hice varias visitas con él, y luego bailé tanto que hubo para que quedara satisfecha y cansada por todo el resto de mi vida.

—Oye, Estanislao, ¿conoces a Bukacki?

—¡Claro está que sí! es tan pariente de usted como mío.

—Es verdad; nosotros estamos emparentados con medio inundo. Bukacki era la pareja insustituible de Marina: bailaba toda la noche con ella.

Polaniecki se sonrió.

—Es el viejo más elegante de Varsovia: un ente original de la más buena pasta del mundo. Cierta día le encontré y, sabiendo que había regresado de Venecia, le pregunté qué había visto de nuevo allí, y me contestó: «En la ribera de los Schiavoni vi cierto día media cáscara de huevo y media corteza de limón que nadaban; se movían, se empujaban y se alejaban; finalmente, la corteza cayó dentro de la cáscara y continuaron flotando juntas». ¿No parece que se necesita fuerza de voluntad y excesiva dosis de cachaza para entretenerse en ver eso? Pues bien, Bukacki se ocupa siempre de estas tonterías; y es una lástima, porque se trata de un hombre que tiene talento y que posee un verdadero gusto de artista.

—Se dice que es muy rico.

—Puede ser que lo sea; por lo demás no piensa más que en comer y beber. Menos mal si a lo menos fuese un hombre alegre; pero, por el contrario, está siempre más triste que un funeral. Olvidaba decir a usted que está locamente enamorado de la señora Emilia.

—¿Recibe muchas visitas Emilia? —preguntó la señorita Plavicki.

—Cuando yo la visitaba iba alguna vez Bukacki y cierto abogado llamado Masko.

—Aunque ella quisiera, no podría recibir mucha gente; el estado de la pequeña Litka reclama la mayor parte de su tiempo —observó Marina.

—¡Pobre niña! —dijo Polaniecki—. ¡Dios quiera que los aires de Reinchenhall le aprovechen!

Una ligera nube pasó por la despejada frente del joven.

En aquel momento Marina lo miraba con una expresión de íntima simpatía y pensaba:

—Debe ser bueno.

Al mismo tiempo Polaniecki, por su parte, repetía como si hablara consigo mismo:

—Masko... Masko ha hecho también la corte a Marina; por fortuna, trató en vano de hacer una raya en el agua.

Terminada la comida, pasaron al salón, y cuando hubieron tomado el café, Marina se puso al piano. No podía decirse que fuese una artista de primera fuerza, pero tocó con gusto y con sentimiento.

A eso de las cinco, Plavicki miró el reloj, y dijo:

—Temo que los señores Jamiz no vengan.

Desde aquel momento siguió mirando el reloj a cada minuto, no cesando de manifestar el mismo asombro de que aquellos señores se hicieran aguardar tanto. Por fin, a cosa de las seis, exclamó con lúgubre acento:

—Debe haberles sucedido alguna desgracia.

Polaniecki se hallaba en aquel instante junto a Marina, quien le dijo:

—¡Es una verdadera pesadilla!... No les habrá sucedido ninguna desgracia, pero mi padre estará de mal humor toda la noche.

—Creo —contestó Polaniecki— que los señores Jamiz viven cerca de aquí: podría enviarse a alguien allá para que se enterase.

—¿Qué te parece, papá?

—Es inútil —repuso el viejo con cierto dejo de contrariedad—; iré yo mismo.

Llamó al criado, mandóle que preparase el coche y añadió:

—*En fin*, podría suceder que viniese gente y no conviene que encuentren a Marina sola. Tú puedes quedarte a hacerle compañía; en el campo no es como en la ciudad, y luego... vaya... sois parientes. Tú, Gatoski, puedes serme útil y tendría mucho gusto en que me acompañases.

El joven no fue dueño de disimular la cólera y el disgusto que le invadieron; pasóse la mano por sus espesos cabellos, y respondió:

—He prometido a la señorita Marina que le pondría a flote la barquilla, porque el jardinero no quiere hacerlo. El domingo pasado se opuso a que saliera porque llovía a cántaros.

—Pues ve en seguida; de aquí al estanque no hay más que treinta pasos: en pocos minutos puedes estar de vuelta.

Muy a pesar suyo, Gatoski tuvo que ceder. Plavicki, sin cuidarse de los otros dos, recorría con pasos agitados la sala, murmurando:

—La neuralgia... de seguro... será preciso que Gatoski vaya a buscar al médico. El bruto de su marido, consejero sin seso, ni siquiera habrá pensado en ello.

En la necesidad de desahogar su mal humor, volvióse a Polaniecki diciendo:

—No puedes imaginarte lo bruto que es.

—¿Quién?

—Jamiz.

—¡Pero papá!... —exclamó Marina.

El señor Plavicki no la dejó continuar y añadió cada vez más encolerizado:

—Ya sé que te disgusta que esa señora me demuestre afecto y amistad. Tú lees los libros de Jamiz sobre agricultura, levántale, si quieres, un monumento; pero no impidas que yo siga mis inclinaciones.

Polaniecki no pudo menos de admirar la bondad y dulzura de Marina, la cual, sin dar muestra alguna de resentimiento, corrió a su padre, y después de haberle besado le dijo:

—Pronto estará dispuesto el coche; así, pues, no te enojas: ya sé que esto te hace daño.

El anciano, que en el fondo la amaba entrañablemente, la besó también, diciendo:

—Ya sé que tienes buen corazón... Pero, ¿qué hace ese dichoso Gatoski?

Y desde la puerta que daba al jardín, y que estaba abierta, se puso a llamar a gritos al joven, el cual volvió al punto jadeante, manifestando que el bote estaba lleno de agua y tan aferrado al fondo, que a pesar de todos sus esfuerzos no había podido removerlo.

—Toma el sombrero y vamos corriendo, porque oigo llegar el coche.

Pocos instantes después los dos jóvenes estaban solos.

—Mi padre —dijo Marina—, está acostumbrado a una sociedad mejor que la que puede encontrarse en el campo. Por eso da tanta importancia a la amistad de la señora Jamiz. En cuanto al señor Jamiz, es un hombre muy circunspecto e inteligente.

—Le he visto en la iglesia, y me ha parecido notar en él cierto abatimiento.

—Está enfermo y trabaja demasiado.

—Lo mismo que usted, señorita.

—¡Oh, no! el señor Jamiz sabe administrar bien su hacienda, y además se ocupa mucho en estudios de agronomía. Es el más instruido del pueblo y la honradez personificada. La señora es una buena mujer, sólo que, a mi manera de ver, parece un poco afectada.

—Es una belleza ya marchita.

—Cierto. La afectación es una enfermedad que se adquiere en el campo. En la ciudad, por el contrario, con el continuo trato de la gente, esta enfermedad se modifica y poco a poco acaba por desaparecer. Nosotros los del campo debemos parecer ridículos a los de la ciudad.

—No todos; usted, por ejemplo, señorita, no lo parecería de ninguna manera.

—Ya vendrá con el tiempo —replicó ella sonriéndose—; aquí, si algo cambia, lo cual sucede raras veces, es siempre en sentido desfavorable.

—En la vida de una mujer hay que esperar siempre los cambios.

—Mi principal deseo es el de poner en orden la hacienda de Kerzemien.

—¿Pero quiere usted dedicar su vida únicamente al cuidado del padre y de la hacienda?

—Desde luego. Y es natural, pues yo no conozco ni amo nada más en el mundo.

—El papá, Kerzemien... y basta —repitió Polaniecki.

Siguióse una breve pausa, después de la cual Marina propuso a Polaniecki ir a dar un paseo por el jardín. Encamináronse allí y no tardaron en llegar a la orilla del estanque.

Polaniecki, que en el extranjero habíase ejercitado en el deporte náutico, logró poner a flote la barquilla de Marina, pero veíase que estaba inservible, porque el agua había entrado en ella por numerosas hendiduras.

—En eso puede usted formarse una idea de nuestra situación económica —dijo Marina sonriendo tristemente—; el agua entra por todas partes. En cuanto se seque el estanque la haré recomponer.

—Quizá es la misma barca a la cual se me prohibía saltar cuando era niño.

—Es muy probable.

—Si es jaquélla, confieso que no tengo suerte. Entonces no se me permitía manejar la embarcación, y ahora casi me he estropeado la mano para ponerla a flote.

Esto diciendo, había sacado del bolsillo el pañuelo y con la mano izquierda trataba de atárselo a la derecha, pero se daba tan poca maña, que Marina intervino, diciendo:

—Usted solo no lo conseguirá: yo le ayudaré.

Comenzó a vendarle la mano. Polaniecki procuraba prolongar la operación moviendo el brazo en todos sentidos, porque experimentaba una dulce sensación al contacto de aquellos delicados dedos. Marina lo notó y alzando los ojos le miró fijamente; mas en el momento en que sus miradas se encontraron, adivinó la causa y ruborizándose vivamente bajó la cabeza.

Polaniecki sentía su proximidad, el suave calor que de ella se desprendía se le subía a la cabeza, y su corazón empezó a palpar con fuerza.

—Sabía yo que estos lugares despertarían en mí dulces recuerdos; pero jamás hubiera sospechado que llegarían a serme tan queridos —dijo el joven.

Marina comprendió que era sincero, que aquella audacia era efecto de su viveza de carácter y que no trataba de aprovecharse de su soledad; por lo tanto, en vez de enfadarse, repuso con acento jovial:

—Le ruego que no me dirija usted cumplidos, porque, de lo contrario, le ataré mal la mano y luego le dejaré solo.

—Envuelva usted la mano todo lo mal que quiera, pero quédese usted. ¡Es tan hermosa la tarde!

La operación había terminado, y la joven pareja reanudó su paseo.

La tarde era, en efecto, espléndida. El estanque brillaba como oro bruñido bajo los oblicuos rayos del sol, que estaba próximo a su ocaso. Al otro lado, bordeando el pequeño lago, extendíase un bosquecillo de alisos cuyas elevadas copas se destacaban lentamente sobre un cielo de color de fuego; ni una hoja se movía a impulsos de la brisa; todo estaba perfectamente tranquilo. En el corral, situado detrás de la casa, oíase el parloteo de las cigüeñas.

—¡Qué hermoso es Kerzemien! ¡Es deliciosamente hermoso! —exclamó Polaniecki—. Ahora comprendo por qué le tiene usted tanto cariño. Además, quien trabaja con fe, acaba por amar su propia obra, y Kerzemien debe mucho a su actividad de usted. También se vive en el campo, en este momento lo siento yo mismo. En la ciudad los hombres se gastan pronto, sobre todo los que, como yo, agobiados por los negocios y por los cálculos, están completamente solos. Bigiel, mi socio, tiene mujer e hijos, y, en consecuencia, puede ser feliz. Pero yo, ¿qué tengo? A veces me preguntó por qué trabajo y a quién puede ser útil el dinero que ahorro. ¿Ve usted, señorita? Cuando un hombre está acostumbrado a correr tras el dinero, acaba por convencerse de que éste es el único objeto de su vida.

Dieron algunos pasos en silencio. El reflejo rojo del cielo iluminaba sus rostros con un color sanguíneo. Comprendían que sus sentimientos eran idénticos, y se sentían dichosos. Pocos instantes después, Polaniecki prosiguió:

—Tenía mucha razón la señora Evatovski cuando me aseguraba que me bastaría una hora para conocerla y estimarla a usted, mientras que para otras no habría tenido bastante con un mes. Paréceme como si la conociera ya de años. Sin embargo, creo que una impresión semejante sólo la pueden producir las personas verdaderamente buenas.

—Emilia me quiere mucho y por eso me alaba —respondió Marina con sencillez—. Aunque esto fuese cierto hay que confesar que no tengo igual poder sobre todas las personas.

—Anoche usted se me apareció bajo distinto aspecto; pero estaba usted cansada y tenía sueño.

—Algo.

—¿Por qué no fue usted a acostarse? Para recibirme hubiera habido bastante con el criado, y hasta habría podido pasarme sin el té.

—No, no somos tan descorteses. Papá me dijo que uno de nosotros tenía que recibirle a usted, y como temía que el velar le perjudicase, me encargué yo de hacerlo.

—Por eso le pido que me perdone usted el haberle hablado de intereses. He procedido como un verdadero hombre de negocios, pero cuando me encontré a solas me dije: «Eres un payaso». Ahora, avergonzado, le pido humildemente que me dispense.

—No vale la pena de hablar de eso.

La roja luz del ocaso había invadido todo el firmamento que resplandecía como si fuera de fuego.

Los dos jóvenes volvieron sobre sus pasos, y llegados junto a la casa, Marina se sentó en la balaustrada que conducía al jardín.

Polaniecki entró un momento en la sala y volvió con un pequeño taburete que colocó a los pies de Marina.

—Muchas gracias —dijo ella—, ¡es usted muy amable!

—No soy galante por temperamento. Gracias a la señora Evatovski me he desbastado algo.

—Si no se hubiese marchado a Reinchenhall me habría gustado invitarla a que nos viniese a ver.

—Y yo habría venido con Litka, sin que se me hubiese invitado.

—Ahora le invito a usted en nombre de mi padre y una vez por todas —dijo, riendo, la joven.

—No sea usted tan imprudente, porque soy capaz de abusar de su autorización —contestó Polaniecki—. Me hallo tan a gusto aquí, que vendré a refugiarme, bajo su salvaguardia, siempre que me aburra en Varsovia.

Marina fijó en él sus ojos azules como si quisiera preguntarle si hablaba en serio o en broma; luego en voz baja contestó:

—Venga usted.

Callaron ambos poseídos del mismo sentimiento que paulatina e inexorablemente les ligaba. Al fin Marina rompió el encanto diciendo:

—Me sorprende que papá no haya venido todavía.

El sol habíase puesto ya. Con el crepúsculo volaban los murciélagos describiendo silenciosos círculos; en el estanque empezaba a oírse el desapacible croar de las ranas.

Polaniecki, sin fijarse en la observación de Marina, dijo como si hablase consigo mismo:

—No hago estudios sobre la vida, porque me faltaría tiempo para ello. Cuando se apodera de mí el desasosiego, como en este instante, experimento una sensación de bienestar; cuando tengo el corazón apenado, percibo un sentimiento de desagrado, y esto me basta. No obstante, cinco o seis años atrás era muy diferente. Entonces me relacionaba con cierto número de personas que se habían empeñado en resolver el problema de la vida. Eran varios hombres de ciencia y un

literato que hoy gozan de gran celebridad en Bélgica. Los problemas propuestos solían ser: «¿adónde iremos a parar? ¿qué es el sentido? ¿qué valor tiene la vida? Leían todos los tratados de filosofía, pero al fin advertí que con todas aquellas filosofías, había perdido las ganas de trabajar. Me di, mentalmente, un tirón de orejas, y volví al trabajo, diciéndome: «Ya que es preciso vivir, saquemos de la vida el mayor provecho posible». Mi amigo Vaskovski decía que nosotros los eslavos somos incapaces de contentarnos sólo con eso; pero está engañado. Que no sepamos contentarnos sólo con el dinero, lo comprendo; yo mismo me he dicho repetidas veces que, además del dinero, se necesitan otras dos cosas: amigos y... ¿adivina usted la otra?... una mujer que nos ame para que el hombre pueda compartir con alguien lo que posee. Este es el verdadero objeto de la vida. Muy raras veces hablo de esto —continuó Polaniecki después de una breve pausa—; pero Emilia tenía razón al decirme que se adquiere mayor intimidad con usted en un día que con otras en un año. Debe ser muy buena. ¡Qué locura habría cometido no viniendo a Kerzemien! Si me lo permite usted, volveré con frecuencia.

—Venga usted cuando guste.

—Gracias.

Polaniecki le tendió la mano y Marina apoyó en ella la suya como para poner el sello a su consentimiento.

También ella encontraba bello a Polaniecki; agradábanle aquel semblante varonil y abierto, sus negros cabellos, sus maneras francas y sus ojos de fuego. Aquel hombre traía consigo un soplo de vida que hasta entonces había faltado en Kerzemien; veía ella abrirse ante sus ojos un horizonte nuevo, que se extendía mucho más allá de los estrechos límites en que se había deslizado su pasado. Por eso le había cobrado cariño en un solo día, cosa que jamás habría creído posible.

Nuevamente reinó entre ellos un prolongado silencio. El pensamiento les transportaba lejos, muy lejos. Finalmente, Marina señaló con la mano la fúlgida claridad que de improviso habíase dejado ver a través de los alisos.

—La luna —dijo.

Rojo se elevaba rápidamente por el horizonte el astro de la noche. Ladraron los perros, oyóse el ruido de un coche, y, pocos instantes después, Plavicki entraba en la sala, cuya lámpara había sido encendida un poco antes. Marina entró también en la estancia, seguida de Polaniecki.

—Mis temores eran infundados —dijo el viejo—; únicamente el señor Jamiz se ha sentido un poco indispuesto: mañana por la mañana sale para Varsovia. La señora me ha prometido venir pasado mañana. ¿Y vosotros dos, os habéis aburrido mucho?

—No, estábamos oyendo croar a las ranas —respondió Polaniecki.

—Dios sabe para qué crió a las ranas, pero yo no tengo el derecho de quejarme, lo cual no impide que esos enojosos animalitos me priven de dormir. Marina, trae el té.

Mientras bebían, el señor Plavicki refería la visita a los señores Jamiz. Los dos jóvenes guardaban silencio. De vez en cuando encontrábanse sus miradas y cuando se dieron las buenas noches se estrecharon muy calurosamente las manos.

Al desnudarse, Marina experimentaba un suave cansancio. Reposaba ya su cabeza sobre las almohadas, y, en vez de pensar en que el día siguiente sería lunes, y de que comenzaría toda una semana de trabajo, pensaba en el joven cuyas palabras resonaban aún en sus oídos.

Por su parte, Polaniecki, mientras estaba fumando en la cama un cigarrillo, hacía las siguientes reflexiones:

—Marina es buena, bella y amable, ¿dónde podría hallar otra parecida?

III

Al día siguiente, estaba nublado el cielo y la señorita Plavicki, al despertar, se dirigió a sí misma una serie de reproches. Se daba cuenta que el día anterior había ido demasiado adelante y qué había estado algo coqueta con Polaniecki. Acrecentaba su disgusto la idea de que aquel hombre había venido como acreedor. Ella lo había olvidado, y ahora se hacía la siguiente reflexión:

—Si se llegase a figurar que he intentado enamorarle para hacerle más tratable y menos severo...

Y ante este pensamiento, la sangre le aflucía a la cabeza. Era altiva y su noble carácter se rebelaba ante la suposición de que ella hubiese obrado por cálculo. Pensando en la posibilidad de una sospecha semejante, experimentaba una especie de sentimiento de odio contra Polaniecki. Tanto más penosa era su situación, por cuanto sabía que en su casa no había dinero ni medios de proporcionárselo; y aun cuando los hubiese habido, sabía que, a pesar de todos sus esfuerzos, su padre no habría consentido en que se pagase a Polaniecki antes que a los demás acreedores. En los asuntos de labranza él la dejaba entera libertad de acción; pero, cuando se trataba de dinero, hacía lo que tenía por conveniente y raras veces le pedía su opinión.

En realidad, él procuraba salir de su triste situación valiéndose de mil subterfugios, haciendo promesas que sabía no podía cumplir, y tratando de engañar a la gente, por todos los medios que le sugería su fecunda imaginación. Este sistema, sin embargo, no podía librarle de la ruina. Y al mismo tiempo se esforzaba por tener alejada de sus negocios a su hija, temeroso de su recto criterio y de sus justas observaciones, que habrían ofendido su amor propio.

Esos negocios hacían sufrir horriblemente a la pobre Marina. Su existencia en el campo sólo tenía de hermoso las apariencias. A la señorita Plavicki no le faltaban disgustos, dolores ni fastidios. Si su semblante aparecía sereno no lo debía solamente a la amabilidad de su carácter sino en gran parte a una fuerza de voluntad poco común. Pero la humillación que en aquel momento le amenazaba era superior a sus fuerzas.

—¡Que a lo menos no sospeche de mí! —se repetía angustiada.

Pero, ¿cómo conseguirlo? Su primer pensamiento fue invitar a Polaniecki a una entrevista reservada con ella y enterarle del estado de las cosas, pero abandonó en seguida esta idea. No; era preciso que se mostrara fría, glacial, para que no pudiese creer él que ella había tratado de influir sobre su voluntad.

Tomada esta resolución, salió a buscarlo. No le fue difícil, porque, de regreso de su paseo matinal, Polaniecki estaba en la galería jugando con el perro. Apenas

notó la presencia de Marina, se levantó prontamente y corrió hacia ella con radiante rostro.

—Buenos días, señorita —le dijo—; ¿ha pasado usted bien la noche?

—Bien, gracias —contestó tendiéndole la mano con frialdad.

En cambio él la contemplaba arrobado.

Marina lo notó, y su alma se sintió atraída hacia él, y experimentó un vivísimo dolor al tener que contestar con indiferencia a su amable saludo.

—¿No ha salido usted de paseo todavía? —la preguntó—. En este caso tendría sumo gusto en acompañarla, si usted me lo permitiese. Debo volver hoy a la ciudad, y, de consiguiente, necesito aprovechar las ocasiones que se me presentan de poder gozar de su compañía. Sólo Dios sabe con cuánto placer me quedaría, si pudiese. Mas ahora conozco ya el camino de Kerzemien.

—Si sus ocupaciones se lo permiten, será siempre bien recibido.

Hasta aquel momento no advirtió Polaniecki la expresión glacial del semblante y de las respuestas de la joven, por lo cual la miró asombrado.

Entretanto, Marina esperaba que, desengañado por su fría acogida, se abstendría él de seguir hablándola, pero se engañó. Polaniecki tenía sobrado amor propio para renunciar a conocer la causa de aquel inesperado cambio. De consiguiente, sin apartar los ojos del rostro de la joven, repuso:

—¿Qué le pasa a usted? ¿Tiene usted algún resentimiento conmigo?

Marina experimentó cierta confusión.

—No, se equivoca usted —balbuceó.

—Sabe usted tan bien como yo que no me equivoco. Ahora se me presenta usted como la primera noche. Pero entonces yo tenía la culpa: mas ayer le pedí perdón, y todo quedó arreglado. Hoy está completamente cambiada, ¿no quiere usted decirme la razón?

Y con penoso tono añadió:

—Explíqueme usted, se lo ruego, qué significa este cambio. Su padre de usted quería que antes de ser su acreedor fuese su huésped pero esto no tiene razón de ser. Usted no es mi deudora, porque yo se lo debo todo a usted; yo soy su deudor y le quedaré toda la vida agradecido, por la bondad de que ayer dio muestras, y Dios sabe cuánto daría para ser también su deudor mientras viva.

Fijó de nuevo los ojos en su rostro con el ávido deseo de encontrar la amistosa mirada del día anterior; pero Marina, con el corazón más oprimido, evitó mirarle, resuelta a no desviarse de la senda que se había trazado hasta por temor de que, si entonces cambiaba, se vería obligada a explicar el motivo.

—Le aseguro —contestó haciendo un llamamiento a todo su valor— que o se engaña usted en este momento o se engañaba ayer. No he variado y sentiré mucho que se marche usted de aquí desagradablemente impresionado.

—Si tiene usted empeño en que la crea, está bien —repuso Polaniecki sin poder disimular su despecho—; pero partiré con la convicción de que en los campos los lunes son diferentes de los domingos.

—¿Soy, acaso, capaz de cambiarme? —dijo Marina a media voz.

Y se alejó so pretexto de que tenía que ir a dar los buenos días a su padre.

En cuanto quedó solo, Polaniecki apartó de sí con visible rabia el perro que se le había acercado buscando sus caricias y dio rienda suelta a su cólera.

—¿Pero qué significa toda esta comedia? —se preguntó—. ¡Qué necio e injusto es esto! Ayer era el pariente y el huésped; hoy no soy más que el acreedor. ¿Qué se figurará ella para que me trate así como a un perro? El objeto de mi venida, no era un secreto para Marina ayer.

Entretanto, la joven había subido a la habitación de su padre. El señor Plavicki estaba sentado en su escritorio ante un montón de cartas. Volvióse un instante para contestar al saludo de su hija y continuó su tarea de revolver papeles.

—Papá —comenzó a decir Marina—, tengo que decirte algo a propósito del señor Polaniecki. Tengo...

Su padre la interrumpió, pero sin abandonar la lectura de sus documentos, diciéndola:

—Polaniecki en tus manos es un pedazo de mazapán.

—Te engañas de medio a medio. Mi deseo sería que le pagases antes que a los demás acreedores aun cuando esto debiera acarrearlos serios perjuicios.

El anciano cambió de posición en su silla y miró de hito en hito a su hija. Luego le preguntó con frialdad:

—¿Esos son asuntos tuyos o míos?

—Son asuntos de honor.

—No te forjes la ilusión de que vaya a seguir yo tu consejo.

—Lo sé papa; pero...

—¡Vaya un tino sentimental! ¿Qué te pasa?

—Te suplico...

—Y yo te digo que no debes meterte en lo que no te importa. Todo lo referente a la administración de los bienes está a tu libre voluntad. Tú me has puesto a un lado, y yo he cedido para no tener cuestiones contigo en los últimos años de mi vida. Pero a lo menos déjame este rincón, este ángulo de mi casa; no impidas que desarrolle a mi modo mis negocios.

—Pero, papá, yo únicamente te suplicaba...

—Que me sometiese a tu voluntad; pues bien, hija mía, ¿qué debe hacer tu padre?

El anciano había adoptado una actitud de *Rey Lear*. Habíase apoyado nerviosamente en el respaldo de su sillón para dar a entender a la hija cruel, que, poseído de un síncope, estaba a punto de caer desplomado al suelo.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la pobre joven, y, sintiéndose impotente para luchar, un amargo desaliento invadió su corazón. Guardó silencio un instante para vencer su dolor y luego dijo con voz apagada:

—Perdone, papá.

Y salió de la habitación.

Un cuarto de hora después entró Polaniecki, excitadísimo, pero haciendo visibles esfuerzos para dominarse.

El anciano lo hizo sentar al lado de su sillón y poniendo una mano sobre sus rodillas le dijo:

—Estanisla, ¿quieres pegar fuego a mi casa? ¿quieres asesinarme? ¿quieres que quede huérfana mi hija?

—No—contestó Polaniecki—; de ninguna manera. Pero le ruego que no me hable usted en estos términos, porque, además de inútiles, me son insoportables.

—Está bien —repuso Plavicki, algo enojado por el resultado negativo de su exordio—; pero recuerda que en otros tiempos esta casa estaba abierta para ti como si fuera para un hijo.

—Venía a ella con mi madre cuando ésta se veía en la necesidad de reclamar el pago de los intereses que usted, en cambio, no se ha tomado la molestia de satisfacer. Esta deuda data de veintiún años atrás y hoy, con los intereses acumulados, debe ascender a veinticuatro mil rublos. Redondeemos la suma y

quedarán veinte mil rublos, que he de cobrar a toda costa, porque para eso he venido.

El señor Plavicki inclinó la cabeza con aire de resignación.

—Siendo tu resolución irrevocable, ¿por qué, Estanislao, te mostraste tan diferente ayer de hoy?

Polaniecki, que media hora antes había dirigido igual pregunta a Marina, sintió impulsos de ponerse en pie de un salto, pero se contuvo y contestó:

—Le ruego a usted que acabemos este asunto.

—Pronto estará acabado, pero permítame solamente algunas palabras y no me interrumpas. Dices que no se pagaron los intereses, y esto es verdad; ¿pero sabes por qué? Tu madre, por desgracia para nosotros, no pudo entregarme todos sus bienes, porque el consejo de familia no lo habría permitido; por lo tanto, sólo recibí algunos millares de rublos. Entonces pensé: «Esta mujer está sola en el mundo, y su pequeño capital en mis manos será para ella una pequeña mina de oro». Tu madre me entregó doce mil rublos, tú encuentras veinticuatro mil. Ya ves el resultado; sin embargo, me recompensas con la ingratitud.

—Mi querido tío —replicó Polaniecki—, le suplico que no me crea tan necio. Usted dice que encuentro veinticuatro mil rublos: ¿dónde están? Entréguemelos usted y asunto concluido.

—Ten un poco de paciencia y de moderación; considera que hablas con un anciano —contestó encolerizado el señor Plavicki.

—Y yo le digo claro, sin ambages ni rodeos, que hace dos años que le vengo escribiendo inútilmente para recobrar mi dinero: ahora estoy cansado y no me hallo dispuesto a esperar más.

El viejo apoyó los codos en la mesa, cubrióse el rostro con las manos y guardó silencio. Polaniecki le contempló con visible disgusto, preguntándose a sí mismo:

—¿Es un bribón? ¿es un egoísta? ¿Es más bien un loco que en su ceguera no puede discernir entre el bien y el mal? ¿Es todo eso a la vez?

El señor Plavicki seguía con el rostro oculto y silencioso.

—Es necesario que yo sepa algo —repuso Polaniecki.

De pronto el viejo alzó la cabeza y dijo con tono jovial:

—Pero, Estanislao, ¿a qué devanarnos los sesos cuando hay una solución tan sencilla?

—¿Cuál?

—Te reembolsarás con la marga.

—¿Cómo?

—Haz venir a tu socio o alguna persona entendida y que sepa apreciar mi marga, y los tres juntos formaremos una sociedad. Tu socio... ¿cómo se llama? ¿Bigiel?... Pues ése tiene que poner en seguida la parte que le corresponda; tú me entregas algo, o nada, si te parece, trabajamos juntos y hasta podemos realizar grandes beneficios.

Polaniecki se puso en pie.

—Dispéñeme usted —dijo—, pero no estoy dispuesto a tolerar que se burle usted de mí. Yo no sé qué hacer con la marga; mi dinero es lo que quiero" Lo que me propone usted lo considero como una farsa indigna e insensata.

Siguióse un profundo silencio entre aquellos dos hombres. El señor Plavicki tenía el semblante alterado por la ira, y sus ojos despedían llamas. Levantándose de pronto, corrió hacia la pared y descolgando un cuchillo de caza lo tendió a Polaniecki, exclamando:

—Hay otra solución: ¡mátame!

Polaniecki no siendo ya dueño de contenerse, rechazó brutalmente la mano y el cuchillo, rugiendo:

—Esto es una comedia indigna: ¡basta! No quiero perder más tiempo aquí, y me marchó: tengo bastante de usted y de Kerzemien. Pero le prevengo que voy a vender mi crédito, hasta por la mitad de su valor, al primer judío que me salga al paso: éste ya sabrá cobrarlo.

—Anda —gritó Plavicki—, vende tu crédito. Abre al judío la puerta de la casa de donde procede tu estirpe; pero te advierto que mi maldición y la maldición de todos cuantos en ella habitaron te seguirá en todas partes.

Pálido de ira y lanzándose imprecaciones a sí propio, Polaniecki salió de la habitación. Llegado a la sala, buscó su sombrero, dio al fin con él y se disponía a informarse de si había llegado el coche, cuando apareció Marina. Al verla, hizo un esfuerzo para dominarse, pero habiéndole ocurrido la idea de que quizá era ella la causa directa de cuanto había acaecido, la dijo con mal contenida cólera:

—Tengo que despedirme de usted. Mis asuntos con su padre están ya terminados. Vine aquí para reclamar el pago de un crédito, y él empezó por darme su bendición, me ofreció después la marga y acabó por maldecirme.

Marina se disponía a tenderle la mano y a decirle:

—Comprendo su indignación: hace un instante fui a hablar con mi padre para suplicarle que pagase esa deuda; proceda usted contra nosotros, contra Kerzemien, como se propone, pero no me considere usted culpable y consérveme su aprecio.

Pero no le fue posible, porque Polaniecki, cegado por el despecho que le ocasionara el haber perdido para siempre aquella preciosa joven, exclamó:

—Le digo esto porque se mostró usted ofendida y me dirigió a su padre a mi llegada, cuando quise hablar con usted. Agradecí su excelente consejo; pero éste ha resultado más ventajoso para ustedes que para mí.

Marina se puso pálida como un muerto; lágrimas de cólera y de dolor bañaron sus ojos, y levantando altivamente la cabeza contestó:

—Puede usted insultarme impunemente: no tengo un hombre que me defienda.

Dicho esto, le volvió desdeñosamente la espalda y salió.

Polaniecki comprendió que se había dejado llevar de un arrebató de ira, y, dominado súbitamente por una profunda compasión, quiso seguirla para pedirle que le perdonase, pero ya era demasiado tarde: Marina había desaparecido.

Partió el joven sin despedirse de nadie y poseído de la más violenta cólera comenzó a meditar planes de venganza.

—Cederé mi crédito —pensaba— aunque sólo me den la tercera parte de su valor; les haré embargar, cueste lo que cueste.

Entretanto, el coche había salido de la alameda y tomado la carretera. Dos sentimientos encontrados luchaban ahora en Polaniecki: pensaba en Marina, en su mirada serena, en su bondad, y recordando el tono con que él le había hablado enojóse consigo mismo.

—Demasiada desgracia es ya para ella tener por padre a un viejo farsante, un bribón, un loco. Cualquiera otro hombre que no estuviera desprovisto de corazón la habría comprendido y sentido piedad de ella, en vez de insultarla como yo lo he hecho... sí, yo...

Le vinieron ganas de abofetearse, tanto mayor motivo cuanto que en aquel momento advirtió que las cosas habrían pasado de muy distinta manera, que se

habría conquistado la confianza y el cariño de la muchacha, si, después del altercado habido con su padre, la hubiera sabido tratar con la debida delicadeza.

—¡Cargue el diablo con el dinero y conmigo, por añadidura! —exclamó.

Pero lo hecho no tenía ya remedio. Esta reflexión le trastornó y le hizo volver a sus planes de venganza.

—Puesto que todo se ha perdido, quiero que la obra sea completa. Venderé mi crédito al judío más bribón que pueda encontrar, y éste les despojará, dejándoles en medio del arroyo. ¡Vaya el viejo a mendigar su pan, y la hija que se ponga a servir de criada o que se case con Gatoski!

Esta última idea le hizo estremecer.

—Que se case con quien le parezca, pero no con ese rústico villano —se dijo.

En tal disposición de ánimo llegó a Erzeniov. Indudablemente Polaniecki habría embestido furiosamente al pobre Gatoski, si por desgracia suya, el inocente muchacho se hubiese encontrado en la estación. Por fortuna, sólo vio a algún empleado, dos o tres aldeanas, un judío y al inteligente señor Jamiz, que le invitó a subir a su coche.

—He sido muy amigo de su padre de usted —empezó a decirle—; justamente en sus buenos tiempos. Su abuelo de usted fue también uno de los propietarios más ricos, pero hoy todo ha pasado a otras manos.

—No es de hoy —observó Polaniecki—, sino ya de muchos años atrás. Mi padre habíase quedado casi arruinado. Estaba enfermo, vivía en Niza y no podía atender a sus negocios. Si después de su muerte mi madre no hubiese heredado a un pariente suyo, no sé qué habría sido de nosotros.

—En cambio usted es muy hábil y emprendedor. Conozco la razón social de su casa; por medio de Abdalaschi he hecho en su casa varios contratos de cebada.

—¿Abdaldaschi ha hecho contratos por cuenta de usted?

—Sí, y justo es confesar que he quedado muy contento de él. Al punto eché de ver que su casa trata los negocios con verdadera lealtad.

—Con la deslealtad no se va a ninguna parte, caballero. Mi socio Bigiel es la honradez personificada, y yo no soy Plavicki —repuso Polaniecki.

—¿Qué piensa usted de él? —preguntó Jamiz con visible curiosidad.

Polaniecki, cuyo corazón rebosaba hiel contra el padre de Marina, le refirió sin omitir pormenor lo que había ocurrido en Kerzemien.

—¡Ah! —observó Jamiz—, puesto que con tanta franqueza se expresa usted respecto de él, permítame que siga su ejemplo, a pesar de tratarse de un pariente suyo.

—No es pariente mío; sólo su primera esposa estaba emparentada y era amiga de mi madre.

—Le conozco desde cuando era joven. Es más débil que malo. Como era hijo único, sus padres le mimaron demasiado, y sus mujeres, dos criaturas dulces y pacíficas, no le acostumbraron bien; él acabó por creerse una especie de sol en torno del cual debían girar los demás como otros tantos planetas. Plavicki es una mezcla de cualidades diversas: se expresa con afectación y con ampulosidad, no habla más que de sí mismo, entona sin cesar sus propias alabanzas y se lo permite todo sin permitir nada a los demás. Llegaron los momentos difíciles, un hombre de carácter hubiera hecho frente a ellos, pero él no tiene carácter. Luego se vio obligado a recurrir a las trampas para poder sostenerse. El suelo que pisamos, o nos ennoblece o nos corrompe, sobre todo tratándose de grandes terratenientes.

—Créame usted —repuso Polaniecki—, yo he nacido labrador y no siento atractivo ninguno en la vida del campo. La agricultura, tal como se ejerce hoy, no tiene porvenir. A la larga, todos los agricultores quedarán arruinados, Plavicki el primero.

—No, mi pesimismo no llega hasta tal extremo —replicó Jamiz—. Respecto a Plavicki, también yo estoy convencido de que se quedará muy pronto sin Kerzemien. Lo siento por la pobre Marina, que es una joven de sano criterio, de buenos sentimientos y de una actividad pasmosa. Sin duda ignora usted que, dos años atrás, el viejo Plavicki quería deshacerse de Kerzemien y fijar su residencia en la ciudad; si no se efectuó eso, débese en parte a las súplicas de su hija. Quizá fue la piedad filial la que la indujo a hacer tal súplica, por hallarse enterrada su madre cerca de Kerzemien: ocioso es decir que se opuso a la venta con todas sus fuerzas. La pobre muchacha empleó toda su energía para mejorar la condición de la familia, forjándose la ilusión de que podría convertir en posible lo imposible. Será para ella un golpe mortal cuando quede roto el último hilo que sostenía aún su esperanza... ¡Es una lástima, a su edad!

—¡Es usted un hombre de corazón! —exclamó Polaniecki con su vivacidad acostumbrada.

El anciano sonrióse.

—Quiero bien a esa muchacha —continuó—, que ha sido mi discípula y que más de una vez ha acudido a mis consejos para la administración de la finca. Confieso que me causará honda pesadumbre el perderla.

Polaniecki se mordía nerviosamente las guías de su bigote, y al fin dijo:

—Podrá casarse con alguno de la comarca y quedarse aquí.

—¡Casarse! No es cosa tan fácil para una joven que carece de dote. ¿Con quién puedo contar? ¿Con Gatoski? Este se casaría con ella: es un pobre diablo, no tan necio como se cree, pero ella no siente inclinación alguna hacia él, y Marina es incapaz de casarse con un hombre a quien no amara. Por otra parte, el padre se opone porque considera a los Gatoski inferiores a los Plavicki. Lo que puedo asegurar es que el hombre que logre conquistar el corazón de Marina, adquirirá una joya.

En aquel momento Polaniecki era de la misma opinión. Ahora le parecía que no podía vivir sin Marina, pero en seguida recordó que en otras circunstancias análogas había experimentado idéntica impresión y que, al fin, el tiempo lo había desvanecido todo. No obstante, siguió pensando en ella; y en ella pensaba todavía cuando llegó a la ciudad. Al bajar del tren en Varsovia, decía para sus adentros:

—¡Qué locura!... ¡Qué locura!...

IV

En la misma noche de su regreso a Varsovia, Polaniecki fue a casa de su consocio Bigiel, con quien, por ser antiguo condiscípulo suyo, le unían los lazos de una cordial amistad.

Bigiel, bohemio de origen, pero descendiente de una familia que desde hacía muchas generaciones se había establecido en Varsovia, antes de asociarse con Polaniecki, tenía establecida una casa de Banca.

No hacía entonces grandes operaciones, ni eran extensas sus reía clones, pero, sin embargo, se había conquistado fama de comerciante sólido y probo.

Cuando Polaniecki entró como socio, la casa ensanchó notablemente el círculo de sus negocios y su crédito creció de una manera extraordinaria. Los dos socios se convenían completamente. Polaniecki, audaz y emprendedor, concebía siempre ideas, viendo el alcance y los resultados de los negocios, mientras Bigiel cuidaba de su ejecución. Sus caracteres eran absolutamente antitéticos, opuestos, y tal vez de esto provenía su íntima amistad. ¿Había precisión de energía y viveza de imaginación para lograr un objeto, para conseguir un intento? Pues ahí estaba Polaniecki. ¿Necesitábanse, por el contrario, cálculos, prudencia o paciencia? Entonces le tocaba a Bigiel.

Merced a esta diferencia, la parte más importante de los negocios estaba, como es natural, reservada a Polaniecki. Bigiel tenía una confianza ilimitada en su amigo, y cuando éste entró en la nueva sociedad, aportando a ella ideas nuevas, ni siquiera trató de examinarlas. Los felices resultados que éstas dieron, no hicieron más que afirmar esta confianza.

Su sueño favorito era acumular un capital importante y fundar un gran establecimiento de tejidos, del cual Polaniecki sería el director y Bigiel administrador. Pero estaban muy lejos de su ambicionada meta, por más que casi podían tenerse por ricos.

Polaniecki que, a pesar de la vivacidad de su temperamento, había adquirido un claro sentido de observación, hizo un singular descubrimiento en aquella sociedad, a la cual, por sus relaciones y por su nombre, tenía fácil acceso. Su pericia en los negocios le valían los elogios y parabienes en todas partes, pero se le tributaban al mismo tiempo con cierta expresión de indulgencia.

—Se dan aire de protectores míos —decía Polaniecki.

Y así era, en efecto.

Estaba además convencido de que, si hubiese pedido la mano de alguna de las señoritas pertenecientes a tal sociedad, su calificativo de *comerciante* habría sido para él, pese a todos los elogios y las felicitaciones, un obstáculo infranqueable, y que más bien habría sido preferido un propietario de fincas hipotecadas o bien uno que se hubiese dado aires de gran señor mientras devoraba los intereses de su capital y hasta el mismo capital. Adquirido este convencimiento, Polaniecki comenzó a alejarse de esta sociedad, hasta el punto de que todas sus relaciones quedaron reducidas a la señorita Emilia Evatovski, a su socio Bigiel y a algunos otros señores con quienes había alternado en su juventud.

Apenas se hubo sentado delante de su socio, desahogó su corazón lleno de los recuerdos que había traído de Kerzemien contra «su tío» Plavicki, con la esperanza de encontrar en su socio un oyente atento y amable; pero Bigiel no se dejó conmover poco ni mucho, limitándose a decir con la mayor calma:

—Conozco ese tipo. Por otra parte, dime: ¿dónde quieres que vaya Plavicki a pescar el dinero, si no lo tiene? Con los créditos hipotecarios hay que tener paciencia. Las fincas rústicas absorben grandes capitales, y sólo muy raras veces los producen.

—Escucha, Bigiel —exclamó Polaniecki desconcertado—; desde que cada día, después de comer, echas una siestecita para reforzar los nervios, no es posible hablar contigo, a no ser que se posea la paciencia de Job.

—¿Necesitas, acaso, ese dinero? —repuso Bigiel, sin hacer caso de los sarcasmos de su amigo—. Tienes a tu disposición la suma que cada uno de nosotros puede retirar del capital social.

—Eso nada tiene que ver con Plavicki. Yo quiero cobrar todo lo que me debe, y para lograrlo me valdré de todos los medios posibles.

En aquel instante entró la señora Bigiel con su larga fila de chiquillos, quedando interrumpida la discusión.

Era una mujer en apariencia joven aún, con negro cabello que orlaba su rostro, en el cual se revelaba una gran bondad. Dejábase tiranizar por sus seis vástagos, a quienes amaba entrañablemente. También Polaniecki se había encariñado con aquellos rapazuelos, lo cual hacía que la señora Bigiel, lo propio que la señora Emilia Evatovski, le profesasen una sincera amistad.

Las dos señoras conocían y apreciaban a Marina, habían concebido el plan de casarla con él; por esto habían excitado a Polaniecki a que se trasladara personalmente a Kerzemien para reclamar su crédito. Por lo tanto, a la señora Bigiel le devoraba la curiosidad de saber si la joven le había gustado, pero la presencia de los chiquillos hacía imposible toda conversación. El más pequeño de éstos, Jas, se encaramó desde luego sobre las rodillas de Polaniecki. Las dos niñas, Evca y Joasia se apoyaron familiarmente en sus hombros. Edzio y Jozio le nombraron árbitro en una cuestión importantísima: los dos niños habían leído la *Conquista de Méjico* y deseaban introducir una escena de ella en sus juegos; pero había un punto sobre el cual no lograban ponerse de acuerdo. Edzio le refería todo esto con entusiasmo como a su gran amigo.

—Figúrate —decía hendiendo el aire con la mano— que ni Evca ni Joasia quieren encargarse del papel de Moctezuma. Yo seré Cortés y Jozio será un caballero; pero sin Moctezuma no podemos jugar. ¿Qué vamos a hacer? Alguno tiene que hacer de Moctezuma, porque, si no, ¿quién será jefe de los americanos?

—¡Exacto! pero, ¿y los americanos, dónde están? —preguntó Polaniecki.

—¡Oh! eso es lo de menos —respondió Jozio—; las sillas serán, respectivamente, los americanos y los españoles.

—Perfectamente, yo seré Moctezuma. Conque adelante, conquistad Méjico .

Comenzó un desorden indescriptible. Polaniecki, que con los niños se volvía niño, opuso tal resistencia a Cortés, que éste se vio obligado a llamar en su auxilio a la Historia. Moctezuma tenía que ser derrotado, porque realmente lo había sido. Pero el nuevo Moctezuma replicó que a él no le derrotaba nadie y siguió batiéndose, con lo cual se prolongaba el juego.

La señora Bigiel no pudo dominar por más tiempo su curiosidad.

—¡Y bien! ¿cómo ha ido la visita a Kerzemien? —preguntó a su marido.

—Ha hecho lo que está haciendo en este momento; ha tirado al aire las sillas y los taburetes y después se ha marchado— contestó Bigiel con su flema acostumbrada.

—¿Qué te ha contado?

—De la señorita Marina no hemos hablado aún; pero con Plavicki la cosa no ha podido ser peor. Mi socio quiere traspasar la hipoteca y si esto sucede, todo estará perdido.

—¡Sería una verdadera lástima! —exclamó la señora.

Mientras tomaban el té, después que los chiquillos hubieron sido llevados a la cama, la señora preguntó a Polaniecki si Marina le había gustado.

—No puedo decírselo a usted —contestó el joven—; no me he fijado en ella, y, de consiguiente, no sé si es bonita o fea.

—Éso no es cierto —replicó la señora.

—Bueno, pues la he mirado y debo confesar que es bonita, encantadora y todo lo que usted quiera, ¿no es verdad? Es una muchacha que merece que uno se enamore de ella y la haga su mujer, lo cual no impide que yo no vuelva a poner los pies en su casa. ¿Acaso se imagina usted que no sabía el empeño que tenían las señoras en que fuese a Kerzemien? He conocido lo suficiente al padre, y esto me servirá de aviso. Podría muy bien ser que la hija tuviese el mismo carácter del padre, y en tal caso, muchísimas gracias.

—Dispéñeme, está usted hablando sin reflexionar. Primero me dice usted que es hermosa y que merece que uno se enamore y se case con ella y luego añade que podría tener el carácter de su padre. La premisa no está de acuerdo con la conclusión.

—Tal vez; mas para mí todo es uno. En esas cosas siempre he sido desgraciado: ahora tengo bastante ya.

—No, no tiene usted bastante y va a comprenderlo ahora mismo. En primer lugar, porque Marina ha producido en usted una impresión de que no se puede librar; en segundo lugar, porque esa muchacha es la más noble y la mejor de las jóvenes y cualquiera podría tenerse por dichoso de hacerla su esposa.

—Entonces, ¿por qué está soltera todavía?

—Porque es demasiado joven aún; y por otra parte, ¿tan ingenuo es usted que vaya a imaginarse que nadie le hace el amor?

—Me alegro, así se casará con otro.

Las palabras de Polaniecki no estaban, empero de acuerdo con sus sentimientos; habría sentido muchísimo que otro hubiese tomado a Marina por esposa. En su fuero interno agradeció, pues, a la señora Bigiel los elogios que ésta había tributado a Marina.

—Por lo demás, a mí me es indiferente —repuso Polaniecki tras una breve pausa—: de todos modos me he convencido que es usted una sincera amiga suya.

—No lo soy únicamente de Marina, sino también de usted, y, por consiguiente, le ruego que me dé una respuesta sincera y formal. ¿Le ha impresionado a usted Marina, sí o no?

—¿Si me ha impresionado? Naturalmente, ¡muchísimo!

—¿Lo ve usted? —gritó con júbilo la señora.

—No veo nada, absolutamente nada. Es verdad que me ha gustado mucho, no puede usted formarse idea de lo interesante y simpática que es para mí aquella criatura. Pero, ¿de qué sirve eso? Una nueva visita a Kerzemien es imposible ya de todo punto. Partí de allá con tal exaltación de ánimo, les dije, tanto al padre como a la hija, cosas tales, que ahora se ha perdido todo.

—¿Tan descortés ha estado usted?

—Más de lo que usted puede imaginarse.

—Con una carta se puede remediar todo.

—¿Cree usted que puedo escribir ya a Plavicki? ¡Por nada del mundo lo haría! Por otra parte, él me ha regalado su maldición.

—¡Qué! ¿le ha maldecido a usted?

—Sí, como patriarca de la familia: en nombre propio y en el de todos sus antepasados ha fulminado su maldición contra mí. Me causa tal horror, que me sería imposible escribirle dos líneas. Es un perfecto comediante. Con mucho gusto le pediría perdón a la hija; pero, ¿de qué serviría? Esta se pondrá, como es natural, de parte de su padre. Aun en la hipótesis más favorable, se limitaría a darme alguna contestación cortés y nada más.

—En cuanto Emilia regrese de Reinchenhall, ella, con un pretexto cualquiera, hará que Marina venga a Varsovia y luego... luego usted procurará remediar el mal.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —replicó Polaniecki—; he resuelto traspasar mi crédito, y lo traspasaré.

—Tal vez sea lo mejor que puede usted hacer.

—Sería lo peor —objetó Bigiel—; y he tratado de disuadirle de semejante disparate. Pero abrigo la confianza de que no encontrará tan fácilmente un comprador.

—Litka debe estar ya casi curada, y por lo tanto creo que Emilia estará pronto de vuelta —prosiguió la señora hablan consigo misma; y luego, dirigiéndose a Polaniecki, añadió—: En cuanto a usted, le ruego que reflexione sobre la impresión que le producirán las otras jóvenes comparadas con Marina. Confieso que no es tanta mi intimidad con la señorita Plavicki como lo es la de Emilia; pero, a la primera ocasión que se me presente, voy a escribirla, para pedirle que me diga claramente qué piensa de usted.

Era hora ya de que Polaniecki se despidiese de sus amigos.

Mientras se dirigía a su casa, convencíase cada vez más de que Marina se había hecho dueña de todo su ser; pero al mismo tiempo reconocía que sus relaciones con ella habían empezado de una manera tan desgraciada, que obraría muy cuerdamente, mientras estaba a tiempo, en alejar por completo de su pensamiento la imagen de aquella joven. Más positivo que soñador y no acostumbrado a dejarse mecer por ilusiones quiméricas, empezó a analizar detenidamente su situación respecto a la señorita Plavicki. Cierto era que aquella joven poseía todas las cualidades apetecibles en una buena esposa; pero el padre era insoportable, y tan indigesto, que él solo bastaba para contrabalancear todas las buenas dotes de la hija.

—Yo no podría vivir con ese insulso presuntuoso —pensaba Polaniecki—; con él es imposible toda relación. O habría que someterse completamente a su voluntad, cosa que no me siento capaz, o se le tendría que tratar como le traté últimamente en Kerzemien. En el primer caso, me convertiría en esclavo de aquel viejo egoísta; en el segundo caso, le crearía a mi mujer una situación insoportable, y desaparecería nuestra felicidad. Por lo tanto, tengo que hacer lo posible para olvidarla: y el tiempo se encargará de esto.

Puestas en claro las cosas, creía que no necesitaba pensar más en ella, pero al propio tiempo sintióse atormentado por un sordo pesar, por haber dejado escapar la realización de todas sus esperanzas. Durante un momento había entrevisto un porvenir de color de rosa y ahora todo volvía a ponerse tan oscuro como antes. Tenía que reanudar la vida de siempre, la vida que desde aquel instante le parecía insulsa, insubstancial y sin objetivo alguno. El trabajo y las ganancias deben servir únicamente para llegar a un objeto determinado, sin el

cual todo es inútil. Tomados o considerados bajo este aspecto, hasta los más ingratos deberes de la vida parecen ligeros y soportables.

Desde ciertos puntos de vista Polaniecki era hijo de nuestro siglo. Diferenciábase, empero, de nuestros contemporáneos *decadentes*, es decir, no era escéptico atacado de esa epidemia nerviosa, tan generalizada hoy, y que a la larga conduce a la desesperación. Crearse una familia y trabajar para ella era el fin que perseguía desde hacía tiempo.

Llegado a la puerta de su casa, formuló entre sí, con la convicción de un fatalista, la siguiente conclusión:

—La señorita Plavicki no es la mujer predestinada; en caso de que lo sea, no es éste el momento oportuno.

Al día siguiente, se fue a comer al *restaurant* donde solía ir, y se encontró allí con Vaskovski y Bukacki. Después de él, entró también Masko, con su aire arrogante, su cara congestionada, sus largas patillas, el monóculo en el ojo, y el chaleco blanco. Después de los saludos de costumbre, todos quisieron enterarse del resultado del viaje, por haberles indicado las señoras el por qué había ido personalmente a Kerzemien.

Cuando Polaniecki llegó al término de su relato, Bukacki observó con la flema que le era habitual:

—¿Conque guerra? Me parece que esa señorita te ataca los nervios. Este sería el momento oportuno para intentar el asalto. Las mujeres aceptan más fácilmente el brazo en un sendero pedregoso, que en un camino real.

—Ofrécele, pues, el tuyo —exclamó vivamente Polaniecki.

—Eso no, amigo mío; hay tres cosas que se oponen a ello. Primeramente, la señora Emilia es la dueña absoluta de mis sentimientos; en segundo lugar, cada mañana, cuando me levanto, siento en el cuello, y en la nuca, un dolor que me dice que me amenaza una enfermedad cerebral, y, finalmente, porque soy pobre.

—¿Tú pobre?

—A lo menos en este momento. He comprado cerca de veinte Falckows, todos *avant la lettre*, y de consiguiente durante todo un mes estaré sin un céntimo. Además, si recibo de Italia un cuadro que me ha llamado la atención, estoy arruinado por un año.

Vakovski, que por sus rasgos fisonómicos y por el color subido de la cara se parecía a Masko, era más joven y menos feo, fijó sus azulados ojos en Bukacki y dijo:

—He aquí otro enfermo de nuestro siglo, el *coleccionista*.

—¿Qué tienen ustedes que decir contra los coleccionistas?

—Ni una palabra —contestó Vaskovski—. En nuestros días esto se considera como una prueba de gran amor al arte, cuando debiera considerarse como un indicio de decadencia. En otros tiempos los hombres se apasionaban por las grandes obras maestras existentes en los museos y en los templos: hoy se tiene el fanatismo de las colecciones privadas. En la actualidad hasta los chiquillos son apasionados por las colecciones: no digo esto por Bukacki; pero hasta los muchachos quieren ser originales y coleccionistas. Menos mal si se tratase de objetos de algún valor; pero, por lo común, se trata de bagatelas inútiles. ¿No es así? Yo distingo entre el amor y la pasión y sostengo, por ejemplo, que un hombre que es en extremo apasionado por las mujeres, es incapaz de un sentimiento más noble, como lo es precisamente el amor.

—Es muy posible —apoyó Polaniecki.

Masko, a quien todas estas filosofías aburrían sobremanera, sacóse del bolsillo de la levita un cigarro, cortó la punta con los dientes y dijo, volviéndose hacia Polaniecki:

—Oye, Estanislao, ¿es cierto que quieres vender tu crédito sobre Kerzemien?

—Sí; ¿por qué me lo preguntas?

—Porque quizá me decidiera a comprarlo.

—¿Tú?

—Sí, ya sabes que hago con frecuencia operaciones como ésa. Hoy nada puedo decirte de seguro; pero mañana iré a tomar datos al Registro de Hipotecas y así podré darte una respuesta positiva. Mañana, después de comer, ven a mi casa a tomar café y hablaremos detenidamente.

—Está bien. Me alegraré de poder despachar pronto ese asunto, porque ya he advertido a mi socio que mañana parto.

—¿A dónde quieres ir? —le preguntó Bukacki.

—Todavía no lo sé. Aquí en la ciudad hace demasiado calor. Seguramente iré a algún sitio donde pueda encontrar agua y sombra.

—Otro añejo prejuicio —exclamó Bukacki—; en la ciudad siempre hay sombra, a lo menos por un lado de la calle, mientras en el campo, no siempre la hay. Yo ando por la parte de la sombra y me va muy bien. Por eso no me muevo de la ciudad ni aun en pleno estío.

—¿Y usted, maestro, no ha elegido aún su residencia de verano? —preguntó Polaniecki al viejo Vaskovski.

—La señora Emilia me ha invitado a Reinchenhall, y probablemente iré allá.

—Entonces le acompañaré a usted. A mí lo mismo me da un sitio que otro. De momento me había tentado Salisburgo; pero me gustará volver a ver a Litka.

En aquel momento Bukacki tendió su delicada mano, sacó de un vaso un palillo con el cual empezó a limpiarse los dientes, y con su acento sosegado e indiferente dijo:

—Siento que se apoderan de mi cerebro unos furiosos celos, que hasta pueden inducirme a partir con ustedes. Ten cuidado, Polaniecki, porque de un momento a otro puedo estallar como la dinamita.

Era tan cómico el contraste entre lo terrible de sus palabras y el tono apacible con que las pronunciaba, que Polaniecki no pudo contener la risa y dijo en tono de zumba:

—Nunca se me ha ocurrido la idea de que pudiese enamorarme de la señora Emilia: te doy las gracias por el magnífico pensamiento que me has sugerido.

—¡Ay de vosotros dos! —exclamó Bukacki, y continuó tranquilamente atormentándose los dientes.

V

Al día siguiente, después de haber comido en casa de Bigiel, Polaniecki fue a reunirse con Masko a la hora convenida.

Indudablemente se le esperaba, porque en la sala donde el criado le introdujo estaban preparados los licores y el servicio de café. No estaba Masko allí, pero hizo decir a Polaniecki que se aguardara un instante, porque estaba conversando con dos señoras. En efecto, oíanse voces a través de la puerta que daba acceso a la habitación inmediata.

Para pasar el tiempo, Polaniecki se puso a contemplar los retratos de los ascendientes de Masko, que colgaban de las paredes de la sala. Los amigos del joven abogado prestaban poca fe a su autenticidad; especialmente el de cierto prelado bizco y mitrado, era el blanco de los sarcasmos de Bukacki; pero Masko, indiferente a las pullas, seguía firme en su propósito decidido de hacer aceptar al mundo como auténticos sus ascendientes y su talento de abogado, sabiendo que la gente con quien tenía que habérselas tomaría por fin el oropel por oro. Aunque descendía de una familia de origen muy dudoso, se relacionaba con individuos de la más rancia nobleza, a quienes trataba con tal altivez, como si en su presencia fuesen plebeyos. Y aunque no era rico, trataba a los potentados como si fueran unos pordioseros. Esta táctica le servía admirablemente, y si bien algunas veces se extralimitaba, procurando, empero siempre, no caer en el ridículo, alcanzó rápidamente lo que se proponía, crédito y celebridad.

Valiéndose de hábiles manejos, había logrado ganar importantes procesos. No era, empero, el lucro lo que de momento ambicionaba; lo que le preocupaba era el porvenir, convencido de que el dinero ya vendría después por sí solo. No era pródigo, porque sostenía que ésta es la característica que distingue a los *parvenus* que creen hacer carrera en el mundo con la prodigalidad. Si era preciso gastaba, pero con una generosidad razonada y calculadora. Poseía una gran dosis de audacia, un espíritu emprendedor, una prudencia extraordinaria y una fe inquebrantable en su estrella, que éxitos recientes habían reforzado. No se conocía la cuantía de sus bienes, pero como gastaba mucho se le tenía por rico.

Lo que daba impulso a su actividad no era la manía del lucro, sino la vanidad. Quería enriquecerse, pero a lo que más aspiraba era a ser tenido por un gran señor, a parecer un inglés. Hasta estaba pagado de su fealdad, porque creía que le daba un aire aristocrático. Y en efecto, sus labios abultados, su larga nariz y el tinte subido de su cara congestionada, eran realmente poco comunes. Un cierto aspecto de fuerza con mezcla de brutalidad y prepotencia, que él procuraba acrecentar llevando alta la cabeza, mientras se retorció los largos bigotes, contribuía a darle precisamente el aire exótico de un habitante de allende el Canal de la Mancha.

Al principio Polaniecki no lo podía soportar y lo dejaba comprender a las claras; pero con el tiempo se acostumbró a su presencia. Por otra parte, Masko lo trataba con todo miramiento, porque, consciente de su fuerza, no quería hacerse de él un enemigo.

En efecto, ahora, después que hubo despedido a las señoras, entró en la sala, excusándose de haberse hecho esperar; y sin tomar aquel aire de gran señor que le era habitual, exclamó:

—¡Ah, las mujeres, las mujeres! *C'est toujours une mer á boire* (1). Coloqué por cuenta de ellas un pequeño capital, cuyos intereses cobran con regularidad, y a lo menos una vez por semana acuden aquí por temor de una catástrofe.

—Y bien, ¿qué me dices de mi asunto? —interrumpió Polaniecki.

—Ante todo tomemos café —respondió Masko, mientras encendía el hornillo colocado debajo de la maquinilla—; contigo no es cuestión de perder el tiempo en palabras inútiles. He estado en el Registro de Hipotecas y no creo que tu crédito sea fácil de cobrar; pero no se puede considerar completamente perdido. La exacción de una cantidad semejante exigirá grandes gastos, y de consiguiente, no te lo podré pagar por su valor nominal; pero te ofrezco dos tercios de su valor, pagaderos en tres plazos en el decurso del año.

—Como estoy decidido a deshacerme de este enredo, acepto tu proposición por más que salgo perdiendo. ¿Cuándo piensas pagar el primer plazo?

—Dentro de dos meses.

—Si por acaso estoy ausente todavía, encargará el cobro a Bigiel.

—¿Vas a Reinchenhall?

—Es muy probable.

—Temo que Bukacki te haya sugerido cierta idea.

—Cada cual tiene sus fines particulares, como tú, por ejemplo. ¿Por qué compras mi hipoteca? Este negocio es demasiado mezquino para ti.

—Amigo mío, no conviene despreciar los negocios, aunque sean de poca monta. Por otra parte, contigo puedo hablar con entera franqueza. Ya sabes que no puedo quejarme de mi posición, ni de mi crédito; pero éstos aumentarán considerablemente si me puedo convertir en propietario de unía, gran hacienda. En cierta ocasión Plavicki me dijo que de buena gana habría vendido Kerzemien; ahora ha llegado para mí el instante favorable de comprarlo.

—Pues yo puedo asegurarte que no será tan fácil la cosa como supones. La señorita Plavicki no quiere saber nada de esta venta; está enamorada de su Kerzemien y luchará con todas sus fuerzas para que la finca siga perteneciéndole a ella y a su padre.

—En la peor de las hipótesis, no me tocará otra cosa que seguir tu ejemplo; si no logro hacerme dueño de Kerzemien, venderé nuevamente el crédito. Por más que, como abogado, ya sabré hallar el medio de hacerles pagar.

—También puedes hacer vender la hacienda en pública subasta, y luego comprarla tú mismo.

—Es verdad, pero esto no podría hacerlo siendo quien soy. Semejante procedimiento es impropio de un hombre como yo. Hay otro medio más noble, y del cual me quedará muy agradecida la señorita Plavicki.

Polaniecki, que estaba bebiendo el café, dejó súbitamente la taza encima de la mesa.

—¡Ah! —dijo—, comprendido... Por este medio, no solamente se puede adquirir la finca sino al mismo tiempo el nombre.

Nuevamente se encolerizó contra sí mismo. Ganas le dieron de ponerse en pie y manifestar que desistía de traspasar su hipoteca; pero se contuvo al instante. Entretanto Masko se retorció los bigotes, y tras una breve pausa repuso:

—¿Y si fuera así? Por de pronto, te doy mi palabra de honor que no he pensado adoptar semejante plan; antes quiero pensarlo detenidamente. Pero supongamos que sea así. Tuve ocasión de conocer a la señorita Plavicki cuando

(1) Es hablar de la mar.

vino con su padre a pasar el invierno y me produjo una impresión muy favorable. Pertenece a una de las mejores familias. La finca está cargada de deudas; pero es grande y todavía hay medios de salvarla. ¡Quién sabe! Es una idea como otra cualquiera. Contigo seré franco, como lo soy con todos. Tú fuiste a Kerzemien con el pretexto de reclamar tu crédito, pero yo sabía por qué las señoras te habían instigado a que fueras. Cuando te vi volver tan predispuesto contra ellos, comprendí que no querías saber absolutamente nada de eso. En realidad de verdad, ahora no tengo intención alguna de presentarme como pretendiente a la mano de la señorita; mi pensamiento es completamente opuesto a esto, y bastaría una sola palabra tuya para que renunciara definitivamente a este proyecto. Esto lo puedes tener por seguro. Dime, pues, con sinceridad qué es lo que piensas.

Polaniecki, que no había olvidado lo que resolviera dos días antes, respondió con presteza:

—No tengo intención alguna respecto a la señorita Plavicki. Me es completamente indiferente que te cases o no te cases con ella. Lo único que hay, y dispénsame por la franqueza, es que me desagrada que tú quieras comprar mi crédito. Si actualmente no tienes intención alguna determinada, la puedes tener con el tiempo, y entonces tu proceder podría parecer extraño. Tendrá la apariencia de una imposición o de una trampa, pero esto es cosa tuya.

—Claro está que es cosa mía; a otro ya se lo habría dado a entender a las claras. De todos modos, puedes estar seguro de que, aun sin todo eso, habría comprado tu crédito; es un negocio que le puede convenir a cualquiera. Tal como están hoy las cosas, considera que puede aconsejarse la adquisición de Kerzemien. No puedo omitir medio alguno lícito que pueda conducirme al objeto que me he propuesto.

—Está bien: así sea. Extiende el contrato y envíamelo, o, mejor, si te parece bien, tráemelo tú mismo.

—No es preciso. Mi pasante lo ha extendido ya, sólo falta tu firma.

Un cuarto de hora después todo estaba terminado. Durante el resto de aquel día. Polaniecki estuvo de pésimo humor.. Cuando, al anochecer, volvió a casa, la señora Bigiel lo miraba apenada, mientras el marido le pedía pormenores sobre la operación realizada.

—Evidentemente, Masko tiene alguna intención sobre la señorita Marina —dijo Bigiel con su voz tranquila—; lo que importaría saber es si suponiendo lo contrario, trataba de engañarte o si lo hacía de buena fe.

—¡Dios la libre de Masko! —exclamó la señora—. Todos sabemos que está enamorado de ella.

—Yo creía —repuso Bigiel— que un hombre como Masko no tendría otra mira que el dinero; pero me he engañado. Parece, por el contrario, que trata de elegir una muchacha que pertenezca a la añeja nobleza. De seguro que, por este medio, confía consolidar su posición, trabar nuevas relaciones y atraerse toda la clientela de la alta sociedad. El pensamiento no es descabellado, tanto más si se piensa que con el crédito de que goza, podrá mejorar la desesperada situación de Kerzemien y hasta puede ocurrir que con prudencia consiga librarla de sus cargos.

—De que está enamorado de la señorita Marina, no cabe duda —observó Polaniecki—; ahora recuerdo haber oído algo de esto al señor Plavicki.

—¿Y cuáles serán las consecuencias? —preguntó la señora.

—Si la señorita Marina quiere, llegará a ser la esposa de Masko —respondió Polaniecki.

—¿Y usted?

—Yo, por ahora, me voy a Reinchenhall.

VI

Una semana después partió definitivamente con Vaskovski para Reinchenhall. Antes de salir de Varsovia había recibido una carta de la señora Emilia, en la cual ésta le rogaba que le diese noticias de su viaje a Kerzemien. Creyó inútil contestar, pensando satisfacer verbalmente este deseo.

Además, sabía que Masko había salido para Kerzemien. Esta noticia le preocupó más de lo que se había figurado; sin embargo, esperaba que una vez llegado a Viena lo olvidaría todo, pero se engañaba. La duda de que tal vez Marina hubiese aceptado las proposiciones de Masko le atormentó de tal manera que desde Salzburgo se decidió a escribir a Bigiel. Con el pretexto de hablarle de los negocios, pedíale noticias del viaje del abogado.

Tan ocupada tenía la mente con la imagen de Marina, que no prestaba atención a las disertaciones de Vaskovski sobre las diversas nacionalidades de Austria y sobre la cuestión de los idiomas; y aun le acaecía no contestar siquiera a las preguntas que se le dirigían. Veía su rostro noble y delicado, sus dulces ojos, su figura elegante, respirando toda ella frescura virginal. Recordaba con singular lucidez de imaginación las más insignificantes particularidades de su traje, sus piececitos, sus manos pequeñas algo tostadas por el sol y sus negros cabellos. Jamás hubiera sospechado que una joven a quien puede decirse que apenas había entrevisto, pudiese continuar tan viva en su mente.

Y luego, cuando pensaba que de aquel tesoro podría adueñarse Masko, un estremecimiento de deseo y de rabia recorría todo su cuerpo. Entonces su primer impulso era el de disputarle la joven, e impedir que eso se realizara; mas en seguida recordaba que no podía alegar derecho alguno y que había declarado terminantemente que renunciaba a Marina.

Los dos compañeros de viaje llegaron a Reinchenhall una mañana temprano. Preguntaron en seguida por la habitación de la señora Evatovski, pero mientras que se encaminaban a ella, la encontraron en el parque junto con la pequeña Litka.

La señora Emilia, que no esperaba volver a verle tan pronto, se alegró muchísimo, pero no tardó en desvanecerse su alegría.

La pobre Litka, que era asmática y padecía del corazón, al volver a ver a su antiguo amigo sufrió tan grave ataque de asma y se sintió presa de tan violentas palpitaciones, que estuvo a punto de desmayarse. Mas el acceso pasó, como de costumbre, en seguida. La niña volvió a ponerse alegre y durante todo el regreso no soltó la mano de su Stach (1), y de cuando en cuando se la apretaba dulcemente, como si quisiera asegurarse de que lo tenía a su lado.

(1) Diminutivo de Estanislao.

Polaniecki no tuvo tiempo de hablar con la señora Emilia, porque Litka, orgullosa de poder enseñarle Reinchenhall, hablaba incesantemente, sin cansarse de mostrarle las bellezas de la ciudad.

—Pero eso es nada todavía —decía—, hay que ver el lago de Thum, que es magnífico: iremos mañana.

Después, volviéndose hacia su madre, continuaba:

—¿Verdad, mamá, que me lo permitirás? Ahora estoy buena, y además, no está lejos.

Sin abandonar la mano de Polaniecki deteníase un instante delante de él, le examinaba atentamente y repetía con afectuoso tono:

—¡Señor Stach! ¡señor Stach!

Polaniecki le contestaba con la ternura de un hermano mayor.

—Corazoncito mío, no andes tan de prisa, si no, te volverás a poner mala.

Litka hacía un mohín de disgusto, y gritaba:

—¡Chito, señor Stach, chito!

Polaniecki miraba intencionadamente a la señora Emilia, como para darle a entender que deseaba hablarle, pero sin resultado.

La cariñosa madre no quería turbar la alegría de su niña, privándola casi en seguida de su amigo.

Por fin, después de comer, en el jardín, en medio del verdor y del parloteo de los pájaros, Polaniecki, aprovechando un momento en que el doctor Vaskovski distraía a la niña hablándole de los pájaros y de la predilección que sentía por ellos San Francisco de Asís, rogó a la señora Emilia que diese una vuelta con él por el jardín.

—Con mucho gusto —respondió ella—. Litka, quédate un momento con el señor Vaskovski; pronto volveremos.

Y dirigiéndose de nuevo al joven, al cabo de un instante, añadió:

—Y bien, ¿qué me tiene usted que decir?

Polaniecki dio principio a su relato. Pero fuese que no tuviera valor suficiente para decir con toda su crudeza la realidad de las cosas, fuese que temiera la excesiva sensibilidad de la señora Emilia, el caso es que refirió los hechos atenuándolos en gran parte.

Explicó la disputa sostenida con Plavicki, pero calló la manera irrespetuosa con que había tratado a Marina, y terminó su narración con estas palabras:

—Esta deuda fue la causa de mi discordia con el señor Plavicki, cosa que de seguro habría de desagradar a la señorita Marina. De consiguiente, resolví traspasar mi crédito a una tercera persona, y antes de salir de Varsovia vendí la hipoteca a Masko.

—Ha hecho usted bien —observó la señora—. Entre ustedes dos no deben mediar cuestiones de intereses.

En aquel momento Polaniecki se avergonzó de engañar a aquella alma ingenua y exclamó:

—¡No! he hecho muy mal, Bigiel opina también que he obrado indignamente. Masko puede perseguirlo, ponerlo entre la espada y la pared. No, señora, no; mi proceder no tiene excusa, y es tal, que hace imposible toda reconciliación. Si yo no hubiese ido allá completamente resuelto a acabar de una vez con este maldito asunto, habría obrado de una manera muy distinta.

—¿Qué quiere usted que le diga? Yo soy algo fatalista y estoy convencida de que la Providencia debe ser quien dispone mejor las cosas. Admitido esto, al hombre es al que le toca escoger lo que más le agrada; pero las más de las veces

está cegado por sus propias pasiones y acontece que escoge según éstas, creándose su propia infelicidad.

—Puede ser, pero es fácil que el hombre obre contra sus propias convicciones. La razón es también un don de la Providencia. Por otra parte, ¿quién me asegura que Marina se hubiese casado conmigo?

—Desde su visita de usted a Kerzemien, no he recibido carta alguna de ella; esto me sorprende muchísimo, porque nos escribíamos todas las semanas. Espero que recibiré carta mañana. ¿Sabe Marina que se halla usted en Reinchenhall?

—No; cuando me hallaba en Kerzemien, no pensaba en venir aquí.

—Tanto mejor. Así Marina se expresará con más sinceridad; por más que, como es tan franca, tampoco habría sido capaz de decir una cosa por otra.

El primer día transcurrió agradablemente para todos.

Por la noche, antes de separarse, acordaron acceder al deseo de Litka y dar un paseo hasta el lago de Thum.

A eso de las nueve de la mañana siguiente, Vaskovski y Polaniecki se encontraron frente a la quinta habitada por la señora Emilia y por Litka. Esta se hallaba ya dispuesta para salir.

La madre y la hija eran objeto de general admiración entre los habitantes de Reinchenhall. Aquélla con su rostro de una dulzura angelical, venía a ser la personificación del amor materno; ésta con sus grandes ojos oscuros y sus cabellos rubios, parecía más una concepción de artista que un ser viviente.

El decadente Bukacki dijo que se le figuraba una aparición indefinida, saliendo de la niebla, suavemente iluminada por la rosada luz del alba. Su enfermedad y la exquisita sensibilidad que aquélla le producía, contribuían a dar a esta aparición un aspecto ultra terrenal.

La madre era incapaz de negar cosa alguna a su adorada hija, cuyos más insignificantes deseos eran satisfechos al punto. Si la niña no se aprovechaba de tal condescendencia, debíase a su índole excepcionalmente buena.

Polaniecki las visitaba a menudo, y esa intimidad había bastado para que en Varsovia se murmurase de ellos. La señora Evatovski era, en el verdadero sentido de la palabra, ingenua como una niña, no pensaba en el mal, y, de consiguiente, no sospechaba que los demás pudieran murmurar de ella. Por lo tanto, jamás había experimentado la necesidad de hacer cesar aquellas hablillas quitando la causa de ellas.

Aquel a quien Litka profesara cariño, estaba seguro de ser bien recibido en su casa.

Había rechazado varias proposiciones matrimoniales, sosteniendo que en este mundo no necesitaba a nadie más que a su hija.

En cuanto la señora Emilia advirtió la presencia de los dos amigos, salió a su encuentro, y, después de haber correspondido a sus saludos, dijo volviéndose a Polaniecki:

—He recibido la carta que usted sabe y la traigo conmigo.

—¿Se puede leer?

—Sí; ahí la tiene usted.

Habíanse encaminado hacia el lago de Thum, siguiendo el camino que se internaba en el valle. La señora Emilia, Vaskovski y Litka iban delante; Polaniecki les seguía a paso lento, embebido en la lectura de la carta, que decía:

«Mi querida Emilia: Hoy he recibido tu grata carta y me apresuro a contestar a tus preguntas, deseosa también yo de franquearme contigo.

»Polaniecki partió dos días después de su llegada.

»La noche en que llegó le acogí cordialmente, como acostumbro hacer con todos los demás huéspedes, y sin pensar en nada más. Al día siguiente, como era domingo, yo estaba libre, y permanecimos solos casi toda la tarde, porque papá había ido a casa de los señores Jamiz.

»¡Qué joven tan simpático y tan franco! Por la manera como habla de ti y de Litka comprendí que debía tener un gran corazón. Estuvimos paseando largo rato por el jardín: él se sentía conmovido a la vista de los lugares que le recordaban su infancia; cuando llegamos al estanque quiso poner a flote un viejo bote que estaba encallado en la orilla, y se hirió en la mano con una astilla, de tal modo que me vi obligada a vendársela.

»¡Cuán agradable me era su compañía! Hablaba tan bien y su conversación era tan interesante, que yo estaba pendiente de sus labios; estaba como fascinada, y mi pobre cabeza, vergüenza me da el decirlo, empezó a dar vueltas.

»Tú sabes la vida que llevo, que mi único pasatiempo es el trabajo y que muy raras veces vienen a mi casa personas distinguidas y de una educación superior; de consiguiente no te sorprenderá que él me produjera la impresión de un extranjero que venía de un mundo más hermoso y desconocido para mí. Por la noche; no pude conciliar el sueño, porque mi pensamiento estaba constantemente ocupado por su imagen.

» ¡Pero el encanto fue de breve duración!

»Al día siguiente él tuvo una escena violenta con mi papá y yo experimenté los efectos. Únicamente Dios sabe cuánto habría dado yo para evitar aquel altercado. Me produjo un pesar inmenso y si el cruel supiera cuántas lágrimas derramo a solas en mi habitación, de seguro que se compadecería de mí. Poco a poco, sin embargo, me convencí de que, si el señor Polaniecki fue demasiado violento, mi padre tenía en aquel momento la culpa de todo, y por lo tanto, mi enojo acabó por desvanecerse. ¿Sabes lo que quiero decirte en confianza? El no traspasará su crédito sobre nuestras tierras como amenazó hacerlo, y volverá a Kerzemien.

»El señor Polaniecki ha adquirido en mí una amiga leal que una vez vendida Magierow, hará todo lo posible para que desaparezca la causa de toda disidencia. De este modo él se verá precisado a venir a Kerzemien. Si le ves, te ruego que nada le digas, y que no le riñas.

»Muchos besos a Litlca, sigue escribiéndome y no dejes de quererme.»

Terminada la lectura, Polaniecki ocultó la carta en el bolsillo interior de su americana, encasquetóse el sombrero y de pronto viniéronle ganas de hacer trozos su bastón y arrojarlo al agua. Contúvose, empero, murmurando entre dientes:

—¡Verdaderamente conoces a Polaniecki! ¡Abrigas la confianza de que será capaz de no hacerte daño! Es impulsivo, ¡pero tiene tan buen corazón...!

Y después de reflexionar un instante añadió:

—Más vale sea así, porque esa niña es un ángel y yo no soy digno de poseerla.

Ahora se daba cuenta de que el alma de la joven se le había entregado expansiva y confiada, y que debía experimentar una de esos desengaños que no se olvidan en toda la vida y que son un martirio eterno.

Menos mal si se hubiese limitado a vender la hipoteca; pero cederla a un hombre del temple de Masko equivalía a decir a la niña: «No sé qué hacer de ti, cástate con Masko si te acomoda.»

Engañada habría pensado en todo lo que él habría dicho aquel domingo, en las cordiales y afectuosas frases que tanta impresión habían producido en su inexperto corazón, y cuya veracidad debía ser tan perfectamente demostrada luego.

Polaniecki trataba de hallar una excusa a su acción pero no lograba encontrarla. ¡Cuán fácilmente habría podido conquistar su mano y su corazón!

Poseía el joven en medio de sus flaquezas corazón bueno y amante; por eso las conmovedoras frases de aquella carta habían obrado poderosamente sobre él.

Reunióse rápidamente a la comitiva y dirigiéndose a la señora Emilia, le dijo:

—¿Quiere usted regalarme esta carta?

—Con mucho gusto. ¡Cuánta bondad! ¿verdad? ¿Por qué me ha ocultado usted que antes de partir fue descortés hasta con ella? Mas ya que la pobre niña le defiende a usted, a pesar de todo, no quiero hacerle reproches.

—¡Ah, señora! si eso pudiera servir de algo, debería rogarle que me diese de palos. Pero, ¿de qué serviría? Todo se ha perdido ya.

La señora Emilia no participó de esa opinión.

—Lo veremos dentro de un mes —respondió.

—No puede imaginarse usted lo que tal vez sucederá —replicó Polaniecki pensando en Masko.

—No olvide usted que quien una vez ha ganado el corazón de Marina, jamás recibirá un desengaño.

—Yo creía —repuso Polaniecki con triste acento— que un corazón como aquél, una vez rechazado no se podría volver a ganar.

En este punto tuvieron que interrumpir su diálogo porque se les reunieron Litka y el señor Vaskovski, y la niña se apoderó en seguida del brazo de Polaniecki, abrumándole a preguntas, a las cuáles él contestaba distraídamente.

Anduvieron todavía un rato, siguiendo el camino que descendía a la sazón, cuando de improviso apareció a sus pies el lago Thum.

Cosa de media hora después llegaron al sendero que costea al lago. En la orilla algunos puentecillos de madera se adelantaban algunos metros lago adentro, por encima del agua, y como Litka expresara sus deseos de ver de cerca los peces, Polaniecki la tomó de la mano, y, vigilando sus pasos, la acompañó hasta el extremo de uno de los puentecillos. Los peces, habituados a los forasteros, que les echaban pedacitos de pan, acudieron en gran número.

—Sí, otra vez que vengamos traeré pan —dijo Litka—. ¡Qué curiosos son! ¡quién sabe lo que estarán pensando!

—A éstos les cuesta mucho el pensar —contestó Polaniecki—, y acaso de aquí a una o dos horas se dirán entre sí: «Era una señorita pequeña de cabellos de oro, con vestido encarnado y medias negras.»

—¿Y del señor Stach, qué dirán?

—Que soy un gitano, porque tengo los cabellos negros.

—Pero los gitanos no tienen casa.

—Ni yo tampoco, Litka. Habría podido tener una, pero me he hecho indigno de ella.

Polaniecki hizo esa respuesta con tal acento de pesadumbre, que la niña le miró sorprendida. El dolor de su amigo se reflejó tan netamente en su expresivo rostro, como se reflejaba en las aguas del lago su graciosa figura.

Cuando se hubieron reunido de nuevo con sus dos compañeros, la niña volvió a mirar fijamente a Polaniecki con aire de muda interrogación, y luego, estrechándole la mano, le preguntó:

—¿Qué le pasa a usted, señor Stach?

—Nada, hija mía. Estoy admirando el lago; por eso no hablo. ¡Mira qué bonita casita se ve al otro lado del lago!

—Allí almorzaremos.

Entretanto, la señora Emilia y Vaskovski sostenían una conversación cada vez más animada. El profesor, con el sombrero en la mano, estaba atareadísimo secándose el sudor que manaba de su cabeza completamente calva.

Vaskovski le comunicaba sus observaciones sobre Bukacki.

—Es un hereje: y por eso se halla atacado de una inquietud perenne a fin de alcanzar la eterna quietud. Ahora le ha dado por comprar cuadros y grabados, con la esperanza de poblar por este medio el desierto de su ¡alma. Los hijos de nuestro tiempo buscan incesantemente nuevo alimento para su espíritu. Es como si se abandonaran sobre un abismo, profundo como este lago, y quisieran llenarlo de pequeñas estatuas, de grabados y de cuadros. ¡Pobres pájaros que no logran otra cosa que romperse la cabeza contra los alambres de su jaula! Lo mismo que si yo pretendiera llenar este lago arrojando en él una piedrezuela.

—Pero, ¿qué es lo que puede llenar el vacío de nuestra vida?

—Las ideas grandes, los sentimientos profundos, cimentados en la idea cristiana. Su Bukacki amase el arte como cristiano, habría encontrado ya esa paz serena que hasta ahora ha intentado en vano alcanzar.

—¿Y no trata usted de convertirlo?

—Sí, me esfuerzo por inducir a él y a otros a que lean la vida de San Francisco de Asís. Pero, ¿de qué sirve? Ellos se burlan de mí. No obstante, fue el hombre más notable, el santo más grande de la Edad Media; por él adquirió el mundo nueva vida. Si un hombre como aquel viviese en nuestros tiempos, la vuelta de Cristo sería más poderosa y más completa.

Era ya cerca de mediodía y el calor empezaba a hacerse insoportable.

Desprendíase del bosque un fuerte olor a pino; el lago, de un azul oscuro, completamente tranquilo, parecía dormitar.

La pequeña comitiva penetró en el jardín de la fonda, y tomó asiento alrededor de una mesa sombreada por frondosas hayas.

Polaniecki dio órdenes para el almuerzo y luego se puso a contemplar en silencio el lago y las alturas que lo rodeaban.

A corta distancia de la mesa florecían unos lirios entre gruesos bloques de piedra.

La señora Emilia miraba pensativa las flores.

—Cuando me hallo sentada cerca de un lago —decía— y veo algunos lirios se me figura que me hallo en Italia.

—Porque en ninguna parte como en Italia se encuentran tantos lagos y tantas flores de iris —observó Polaniecki.

—Ni tanto encanto —agregó Vaskovski—. Desde hace algunos años, voy a pasar el otoño en Italia. Durante largo tiempo estuve en la duda de si debía escoger por residencia Perusa o Asís, pero el año pasado di la preferencia a Roma. Allí uno se cree transportado a la antecámara de un mundo más bello. Decididamente este octubre vuelvo allá.

—¡Cuánto le envidio! —exclamó la señora.

—Litka tiene casi doce años —observó Vaskovski—, y...

—Doce años y tres meses —interrumpió, ofendida, la niña.

—Y tres meses —repitió el profesor—; para sus años ha visto muy poca cosa y ahora sería la edad oportuna para mostrarle Roma. Cuando se es joven las impresiones son más vivas y más duraderas. Y si a esta edad son muchas las cosas que no se comprenden, más tarde la inteligencia las sabrá explicar. Decídase usted, pues; ¿quiere usted que hagamos juntos el viaje?

—En octubre no puedo: tengo varios compromisos que me retienen en Varsovia.

—¿Qué compromisos?

La señora Emilia se sonrió graciosamente.

—El primero —dijo señalando a Polaniecki— y el más importante es el de casar a ese señor que está sentado ahí abismado en sus pensamientos. El pobrecito está enamorado.

Polaniecki alzó la cabeza como asustado e hizo una señal negativa. Pero Vaskovski preguntó, con la ingenuidad de un niño:

—¿De Marina Plavicki?

—Sí —respondió la señora Emilia—. Durante su visita a Kerzemien recibió una profunda herida en el corazón, por más que ahora trate de negarlo.

—No lo niego —exclamó Polaniecki—; pero...

No pudo continuar.

Todos se volvieron hacia Litka que acababa de tener un ataque de su enfermedad.

Se había puesto pálida como la muerte.

La pobre madre tomó en brazos a la pobre niña, y mientras Polaniecki corría en busca de hielo, el señor Vaskovski, reuniendo todas sus fuerzas, aproximó un banco, encima del cual tendió a la enfermita que respiraba con dificultad.

—¡Querida niña! te has cansado demasiado, ¿verdad? —la preguntó la señora Emilia—. Ha sido demasiada fatiga para ti. Y, sin embargo, el médico la había permitido; pero con este calor... No será nada: ya pasará, ya pasará.

Y esto diciendo, la besaba la frente inundada de sudor.

Polaniecki volvía con el hielo, seguido de la dueña de la fonda que llevaba una almohada que se colocó debajo de la cabeza de la niña.

Mientras la madre envolvía el hielo en una servilleta, Polaniecki se había inclinado sobre la niña y le preguntaba:

—Y bien, queridita, ¿cómo te encuentras ahora?

—Un poco mejor, pero siento una opresión... —respondía Litka abriendo la boca para aspirar el aire.

Latíale con tal fuerza el corazón, que se percibía su movimiento debajo de la ropa. El hielo le alivió mucho; poco a poco le fueron desapareciendo los síntomas alarmantes quedando solamente una gran postración.

Antes de emprender el regreso era preciso reforzar a la enferma. Polaniecki hizo traer el almuerzo, pero era tanto el temor que tenían todos de que se repitiera el ataque, que nadie, a excepción de Litka, probó bocado.

Una hora después, habiendo mejorado mucho el estado de la niña, se decidieron a emprender la marcha.

A pesar de que el coche que se envió a buscar a Reinchenhall andaba al paso, fatigaba tanto a Litka, que poco antes de llegar a su casa quiso apearse.

La señora Emilia quería llevarla en brazos; mas Polaniecki se adelantó y tomó en brazos a la niña, diciendo:

—Ven, Litka, te llevo yo. Tu mamá está cansada y se pondría mala.

Procuraba andar sin dar sacudidas y de prisa, porque como percibía sobre su pecho los latidos del corazón de la niña; era preciso llegar pronto a casa y correr en busca del médico.

Obedeciendo a una orden suya, Litka le había pasado alrededor del cuello sus descarnados brazos, pero a cada momento le decía con voz suplicante:

—Póngame usted en el suelo, no puedo... déjeme bajar.

—No, no quiero: otra vez tomaremos una litera bien cómoda, y en cuanto la señorita esté cansada la colocaremos en ella.

—¡No, no! —replicó la niña, con lágrimas en los ojos.

Polaniecki continuó llevándola así, con la ternura de un hermano, con la solicitud de un padre.

VII

Al día siguiente, Litka no estaba verdaderamente enferma, pero sí muy cansada. Salió, empero, a dar un corto paseo, porque el médico había ordenado un poco de movimiento. Su estado tenía inquietos a los amigos, por cuyo motivo Vaskovski había ido a ver al doctor para saber algo positivo.

Polaniecki, que le aguardaba en la sala, comprendió desde luego, por su semblante, que no traía buenas noticias.

—El médico no cree en un peligro inminente —dijo el profesor—; pero prevé un fin no muy lejano. Ha recomendado mucho que se vigile de cerca a Litka, porque de un momento a otro es de temer una catástrofe.

Polaniecki se cubrió los ojos con una mano. ¡Qué desgracia! ¡Qué golpe para la infeliz madre! La desgraciada tal vez no podría sobrevivir a tan inmensa pérdida.

—Le he preguntado —continuó Vaskovski, mientras se enjugaba los ojos—, si sufriría mucho y me ha contestado que no, y que sin duda se irá extinguiendo insensiblemente.

—¿Y eso se lo ha dicho a su madre?

—No. No le ocultó que la niña tenía grave enfermedad de corazón, pero añadió que tales accesos son frecuentes en los niños, y que acaban por desaparecer sin dejar consecuencias. Sin embargo, él no abriga esperanza alguna.

Polaniecki no era de los que se dejan abatir por la desgracia.

—El médico puede engañarse —exclamó—; mientras hay un resto de esperanza, no hay que desesperar, sobre todo con los niños. Conviene que a Litka la visite un especialista. La señora Emilia se espantará, pero, ¿qué otra cosa se puede hacer?... ¡Esperar!... Hasta eso se puede evitar. Yo me encargo de hacerlo venir en seguida. Así, pues, podemos decir a la señora Emilia que uno de los enfermos que vienen aquí para curarse, ha consultado a un célebre especialista y ella aprovechará la ocasión y hará visitar a su hija. Pero será mejor que se le escriba, para que sepa cómo debe conducirse con la madre.

—¿Y a quién piensa usted escribir?

—No sé. El médico de la casa podrá indicarnos uno. Vamos a verle ahora mismo.

La cosa quedó arreglada en seguida. Al anochecer, los dos amigos volvieron a casa de la señora Emilia. Litka afirmaba que se sentía mejor; pero estaba taciturna y sus miradas eran más tristes de lo habitual. Sonreía, es cierto, a su madre y a los dos caballeros en prueba de la gratitud, por los cuidados que le prestaban; Polaniecki, a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo despertar en ella un poco de alegría. La predicción del médico no se le había ido de la imaginación, y esto hacía que considerase aquella tristeza desacostumbrada como una señal de los progresos de la enfermedad.

Su aprensión creció de punto cuando la señora Emilia dijo:

—Estoy contenta de que Litka se encuentre mejor; pero, ¿sabe usted lo que me ha pedido hoy? Que volvamos a Varsovia.

Polaniecki, haciendo esfuerzos para dominar su inquietud, se volvió a Litka y le dijo en tono jovial:

—¡Ah, picarilla! ¿No te pesa tener que dejar el lago Thum?

—No —respondió la niña sin vacilar y sacudiendo la cabeza.

Luego se cubrió el rostro con las manos para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

La cosa era sencillísima. Litka había oído en el lago de Thum que su Stach, su mejor amigo, se quería casar, que amaba a Marina y que su misma madre quería su casamiento. Jamás, hasta entonces, había sospechado que él pudiese amar a otra, ni ser de nadie más que de ella y de su madre; hasta entonces le había considerado como exclusiva propiedad suya. La niña no tenía una idea clara de lo que le amenazaba; únicamente comprendía que su Stach se separaría de ella y la dejaría sola. Y los que le habían ocasionado ese pesar, eran precisamente los dos seres a quienes ella amaba: su madre y el señor Stach.

Ambos confiaban en que se realizaría el casamiento, ambos estarían contentos de que se llevara a efecto esta unión; y cuando su madre dijo que el señor Stach estaba enamorado de Marina, éste no lo había negado. No le quedaba, pues, otro recurso que reprimir sus lágrimas y guardar silencio hasta con su madre.

Y Litka encerró en su pecho el primer dolor de su vida. Sí, tenía que resignarse. Pero, como para una enferma del corazón una pena cualquiera es una pócima terrible, esta resignación debía obrar más profunda y trágicamente de lo que se podrían figurar las personas que la rodeaban.

El médico especialista, llamado expresamente de Múnich, llegó dos días después y confirmó plenamente el diagnóstico del médico del país.

Delante de la madre habló con gran circunspección y hasta la tranquilizó; pero a Polaniecki le dijo, sin embargo, que la niña podría vivir tal vez algunos años, pero que también podía morir en el momento menos pensado. Ordenó que se evitase todo motivo de emoción, y recordó la necesidad de vigilarla sin cesar.

Aumentaron, si cabe, los cuidados y las caricias de la madre; se procuró alejar de la enferma toda causa que la pudiese conmover en lo más mínimo, pero no se pensó en evitar lo que era para ella más perjudicial: la emoción que podría producirle una nueva, carta de Marina. La niña escuchaba atentamente todas las palabras que se pronunciaban en su presencia, y aun cuando el contenido de la nueva carta no podría contribuir a acrecentar sus temores respecto al señor Stach, dio, no obstante, un rudo golpe a su salud ya delicada.

La señora Emilia estuvo indecisa durante todo el día en comunicar o no aquella carta a Polaniecki. Pero como ya hacía días que él no cesaba de preguntarle si había recibido noticias de Kerzemien, y como ella no podía negar que las había recibido, se resolvió a decirle la verdad entera, por dura que fuese. Así, pues, por la noche, después de haber acostado a Litka, entabló el siguiente diálogo:

—A Marina —empezó diciendo la señora Emilia— le ha impresionado mucho la cesión que ha hecho usted de su hipoteca sobre Kerzemien.

—¿Ha recibido usted alguna carta?

—Sí.

—¿No me la quiere usted enseñar?

—No; pero le leeré una parte de ella. Mariana me escribe en términos que delatan honda pesadumbre.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Parece que no ha recibido aún mi carta.

La señora Emilia se aproximó al velador, sacó la carta de uno de sus cajones, volvió junto a Polaniecki, y después de haber dado más fuerza a la luz de la lámpara se sentó de espaldas a ella.

Pero antes de empezar la lectura dijo:

—Ante todo tengo que llamarle especialmente la atención sobre este punto, a saber, que para Marina no se trata solamente de la cesión de la hipoteca, sino además... de lo que usted sabe muy bien, esto es, que usted le ha trastornado algo la cabeza, y de consiguiente, el proceder de usted ha adquirido para ella una importancia especial... Y para ser franca espera olvidar.

—Con usted hablo siempre con franqueza —observó Polaniecki—. Por lo tanto, confieso lo que jamás le diría a nadie. Cometí la bestialidad más grande de mi vida pero he sido duramente castigado.

La señora Emilia le miró con aire de profundidad piedad.

—¡Pobre amigo! ¿De modo que Marina no le es indiferente? No se lo pregunto por mera curiosidad, sino por la amistad que le profeso. De buena gana me haría mediadora entre ustedes dos, pero antes, naturalmente quisiera estar segura de que...

—¿Sabe usted lo que me ha dado el golpe de gracia? —interrumpió con impaciencia Polaniecki—: la carta que me dio usted a leer. En Kerzemien Marina me gustó, y desde entonces siempre he pensado que no habría podido hacer mejor elección, porque la ¡señorita Plavicki reúne en ella todas las cualidades que yo deseaba a una mujer. Mas no quise mostrarme débil. A veces existen en nosotros dos almas, de las cuales la segunda critica constantemente lo que hace la primera; sin embargo, esta segunda alma susurraba constantemente a mis oídos: «No cedas, porque de todos modos no te sería posible soportar al padre». Por lo tanto, decidí cortar por lo sano y traspasé mi crédito. Demasiado tarde eché de ver que me era imposible desterrar de mi imaginación la imagen de la señorita Plavicki. Con gran pesar reconocí la locura que había cometido y me arrepentí sinceramente. Después, cuando leía aquella carta, cuando me convencí de que no le era indiferente y de que empezaba a amarme y de que habría podido llegar a ser mía, perdí completamente la cabeza y quedé desarmado contra la omnipotencia del amor. Créame usted, mientras que el hombre no conoce más que sus propios sentimientos son cordialmente correspondidos, entonces la cosa tiene una importancia bien distinta. Aquella carta me dio el golpe fatal.

—Por eso no quiero leer toda la carta —repuso Emilia—. Marina, como es natural, escribe que su breve sueño tuvo luego un doloroso despertar. Habla del señor Masko en términos favorables; éste, en vez de insistir sobre su crédito, trata este asunto con mucha delicadeza y muchos miramientos.

—Se casará con él, lo sé.

—Sus palabras de usted demuestran que no conoce a Marina. Pero escuche usted lo que dice de Kerzemien:

«Papá quiere deshacerse absolutamente de la finca y retirarse a Varsovia. Ya sabes cuánto cariño le tengo a nuestra casa solariega a la cual me ligan tan gratos recuerdos; pero, después de lo que ha pasado, creo que es completamente inútil conservarla. Únicamente Dios sabe cuánto había hecho yo para salvar este pedazo de tierra. Además, papá sostiene que la venta es una deuda de conciencia, y que no puede estar eternamente relegado al campo. Por lo tanto, parece, y esto es lo que más me apena, que eso es lo que ha de suceder por culpa mía.

»¡Verdaderamente en ciertas ocasiones la vida es una amarga ironía!

»El señor Masko ha ofrecido a papá tres mil rublos de renta anuales y todo lo que puede producirle la venta de Magierow.

»Comprendo que piensa en sus propios intereses, pues, si se acepta su proposición, se encontrará dueño de la hacienda con muy pocos gastos.

»Papá se inclina a ese proyecto; si vacila es porque tiene la esperanza de sacar mayor provecho. La única cosa que me hará parecer menos doloroso el abandono de estos lugares, es la idea de que en Varsovia estaré cerca de ti y de Litka, y de que podré veros con frecuencia.»

La señora Emilia dejó de leer, y durante algunos instantes reinó un silencio absoluto.

Al fin dijo Polaniecki:

—Así yo no sólo la he sacado de Kerzemien, sino que además la he proporcionado un marido.

Inconscientemente había repetido casi con las mismas palabras un fragmento de la carta de Marina, fragmento que la señora Emilia no había querido leerle, para no afligirle demasiado.

—La amistad que les profeso a entrambos —contestó ésta— me hacía trabajar para unirles; mas ahora se agrega a ésta otra causa muy grave: su pesar, amigo mío. Me dirigiría a mí misma eternos reproches, si no lograba volver a poner las cosas en su lugar. Existe un gracioso proverbio francés y otro muy feo polaco sobre el poder de las mujeres, y yo tengo empeño en ensayar ese poder.

Polaniecki le tomó ambas manos y las llevó a sus labios.

—¡Es usted la mejor de las criaturas de este mundo!

—Estaría muy contenta de poder serle útil —respondió ella sonriendo—. Creo, empero, que tal vez le queda a usted un medio. Voy a hacer de manera que Marina venga a mi lado lo más pronto posible.

—Tiene usted razón; es el único medio. Ya que tengo que vivir, que pueda a lo menos gozar de la vida unido a un ser querido.

—Y ya que por primera vez hago de Providencia —contestó la señora—, quiero, como tal, conseguir mi propósito. Ante todo es preciso saber por dónde se tiene que empezar.

Al decir esto, alzaba pensativa los ojos. La luz de la lámpara, al caer de lleno sobre sus facciones dulcísimas y lozanas todavía, sobre los rubios rizos que orlaban su pura frente, daba a su semblante tal encanto, una expresión tan virginal, que Polaniecki, aunque tenía embargada su mente por otros pensamientos, se acordó de que una vez Bukacki la había llamado *una virgen viuda*.

—Marina —agregó la señora Emilia—, es un carácter leal, y por lo tanto creo que será mejor escribirle la verdad. Le diré todo cuanto en este momento me ha confesado usted; hablaré de su arrepentimiento vivo, y añadiré que tiene usted esperanza en el perdón y en una reconciliación próxima y completa.

—Yo escribiré a Masko. Recobraré mi crédito, sea cualquiera el precio que exija.

La señora Emilia se rió con toda su alma de esta salida.

—He aquí al positivista, al calculador, a este Polaniecki que se alaba de no tener el carácter ni la volubilidad del polaco.

—¿Y qué? —dijo jovialmente Polaniecki—% ¿Acaso no es cálculo reconocer el valor de una cosa? Pero, ¿y si contesta que está prometida con Masko? —añadió poniéndose melancólico.

—No lo creo. El señor Masko será una persona excelente, mas para Marina no sirve. A ella no le gusta, lo sé, y no se casará sin amor. Ya conoce usted a Marina. Por su parte, haga usted todo lo que pueda para reparar el mal hecho, pero respecto a Masko puede usted dormir tranquilo.

—¿Sabe usted lo que haré? En lugar de escribirle le enviaré un telegrama; no es posible que se detenga mucho tiempo en Kerzemien, y recibirá el despacho en Varsovia.

VIII

Dos días después llegaba la respuesta de Masko, concebida en estos sencillos términos: «Ayer compré definitivamente Kerzemien.» En realidad, después de la carta de Marina, era fácil de prever que la cosa acabaría de este modo; a pesar de lo cual, la contestación de Masko fue un rudo golpe para Polaniecki.

La señora Emilia, que conocía mejor que nadie, el cariño que Marina profesaba a Kerzemien, comprendió que la venta de la hacienda haría más difícil la reconciliación de los dos jóvenes.

—Si Masko no se casa con Marina —dijo Polaniecki—, Plavicki quedará sin un céntimo. Si ahora Marina y su padre carecen de recursos, deben agradecermelo a mí.

—No es lo peor la venta de Kerzemien —observó la señora Emilia—; la idea de que es usted el causante de eso, será la que ocasionará más amargura a Marina.

Polaniecki, convencido de la exactitud de aquella observación, comprendió que Marina estaba completamente perdida para él. Por eso no le quedaba más que hacer que tratar de olvidarla y buscarse otra mujer.

Pero su corazón se rebeló contra este pensamiento. Apoderóse de él una profunda compasión hacia Marina, no pudiendo pensar en ella sin conmoverse. Y la consecuencia de todo eso fue que su amor creció extraordinariamente.

Una semana después llegó otra carta de Marina. Pero esta vez no se mencionaba el nombre de Polaniecki ni el de Masko. Marina daba cuenta de la venta de Kerzemien, pero sin quejarse y sin explicar cómo había pasado la cosa.

De esto se podía deducir cuán profundamente había lacerado su corazón aquella venta. Polaniecki hubiera preferido oírse acusar abiertamente. Si su nombre no tenía sitio asignado en la carta, era una prueba de que Marina lo había expulsado por completo de su corazón.

En cambio el silencio sobre Masko podía interpretarse de distinto modo. Si tan encariñada estaba con Kerzemien, podría volver allá otorgando su mano de esposa al nuevo propietario y, ¿quién sabe si ella no se había familiarizado ya con este pensamiento? Existían, sin embargo, los prejuicios de linaje de Plavicki; pero Masko conocía al viejo egoísta, sabía que en determinadas circunstancias sacrificaría no tan sólo los prejuicios sino hasta su propia hija.

La residencia de Reinchenhall, donde tenía que contentarse con esperar noticias sin poder obrar, se le había hecho insoportable, y por lo tanto, resolvió partir. Esta resolución le animó un poco. De cerca, habría podido juzgar los hechos con mayor claridad, y podía además trabajar por su causa.

La señora Emilia y Litka no se sorprendieron de esta imprevista resolución; por otra parte su partida debía preceder de pocos días a la de ellas, porque la señora Emilia había resuelto partir a mediados de agosto.

El día de la partida, la madre y la hija, y también Vaskovski, le acompañaron a la estación. Desde la ventanilla del coche veía los tristes ojos de Litka fijos en él, lo propio que los de la señora Emilia, cuyo semblante expresaba la melancolía que aquella partida le causaba.

Impresionóle, no obstante, la belleza nada vulgar de la joven viuda, y contempló, maravillado, sus delicadas facciones, su expresión angelical y el virginal aspecto de aquel cuerpo que resaltaba con su negro vestido.

—¡Adiós! —dijo la señora Emilia—escríbame usted desde Varsovia; dentro de tres semanas nos volveremos a ver seguramente.

—No dejaré de escribir. ¡Adiós, Litka, hasta la vista!

—Hasta la vista.

Y tendiéndoles la mano desde el ventanillo añadió:

—Piensen ustedes alguna vez en su amigo.

—No le olvidaremos. ¿Tenemos que rezar para que consiga usted su objeto? —preguntó, sonriéndose, la señora Emilia.

—¡Oh, sí! Desde este instante ¡se lo agradezco! ¡Hasta la vista, señor profesor!

En aquel instante el tren se puso en movimiento. Las señoras le saludaron de nuevo con sus sombrillas. Luego el ventanillo a que Polaniecki estaba asomado quedó envuelto en densas nubes de Vapor.

—Mamá —preguntó Litka—, ¿de veras tenemos que rezar por el señor Stach?

—Sin duda: debemos rogar a Dios que le haga dichoso.

—¿Acaso es desgraciado?

—No... es decir... Ha tenido muchos disgustos...

—Sí, lo sé desde el día en que estuvimos en el lago de Thum —dijo Litka.

Y tras una breve pausa continuó:

—Sí, quiero rezar por él.

El profesor Vaskovski, que entre sus virtudes no tenía la de saber poner freno a su lengua, le dijo a la señora Emilia, mientras Litka caminaba delante de ellos:

—Posee un corazón de oro: la quiere a usted como a una hermana. Ahora que todos los recelos respecto a la salud de su hija han desaparecido, puedo decirle que Polaniecki fue quien hizo venir de Múnich al especialista que ha visitado a Litka.

—¿El? —exclamó la señora Emilia—, ¡qué corazón tan noble! Y tras un corto silencio, añadió:

—Le recompensaré ayudándole a reconquistar a Marina.

Polaniecki partía con el corazón henchido de gratitud hacia la señora Emilia. Sentado en un ángulo del compartimiento iba pensando:

—¿Me habré enamorado de ella? ¡Cuánta tranquilidad, cuán sólida felicidad gozaría! Habría hallado el objeto de mi vida, habría sabido para quién trabajar. Ella dice que no quiere volver a casarse, pero conmigo, ¿quién sabe? Aquella señorita será el colmo de la perfección, pero debe tener el corazón de hielo.

Mas durante todo el viaje, sólo pensó en aquella señorita.

—Le he robado la casa paterna —decíase a sí mismo—, quizá la he puesto en medio del arroyo. No hice otra cosa que seguir el consejo de la venganza, pero mi conciencia me lo reprocha sin cesar; por lo tanto es preciso que repare el mal que he hecho. ¿Pero de qué manera? Volver a comprar Kerzemien, es imposible; no poseo bastante capital. Podría hacerlo quizá realizando todos mis bienes y sacrificando mi posición; pero esto sería también la ruina de Bigiel. En consecuencia no me queda más que un remedio: reanudar mis relaciones con Plavicki y pedir la mano de Marina. Si se me rechaza, paciencia. A lo menos habré cumplido mi deber. .

Absorto en estos pensamientos llegó Polaniecki a Salzburgo. Como faltaba más de una hora para la llegada del tren que conducía a Múnich y a Viena, resolvió dar un paseo por la ciudad.

Pero en el *restaurant* de la estación descendió inesperadamente Bukacki, cuya pequeña cabeza estaba cubierta con un sombrero blanco todavía más pequeño.

—¡Eh, Bukacki! ¿eres tú o tu sombra? —exclamó.

—Tranquilízate, soy yo —contestó Bukacki saludándole flemáticamente y como si se hubieran separado una hora antes—. ¿Qué tal?

—¿Qué haces aquí?

—Devorando un biftec.

—¿Vas a Reinchenhall?

—Sí. ¿Y tú vuelves a casa?

—Sí.

—¿Has hecho la corte a la señora Emilia?

—No.

—Perfectamente, hijo mío; así puedo continuar mi viaje sin zozobras.

—Guarda tus bromas para ocasión más oportuna. Litka está muy grave.

Y en breves palabras le enteró del estado de Litka y del pronóstico de los médicos. Bukacki guardó un instante de silencio y luego repuso:

—No hay que ser pesimista. ¡Pobre niña! ¡Y pobre madre! ¡Quién sabe si podrá sobrellevar tan cruel dolor! Pero es tan piadosa, que tal vez la fe en Dios la preservará de la desesperación.

—Salgamos un momento: aquí uno se ahoga de calor.

Mientras paseaban, Bukacki repitió:

—No hay que ser pesimista. ¡Pobre niña!

Polaniecki, abrumado de dolorosos pensamientos, guardaba silencio.

—Ahora —continuó Bukacki—, no sé si debo seguir o no hacia Reinchenhall. En Varsovia, faltando ella, me falta todo. Hábiame habituado a hacerle mi declaración de amor una vez al mes y a ser rechazado. Así pasaba el tiempo, ansiando siempre que llegase el primero de mes para volver a la carga. ¿Conoce la señora Emilia el peligro?

—No; el estado de la niña es muy grave, pero probablemente alcanzará todavía un par de años.

Después de una breve pausa, Polaniecki preguntó:

—Dime, ¿qué novedades traes de Varsovia? ¿Has visto a Masko antes de partir?

Esas dos preguntas hacía rato que pugnaban por salir de los labios del joven.

—Sí, ha comprado Kerzemien y se ha convertido en un gran propietario; y como que es un pillo redomado, ahora trata también de hacerse amar.

—¿No se casa con la señorita Plavicki?

—Creo que tiene otra idea.

—¿Dónde se hallan ahora Plavicki y su hija?

—En Varsovia. Se han hospedado en la fonda de Roma: la muchacha no tiene nada de fea. Como pariente los visito y hasta hablamos de ti.

—Podías haber escogido un asunto de conversación algo más halagüeño para ella.

—Plavicki dice que tú, impensadamente, le has prestado un gran servicio. Le pregunté a la señorita si te conocía antes de tu visita a Kerzemien, y me contestó que cuando vino por primera vez a Varsovia, tú te hallabas en el extranjero.

—Es cierto; estaba viajando para el negocio.

—No creo que te guarde rencor. Como sé que le gusta mucho el campo, presumo que este nuevo género de vida la pondrá triste; pero no lo demuestra.

—Quizá me lo demostrará a mí y no tardará en tener ocasión, porque en cuanto llegue a Varsovia, iré inmediatamente a visitarla.

—Entonces, hazme un favor: cástate con la señorita Plavicki. De entre dos males, es preferible que escojas el menor; y me gustaría ser más primo tuyo, que de Masko.

—Bien —contestó Polaniecki con sequedad.

IX

Apenas llegado a Varsovia, Polaniecki corrió a casa de Bigiel, el cual le enteró de las condiciones con que se había realizado la venta de Kerzemien. Estas eran

ventajosas para Masko, el cual se había comprometido a pagar, en el término de un año, treinta mil rublos, que se obtendrían con la venta de Magierow.

Obligábase, además, a pasar al señor Plavicki una renta anual vitalicia de tres mil rublos. A primera vista estas condiciones no le parecieron a Polaniecki muy desfavorables para Plavicki; pero Bigiel no era del mismo parecer.

—No quiero precipitarme en mis opiniones —dijo—; pero Plavicki es un viejo egoísta que sacrificará el porvenir de su hija, y además es un hombre ligero. La renta vitalicia debe ser pagada con lo que se saque de los productos anuales de Kerzemien; pero Kerzemien, como todas las haciendas que han estado próximas a la ruina, tiene un valor ilusorio, y casi nada debe producir. Si Masko logra ponerlo en orden, todo irá bien; si no lo consigue, empezará a retardar los pagos, y Plavicki tendrá que estar, tal vez, mucho tiempo sin ver un céntimo. Y entonces, ¿qué hará? ¿Rescatará Kerzemien? Mientras, Masko contraerá lluevas deudas, aunque no sea más que para pagar las atrasadas; tal vez hará bancarrota, y, entonces, sólo Dios sabe cuántos acreedores alargarán sus manos sobre la desdichada hacienda. Todo depende de la honradez y de la habilidad de Masko, el cual podrá ser un hombre excelente, pero es demasiado atrevido en los negocios, y un solo paso en falso le precipitará a la ruina. ¿Quién puede asegurar que esta operación no sea ya el paso en falso? Para poner en orden Kerzemien se verá obligado a hacer uso de su crédito hasta el extremo.

—Pero, de todos modos, ¡al señor Plavicki le quedará íntegro el producto de la venta de Magierow.

—Si el viejo no lo derrocha o no lo pierde en el juego.

—Eso no sucederá. Ya que fui la causa de la venta, yo mismo pensaré en la manera de prevenir sus consecuencias.

—¡Tú! —exclamó Bigiel sorprendido—. Yo creía que vuestras relaciones estaban rotas por completo.

—Quiero reanudarlas. Mañana iré a ver al señor Plavicki.

—¿Quieres que te acompañe? Si vas solo es difícil que te reciban.

—Gracias por tu ofrecimiento.

—Como te plazca.

Al día siguiente, después de una esmerada *toilette*, se encaminó a la, morada del señor Plavicki.

Cuando llegó frente a la fonda de Roma, el corazón le palpitaba con violencia.

—Casi sería de desear que no los encontrase —pensaba entre sí—. Le dejaré mi tarjeta y esperaré a ver si Plavicki me devuelve la visita. Pero, vamos, valor.

Y entregó al portero su tarjeta.

Pocos minutos después fue introducido.

El señor Plavicki estaba sentado a la mesa: de vez en cuando aspiraba una bocanada de humo de la pipa que tenía en la mano. Al aparecer Polaniecki, levantó la cabeza, y mirándole a través de los lentes, dijo:

—Ten la bondad de sentarte.

—He sabido por Bigiel que se hallaba usted en Varsovia —empezó a decir Polaniecki—, y no he querido dejar de venir a saludarle.

—Es mucha cortesía por tu parte —contestó Plavicki—; pero, a decir verdad, no me esperaba una visita tuya. Como has cumplido espontáneamente tus deberes, yo, como más viejo, no puedo menos de acogerte bien.

Al decir esto, tendió la mano a Polaniecki.

—Lléveme el diablo si he venido por ti —pensó Polaniecki.

Y luego preguntó:

—¿De modo que ha trasladado usted sus cuarteles a Varsovia?

—Sí, realmente, yo soy un viejo campesino acostumbrado a levantarme con el sol y a pasearme por los campos, y por lo tanto no me hallaré tan a mis anchas en vuestra Varsovia. He hecho este sacrificio por mi hija.

Polaniecki se acordaba de que en Kerzemien, Plavicki no se levantaba antes de las once, y que el trabajo no le ocupaba demasiado; pero no hizo caso de las observaciones del viejo, especialmente en aquel momento, porque estaba preocupado por otros pensamientos. Una puerta abierta en la habitación de Plavicki, que conducía a otros cuartos, y que debía estar ocupado por la señorita Marina, le absorbía por completo.

—¿No podré tener el gusto de saludar a la señorita Marina?

—Marina ha salido para ver un piso que he alquilado esta mañana. Volverá en seguida, porque es a dos pasos de aquí.

Precisamente en aquel momento entró alguien en la habitación contigua.

—De seguro que es Marina —observó Plavicki.

Y luego, alzando la voz, preguntó:

—¡Marina! ¿eres tú?

—Sí.

—Ven, tenemos visita.

La señorita Marina apareció en el umbral de la puerta. Al ver a Polaniecki, retratóse en su semblante la expresión de un profundo asombro. Polaniecki se levantó, inclinóse delante de ella y le tendió la mano. Esta correspondió con frialdad, pero cortésmente, a su saludo. Luego dijo a su padre:

—He visto el piso, es bonito y cómodo, pero temo que la calle sea muy ruidosa.

—Todas las calles son ruidosas; ya comprendes que no estamos en el campo.

—Les ruego que me dispensen ustedes —dijo Marina—. Tengo que quitarme el sombrero.

Y se volvió a su habitación.

—No volverá a dejarse ver —pensó Polaniecki.

Pero no fue así, pues en cuanto se hubo quitado el sombrero y arreglado el peinado, reapareció diciendo:

—¿Estorbo?

—No —respondió su padre—; no hablamos de negocios, de lo cual me alegro mucho.

Polaniecki se ruborizó ligeramente, y para dar otro sesgo a la conversación dijo:

—Vengo de Reinchenhall y le traigo a usted, señorita, recuerdos de la señora Evatovski. Este es uno de los motivos que me han animado a venir.

Por un instante desapareció la frialdad del rostro de Marina.

—Emilia me ha escrito, acerca de la enfermedad de Litka; ¿cómo está ahora la niña?

—Los ataques cardíacos no se han repetido.

—Espero carta suya: tal vez habrá ido a Kerzemien, porque probablemente Emilia no sabe todavía que estoy en Varsovia.

—La reexpedirán aquí —observó Plavicki.

—¿De modo que no volverá usted al campo? —preguntó Polaniecki.

—No, nos hemos establecido definitivamente en la ciudad —respondió Marina.

Un breve silencio siguió a estas palabras. Polaniecki trataba en vano de volver a encontrar, en el rostro de la joven, la expresión dulce y amable a que se había acostumbrado en Kerzemien.

—Ya sé que tiene usted cariño a Kerzemien —empezó a decir de improviso—, y sé que soy la causa de su venta. La deploro vivamente y jamás cesaré de deplorarlo. No quiero aducir en disculpa mía que fue la cólera la que me arrastró, porque, al contrario, medité detenidamente la cosa. Lo que hice no fue ni justo ni razonable, y si mi culpa fue grande con tanto mayor motivo debo implorar el perdón.

En diciendo esto se levantó. Sus mejillas estaban encendidas y sus miradas expresaban la sinceridad de sus palabras; mas éstas no produjeron efecto: había equivocado el camino. Conocía muy poco a las mujeres, porque, de ser así, habría sabido que sus juicios sobre los hombres dependen principalmente del estado de sus sentimientos.

El hombre que ha provocado, aunque sólo sea por una vez, la aversión de una mujer, a los ojos de ella jamás tendrá razón. De ahí el que a Marina le desagradase la franqueza de Polaniecki. He aquí cuál fue su primer pensamiento:

—¿Pero qué hombre es ése que hoy juzga irracional y mal lo que ayer hizo con toda premeditación?

Para ella la venta de Kerzemien era una herida, de la cual brotaba sangre al menor contacto; y ahora sentía que Polaniecki, con la brutalidad del hombre grosero y sin nervios, la había vuelto a abrir.

Con la mirada fija en su semblante, aguardaba él que ella le tendiera la mano en señal de perdón, pero la mirada de Marina era sombría y la expresión de su rostro en extremo fría.

—¡Oh! no se preocupe usted por eso —contestó la joven con glacial cortesía—. Mi padre está muy satisfecho de la manera cómo han ido las cosas.

Mientras hablaba así, habíase puesto en pie, como para darle a entender que estaba terminada su visita. Polaniecki vaciló aún por un instante, a pesar de que se sentía relajado, a pesar de que su corazón estaba agobiado por la humillación que acababa de sufrir.

—Si es así —dijo—, tanto mejor; bien está lo que acaba bien.

—Sí, sí; hemos hecho un buen negocio —añadió Plavicki.

Polaniecki abandonó la habitación, se caló el sombrero y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, murmurando:

—No me volveréis a ver más en vuestra casa.

No quería volver a su domicilio porque le ahogaba la cólera. Siguió, pues, andando sin dirección fija. Le parecía que ya no amaba a Marina, y que, por el contrario, la odiaba; mas cuando se hubo sosegado un poco, advirtió que su visita le había conmovido profundamente y que, a pesar de su cólera, experimentaba un sentimiento de admiración hacia la joven.

Ahora en su imaginación existían a un tiempo mismo dos Marinas: una, dulce, afable y amorosa, era la Marina de Kerzemien; la otra, altiva y desdeñosa, era la señorita de Varsovia que le había rechazado.

Polaniecki, que jamás habría sospechado que Marina pudiera ser tal como se le había mostrado en aquel día, observaba que a su cólera venía a mezclarse un sentimiento de estupor. Convencido de su propio valer había creído que le bastaba tan sólo tender la mano para que la joven le admitiera en seguida en su gracia, y había acaecido todo lo contrario. La dulce niña se había transformado de improviso en una princesa que trataba desdeñosamente al vasallo sometido.

Dominado por estos pensamientos, había llegado sin notarlo a uno de los parajes más apartados de la ciudad.

—¿A dónde diablos he venido a parar? —se preguntó deteniéndose.

El día tocaba a su fin: delante del joven, después de los verdes céspedes y de los árboles, extendíase la llanura inmensa e igual, limitada a lo lejos del horizonte por nubes livianas y rosadas.

Aquellas nubes se extendían sobre Kerzemien, tan querido por Marina, irremisiblemente perdido para ella.

A su vista desaparecía como por encanto la cólera de Polaniecki; su conciencia le había murmurado:

—Sembraste vientos y recogiste tempestades.

Daban las nueve cuando llegó a casa de Bigiel. Este se hallaba en la galería, junto a la puerta del jardín, muy entretenido en tocar la cítara.

En cuanto divisó a Polaniecki, interrumpió con un trémolo la sonata y preguntó:

—¿Has estado en casa de los Plavicki?

—Sí.

—¿Has hablado con la señorita Marina?

—Sí, me ha producido el efecto de una ducha de agua helada. No obstante, en esta estación tan calurosa, es agradable. No he sido acogido con demasiada cortesía.

—Lo había previsto.

—Continúa tu sonata.

Bigiel empezó a tocar un nocturno titulado «El sueño».

Mientras tocaba, ora cerraba los ojos, ora los fijaba en la luna que ya estaba alta en el horizonte.

En medio del profundo silencio de la noche, el dulce sonido de la cítara llenaba toda la casa, todo el jardín.

Terminada la sonata, permaneció silencioso por un instante y luego dijo:

—¿Sabes lo que se tendría que hacer? En cuanto esté de vuelta la señora Emilia, mi mujer podrá invitarla a ella, y a la señorita Plavicki a venir a nuestra quinta de recreo. Mucho será que no se rompa el hielo que os separa.

—Vuelve a tocar «El sueño».

Y las argentinas notas de la cítara esparciéronse de nuevo en medio de aquella plácida noche.

X

El señor Plavicki era un hombre bien educado; de consiguiente, tres días después devolvió la visita a Polaniecki. Este no pudo menos de asombrarse de la influencia que la vida de ciudad había ejercido sobre su pariente. Toda la persona

del viejo había adquirido el sello del perfecto elegante. Llevaba en el ojal un clavel rojo.

—Le aseguro que, a primera vista, no le había reconocido —exclamó Polaniecki—. Parece usted un joven.

—*Bonjour, bonjour* —contestó Plavicki—. El día está muy brumoso y se ve poco; por eso me has tomado por un joven.

—Brumoso o no —replicó Polaniecki—, su cara la veo muy bien.

Y dióle familiarmente una palmadita en el hombro, le contempló un instante y añadió:

—Es usted flexible como una señorita. ¡Oh! si yo tuviera una estatura como la suya...

Plavicki, un tanto picado por esta acogida algo más *sans façon* de lo que juzgaba natural, pero al propio tiempo ufano de la sorpresa que había producido, respondió:

—*Voyons*, estás loco. Casi, casi, tendría que enfadarme.

Luego continuó, mientras se arrellanaba en una butaca:

—Masko me ha convidado a almorzar, junto con otras personas. De primera impresión rehusé para no dejar sola a Marina; pero luego he acabado por aceptar, pensando que por ella he vivido tanto tiempo en el campo, y que necesitaba una ligera distracción. ¿Has sido tú convidado?

—No.

—Me sorprende. Verdad que eres un hombre de negocios, pero también llevas un nombre ilustre. Al fin y al cabo Masko es simplemente abogado. No obstante, te confieso que jamás habría creído que pudiera alcanzar una posición tan importante.

—Masko es un individuo que no se arredra por nada.

—Sí, es bien recibido en todas partes. Yo mismo había tenido en otros tiempos ciertos prejuicios contra él.

—¿Y ahora?

—He de convenir que en el asunto de la venta de Kerzemien se ha portado como Un caballero.

—¿Es de la misma opinión la señorita Marina?

—Ciertamente; por más que se me figura que todavía está apesadumbrada por la pérdida de la hacienda. Yo me he desembarazado de la finca por ella, pero la juventud nacia entiende de estas cosas. Respecto a Masko, verdad es que ha comprado Kerzemien, pero...

—Pero está dispuesto a devolverlo.

—Eres pariente mío, y por lo tanto, te lo puedo decir. La última vez que vinimos a Varsovia, hizo la corte a Marina; pero entonces ésta era demasiado joven; no le gustaba mucho, y yo mismo tenía prevenciones respecto a su familia, y por consiguiente, la cosa no pasó de ahí.

—En cambio ahora es muy distinto.

—Hazte cargo de que, haber vendido Kerzemien y volver luego a adquirirla, es cosa que vale la pena. Pero Marina es una muchacha muy singular. Siento tener que decirlo, pero a veces es más fácil conocer el corazón de un extraño que el de nuestra propia hija. Pero ella tendría que decir como Talleyrand: *Paris vaut bien une messe* (1).

—Yo creía que ésta era una frase de Enrique IV.

(1) Paris bien vale una misa.

—Vosotros los jóvenes no tenéis afición alguna al estudio de la historia. Vuestro único objetivo es el dinero, y os importa muy poco el saber lo que puede haber dicho Talleyrand. Pues bien, como iba diciendo, todo depende de Marina, pero yo no influiré sobre su voluntad. Por otra parte, en las condiciones en que nosotros nos hallamos, mi hija puede aspirar muy bien a un partido mejor; bastaría con frecuentar algo más la sociedad y reanudar nuestras antiguas relaciones. Esto será pesado para mí, pero algo hay que hacer por una hija. ¿Te figuras, tal vez, que la invitación de Masko me ha gustado? No, de ninguna manera. Pero es preciso que me relacione con los jóvenes y con los solteros. Espero que tú tampoco nos olvidarás.

—No, por cierto.

—¿Sabes lo que dicen de ti? Que ganas el dinero a espuertas. Indudablemente, esta habilidad no la has heredado de tu padre. Con esto no quiero ofenderte, pues, al contrario, te tengo cierta simpatía, a pesar de que me has tratado como trata el lobo al cordero.

—Es una simpatía recíproca —dijo Polaniecki.

Esta vez Plavicki no mentía. Sería tal vez una admiración inspirada por la riqueza; pero no cabe duda que aquel joven comerciante que sabía ganar tanto dinero, le interesaba en sumo grado.

—¡Qué bien instalado estás! ¡qué lujo! —repuso el viejo—. ¿Por qué no te casas?

—Me casaré en cuanto se me presente una oportunidad.

Sonrióse maliciosamente el señor Plavicki y golpeando el nombro de Polaniecki dijo:

—No te hagas el inocente, todo lo sé, todo lo sé, ¡y hasta con quién!

—¡Qué astuto es usted! —respondió Polaniecki—. Es usted un diplomático finísimo, y nada se le puede ocultar.

—Es una viuda, ¿verdad?

—Querido tío...

—Te deseo todo género de felicidades... Ahora me tengo que ir: se acerca la hora del almuerzo. Esta tarde voy al concierto suizo.

—¿Va usted con Masko?

—Con Marina, pero Masko se nos reunirá allí.

—Yo iré con Bigiel.

—Hasta la vista.

Aunque le gustaba la música, Polaniecki no había tenido la idea de ir a aquel concierto. Bigiel fue a verle después de mediodía para arreglar ciertos asuntos, y se dejó persuadir fácilmente por su amigo; y a eso de las cuatro entraron juntos en la sala de los suizos.

Era un continuo ir y venir de señoras jóvenes y de señoritas que con sus claros y ligeros vestidos de verano producían el efecto de un enjambre de mariposas multicolores. Entre ellas debía hallarse también Marina.

La orquesta dio principio a la primera tocata, antes de que él hubiese podido descubrirla entre la multitud. Tuvo que sentarse y escuchar forzosamente, incomodado contra Bigiel que permanecía tranquilo en su butaca con los ojos medio entornados para saborear mejor la música. Terminada la primera pieza, divisó al fin el lustroso sombrero de copa y los bigotes teñidos de negro del señor Plavicki. Sentada a su lado estaba Marina ocupada en hablar con Masko, que tenía más que nunca el aspecto de un lord inglés.

—El señor Plavicki y su hija están aquí —dijo Polaniecki—; tenemos que ir a saludarlos.

—¿Dónde están?

—Mira allí, al dado de Masko.

—Tienes razón; vamos allá.

Marina, a quien Bigiel le era muy simpático, saludó cordialmente a éste, mientras que a Polaniecki se limitó a hacerle una ligera inclinación de cabeza; después preguntó por la esposa y los hijos del primero, y éste la invitó a ir con su padre a pasar un domingo en su residencia de verano.

—Mi mujer estará muy contenta de ver a usted. Quizá podrá venir también la señora Emilia.

Marina quería contestar, pero el señor Plavicki se le adelantó y aceptó la invitación. Acordaron que la visita se efectuaría después del mediodía y que regresarían por la noche, porque la quinta de Bigiel no distaba mucho de la ciudad.

—Y ahora —dijo Plavicki—tome usted asiento; todavía hay sillas por ahí cerca.

Polaniecki se volvió a Marina y le preguntó:

—¿Ha tenido usted noticias de la señora Evatovski?

—Iba a dirigirle la misma pregunta —contestó Marina.

—Mañana pienso ponerle un telegrama para saber noticias de Litka.

Con estas palabras terminó el diálogo, y Marina reanudó su conversación con Masko. Bigiel se sentó junto a Plavicki, y Polaniecki tuvo que colocarse a alguna distancia del resto de la compañía.

Desde el sitio donde se hallaba sólo podía distinguir el perfil de Marina. Parecióle que había adelgazado. En toda ella se revelaba la mujer criada en la ciudad: el elegante corte del vestido, el peinado cuidadosamente hecho a la última moda, todo, en fin, contribuía a hacer de ella una mujer distinta; ya no era la modesta jovencita de Kerzemien. Para Polaniecki era ahora de una belleza completa y exquisita, y sin dejar de contemplarla, pensaba:

—¡Qué dicha, poseer una esposa semejante!

Pero la joven tenía fija toda su atención en Masko, y si Polaniecki no hubiese estado tan conmovido, tal vez se le habría ocurrido la sospecha de que lo hacía adrede para darle celos. El asunto de la conversación debía ser muy importante, porque de vez en cuando se coloreaba vivamente el rostro de Marina.

—Coquetea con él —murmuró entre dientes Polaniecki.

Hubiera dado media vida por enterarse de lo que decían; pero entre él y Marina había otras dos personas; no obstante, cuando la orquesta hubo acabado de ejecutar la segunda pieza de música, oyó algunas frases del discurso de Masko, quien tenía la costumbre de recalcar todas las sílabas para dar mayor importancia a sus palabras.

—Yo le quiero bien —decía Masko—; cada cual tiene su flaco, y el de ese joven es el dinero. Yo le estoy agradecido, porque me ha convencido... Kerzemien... El no la quiere mal puesto que no trató de especular... Declaro francamente que todo eso excitó de gran manera mi curiosidad.

A esto contestó Marina con gran viveza, Polaniecki oyó de nuevo, y esta vez claramente y por entero, la conclusión del discurso de Masko, que decía:

—El carácter no está desarrollado aún, y su energía es quizá mayor que su genio; pero en el fondo es un muchacho excelente.

Polaniecki comprendió que hablaban de él, y adivinó la táctica del rival. Más indulgente que imparcial en sus juicios, más inclinado a la alabanza que a la censura, reconocer en el rival algunas buenas cualidades pero negándole al mismo tiempo toda distinción, la táctica inventada por el joven abogado no podía ser más fina. Con este sistema se creaba una aureola de hombre generoso y justo. Polaniecki, se hizo cargo, además, de que Masko obraba de tal modo, más para darse importancia a sí mismo que para perjudicarlo a él, y que de seguro habría hablado en iguales términos de cualquiera otra persona en quien creyese ver un aspirante a la mano de Marina.

En el fondo, pues, era una táctica de la que quizá se habría servido también Polaniecki en iguales circunstancias, pero la disposición de ánimo en que se encontraba en aquel momento, consideró a Masko como un verdadero bribón, y juró desquitarse a la primera ocasión que se le presentase.

Terminado el concierto, se convenció de que Masko tenía ya gran confianza con la señorita Plavicki. Cuando ésta, para atarse el chal, se quitó los guantes y se los puso sobre las rodillas, Masko se apoderó de ellos junto con la sombrilla. Después tomó del respaldo de la silla la manteleta, para ponerla luego en los hombros de la joven a la salida de la sala.

En el jardín, Masko, después de haber ayudado a Plavicki y a su hija a subir al coche, quería alejarse, pero Marina se volvió hacia él, y haciéndole seña de que subiera, dijo en alta voz:

—Ya sabe usted que papá le ha invitado a venir con nosotros. ¿No es verdad, papá?

—Así lo habíamos acordado ya —contestó Plavicki.

Masko aceptó la invitación, y partieron después de haberse despedido de Bigiel y de Polaniecki.

Los dos amigos salieron en silencio del jardín; sólo después de algún rato, Polaniecki dijo con aparente calma:

—Me gustaría saber si son novios ya.

—No lo creo —respondió Bigiel—; pero sería muy posible.

—Eso pienso yo también.

—Siempre había creído que Masko escogería una mujer rica; pero hasta parece que está enamorado. Por lo demás, si se casa con ella ya no necesita pagar Kerzemien, y el negocio no es tan malo como parecía a primera vista... Y la muchacha es hermosa, verdaderamente hermosa.

Guardaron silencio de nuevo; pero Polaniecki tenía tan oprimido el corazón, que no pudo dominarse por más tiempo.

—Te confieso francamente —exclamó—, que sólo al pensar en semejante enlace me dan vértigos... ¡Y no puedo hacer nada, absolutamente nada! ¡Qué papel tan ridículo he hecho yo en este asunto!

—Te dejaste llevar de la cólera, y esto le puede suceder a cualquiera. La desgracia estuvo en que tú fueses acreedor de su padre, Pero, en fin, deja que el agua siga su curso y hazte la suposición que todo es para bien tuyo.

—Pero, ¿de qué me servirá esto —replicó vivamente Polaniecki—, cuando sé que todo va al revés de mis deseos? ¡De nada! ¿Crees que me importa ahora saber si estoy enfermo o sano? El porvenir me parece vacío y oscuro. Tu vida ha alcanzado su objeto. ¡Pero yo! Había aparecido por último una pequeña vislumbre de esperanza y vuelven a reinar las tinieblas.

—Pero la señorita Plavicki no es la única joven que existe en la faz de la tierra.

—Para mí es la única, pues, aunque existieran dos, ya no pensaría más que en ella. Casi desearía que fuesen novios, así habría terminado todo.

—Escucha: cuando yo era niño y se me clavaba una espina en el dedo, me hacía menos daño quitándomela yo mismo, que haciéndomela quitar por otro.

—Es cierto —replicó Polaniecki—, pero la espina sólo se puede quitar si no ha entrado demasiado en la carne, y se le puede agarrar. Además, esta comparación no es aplicable a mi caso, porque si ahora obrase según tus principios, desvanecería todas mis esperanzas sobre un porvenir dichoso.

—Es verdad, pero no hay otra salida.

—Sólo la mujer puede saber lo que es la resignación.

A estas palabras se sucedió una pausa.

Mas antes de separarse de su amigo, Polaniecki dijo a modo de conclusión:

—El domingo no voy contigo al campo.

—Quizá será mejor —le contestó Bigiel.

XI

En su casa aguardábale a Polaniecki una noticia inesperada. Halló un telegrama de la señora Evatovski, que estaba concebido en estos términos:

«Llego mañana por la mañana».

No había presumido una vuelta tan repentina; pero, tranquilo respecto a la salud de la niña, supuso que algún asunto muy urgente debía reclamar la presencia de la señora Emilia en Varsovia. Nuevas esperanzas lo reanimaron, como si la señora Emilia debiera ser el hada bienhechora dotada del poder de cambiar de un golpe los sentimientos de Marina. Aunque había rehusado la invitación de Bigiel, mudó en seguida de parecer suponiendo que la señora Emilia formaría parte de la comitiva.

Aquella misma noche escribió al señor Plavicki anunciándole la llegada de su amiga, con la esperanza de que con este acto se haría acreedor a la gratitud de Marina.

Al día siguiente, muy de mañana, se hallaba ya en la estación.

Mientras aguardaba la llegada del tren, paseábase arriba y abajo con paso rápido, para entrar en calor, porque la mañana era algo fría. La estación y las largas filas de vagones estaban envueltas en la niebla que, rasando con el suelo, iba dilatándose hacia arriba, adquiriendo un color de rosa pálido, precursor de un día hermoso. De improviso, dos figuras se destacaron de la niebla delante de él: la primera era la de Marina que venía a saludar a la señora Emilia; la otra la de la doncella que la acompañaba.

Aquel inesperado encuentro le puso de momento en gran embarazo. Mas luego se acercó a Marina y dijo tendiéndole la mano:

—Buenos días, señorita; ayer recibí el telegrama y me apresuré a enterar de él a su padre de usted, creyendo le sería grata esta noticia.

—Muchas gracias; verdaderamente me produjo una agradable sorpresa.

—El tren no llega hasta dentro de media hora, y le aconsejo que no le espere usted aquí al aire libre, porque hace demasiado frío.

—Aguardaré en la sala de espera.

E inclinándose ligeramente se retiró.

Polaniecki volvió a emprender su paseo.

Poco después se oyó la señal de llegada y empezó a distinguirse entre la niebla la masa del tren que avanzaba. La locomotora se detuvo resollando en la estación, mientras el vapor sobrante se escapaba estrepitosamente por debajo de las ruedas delanteras. Polaniecki se acercó apresuradamente al vagón-cama, y divisó, apoyado en los cristales del ventanillo, el rostro de Litka, que, a la vista de su amigo, se había animado de alegría. Hízole seña de que subiera y pocos instantes después Polaniecki penetraba en el vagón.

—¡Querida Litka! —exclamó tomando la mano de la niña—. ¿Has dormido bien? ¿Y de salud, cómo vamos?

—Me siento mejor. Ahora ya no nos volveremos a separar, ¿verdad señor Stach?

Junto a la niña estaba sentada la señora Emilia. Polaniecki la besó la mano con gran deferencia, diciendo apresuradamente:

—Buenos días, querida amiga. He tomado un coche y puede trasladarse en seguida a casa. Mi criado cuidará de llevarles los equipajes, y cuando llegue usted a su domicilio, encontrará preparado el café. La señorita Plavicki está aquí.

Marina esperaba en el andén. Esta y la señora Emilia se saludaron con gran efusión. De momento Litka miró a la joven con aire ceñudo; mas al fin acabó por tenderle las manos para abrazarla.

—Marina nos acompaña a casa —dijo la señora Emilia—; estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Estaréis cansadas después de un viaje tan largo —observó la joven.

—Hemos dormido toda la noche y cuando nos despertamos apenas nos quedaba el tiempo necesario para hacer nuestro tocado. Por lo tanto, estamos descansadas y no nos estorbas para nada. Ven, tomaremos juntas el café.

—Entonces acepto con mucho gusto.

Litka tiró del vestido de su madre.

—¿Y el señor Stach, mamá?

—Se entiende que también él está invitado.

Pocos instantes después hallábanse reunidos los cuatro en un mismo coche.

Polaniecki, sentado enfrente de Marina y al lado de Litka, estaba de muy buen humor. Parecíale que había despuntado para él una nueva aurora, precursora de mejores días.

—¿Qué ha pasado, Emilia —preguntó Marina—, que has vuelto tan pronto?

—Ha sido Litka, que cada día me rogaba que partiésemos.

—¿Te aburrías en Reinchenhall? —preguntó Polaniecki a la niña.

—Sí.

—¿De modo que deseabas volver a Varsovia?

—Sí.

—Y por mí, ¿verdad? Dime que sí, porque si no me voy a enfadar.

Litka miró sucesivamente a Marina, a su madre y a Polaniecki y dijo luego:

—Sí, por usted también, señor Stach.

—Pues muchas gracias —replicó Polaniecki.

Y tomando las manecitas de la niña se las llevó a los labios.

Luego dirigiéndose a Marina, añadió:

—Como usted ve, reñimos con frecuencia, pero eso no quita que nos amemos.

—Siempre sucede así —respondió ésta.

—¡Ah! si esto fuese verdad... siempre... —exclamó él mirándola con fijeza en los ojos.

Marina se ruborizó, púsose seria pero no contestó; antes al contrario volvióse hacia la señora Emilia.

—¿Dónde está el profesor Vaskovski? —continuó Polaniecki hablando a Litka—. ¿Ha partido tal vez para Roma?

—No, se ha quedado en Ezntochan, y regresará pasado mañana a Varsovia.

—¿Cómo sigue?

—Bien.

Litka, que observaba atentamente a su amigo, exclamó de pronto:

—¡Cómo ha adelgazado el señor Stach! ¿no es verdad, mamá?

—Cierto; está usted algo pálido —dijo la señora Emilia.

Efectivamente, Polaniecki había cambiado mucho, porque apenas dormía, y la causa de su insomnio estaba sentada enfrente suyo. Mas él lo atribuyó al exceso de trabajo y a los múltiples asuntos que lo tenían ocupado.

Entretanto, llegaron a la casa habitada por la señora Emilia, y mientras ésta y su hija entraban en su habitación, Marina y Polaniecki se encontraron solos en el comedor.

—¿No tiene usted alguna otra amiga, a más de la señora Emilia? —preguntó Polaniecki.

—No, ninguna.

—Ésta es siempre buena y afable, y eso agrada mucho. Yo, por ejemplo, que soy solo, me hallo aquí como en mi casa.

Y con voz insegura añadió:

—Estoy muy contento que sea usted su amiga, porque así hay entre nosotros dos algo de común, algo que nos une.

En sus miradas se transparentaba una muda súplica que parecía querer decir:

—No puedo vivir más así, tiéndame usted su mano en señal de reconciliación.

Mas precisamente porque él no le era indiferente, mostrábase ella más desdeñosa. Cuanto más se revelaba abiertamente a su buen corazón, cuanto simpático se le aparecía, tanto más monstruosa hacíaese su conducta para con ella y tanto más crecía su indignación.

Dotada de sentimientos delicados, tímida por naturaleza, y temiendo que una respuesta brusca podría destruir la armonía de aquellos momentos, la joven no contestó; pero él pudo leer claramente en sus miradas estas palabras:

—Te afanas inútilmente, lo de antes no puede volver y es mejor para los dos que permanezcamos separados.

Su alegría desapareció instantáneamente; un amargo pesar oprimió de nuevo su corazón, y mirando el frío semblante de la joven, creyó realmente que la había perdido para siempre.

La reaparición de Litka puso término a esta penosa situación.

La niña había entrado muy alegre y contenta, pero, de improviso, se detuvo y miró sorprendida a uno y a otro.

Después fue a sentarse muy gozosa junto al velador donde estaba servido el té.

También su alegría había desaparecido, a pesar de que, durante el desayuno, Polaniecki, luchando con su propio dolor, trataba de mostrarse sereno y sostener animada la conversación.

Pero jamás se volvió hacia Marina, ocupándose únicamente de la señora Emilia y de Litka.

Marina lo advirtió y casi lo consideró como una ofensa.

Por la tarde la señora Emilia y su hija fueron a tomar el té con Marina y su padre.

El señor Plavicki había invitado también a Masko y a Polaniecki, pero este último no se dejó ver.

Tan singular es el corazón humano, que esta ausencia ocasionó un profundo despecho a Marina.

Tanto el odio como el amor anhelan la proximidad del ser que es objeto del uno o del otro.

Durante una buena parte de aquella tarde, Marina dirigía a cada instante los ojos a la puerta; mas al fin, persuadida de que Polaniecki ya no vendría, empezó a coquetear con Masko, cosa que sorprendió extraordinariamente a la señora Emilia.

XII

Masko, infatuado de sí propio, debía estar convencido de la sinceridad de los actos de Marina para con él.

Evidentemente el joven abogado le tenía mucho apego a las riquezas, pero, como no carecía de talento, se había persuadido de que una señora de alto copete no le admitiría.

La señorita Plavicki no tenía dote o la tenía muy pequeña; pero en cuanto se hubiese casado con ella quedaba libre de todas las cargas que se había impuesto con la compra de Kerzemien. Emparentado con una familia noble, podía obtener la clientela de la alta sociedad, llegando al objeto final que había perseguido con tanto afán. De esta manera habría acrecentado además su celebridad, y con el tiempo podía librar a Kerzemien de todos sus gravámenes y una vez rico al fin, abandonaría la abogacía quedando convertido en un gran propietario rural, que era su más ardiente deseo.

Pensó en todo eso, y después de detenido examen se decidió a pedir la mano de la señorita Plavicki.

Masko había cumplido los treinta años, sin haber sabido jamás lo que era una verdadera pasión. Sólo ahora comprendía la voluptuosidad que encerraba semejante amor, porque había acabado por enamorarse locamente de Marina.

También ésta, había cambiado durante aquellos tiempos. La venta de Kerzemien le había quitado todas sus ocupaciones, y con éstas todo trabajo de actividad.

Además había acumulado en su alma una fuerte dosis de amargura y de rencor. Todo esto sentía, y algunos días después de aquella tarde en que había esperado en vano a Polaniecki, sé lo manifestó a la señora Emilia, mientras ésta se hallaba, al anochecer, en la sala inmediata al dormitorio de Litka.

—Ya sé —dijo la joven— que se ha turbado nuestra armonía de otro tiempo; más de una vez he querido hablar francamente contigo, pero no me he atrevido, porque me parecía que ya no era digna de tu amistad.

La señora Emilia atrajo a sus brazos a Marina y la besó en la frente.

—¡Qué dices, Marina! Tú sigues siendo la niña circunspecta y dulce de antes.

—En Kerzemien era mejor que ahora, tenía una ocupación, y me sostenía la esperanza de que con el tiempo acaecería algo que me haría dichosa; todo se ha desvanecido; en Varsovia no me sé orientar, y, lo que es peor, no sé ser como antes. Te sorprende verme coquetear con Masko, lo sé. Yo misma ignoro por qué lo he hecho. Tal vez porque me he vuelto mala, quizá porque estoy aburrida de mí misma, de él y de todo el mundo. No le amo y no me casaré nunca con él; por lo tanto, obré mal y ahora lo confieso para vergüenza mía; pero hay momentos en que encuentro un deleite singular en hacer daño a los demás. Ya no soy digna de ser amiga tuya.

Ardientes lágrimas se deslizaban por las mejillas de Marina.

La señora Emilia estrechóla tiernamente contra su pecho y trató de tranquilizarla.

—Masko —le dijo luego—, tiene evidentes intenciones sobre ti. Hablándote con franqueza, creía que te casarías con él. Esta convicción me sorprendió extraordinariamente porque no es un hombre apropiado para ti. Conociendo, sin embargo, el gran cariño que profesabas a Kerzemien, me había persuadido de que obrabas así para volver a ir allá.

—Al principio tuve este pensamiento. Traté de convencerme a mí misma de que me gustaba y no le quise rechazar. Pero no lo he logrado; comprendo que no puedo conquistar Kerzemien a este precio; en eso precisamente está mi falta. Yo no he tratado de desilusionar a Masko, antes bien, le sigo engañando.

—Conozco las razones que te han hecho obrar así. Por enojo y cólera contra otro. ¿Lo he adivinado? Consuélate; todo se arreglará. Tu conducta con Masko debe ser tal, que le persuadas de que se ha equivocado, pero esto, en seguida, estás a tiempo.

—Lo sé, Emilia, pero me parece que no sólo las palabras; sino hasta los hechos, nuestro modo de proceder nos han ligado; y él me lo podrá echar en cara.

—Tú le contestarás lisa y llanamente que has querido convencerte a ti misma, pero que no lo has logrado: advierte que no hay otra salida que ésta.

Un breve silencio siguió a estas palabras; pero tanto Marina como Emilia comprendieron muy bien que hasta entonces ninguna de las dos habían osado tocar el tema que más les interesaba.

La señora Emilia se apoderó de las manos de Marina y dijo:

—Ahora, Marina, confiesa que has coqueteado con Masko porque estabas enojada con el señor Estanislao.

—Sí, por esto fue —contestó Marina a media voz.

—¿De modo que no se ha borrado todavía de tu memoria el recuerdo de su estancia en Kerzemien?

—No, pero habría sido mejor que no me hubiese acordado más.

Emilia acarició sus negros cabellos.

—Tú no puedes imaginarte cuán noble y generoso es Polaniecki. Tú no sabes que hizo venir de Múnich un célebre médico cuando Litka se puso enferma en Reinchenhall y que, para no afligirme, me hizo creer que el médico había venido para visitar a otro enfermo. ¿No es ésta una prueba de generosa bondad? Hay personas inteligentes pero sin energía; hay personas enérgicas pero sin sentimientos delicados. En él lo encuentras reunido todo. Cuando nos amenazaba la ruina y el hermano de mi marido trataba de salvar nuestros bienes, éste halló un poderoso auxiliar en Polaniecki. Si Litka estuviese en edad de casarse, yo se la daría con gusto y con confianza. Yo no podría enumerar todas las pruebas de amistad que hemos recibido de él.

—Si a vosotros os ha hecho tanto bien,; cuánto mal, en cambio, me ha hecho a mí!

—Pero no intencionadamente, Marina. ¡Si supieras cuánto sufre por su imprudencia, y cómo reconoce su falta!

—Me lo ha dicho —afirmó Marina—: mucho he pensado ya sobre esto... sí, quiero decir la verdad toda entera. En Kerzemien fue conmigo muy bueno, tan bueno (y esto te lo digo a ti sola y hasta creo que te lo he escrito), que en la noche de aquel domingo no pude dormir, porque su imagen no se apartaba de mi mente. En aquel instante sentía que una sola palabra suya habría bastado para que mi corazón quedase eternamente ligado al suyo. Parecíame que también él... Mas al día siguiente la cosa cambió por completo; recordé que él era el acreedor de mi padre y por lo tanto acreedor mío también. Así partió. Yo estaba convencida de que volvería o de que, cuando menos, escribiría. Una voz interior me decía que no me quitaría Kerzemien, pero me lo quitó. Después... Yo sé que Masko habló claramente delante de él, y sé también que le dio a entender explícitamente que no tenía intención alguna acerca de mí. ¡Oh, Emilia querida! Esto no era solamente hacerme daño, era peor, mil veces peor. Por él no fue solamente mi amada casa lo que perdí, no; fue mucho más: perdí la fe en los hombres, perdí la creencia de que el bien y la nobleza habían de prevalecer sobre el mal y sobre la vulgaridad. Y hasta yo misma me volví mala. ¿Tenía razón él para proceder como ha procedido? Puede ser. Me he formulado ya esta pregunta y no he medido aún su falta; pero eso no quita que haya algo en mí que se haya desgarrado. ¿De qué sirve, pues, que se haya operado en él un cambio, que se arrepienta ahora de lo que ha hecho y que hasta esté dispuesto, quizá, a pedirme por esposa? ¿Qué importa que yo no le haya arrojado completamente de mi corazón, y que sienta cierta aversión hacia él. Esto es peor que si me fuera indiferente. ¿Cómo puedo tenderle la mano teniendo tan lleno el corazón de hiel? Tú crees que no he sabido apreciarle bastante, y hasta esto podrá ser; pero cuanto más le veo, más comprendo cuán ajeno me ha llegado a ser; conozco que, si tuviera que escoger entre los dos, daría la preferencia a Masko, a pesar de serle muy inferior. Todo el bien que de él me has dicho, lo creo; pero ya no le amo, ni le amaré nunca más.

A Emilia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pobre señor Estanislao! —dijo como hablando consigo misma.

Tras una breve pausa, preguntó:

—¿De modo que no le compadezco?

—Le compadezco cuando me lo imagino tal como estuvo en Kerzemien; le compadezco cuando no le veo; pero, cuando se me presenta delante, no siento más que aversión contra él.

—Porque tú no sabes cuán desgraciado es. No tiene a nadie en el mundo.

—Te tiene a ti por amiga, y quiere a Litka.

—Pero, Marina, esto es muy diferente. Tú sabes que él te ama de un modo distinto y mil veces más que a Litka.

La habitación donde se encontraban estaba a la sazón completamente a oscuras. El criado trajo una lámpara encendida. Al aparecer súbitamente la luz, la señora Emilia distinguió una figura pálida, acurrucada en una butaca.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Litka?

—Sí, mamita.

La voz de la niña tenía un acento singular. La señora Emilia se levantó y aproximándose a su hija le dijo:

—¿Cuándo has entrado aquí? Di, ¿qué quieres?

—Estoy tan confusa...

Emilia la tomó en sus brazos, y entonces notó que había llorado.

—Litka, has llorado; pero, ¿qué tienes?

—Estoy tan afligida, tan afligida...

Y apoyando la cabeza en el hombro de su madre, púsose a llorar de nuevo.

Aquella misma noche, mientras se estaba desnudando para acostarse, entró resueltamente en la habitación de su madre, y le dijo al oído:

—Mamita, tengo un gran pecado sobre mi conciencia.

—¡Pobre hija mía! Dime qué es lo que tanto te angustia.

—Yo no quiero ya a Marina —murmuró suavemente la niña.

XIII

La señora Emilia, Litka, Marina y el señor Plavicki habían ido a comer a casa de Bigiel, que pasaba los meses de verano y los principios de otoño en una quinta situada a una hora de distancia de la ciudad. Era en un sereno día de otoño. La mayor parte de los árboles presentaban todavía un color verde hermoso y uniforme, únicamente interrumpido a intervalos por algunas ramas despojadas de hojas o con hojas de un color amarillo pálido.

El señor Bigiel y su esposa, rodeados de sus hijos, habían recibido a los huéspedes. La señora Bigiel, que hallaba muy simpática a Marina, acogió con tanta cordialidad a la joven, que dejaba suponer la idea de conquistarla para Polaniecki y que quería influir sobre ella al exteriorizar la efusión con que eran acogidos los amigos de este último.

El señor Plavicki, que había conocido a la familia Bigiel en casa de la señora Emilia, adoptó el aire afable de un gran señor, aire que impresionaba más que de costumbre. Besó la mano a la señora Bigiel, y le dijo en tono de benévola protección al marido:

—Hoy es una dicha encontrarse bajo el techo de un hombre como usted. Yo aprecio en lo mucho que valen sus cualidades, con tanto mayor motivo, cuando que es usted el socio de mi sobrino, que también se ha dedicado al comercio.

—Polaniecki es un hombre muy activo —respondió sencillamente Bigiel, mientras estrechaba la mano enguantada del anciano.

Las señoras entraron en la casa para dejar los sombreros y en seguida volvieron a la galería.

—¿No ha venido el señor Polaniecki? —preguntó la señora Emilia.

—Sí, ha llegado esta mañana —contestó la señora Bigiel—; pero en este momento ha ido a hacer una visita a las señoras Kraslavski. Las señoras Kraslavski —añadió dirigiéndose a Marina— son nuestras vecinas de campo.

—He tenido el honor de tratar a la señorita Teresa Kraslavski, y hasta recuerdo que su rostro en extremo pálido me produjo una singular impresión.

—¡Oh! Todavía está muy pálida. Con motivo de su delicada salud pasó en Pau el último invierno.

Entretanto, los hijos de Bigiel se habían apoderado de Litka y la habían invitado a jugar con ellos. Las pequeñuelas la mostraron con orgullo su jardincito, que por cierto no estaba muy bien cuidado, y trataban de expresarle su cariño poniéndose de puntillas para besarla en las mejillas. Esta correspondía a sus caricias con la amabilidad y ternura de una hermana mayor.

Pero los varones quisieron tener también su parte. Devastaron un macizo de flores para hacer un ramo que ofrecieron a su joven amiga.

En aquel momento apareció Polaniecki al extremo del largo sendero que conducía a la quinta: de pronto no advirtió la presencia de Marina que se había unido a la tertulia formada por los pequeños. Primeramente recorrió con la vista la galería, después la explanada que se extendía delante de la casa, y apretó el paso en cuanto se ofrecieron a su vista las claras vestiduras de la joven. Litka, sabiendo que su madre se alarmaba cuando ella hacía un movimiento brusco, permaneció en su sitio y siguió jugando con los demás niños; pero éstos, tan pronto como divisaron a Polaniecki, abandonaron precipitadamente sus juguetes y se lanzaron al encuentro de su amigo, prorrumpiendo en fuertes gritos de alegría. Litka los quiso seguir pero retrocedió en seguida, estremeciéndose todo su cuerpo, y fijó sucesivamente en Polaniecki y en Marina sus grandes ojos llenos de melancolía.

—¿No vas a saludar al señor Stach? —le preguntó ésta.

—No.

—¿Por qué, Litka?

—Porque...

Un vivo rubor coloreó las mejillas de la niña sin que ella misma supiese el por qué; no se atrevía a expresar su pensamiento.

Mientras tanto Polaniecki se había acercado rodeado de los niños y tratando de alejarlos riendo.

—No me apretéis tan de cerca, diablillos —exclamaba—, si no queréis que os mande a todos a paseo.

Al mismo tiempo tendió sonriendo la mano a Marina; y volviéndose luego a Litka dijo:

—¿Cómo está mi pastorcilla?

Su mirada debió influir favorablemente en la niña, pues ésta le tendió sus manecitas y respondió:

—Muy bien, pero ayer estuve triste toda la noche porque no vino cierto señor Stach. Ahora tiene usted que ir corriendo a ver a mamá.

Todos volvieron a la galería.

—¿Ha hecho usted ya una visita a las señoras Kraslavski?

—Sí; me han asegurado que vendrán aquí después de comer.

Esperábase también al doctor Vaskovski, quien al fin llegó acompañado de Bukacki. La amistad que unía a éste con Bigiel le autorizaba a venir sin previa invitación.

Saludó a la señora Emilia como de costumbre, en tono de broma y sin la menor sombra de sentimentalismo.

—¿No pensaba usted ir primero a Múnich y después a Italia? —le preguntó la señora Emilia mientras se sentaba a la mesa.

—Sí, señora —respondió Bukacki—; pero me olvidé de llevar conmigo el cortaplumas de que me sirvo para cortar las páginas de los libros que leo durante el viaje y tuve que regresar a Varsovia.

—¡Realmente es un motivo muy grave!

—No puede usted imaginarse lo que fastidia el ver que los hombres únicamente obran por motivos importantes. ¿Acaso éstos tienen algún privilegio especial? Por otra parte, tenía el triste deber de acompañar a su última morada los restos de un amigo; he asistido a los funerales del pobre Sisovicz.

—¿Aquél *sportsman* pequeño y flaco?—preguntó Bigiel.

—Sí —murmuró Bukacki—; puede usted creer que aún no me he recobrado de la sorpresa que me ha causado el que un hombre que durante toda su vida no hizo otra cosa que cometer locuras, se haya decidido a dar un paseo tan serio como lo es el de la muerte. En esto no lo he reconocido.

—A propósito —dijo Polaniecki tomando la palabra—, las señoras Kraslavski me han contado que Ploszovski, aquel que trastornaba la cabeza a todas las mujeres, se ha abrasado los sesos en Roma.

—¡Es un pariente mío! —exclamó Plavicki.

Esta noticia afectó mucho a la señora Emilia. No había conocido personalmente a Ploszovski, pero había estado en íntimas relaciones con una tía suya, y sabía que esta señora adoraba a su sobrino.

—¡Dios mío, qué desgracia! —exclamó—. ¿Pero es cierto? ¡Un joven tan rico y dotado de tan buenas cualidades! ¡Pobre señorita Ploszovski!

—¡Qué lástima que queden sin herederos unos bienes tan cuantiosos! —añadió Bigiel—. Yo conozco la fortuna de la familia Ploszovski, porque éstos radican cerca de Varsovia. La anciana señorita Ploszovski no tenía más que dos parientes, este sobrino y la señora Kromicki que murió también. Pero dejemos a un lado los muertos y hablemos de los vivos... Vaya, ¡a la salud de la señora Emilia!

—¡Y a la de Litka! —agregó Polaniecki.

Y volviéndose a Marina, prosiguió:

—Y a la de nuestras comunes amigas.

—¡De todo corazón! —exclamó la joven.

Y bajando la voz agregó:

—Ya sabe usted que yo considero a Emilia y a Litka no sólo como amigas, sino además... ¿cómo diré?... como a mis patrocinadoras. Verdad que Litka es todavía una niña, pero la señora Emilia sabe escoger sus amigos. Por lo tanto, si alguien tiene prevenciones contra mí, aun admitiendo que sean fundadas, por no haber obrado yo como debía, no debe considerarme como al peor de todos los hombres, pues ve cuánto me aflige esto y sobre todo porque sabe cuánta amistad y cuánta benevolencia me profesa la señora Emilia.

Marina quedó muy desconcertada y se sintió dominada por un sentimiento de involuntaria compasión, cuando él, en voz *más* baja todavía, añadió:

—Esto es un tormento indecible y una amarga pesadumbre que desgarrar mi corazón.

Antes que pudiese ella contestar, levantóse Plavicki para brindar por la señora Bigiel, haciendo un largo discurso en elogio de las mujeres en general y de la señora Bigiel en particular.

Polaniecki estaba fuera de sí y deseó de todo corazón que al prolijo orador le ahogaran sus propias palabras.

Habíase desvanecido su esperanza de obtener una benévola respuesta de Marina. La joven se levantó para hacer chocar su vaso con el de la señora Bigiel, y cuando se volvió a sentar, él no se atrevió a provocar una respuesta. Después de la comida comparecieron las señoras Kraslavski La madre, de unos cincuenta años de edad, muy vivaracha y parlanchina; la hija, por el contrario, rígida y fría; además, esta última tenía una figura más graciosa, pero estaba tan pálida que parecía una Virgen de Holbein.

Polaniecki, despechado, entabló desde luego conversación con ella. De vez en cuando dirigía una mirada al lozano rostro de Marina pensando para sus adentros:

—Si a lo menos tú, cruel, me hubieses dicho una palabra alentadora...

Y creció hasta tal punto su enojo, que, como la señorita Kraslavski, que tenía el defecto de abusar de la *e*, hubiese dicho *memé* en lugar de *mamá*, se apresuró a preguntar:

—¿A quién llama usted?

Pero la *memé* estaba muy atareada comentando el suicidio de Ploszovski.

—Le aseguro a usted —decía animándose progresivamente—, que la cosa es clara: se ha matado por el dolor que le ha producido la muerte de la señora Kromicki, que era una gran coqueta. ¡Dios se apiade de su alma! Yo no podía aguantarla, sobre todo cuando hacía la melindrosa en presencia de mi Teresa. Un ejemplo muy peligroso para una joven inocente. Hasta la misma Teresa no le podía digerir.

—Pero siempre he oído decir —interrumpió la señora Emilia— que la señora Kromicki era un ángel de bondad (1).

—*Madame, je vous donne ma parole d'honneur* de que era un arcángel —dijo Bukacki dirigiéndose a la señora Kraslavski.

La mamá de Teresa guardó silencio por algunos instantes; no sabía qué replicar. No quería ser descortés porque Bukacki era rico y de consiguiente un buen partido para Teresa; así, pues, se limitó a contestar:

—Para los hombres, todas las mujeres hermosas son ángeles y aun arcángeles. La señora Kromicki puede haber sido una excelente señora, pero carecía de tino: esto es positivo.

Como nadie replicó, la conversación tomó otro giro. Al anoecer, los invitados hicieron los preparativos de marcha. Litka se acercó a su madre y la echó los brazos al cuello murmurando algo a sus oídos. Esta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y volviéndose a Polaniecki, le dijo:

—Señor Estanislao, si no tiene usted intención de pasar la noche aquí, puede regresar con nosotros. A Litka la colocaremos entre Marina y yo y así quedará sitio para usted.

(1) En la novela del mismo autor de la presente titulaba *Más allá del misterio*, publicada en esta Biblioteca, se refieren los amores de Ploszovski con la señora Kromicki, que fue, realmente, un ángel.

—Me es absolutamente imposible pasar la noche aquí y, por lo tanto, quedo agradecido por la oferta —contestó Polaniecki.

Luego, volviéndose a la que había inspirado aquel pensamiento, la tomó en sus brazos y murmuró dulcemente a su oído:

—¡Has sido tú, corazoncito mío, has sido tú!

Pocos minutos después el carruaje avanzaba por el camino de Varsovia. Al hermoso día habíale sucedido una noche espléndida, iluminada por la luna.

Polaniecki respiró con voluptuosidad el fresco aire de la noche, lleno de gozo el corazón por hallarse entre los seres que le eran más queridos. Al claror de la luna distinguía perfectamente el rostro de Marina, en aquel instante sereno y tranquilo. Tal vez entre sí pensaba: «Sus sentimientos y los míos son idénticos; su desdén tal vez se desvanece en la profunda paz que reina en nuestro alrededor».

Litka se había acurrucado entre las dos mujeres, y parecía estar durmiendo. Polaniecki le cubrió cuidadosamente los piecitos con el chal de la señora Emilia. Un buen trecho del camino se recorrió en medio del más absoluto silencio. Al fin la señora Emilia fue la primera en romperlo, diciendo:

—Este suicidio será probablemente el epílogo de alguna espantosa tragedia. Tal vez no le faltaba razón a la señora Kraslavski al sostener que el suicidio del uno estaba ligado a la muerte de la otra.

—Después de un suicidio, siempre se hacen mil comentarios —respondió Marina—, y esto, a mi modo de ver, está mal hecho; parece que no se le tiene compasión alguna al desgraciado.

—Antes que todo —dijo a su vez Polaniecki—, hay que tener compasión para los que pueden experimentar todavía sus efectos; es decir, para los vivos.

Nuevamente quedó interrumpida la conversación. Sólo al cabo de algunos minutos mientras el coche pasaba corriendo por delante de una casa cuyas ventanas estaban iluminadas, repuso Polaniecki:

—Es la quinta de las señoras Kraslavski.

—Yo —observó la señora Emilia— encuentro muy inconveniente la manera de hablar de esa señora acerca de la desgraciada Kromicki.

—Es una hiena —dijo Polaniecki—. ¿Y sabe usted quién es la causa? Su hija. Ella quisiera pintar de negro todos los seres del mundo, para que su hija apareciera como un ángel. Como que tenía sus proyectos sobre el pobre Ploszovski y la señora Kromicki era un obstáculo para sus miras, por eso la odiaba cordialmente.

—Por lo demás —observó Marina—, la señorita Teresa es bonita.

—Es una autómata, cuyo corazón no palpita si a su madre se le olvida darle cuerda. De mujeres de esta clase hay una infinidad, por más que muchas de ellas a primera vista no lo parezcan. Es cosa increíble; sin embargo, un amigo mío, un joven médico, se enamoró locamente, hace cerca de dos años, de aquella muñeca sin alma. Dos veces pidió su mano, y las dos veces fue rechazado por aquellas señoras, que se habían formado otros proyectos. Entonces él se expatrió a Holanda, donde murió de consunción. Al principio me escribía con regularidad para pedirme noticias de su autómata; después dejé de recibir cartas suyas.

—¿Lo sabe ella?

—Lo sabe, porque siempre que tenía ocasión de verla, yo le hablaba del joven médico. Su recuerdo no ha alterado ni por un instante su inconsciente serenidad. Habla de él como de cualquiera persona extraña. ¡Y pensar que mi pobre amigo era un escéptico, un materialista, un verdadero hijo de nuestro siglo! Sin embargo, sostenía que la pasión se burla de toda la filosofía de este mundo y hasta una vez

me dijo: «¿Qué quieres que te diga? Prefiero ser desgraciado con ella, que feliz con otra». Lo cual equivale a decir que la razón juzga con rectitud, pero que el alma es eternamente esclava de las pasiones.

En aquel momento el coche recorría un camino flanqueado de castaños, cuyas ramas, iluminadas por los faroles del coche, parecían encendidas.

—Y si a uno le sobreviene una desgracia semejante, tiene que resignarse —observó de pronto Polaniecki, como conclusión de un razonamiento— que se hubiese hecho a sí mismo.

La señora Emilia se inclinó hacia Litka murmurando:

—¿Duermes?

—No, mamita.

XIV

—Yo no ambiciono el dinero —decía el señor Plavicki—; pero si la Providencia hubiese decretado que nos tocara a nosotros una parte de esa importante herencia, le aseguro que no la rechazaría.

—Le ruego a usted que considere —observó fríamente Masko— que, ante todo, sus pretensiones de usted carecen de fundamento.

—No por esto he de renunciar a ellas.

—Y además, que la señorita Ploszovski vive aún.

—Sí, pero la señorita es una especie de choza ruinosa y su vida ha de ser muy corta.

—Pero puede legar sus bienes para fines benéficos.

—Esas disposiciones testamentarias pueden ser rebatidas.

—Y, por último, que su parentesco de usted es de décimo o undécimo grado.

—Pero no existen parientes más próximos.

—También Polaniecki es pariente de usted.

—En rigor no lo es, pues sólo era primo lejano de mi primera esposa.

—¿Y Bukacki?

—Ese me tiene sin cuidado; sólo es primo de un cuñado mío.

—¿Y no tiene usted otros parientes?

—Los Gatoski de Yalbrizikov se titulan parientes nuestros, pero ignoro con qué derecho. La mayor parte de los hombres sostienen lo que halaga su vanidad.

Masko, al plantear todas estas dificultades, perseguía un objeto determinado.

—En nuestro pueblo —repuso—, los hombres son codiciosos, y en cuanto husmean una herencia, aunque con frecuencia sean ilusorios sus derechos, acuden como moscas a la miel. En tales casos todo depende de la elección del individuo más apto para el despacho de asuntos tan complicados. El que mejor escoge es el que tiene mayores probabilidades de éxito. Se necesita un hombre práctico, activo y enérgico, porque un hombre sin energía y que no conozca a

fondo estas cuestiones, difícilmente se saldría con la suya, aunque no careciera de cierto ingenio.

—Lo sé por experiencia —observó Plavicki.

—Sin contar con que se convertiría usted en el dominguillo de los abogados, los cuales conocen a la perfección el arte de desplumar a sus clientes.

—Elegiré a usted que es amigo nuestro.

—Y hará usted bien —repuso Masko con énfasis—; porque, hablando con el corazón en la mano, tanto a usted como a la señorita Marina les profeso una verdadera amistad y hasta profundo cariño, como si fuese yo un miembro de la familia Plavicki.

—Le doy las gracias en nombre de la huérfana —contestó el anciano, hondamente conmovido.

—Asumiré toda la responsabilidad de la gestión de este asunto —prosiguió Masko en tono solemne—, a pesar de que veo muy dudoso el éxito; pero conviene que yo tenga el derecho de intervenir.

Y tomándole la mano a Plavicki, el joven abogado añadió:

—Seguramente habrá usted adivinado de qué le quiero hablar; por lo tanto, le suplico que me escuche con paciencia.

Aunque no había nadie en la habitación, bajó la voz y siguió hablando con calor. De vez en cuando Plavicki entornaba los ojos, y dijo, en cuanto hubo terminado su interlocutor:

—Vaya usted a la sala, adonde le enviaré en seguida a Marina. No sé lo que ella le contestará a usted. Sea lo que Dios quiera; yo le he apreciado a usted siempre y, por consiguiente...

El señor Plavicki abrió los brazos en los que se arrojó Masko contestando sin manifestar gran emoción, pero con gran dignidad:

—Gracias.

A los pocos instantes hallábase en la sala esperando.

Marina entró, al fin, algo pálida, pero tranquila. Masko le ofreció una silla. Luego se sentó frente a ella y empezó diciendo:

—Estoy aquí con permiso de su padre de usted. No sé si podré expresar mejor de palabra lo que en silencio le he revelado ya. Mas ahora me parece llegado el momento de manifestar con su verdadero nombre el dulce sentimiento que usted me ha inspirado y lo hago confiado en su corazón y en su carácter. La amo, soy un hombre con cuyo apoyo puede usted contar, y le pido que sea usted mi mujer.

Marina no contestó en seguida; parecía que estuviera indecisa sobre la elección de palabras; pero dijo finalmente:

—Me considero obligada a darle una respuesta franca y sincera. La confesión que hago me es penosa, muy penosa, pero no puedo seguir manteniendo en el engaño a una persona como usted: yo no le amo, y jamás podré ser su esposa de usted.

El rostro de Masko se puso más colorado, si posible era, de lo acostumbrado, y sus ojos adquirieron una expresión dura y fría.

—Su respuesta de usted es muy categórica —dijo haciendo un gran esfuerzo por dominarse—, y para mí es tan dolorosa como inesperada. ¿Para qué quiere usted rechazar súbitamente mi proposición? Deje usted transcurrir algunos días. Así tendrá tiempo de pensarlo mejor.

—Esa resolución hace ya algún tiempo que la tengo tomada, y mi respuesta la he pensado suficientemente.

En este punto la voz de Masko adquirió un tono seco y fuerte.

—Juzgue usted a sí misma, señorita —dijo—, y verá si no fue su conducta la que me ha dado el derecho de hacerle una proposición semejante.

Masko esperaba que Marina le contestaría que se había equivocado al juzgar su conducta, y que jamás habría imaginado haber despertado en él una esperanza; pero ella fijó en el abogado su límpida mirada y respondió:

—Mi conducta para con usted no ha sido la que debería ser; me reconozco culpable y le ruego que me dispense.

Masko se sintió derrotado.

Una mujer que reconoce su falta desarma a cualquier adversario que, por temperamento y por la educación que ha recibido, posee algún sentimiento caballeresco.

La cólera y el amor propio lastimado hicieron estremecer sus nervios, pero se dominó, tomó el sombrero, se acercó a Marina, e inclinándose para besarle la mano dijo:

—Sabía que estaba usted muy encariñada con Kerzemien; lo compré con el único objeto de ponerlo a sus pies. Ahora me doy cuenta de que equivoqué el camino. Le ruego que me pispense por mi equivocación. Me es tan querido su sosiego como mi felicidad; por lo tanto, no se dirija usted ningún reproche y sea feliz.

Dicho esto, hizo una profunda reverencia, y salió.

Marina permaneció inmóvil largo rato. En su pálido semblante se reflejaba un dolor profundo; jamás habría creído a Masko capaz de un sentimiento noble.

—Polaniecki —pensaba— me arrebató Kerzemien para recobrar su dinero, y Masko lo adquirió para ofrecérmelo.

Jamás había quedado Polaniecki tan rebajado a sus ojos como en aquel momento. Fue tal la impresión que en ella produjo la conducta del abogado, que estuvo a punto de llamarle; pero le faltó el valor, por más que se decía a sí misma que aquél era su deber.

Por otra parte, ella no se podía imaginar la violenta disposición de ánimo en que Masko se hallaba. Razón sobrada tenía éste para estar furioso. Fallidos todos sus planes, veíase al borde de la ruina. Había comprado Kerzemien con buenas condiciones, pero la finca era demasiado grande para los reducidos medios de que disponía. Una vez casado con Marina, habría quedado libre de la renta vitalicia que tenía que pagar al señor Plavicki y hasta habría podido tomarse tiempo para desprenderse del producto de la venta del Magierow. En cambio ahora, Plavicki, Polaniecki y todos los que alegaban derechos sobre la hacienda tenían que ser pagados; pues de lo contrario se iría por tierra para siempre todo su crédito tan penosamente alcanzado. Y Masko comprendía de sobra todo esto.

Entretanto, Plavicki había entrado en la sala donde se hallaba su hija.

—Le has rechazado —empezó a decir—, porque, de no ser así, no se habría marchado sin despedirse de mí.

—Sí, papá.

—¿Y qué has contestado?

—Todo lo que un alma noble puede contestar.

—Una nueva desgracia —observó en tono lastimero el señor Plavicki—; obrando así tal vez me has quitado el último pedazo de pan. Ya sabía que no tendrías consideración alguna conmigo.

—No podía obrar de distinto modo.

—Está bien. Adiós, ya sé adónde tengo que ir para dar libre curso a mi dolor, ya sé dónde hallar quien comparta mis lágrimas.

Y se fue al café a ver jugar al billar.

Media hora después Marina iba a casa de la señora Emilia.

—Me he quitado un gran peso del corazón —exclamó apenas hubo entrado—. Acabo de rechazar categóricamente la proposición de matrimonio que me ha hecho el señor Masko.

La señora Emilia la estrechó contra su pecho sin contestar. Marina prosiguió:

—Me ha causado lástima. Se ha portado con tanta nobleza, que si en mi corazón hubiera existido una sola chispa de amor por él, no habría tenido valor para negarle mi mano.

Y refirió a su amiga toda la conversación sostenida con Masko.

—Querida Emilia —terminó Marina—, conozco la amistad que le profesas al señor Polaniecki; pero sé justa por una vez, compara a estos dos hombres, no según sus palabras, sino según su conducta.

—Jamás haré semejante comparación —exclamó Emilia—; es imposible. Son la antítesis el uno del otro. Yo coloco a Polaniecki muy por encima de Masko y encuentro que al juzgarles eres injusta y hasta no tienes razón para decir que el uno te ha quitado Kerzemien y que el otro te lo ha querido devolver. Estanislao no te ha despojado de Kerzemien y te lo devolvería de muy buen grado si en su mano estuviera. Hablas contra él por sistema.

—No, no. Yo juzgo por los hechos, y éstos no se pueden desmentir.

—Y yo, Marina, te digo —replicó Emilia acercándose a su joven amiga— que no puedes juzgar desapasionadamente. ¿Y sabes por qué? Porque Polaniecki no te es indiferente.

Marina se estremeció como si Emilia le hubiese tocado bruscamente una herida que manaba sangre aún, y al cabo de algunos minutos, respondió casi con acritud:

—El señor Polaniecki no me es indiferente, tienes razón. Pero la simpatía que por él alimentaba, se ha trocado en aversión.

Emilia, apenada, inclinó la cabeza; Marina, arrepentida de su áspera respuesta, la abrazó diciendo:

—Siento vivamente ser causa de disgustos para ti, pero tengo que decirte la verdad. Sé muy bien que acabarás por dejar de quererme tú también y precisamente cuando quizás tendré mayor necesidad de tu cariño.

Las dos amigas se separaron, como de costumbre, besándose y abrazándose; pero, comprendiendo que entre ellas se había interpuesto algo incomprensible, y que sus cordiales relaciones habíanse turbado para siempre.

Algunos días después, la señora Emilia, cediendo a las insistentes súplicas de Polaniecki, creyó oportuno decirle toda la verdad.

Y el joven, después de haberla escuchado atentamente, contestó:

—Le doy a usted las gracias. Si la señorita Plavicki sólo siente aversión por mí, ya nada me queda que hacer. He hecho hasta lo imposible para reconciliarme con ella; no puedo ir más allá. Sé que me esperan días de dolor, pero sabré encontrar el valor suficiente para reprimir mi amor; se lo puedo asegurar a usted serenamente.

—Lo creo, mas ¡cuánto sufrirá usted!

—¡Qué importa! Cuando no pueda más, la llamaré a usted en mi auxilio, y estoy seguro de que con esto lo sabré soportar todo. Tengo la seguridad de que Litka la ayudará en esta buena obra.

Dichas estas palabras, Polaniecki se despidió.

Firme en su propósito se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, buscando en éste el olvido; mas, durante sus noches de insomnio, no podía ahuyentar los pensamientos que llenaban su mente y una profunda pena oprimía su corazón.

Pero el dolor es para el hombre lo que el orín es para el hierro; el estado de su ánimo empeoró de día en día. ¿Qué había sacado de toda su energía? Vacío y desierto se presentaba para él el porvenir, y él mismo se había labrado su propia desventura. El amor que sentía por Marina adquirió con el dolor mayor intensidad, y se apoderó de él un vivísimo deseo de poseerla. A pesar de todo lo cual, la esquivaba. Pero, habiéndose puesto enferma Litka, pasó días enteros en casa de la señora Emilia, y con este motivo tuvo ocasión de pasar, en compañía de Marina, largas horas de vela a la cabecera del lecho de la enfermita.

XV

La pobre Litka tardó mucho tiempo en reponerse de su nueva recaída. Entonces durante el día reposaba en una camita que se le había colocado en la sala. Acompañada de su madre y de Polaniecki mostrábase tranquila y satisfecha; mas en presencia de Marina permanecía seria, y, a veces, con los ojos obstinadamente fijos en ella, parecía querer darle cuenta de algo que atormentaba su ingenua imaginación.

Una tarde, mientras se hallaba sola con su madre, le dijo de improviso como si despertase de un sueño:

—Mamita, siéntate por un instante a mi lado.

La señora Emilia consintió inmediatamente.

La enfermita la echó los brazos al cuello, apoyó su rubia cabecita sobre su hombro y murmuró dulcemente a su oído:

—Quisiera pedirte una cosa, pero no sé cómo decírtelo.

—¿De qué se trata, corazón mío?

Litka permaneció un instante pensativa, y luego contestó:

—Mamá, ¿qué quiere decir eso de amar de veras a uno?

—¿Amar a uno, Litka? —repitió la señora Emilia que no había comprendido bien la pregunta.

—Sí, mamita.

—Amar a uno quiere decir desear que esté bueno de la manera como yo desearía que tú no estuvieses enferma.

—¿Y qué más?

—Desear siempre estar con él, desear que sea dichoso y hasta ser amada de él.

—¡Ahora comprendo! —exclamó Litka lanzando un profundo suspiro—. Siempre me he figurado que debía ser una cosa así.

—¿Y por qué me has hecho estas preguntas?

—Mira, mamá, una vez... ¿te acuerdas? era en el lago Thum... oí que decíais que el señor Stach amaba a Marina; y ahora comprendo que debe ser muy desgraciado, porque nunca habla de ella.

—No te conmuevas tanto, hija mía.

—No me conmuevo, mamá. Ahora lo comprendo todo. Él quisiera que ella lo amase, pero ella no lo ama; y quisiera que siempre estuviese con él, y ella, por el contrario, vive con su padre y se niega a casarse con él.

—No quiere ser su mujer...

—Por esto sufre tanto, ¿verdad, mamá?

—Verdad.

—Sí, ahora veo claro. Pero, si fuese su mujer, ¿podría aprender a conocerle?

—Cierto, corazoncito mío. ¡Un hombre tan bueno!

—Sí, sí, ahora lo sé todo.

La niña cerró los ojos, y la señora Emilia permaneció silenciosa para que se durmiera; pero, al cabo de algunos momentos, Litka repuso:

—Si él se casara con Marina, ¿cesaría de amarnos?

—No, Litka, nos tendría el mismo cariño que nos tiene ahora.

—¿Pero querría más a Marina que a nosotras?

—Es natural; Marina estaría siempre más cerca de él. Pero, ¿por qué te preocupas tanto de eso?

—¿Hago mal?

—De ninguna manera; pero temo que te canses demasiado.

—Yo siempre estoy pensando en el señor Stach. Oye, mamá, no le digas nada de eso a Marina.

Algunos días después Polaniecki se hallaba solo a la cabecera de la cama de Litka, todo atareado en hinchar un globo de goma que había traído para la enferma.

De pronto ésta dijo:

—Señor Stach, he notado que mi mamá está muy afligida porque estoy enferma.

Polaniecki dejó de ocuparse del globo y le contestó:

—Esta picaruela lo ve todo y lo observa todo. Por lo demás, es natural que tu madre desee que estés buena.

—¿Por qué todos los otros niños están buenos y únicamente yo estoy enferma?

—También han estado muy enfermos los niños de Bigiel. La mayor parte de los niños están sujetos a enfermedades.

Litka sacudió la cabeza como quien no se da por convencida y en seguida repuso:

—Anteayer, mientras estaba sola, oí música en la calle, miré por la ventana y vi que era un entierro y se me ocurrió la idea de que también yo me moriría.

—No digas disparates, Litka —exclamó Polaniecki.

Y para ocultar su turbación y hacer creer a la niña que daba poca importancia a sus palabras, prosiguió su tarea de llenar el globo de aire.

Pero la niña continuó:

—Me siento tan enferma, hay momentos que me hace sufrir tanto el corazón... Mamá, cuando reza, siempre me hace decir: «Señor, devuélveme la salud». Y yo lo repito de muy buen grado, porque tengo miedo de morir. Sé que el Paraíso es muy bonito, pero mamita no está allá... Y yo estaré sola, sola en el cementerio y hasta de noche...

Polaniecki echó a un rincón el globo, se acercó vivamente a la enferma, y apoderándose de sus manecitas le dijo:

—Litka, si amas a tu madre y quieres a tu Stach, no pienses en estas cosas, que sólo sirven para agitarte. Si tu mamá lo supiera tendría un inmenso pesar.

Litka unió las manos en ademán suplicante.

—Mi buen señor Stach —dijo—, permítame usted que le pida todavía una cosa, no más que una, la última.

—Di, niña —contestó acariciando su rubia cabecita—; pero a condición de que sea una cosa juiciosa.

—¿Llorará usted sobre mi tumba?

—¿Ves cómo eres muy mala?

—¡Querido Stach, mi querido Stach, respóndame usted!

—¡Qué muchacha tan obstinada! ¿Te tengo que responder? Tú sabes cuánto te quiero, cuán profundo es el cariño que te tengo. ¡Dios te proteja! Nadie en el mundo llorará tanto como tu Stach. Y ahora, calla de una vez.

—Sí, no volveré a hablar, mi buen Stach —contestó Litka fijando sus ojos llenos de gratitud en el rostro de su amigo.

En aquel momento entró la señora Emilia y Polaniecki se levantó para marcharse.

—¿Está usted enfadado conmigo, señor Stach? —le preguntó, angustiada, la niña.

—No, Litka —contestó él.

Al llegar a la antecámara oyó llamar ligeramente a la puerta, porque la señora Emilia había hecho quitar la campanilla. Abrió y se halló enfrente de Marina. Luego de haberse saludado, la joven le preguntó:

—¿Cómo está Litka?

—Igual.

—¿Ha venido el médico?

—Sí: no ha observado cambio alguno. ¿Permite usted que le ayude?

Al decir esto trató de quitarle el abrigo; y como ella procurase evitarlo, Polaniecki, que estaba aún conmovido por las palabras de Litka, no pudo contenerse y dijo con amargo tono:

—Quería cumplir un simple deber de cortesía. Lo mismo me hubiera conducido con cualquiera otra señora. Y además, puede usted estar segura de que en este momento sólo pienso en Litka.

Sorprendida Marina de este inesperado reproche, detúvose mortificada frente a él, y no se opuso ya a que le quitase el abrigo. Mas, con gran asombro suyo, no se sintió ofendida por aquellas palabras, al contrario, parecíanle que sólo un hombre franco y sensible podía expresarse en tales términos.

Su resuelto proceder ejerció sobre la delicada naturaleza femenina de la joven un gran efecto, y nunca como en aquel instante había producido una impresión semejante, pasajera si se quiere, sobre ella.

—Le ruego a usted que me dispense.

Polaniecki, que ya había logrado calmarse y estaba arrepentido de su arrebató, replicó:

—Yo soy quien debo pedirle que me dispense. Litka acaba de hablarme de su muerte y me ha conmovido hasta el extremo de que casi he perdido la cabeza. Fácilmente lo comprenderá usted, y esto me dispensará.

Dicho esto, volvió a saludarla y salió.

XVI

Al siguiente día Marina rogó a la señora Emilia que le permitiese pasar las noches allí, siquiera fuese hasta que la pequeña enferma se hubiese restablecido.

Litka apoyó esta proposición insistiendo para que la señora Emilia consintiera.

El señor Plavicki, por su parte, no se opuso; por el contrario, estaba muy contento de poder ir a comer al *restaurant*.

Además, Marina iría todos los días un rato a casa, para arreglarle e informarse de la salud de su padre.

Polaniecki y Marina se veían así diariamente, porque él, cuando sus asuntos lo dejaban libre, corría a casa de la señora Emilia, para recibir a las personas que iban a enterarse del estado de Litka.

Así tuvo ocasión de conocer a Marina como enfermera, y de apreciar su paciencia y su ternura para con la niña, la cual mejoraba visiblemente.

El médico la autorizó para levantarse cada día algunas horas, para andar por la habitación, y para que se la condujese, sentada en un sillón, hasta el pie de un balcón abierto, desde donde se distraería mirando a los transeúntes.

A Veces formulaba preguntas muy originales.

Cierto día pasaba un pesado carro cargado de grandes macetas, en las cuales había limoneros plantados, y al ver que se balanceaban con fuerza a cada sacudida del carro, dijo:

—De seguro que esas plantas no padecen del corazón.

Y volviéndose a Polaniecki añadió:

—¿Viven mucho las plantas, señor Stach?

—Mucho, pueden alcanzar hasta mil años.

—¡Quién fuera planta! Marina, ¿qué árbol te gustaría ser?

—Un abedul.

—Entonces yo sería un abedul pequeño y mamá uno grande, y creceríamos Juntas las dos. ¿Quisiera usted ser también un abedul, señor Stach?

—Sí, pero a condición de que había de crecer muy cerquita del abedul pequeño.

Litka sacudió la cabeza con gesto de incredulidad y repuso:

—No, no; ahora ya lo sé todo; no ignoro cerca de quién querría crecer el señor Stach.

Marina se ruborizó. Polaniecki acarició la cabecita de Litka murmurando:

—¡Ah, picarilla!

Litka se apoyó en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus cerradas pupilas y se deslizaron lentamente por sus mejillas.

Pero en seguida volvió a abrir los ojos y dijo con una sonrisa angelical:

—Yo quiero a mamá más que a todos. Pero también quiero al señor Stach y Marina.

XVII

El profesor Vaskovski iba diariamente a casa de su amigo Estanislao para saber noticias de Litka, y cada vez llevaba flores frescas para ella. Un día en que Polaniecki le dio las gracias en nombre de la señora Emilia, le contestó:

—¡Cómo! no vale la pena de hablar de unas pobres florecillas. ¿Cómo sigue la pequeñuela?

—Ni mejora ni empeora. ¡Cuando pienso que esta pobre niña está destinada a morir!

Polaniecki no pudo continuar, porque las lágrimas le formaban un nudo en la garganta. Sólo haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, pudo añadir:

—¡Cómo puede esperarse aún en la divina misericordia! La razón natural dice que la persona que está enferma del corazón tiene que morir. ¡Qué pesar tan grande nos causará a todos!

En aquel momento llegó Bukacki, el cual, después de haberse enterado de la salud de Litka, a la que profesaba profundo cariño, preguntó de qué se hablaba y cuando lo supo, volvióse a Vaskovski y dijo:

—No comprendo por qué los hombres han de estar siempre sujetos a un error, y no sé por qué se esfuerzan en sentar principios, puesto que la ciega Providencia los puede reducir a la nada.

Mas el anciano profesor contestó con reposado acento:

—¿Tendría usted, acaso, la pretensión de medir con su medida la sabiduría y la misericordia de Dios? El que camina aquí abajo, en esta tierra, en medio de perpetuas tinieblas, ¿tiene quizá el derecho de negar que por encima de las nubes está el cielo, de negar la existencia del sol y de la luz? ¿Quién puede decir que la divina Providencia no ha encomendado a nuestra enfermita el cumplimiento de una misión, y que no morirá antes de que se haya cumplido?

—¡Misticismo! —exclamó Bukacki.

—Misticismo o no, ¡ojalá quisiera Dios que fuese fundada la suposición de Vaskovski! —replicó Polaniecki—. Imposible me parece que esa pobre niña tenga que morir.

—¡Quién sabe! —repuso el profesor—, ¡quién sabe! quizá vivirá más que todos nosotros.

—Dios tenga piedad de la pobre madre y de la niña —continuó Polaniecki—; haría decir, no una misa, sino ciento, si supiera que habían de servir para algo.

—Basta una, con tal que se diga con verdadera intención.

—Pues voy a hacerla rezar. Respecto a la sinceridad de mis intenciones, puedo asegurar que no serían más sinceras si se tratase de mi propia vida.

Vaskovski dijo con afable sonrisa:

—Está usted en buen camino, porque su corazón es capaz de amar de veras.

Sin saber por qué, los tres amigos se sintieron de pronto alegres y seguían hablando en tono jovial, cuando entró Bigiel. Desde luego notó la apacibilidad de sus semblantes.

—Leo en vuestras caras que Litka ha mejorado —exclamó.

—Sí, sí —se apresuró a contestar Polaniecki—; el profesor nos ha dirigido palabras tan consoladoras, que han sido un bálsamo para nosotros.

—Loado sea Dios. Mi mujer ha hecho celebrar una misa y luego ha ido a casa de la señora Emilia. Ya que Litka está mejor, quiero daros una gran noticia.

—¿Cuál?

—He encontrado a Masko, que me ha dicho que vendría aquí dentro de poco; se casa.

—¿Con quién? —preguntó Polaniecki.

—Con mi vecina la señorita Kraslavski.

En aquel momento entró Masko. Bukacki se volvió hacia él y le acogió con estas palabras:

—*Te felix Masko nube.*

Colmáronle de felicitaciones, que él aceptó con gran dignidad.

—Queridos amigos —dijo luego tomando la palabra—; os doy las gracias de todo corazón; no dudo de que vuestros votos se realizarán. Todos vosotros conocéis ya mi prometida.

—El negocio de Kerzemien se te presentó en el momento oportuno —observó Polaniecki.

Estanislao había dado en el blanco, porque, efectivamente, sin eso jamás habría podido obtener la mano de la señorita pálida. Mas precisamente porque había estado acertado, Masko lo tomó a mal y contestó:

—Tú me facilitaste la compra, pero si alguna que otra vez te lo agradezco, hay momentos en que me vienen ganas de maldecirte.

—¿Por qué?

—Porque Plavicki es el hombre más fastidioso e insoportable del mundo, y porque tu prima, la gran señora, se pasa todo el santo día llorando en todos los tonos su Kerzemien, su paraíso perdido. Cree que nada tiene esto de divertido.

Polaniecki se levantó violentamente y dijo formalizándose:

—Oye, Masko, yo he dicho lo que me ha venido en gana acerca de mi pariente, pero no tolero a ningún otro que lo repita, y mucho menos a ti, que le deberías estar agradecido, porque por su medio has realizado un excelente negocio. En cuanto a Marina, su pesar por la pérdida de Kerzemien demuestra su buen corazón, demuestra que tiene buenos sentimientos, puesto que le apena verse fuera de su casa solariega, y que no es ninguna muñeca o un monigote lleno de estopa, como cierta otra señorita que conocemos. ¿Has entendido?

Masko se puso rojo como una cereza. Había comprendido a quién aludía Polaniecki. Tembláronle los labios, pero supo contenerse. No era cobarde, mas por muy animoso que un hombre sea, siempre hay otro con quien no se desea venir a las manos.

Para Masko, este otro era Polaniecki. Por consiguiente, contestó encogiéndose de hombros:

—¿Por qué te enfadas? Si mis palabras te han ofendido...

—No estoy enfadado —respondió Polaniecki, mirándole fijamente en la cara—; pero te aconsejo que otra vez pienses muy mucho lo que has de decir.

—Tendré presente tu advertencia —replicó Masko—, pero a mi vez te aconsejo que otra vez no te permitas emplear conmigo un lenguaje semejante, porque podría darse el caso de que te pusiera a raya.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Bukacki—. ¿Qué mosca os ha picado?

Polaniecki, cuya antipatía hacia Masko habíase aumentado durante los últimos tiempos, habría llevado quizá en aquellos momentos las cosas al extremo, si de improviso no hubiese entrado la criada de la señora Emilia.

—¡Venga usted corriendo, en seguida! —dijo anhelante ésta, dirigiéndose a Polaniecki—. ¡La señorita se muere!

El joven palideció, tomó el sombrero y se lanzó fuera de la habitación. Siguióse un angustioso silencio, que interrumpió Masko diciendo:

—Olvidé que en estos momentos todo se le debía perdonar.

Vaskovski se puso a rezar con la cabeza inclinada, y terminó su plegaria con estas palabras:

—¡Sólo Dios puede alejar la muerte, sólo Dios la puede salvar!

Un cuarto de hora después, Bigiel recibía de su esposa un billete concebido en estos términos:

«Afortunadamente ha pasado la crisis.»

XVIII

Lleno de angustia, temiendo no encontrar ya viva a Litka, Polaniecki corrió a casa de la señora Emilia. Sintió un bienestar indecible cuando ésta le acogió diciéndole:

—Mejor, mucho mejor.

—¿Está aquí el médico?

—Sí.

—¿Y la niña?

—Duerme.

A pesar de haber recobrado la esperanza, el rostro de la señora Emilia conservaba impresas las huellas de la angustia y de la inquietud. Tenía descoloridos los labios, brillantes y encendidos los ojos y las mejillas ardientes como brasas. Debía estar rendida de fatiga, pues había pasado veinticuatro horas sin descansar.

El médico, un hombre joven y de energía, aseguraba que el peligro había desaparecido, y la pobre madre estaba pendiente de sus labios mientras le decía a Polaniecki:

—Es preciso evitar una nueva crisis, y la evitaremos.

A pesar de que estas palabras consoladoras querían significar que un nuevo ataque sería funesto, la madre se asió de la última esperanza, esto es, la de poder evitar una crisis ulterior, precisamente como el que está a punto de arrojarse a un abismo se agarra a las débiles matas que crecen en el borde.

—Sí, la evitaremos —repetía la pobre señora estrechando las manos del doctor.

—Como le he dicho a usted —repuso el médico dirigiéndose a la señora Emilia—, el peligro se ha conjurado, y, de consiguiente, no hago falta aquí de momento; volveré mañana por la mañana. Pero usted debe procurar dormir, es indispensable, lo necesita usted.

—Es imposible —objetó la señora Emilia.

Entonces el médico la miró fijamente con sus ojos de color azul pálido, y dijo con tono lento e incisivo:

—Dentro de una hora se acostará usted y dormirá, quiero que duerma usted durante siete u ocho horas seguidas. Mañana se sentirá usted más fuerte. Conque, buenas noches.

—Y si duermo, ¿quién le dará la medicina a Litka?

—Se busca otra persona: usted tiene que dormir. Buenas noches.

Dicho esto se marchó.

Cuando el médico hubo desaparecido, Polaniecki le dijo a la señora Emilia:

—Ahora tiene usted que hacer lo que le ha mandado el doctor. Es absolutamente necesario que usted descanse un poco. Yo la reemplazaré. Voy ahora mismo al cuarto de Litka, y no me muevo de allí en toda la noche.

La señora Emilia, que sólo pensaba en su hija, en vez de contestar directamente a Polaniecki, dijo:

—Antes de que sobreviniese la crisis, Litka no hablaba más que de usted y de Marina; me hizo preguntas muy raras, y entre ellas la de si era cierto que a los niños enfermos no se les podía negar nada. Naturalmente, le contesté que así era; pero con tal que fuese cosa que se pudiera conceder. Comprendíase que tenía algo en la imaginación. Cuando vino Marina, me repitió la misma pregunta. Parecía muy contenta, pero casi en seguida le asaltó el mal. Por fortuna, estaba presente el médico.

—La mayor fortuna es la seguridad que éste ha dado de que no se repetirá la crisis —observó Polaniecki.

—Dios es tan misericordioso, tan bueno... —dijo la señora Emilia alzando los ojos al cielo.

Pocos minutos después, Polaniecki se hallaba solo en la habitación de la pobre enferma.

Litka se había dormido boca arriba de cara al techo; tenía sus enflaquecidos brazos tendidos a lo largo del cuerpo encima de la colcha, y rodeaba sus hundidos ojos un ancho círculo negro. Su extremada palidez, su boca abierta y su inmovilidad daban al rostro de la niña el aspecto de la muerte. Únicamente el ligero movimiento de los bordados que adornaban su camisolín de noche, daban a conocer que la niña vivía aún y respiraba. Polaniecki se sentó al lado del lecho, con el corazón henchido de una inmensa tristeza.

Entretanto había anochecido. La señora Emilia entró llevando una lamparilla.

—¿Duerme? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió también en voz baja Polaniecki.

Le señora Emilia fijó en la enferma una mirada escudriñadora.

—Mire usted cuán tranquilamente y con cuánta regularidad respira —murmuró el joven—. Mañana se encontrará mucho mejor.

—Así lo espero —contestó la señora, sonriendo tristemente.

—Pero ahora la mamá tiene que pensar en sí propia; vaya usted a acostarse, si no quiere que le riña de veras.

—Voy en seguida. Dentro de poco deben venir Marina y el profesor Vaskovski. Marina está empeñada en pasar la noche aquí.

—Tanto mejor. La señorita Plavicki sabe cuidar muy bien a los niños. Conque, buenas noches.

—Buenas noches.

Polaniecki quedó solo en la habitación absorto en sus pensamientos y en sus poco agradables recuerdos, hasta la llegada de Marina.

Al aparecer ésta saludáronse ambos con una ligera inclinación de cabeza. Polaniecki tomó un sillón, empleando grandes precauciones para no hacer ruido, lo colocó junto al lecho e hizo seña a Marina de que podía sentarse. Esta fue la que primero tomó la palabra.

—Ahora —dijo—, puede usted ir a tomar el té. El profesor Vaskovski le aguarda en la sala.

—¿Y la señora Emilia?

—No podía tenerse en pie. Por más que se esforzó en resistir el sueño, tuvo que ceder e ir a acostarse.

—Ya sé yo el por qué. El médico ha tratado de hipnotizarla, y se ve que lo ha conseguido. La niña parece que está mejor. Si no se repite la crisis, cosa que esperamos todos, creo que no tardará en restablecerse.

—Dios lo quiera. Pero, ¿no va usted a tomar una taza de té?

Polaniecki no acertaba a alejarse. ¡Sentíase tan contento junto a Marina!

—Ahora no —contestó—; quizás más tarde. ¿Cómo ha sabido usted la recaída de Litka?

—Me lo han dicho al llegar aquí.

—La señora Emilia me mandó llamar en seguida. Me hallaba en el *restaurant* junto con Bigiel, Bukacki, Vaskovski y Masko. A propósito de Masko, ¿sabe usted la novedad?

—¿Qué novedad?

—Que tiene novia. La noticia es oficial: él mismo nos la ha confirmado. Su prometida es la señorita Kraslavski, que para Masko es indudablemente un buen partido.

Siguióse un corto silencio. Marina, después que hubo rechazado las proposiciones de Masko, se reprochaba con frecuencia la conducta que con él había observado, convencida de que le había causado un profundo desengaño. Por lo tanto era natural que al saber que Masko se había consolado tan pronto, le hubiese alegrado la noticia; pero no fue así, antes por el contrario, la sorprendió y hasta la ofendió.

La mayoría de las mujeres, cuando sienten compasión hacia un hombre, quieren que éste la merezca, es decir, que sea verdaderamente desgraciado, y no tenga necesidad de que otros le consuelen, sino ellas.

A más de esto, el amor propio de Marina recibía un duro golpe; se había figurado que un hombre no hubiera podido olvidarse tan fácilmente de ella y se dio cuenta entonces de que Masko no era el hombre excepcional que su fantasía se había creado. De esta opinión habíase formado ella un arma contra Polaniecki, y ahora, al sentir que le faltaba, se consideraba humillada. Sin embargo, aseguró a Polaniecki que la noticia le había producido una profunda alegría; por más que en el fondo le causaba una nueva mortificación.

Un prolongado silencio sucedió a este nuevo diálogo. Al exterior percibiase el viento que azotaba la ventana, presagiando una mala noche; hubiérase dicho que el cielo quería identificarse con los pensamientos de aquellos dos jóvenes. El aspecto de la estancia donde la enferma reposaba, iba poniéndose cada vez más triste. Parecía como si la muerte estuviese en acecho en uno de sus oscuros ángulos. Las horas se deslizaban lentamente. Polaniecki lanzó sobre la niña una mirada llena de tristeza.

—Tú no me debes abandonar, cándida niña —murmuró involuntariamente—: tú no sabes cuán necesaria nos eres a tu pobre mamá y a mí. ¡Dios nos libre de un golpe semejante! ¿Qué sería nuestra vida sin ti?

De repente, advirtió que la enferma había abierto sus grandes ojos y que los tenía fijos en él. Creyó, empero, que se había engañado, y no se movió; pero la niña hizo un movimiento y murmuró:

—¡Señor Stach!

—¿Qué deseas, vida mía? ¿Cómo te encuentras?

—Bien. ¿Dónde está mamá?

—Vendrá pronto, la hemos convencido de que le convenía descansar un poco, ¡estaba tan fatigada!

Litka se volvió y, notando la presencia de Marina, dijo:

—También está aquí la tía Marina...

La joven se levantó, tomó la botella de la medicina y se puso a contar las gotas dejándolas caer en una cuchara, la ofreció a la enferma, y apoyó los labios en su frente.

Al cabo de un momento prosiguió la niña, como si hablara consigo misma:

—¡Que no despierten a mamá!

—Pierde cuidado —contestó Polaniecki—, nadie la despertará. Haremos lo que nuestra Litka quiera,.

Esto diciendo, el joven acariciaba sus diminutas manos. Litka lo miraba con ternura repitiendo:

—Señor Stach... querido señor Stach...

Desde el interior de la habitación percibíase el ruido de la lluvia.

—¿Cómo te encuentras, Litka? —preguntó Marina.

La niña juntó las manos y con voz casi ininteligible respondió:

—Tendría que hacer una gran súplica a la tía Marina, pero no me atrevo.

Marina se inclinó hacia la niña, y con cariñoso acento le dijo:

—Habla, querida, dime todo lo que tengas en este corazoncito.

Litka se apoderó de una de las manos de la joven, se la llevó a los labios y murmuró:

—Tía Marina, prométeme que amarás al señor Stach.

El profundo silencio que siguió a estas palabras sólo estaba interrumpido por la respiración acelerada de la enferma.

Por fin Marina contestó con voz clara:

—Sí, corazoncito mío.

Polaniecki sintió en la garganta un nudo que amenazaba ahogarle.

Desgarrábasele el corazón a la vista de aquella niña que, enferma, extenuada y casi moribunda, pensaba todavía en él.

Litka continuó:

—Tía Marina, prométeme que te casarás con el señor Stach.

A la pálida luz de la lamparilla de noche, el rostro de Marina parecía blanco como la nieve y temblábanle los labios; pero respondió sin vacilar.

—¡Sí, alma mía!

Litka cubrió de besos su mano y apoyó luego la cabecita sobre la almohada, y gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Sucedió un silencio lleno de angustia.

Marina y Polaniecki permanecían callados, no atreviéndose a mirarse.

Comprendían que su destino podría depender de aquella noche, y estaban como aturdidos por lo que había pasado.

En medio de aquel profundo silencio iban sucediéndose las horas una tras otra.

Las dos de la mañana daban en el reloj cuando la señora Emilia apareció como una sombra en la habitación.

—¿Duermes Litka? —preguntó en voz baja.

—No, mamita —respondió la niña.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

Y cuando la señora Emilia se sentó encima del lecho junto a su hija, ésta le echó los brazos al cuello, y apoyando la cabeza contra el pecho de su madre, dijo:

—Mamita, mira, es muy cierto que a una niña enferma no se le puede rehusar lo que pide. Ahora lo sé positivamente.

Durante algunos minutos, permaneció abrazada a su madre, como si se hubiese dormido; pero luego, cual si despertara, repuso:

—El señor Stach ya no estará triste nunca más; te diré el por qué, mamita.

Mas de pronto calló, su cabeza se apoyó pesadamente sobre el pecho de su madre, y ésta sintió en su mano la impresión de un sudor frío que bañaba la frente de la niña.

—¡Hija mía! —gritó, asustada, y con voz trémula la señora Emilia.

—Siento una cosa extraña, una fatiga... —murmuró Litka, cuyos pensamientos se confundían—¡Oh! ¡viene el mar!... un mar grande, muy grande... y todos, nadamos... ¡Mamá, mamá!

Sobrevenía una nueva crisis; violentas contracciones asaltaron a la niña, que se echó atrás, hundiéndosele los ojos en las órbitas.

Ya no era posible hacerse ilusiones: la muerte se acercaba; realmente estaba acurrucada en uno de los ángulos de aquella habitación, se la veía aproximarse a la pálida claridad de la lamparilla de noche, se la percibía en el viento que silbaba fuera de la ventana.

Polaniecki se precipitó como un loco fuera de la estancia en busca de un médico.

Quince minutos después estaba ya de vuelta.

Primero entró en la habitación Polaniecki, seguido del doctor.

Frente a la puerta hallábanse los criados con el rostro soñoliento y angustioso.

Reinaba un silencio absoluto.

De pronto, Marina salió de la estancia con el rostro del color de la cera, y con voz entrecortada por los sollozos, exclamó:

—¡Ha muerto!

XIX

Melancólico pero tranquilo como el rostro de una enferma atacada de tisis sonreía el sol a fines de otoño.

En uno de estos días se verificaron los funerales de Litka. Polaniecki, muy ocupado en los preparativos, estaba profundamente afligido y absorto por completo en los recuerdos de aquella niña tan querida. Hasta entonces no había medido aún toda la inmensidad de su dolor. Este sólo se mide cuando el ser amado reposa ya en la triste mansión de los muertos.

Con la muerte de su hija, la señora Emilia había perdido aquella elasticidad que es el impulso por el cual el hombre piensa, decide y obra. El golpe fue demasiado fuerte para la pobre madre. Afortunadamente, semejantes dolores, demasiado agudos, llevan en sí mismos el remedio; estos anonadan el corazón y lo incapacitan para cualquier otro sentimiento. Así había sucedido a la señora Emilia. Polaniecki observó que sus facciones habían adquirido una expresión árida y rígida. Había llorado mucho, pero sus palabras y sus lamentos salían de sus labios como un murmullo ligero, melancólico, casi infantil. Su mente no había abarcado aún la inmensidad de su desgracia, y en efecto, se ocupaba sin cesar en mil pequeñeces referentes a su hija y obraba con ella como si viviera aún.

Litka yacía como dormida sobre su lecho de muerte, que casi desaparecía bajo las flores de que estaba cubierto. Nada le faltaba, pero su madre estaba cavilando sin cesar, temerosa de que se olvidase algún detalle.

Cuando se trató de obligarla a alejarse del cadáver, no opuso resistencia alguna pero perdió todo claro conocimiento de las cosas y empezó a lamentarse y a llorar como si su dolor fuera superior a sus fuerzas. No obstante, quiso acompañar a su hija hasta la última morada.

Ni Polaniecki ni Marina lograron disuadirla..

Cuando se depositó el pequeño ataúd y resonó el desgarrador *Requiem aeternam* y el *Anima ejus*, Polaniecki, aunque en aquel momento todos sus pensamientos y todos sus sentimientos estaban como oscurecidos, entrevió como envuelto en brumas el rostro y los ojos rígidos de la señora Emilia, las lágrimas de Marina, las pálidas mejillas de Bukacki en cuyas facciones se podía leer que en aquel instante había dejado toda su filosofía en la puerta del cementerio, y el ataúd de Litka. Siguiendo el ejemplo de los demás, arrojó maquinalmente un puñado de tierra sobre la tapa del féretro; pero, cuando hubo bajado éste al fondo y se cubrió la sepultura, sintió como si una mano le hubiese agarrado por el cuello, le pareció que todo lo que había pensado y hecho hasta aquel instante habíase desvanecido en la nada.

—¡Hasta la vista, Litka! —repitió mentalmente.

Y todo terminó.

Al llegar a la puerta del cementerio, Polaniecki se decía:

—Afortunadamente la madre se encuentra en un estado de amodorramiento; de no ser así, ¡cuán vivo sería el dolor que experimentaría ante la idea de que su hija se queda sola aquí!

Los muertos nos abandonan, pero nosotros les abandonamos también a ellos.

Cuando hubo subido a su coche experimentó cierto alivio al pensar que por fin había terminado un acto doloroso y pesado y que a éste seguiría un período de calma. Su habitación le parecía vacía, desierta y oscura; pero, cuando hubo tomado el té y se arrellenó en un sillón, sintió nuevamente, ante la idea de que habían terminado los funerales de Litka, una especie de alivio.

Al anoecer se consideró obligado a ir a enterarse del estado de la señora Emilia, que se alojaba provisionalmente en casa de los Plavicki. Al salir de su cuarto, reparó en el retrato de Litka, que estaba colocado encima de un velador; lo tomó, lo contempló conmovido, y volvió a dejarlo en su lugar luego de haber

estampado en él un beso. Quince minutos después llamaba a la puerta de la morada del señor Plavicki.

El criado le dijo que su amo había salido, pero que, además de la señora Evatovski, se hallaban en la casa el profesor Vaskovski y el párroco Eilak.

En el salón encontró a Marina, que en aquel momento, con el cabello descompuesto y los ojos enrojecidos, casi le pareció fea. La conducta de la joven para con él había cambiado completamente, como si la terrible desgracia de la muerte de Litka hubiese hecho desaparecer en ella todo vestigio de cólera.

—Emilia está aquí —murmuró—; se encuentra mejor a lo menos se hace ya cargo de lo que se le dice. El profesor Vaskovski le hace compañía: el buen señor le habla con tanto cariño que sabe hacerse escuchar. ¿Quiere usted verla?

—No; he venido únicamente para saber cómo se encontraba. Tengo que volverme en seguida.

—Puede ser que ella quiera decirle algo; aguarde un momento: voy a advertirle que está usted aquí. Litka tenía a usted mucho cariño y quizá por eso deseará su presencia.

—Está bien —repuso Polaniecki.

Marina pasó a la estancia contigua dejando la puerta abierta. Polaniecki sólo oyó la voz de Vaskovski que con expresivas frases y con profunda convicción se esforzaba en romper la dura corteza que envolvía el corazón de la pobre madre.

—Viene a ser —decía el profesor— como si hubiera ido a jugar a la habitación del lado para volver luego. Ella no volverá, pero usted camina hacia su hija. La niña vive y está contenta. Comparada con la eternidad, esta separación es sólo momentánea. Litka vive —repetía con piadosa convicción—; vive y es dichosa. Ella ve que usted le tiende los brazos ansiosa de abrazarla, pero sabe que dentro de poco tiempo se reunirá usted con ella, porque Litka se halla junto a Dios y no puede experimentar dolor alguno. Pronto estará usted a su lado y entonces ninguna enfermedad, ninguna muerte podrá separarla de ella.

—¡Qué consoladoras serían esas frases si se pudiera tener la seguridad de que son ciertas! —pensaba con amargura Polaniecki.

Y casi en seguida se dijo:

—Si pudiera pensar así, consentiría en partir ahora mismo para el otro mundo.

Absorto en estos pensamientos, penetró en la habitación, "sin esperar el regreso de Marina. Comprendía que su deber era asistir en aquellos momentos a la señora Emilia.

Para no percibir los gritos de dolor de los demás, los hombres se tapan los oídos, y luego se excusan afirmando que, en las grandes desventuras, no hay palabra alguna que las pueda aliviar.

Todo esto se dijo Polaniecki y se sintió avergonzado de no haber entrado antes.

La señora Emilia estaba sentada en el sofá y Vaskovski se hallaba a su lado teniendo agarrada una de sus manos; Polaniecki le tomó la otra mano, e inclinándose se la llevó a los labios sin pronunciar palabra.

La señora Emilia, como si despertara de un profundo sueño, dijo con afable acento:

—¿Se acuerda usted de cuando mi niña...?

Sojuzgada por el dolor, llevóse las manos al corazón, como si éste estuviera a punto de estallar a impulsos del pesar, y luego le abandonaron las fuerzas y se desmayó. Apenas la hubieron tendido en el lecho de Marina recobró los sentidos.

Polaniecki y Vaskovski se querían retirar pero los detuvo el señor Plavicki que llegaba precisamente en aquel instante.

—No es muy divertido tener en casa a una señora que acaba de perder una hija, cuando pesan sobre uno los disgustos que tengo yo; precisamente ahora que necesito un poco de tranquilidad, pero, ¿qué quieren ustedes? Nunca se hará caso de mí; tal es mi destino.

Cosa de media hora después entró Marina diciendo que la señora Emilia se había repuesto. Entonces se retiraron Polaniecki y Vaskovski.

Al día siguiente Bigiel fue a ver a Polaniecki con el pretexto de despachar algunos asuntos urgentes, pero más que todo para distraerlo. Pusiéronse a trabajar, pero no tardó en venir a estorbarles Bukacki que iba a despedirse de ellos.

—Hoy salgo para Italia —dijo—, y sólo Dios sabe cuándo estaré de vuelta; por eso he venido a saludaros. La muerte de esa pobre niña me ha impresionado más de lo que me hubiera podido imaginar.

—¿Estarás ausente por mucho tiempo?

—¡Quién sabe! Mira, se puede ser lo que se quiera, budista, escéptico... todo lo que queráis; pero, en el fondo, se cree en la misericordia de un Ser Supremo. Diariamente nos damos cuenta de esta contradicción existente entre eso y la cruel realidad, y todo esto nos ocasiona incesantes dolores y aflicciones. Aquí sucede siempre algo de manera que, quien está dotado de buen corazón, se ve obligado a afligirse por los pesares de los demás. No quiero saber más de ellos, quiero librarme de este martirio.

—¿Y crees que en Italia no es lo mismo que aquí?

—Allí a lo menos brilla un sol ardiente y hay inmensos tesoros de arte; esto entre nosotros no podría ser. Beberé Chianti, que es una medicina excelente para mi catarro intestinal; además, allí no conozco a nadie y aun cuando los hombres tuviesen que caer como moscas, me quedaría tan tranquilo. Admiraré los cuadros, compraré el que me agrada y podré cuidar mis reumatismos y mi jaqueca. Créeme, es lo mejor que se puede hacer. Aquí no puedo estar tan embrutecido como quisiera.

—Tienes razón, Bukacki. ¿Ves?, nosotros dos trabajamos desesperadamente, y esto para distraernos, para no tener que pensar en otra cosa.

—Entonces, hasta que nos volvamos a ver en Emaus.

Cuando hubo salido, Polaniecki observó:

—No anda descaminado. Yo, por ejemplo, sería mucho más dichoso si no tuviese tanto cariño a aquella pobre niña y a la señora Emilia. Pero en esto no hay enmienda posible y nos echamos a perder la vida porque así se nos antoja. Seremos siempre desgraciados porque nuestro romanticismo sentimental se parece a una enfermedad hereditaria.

—En cambio el viejo Plavicki sólo se tiene cariño a sí propio.

—Puede ser, pero carece de valor e inteligencia para confesar que quiere ser así; por el contrario, está persuadido de que debe mostrarse absolutamente distinto. Aquí entre nosotros, hasta estas naturalezas se ven precisadas a fingir para hacer creer que son sensibles.

—¿Vas a ver hoy a la señora Emilia?

—Desde luego. Si me dijese, por ejemplo, que tengo fiebre, esto no me consolaría.

En efecto, aquel día fue dos veces a ver a la señora Emilia.

La primera vez no encontró en casa a las señoras, y al preguntarle al señor Plavicki dónde estaba su hija, éste respondió con tono resignado:

—¡Ya no tengo hija!

La segunda vez, al anochecer, no encontró más que a Marina, la cual le dijo que la señora Emilia había dormido por vez primera desde la muerte de su hija.

Mientras hablaba tuvo abandonada su mano en la de Estanislao, y cuando él la miró en los ojos, notó que estaba ligeramente ruborizada.

—Hemos estado en el cementerio —repuso Marina después que ambos hubieron tomado asiento—, y he prometido a Emilia que la acompañaría todos los días.

—No me parece del todo conveniente renovar cada día esta herida.

—Para esta clase de heridas no hay bálsamo alguno, y además que yo no tendría el Valor de negarme a acompañarla. Al principio también opinaba yo así, pero luego me he convencido de lo contrario. Ante la tumba de su hija ha llorado mucho, pero luego se ha encontrado mejor. Al volver recordaba las palabras del señor Vaskovski, y su único consuelo es el convencimiento de que ha de reunirse con su hija para no separarse jamás.

—Tanto mejor.

—Habla sin cesar de Litka y esto parece que la alivia, de modo que le puede usted hablar de ella sin temor.

Luego, bajando la voz, continuó:

—No cesa de reprocharse el que la última noche, siguiendo los consejos del médico, se fuera a acostar. Hoy, al regresar del cementerio, empezó a dirigirme preguntas sobre todos los más pequeños pormenores de aquella noche; qué aspecto tenía la niña, cuánto tiempo había dormido, si había hablado mucho y al fin me conjuró a que le repitiera todo lo que había dicho.

—¿Y se lo contó usted todo?

—Sí.

—¿Y qué impresión le produjo?

—Lloró mucho.

Hubo unos instantes de silencio, y luego Marina repuso:

—Voy a ver cómo sigue.

No tardó en volver, y dijo:

—Duerme, gracias a Dios.

Aquella noche Polaniecki no pudo ver a la señora Emilia.

Antes de que se marchara, Marina le estrechó de nuevo la mano y dijo con tono casi humilde:

—¿No está usted enfadado conmigo, porque le he explicado el último deseo de Litka?

—En estas ocasiones no pienso en mí mismo —contestó Polaniecki—. Sólo la señora Emilia ocupa mi atención, y por lo tanto si lo que le ha dicho usted la ha consolado, se lo agradezco muchísimo.

—Entonces hasta mañana, ¿verdad?

—Sí, hasta mañana.

Mientras bajaba la escalera, Polaniecki iba pensando:

—Se considera como novia mía.

Y no se engañaba: él jamás le había sido indiferente, y su cólera era ni más ni menos que la consecuencia de lo mucho que se interesaba por él. En el fondo, su corazón ansiaba vivamente el amar, y ahora, desde que junto al lecho de muerte de Litka se había comprometido a amarle y a casarse con él, parecíale que éste era

realmente su deber, y por consiguiente, ya no se conceptuaba libre con respecto a Polaniecki. Era una naturaleza no muy rara en nuestros tiempos, una de esas naturalezas para quienes la vida y el deber se confunden y que por eso están dotadas de una constante voluntad.

Semejante buena voluntad lleva a un amor, que posee la luz y el calor del sol, y es tranquilo como el azul del cielo.

Esta capacidad para la vida feliz, ella, educada en la sencillez del campo, la poseía en sumo grado.

Pero la muerte de Litka y los acontecimientos de aquellos últimos días, habían alejado a Marina del corazón y de la mente de Polaniecki. Ahora volvía a pensar en ella, y en su propio porvenir, y se renovaba en él la lucha entre los distintos sentimientos.

—¿No sería mejor —pensaba—, que yo liquidara mis negocios con Bigiel y que, una vez realizado todo mi capital, me marchase a Italia o a otro sitio cualquiera, donde brille el sol más ardiente, donde el vino sea bueno y donde existan hombres cuya felicidad o cuyos dolores me sean indiferentes y cuya muerte no me haga derramar una sola lágrima?

XX

A pesar de la gran turbación del espíritu de Polaniecki, los asuntos de su casa de comercio no experimentaron menoscabo alguno, antes por el contrario, el nombre de la Casa se consolidó y adquirió fama universal, gracias al espíritu recto y práctico de Bigiel.

Pero también Polaniecki, aunque no trabajaba con la tranquilidad de antes, contribuyó, con su férrea actividad jamás desmentida ni por un solo instante, al buen resultado y al incremento de los negocios. Tal actividad servía poderosamente para hacerle olvidar los graves disgustos que quedaban sofocados bajo el cúmulo de los trabajos.

—Aquí —decíale a Bigiel—, sé a qué atenerme, aquí a lo menos el objeto es evidente. Bien es verdad que el ejercicio de mi vocación no me recompensa de todos los disgustos que he pasado, pero me proporciona algún alivio.

Polaniecki poseía un alma demasiado tierna para que pudiera hacerse rápidamente indiferente a todo lo que antes interesaba su corazón.

Por esto de vez en cuando hacía una visita a la tumba de Litka. A menudo se encontraba en el cementerio con la señora Emilia y con Marina, y cierto día que las acompañó al regresar, se sorprendió de la tranquilidad con que la primera habló de su hija.

—Estoy convencida —decía la señora Emilia— que mi amada hija considera como momentánea nuestra separación. ¡No puede usted imaginarse cuánto me consuela el saber que al menos ya no sufre!

Llegados a casa, la señora Emilia le invitó a subir.

Luego, como ésta se hubiese retirado a su habitación, él quedó solo con Marina.

—Emilia no piensa más que en Litka —empezó a decir Marina—; vive con la única esperanza de poder verla y habla de ella como si viviera todavía.

—Más vale así —contesto Polaniecki— esta persuasión se la debe a Vaskovski.

—Si habla de la posibilidad de volver a verla, tiene sobrada razón; ¿por qué...?

—No podría contestar yo a esta pregunta —interrumpió Polaniecki.

Una sombra pasó por el semblante de Marina, y para no dejar traslucir la desagradable impresión que aquellas escépticas palabras habían producido en ella, dio otro giro a la conversación.

—No sé si le he dicho a usted que he mandado hacer una ampliación del retrato de Litka —dijo Marina—. Ayer recibí tres copias; una la quiero regalar a Emilia. Aguarde usted un instante, se las voy a enseñar.

Esto diciendo se aproximó a un armario y tomó de él un paquete envuelto en papel blanco; invitó a Polaniecki a que se sentara junto a la mesa a su lado, y extendió las fotografías.

—Ayer Emilia se acordaba cuando Litka, poco tiempo antes de morir, le preguntaba a usted si los árboles vivían mucho. ¿Lo recuerda usted?

—Perfectamente. Litka se admiraba de que los árboles pudieran vivir tanto tiempo, y deseaba ser un abedul con su mamá.

—Y usted le contestó que le gustaría ser también un abedul, con tal que pudiera crecer junto a ellas. Yo he querido dibujar estas plantas en el margen de la fotografía; mire usted, he empezado ya, pero no lo he conseguido, porque hace mucho tiempo que no manejo el pincel; y además no sé pintar de memoria.

Al decir esto le mostraba un grupo de árboles pintados a la aguada; pero, como era algo corta de vista, se inclinó tanto sobre el dibujo que su mejilla rozó la de Polaniecki.

Aun cuando Marina no era ya para él la de antes y habían pasado aquellos tiempos en que ella se adueñó tan absolutamente de su corazón, y de sus sentidos, sin embargo la sangre le subía a la cabeza al percibir su tibio aliento y aquella mejilla ligeramente sonrosada tan inmediata a la suya.

—Si la besara en sus labios —pensaba—, ¿qué diría? De seguro que se ofendería sobremanera; pero así me vengaría de todos los dolores que me ha ocasionado.

Pero se contuvo, y Marina, sin sospechar ni remotamente lo que en aquel instante había pasado por la imaginación de su compañero, continuó:

—Hoy mi pintura me parece aún peor.

—No tal —observó Polaniecki—; creo que no ha salido del todo mal. Pero dígame usted, si los árboles tienen que representar a la señora Emilia, a Litka y a mí, ¿por qué ha pintado usted cuatro abedules en lugar de tres?

—El cuarto... soy yo —contestó algo confusa Marina—. También yo he querido ¡ser un abedul y crecer junto a los otros tres.

Polaniecki, sorprendido, la miró en los ojos; mas ella, envolviendo con prontitud la fotografía, se sustrajo a su mirada interrogadora y prosiguió:

—¿Acaso todos mis recuerdos no me ligan a aquella niña? Puede decirse que desde mi infancia he vivido siempre con ella y con su madre. Ahora Emilia es mi más querida amiga. Estoy ligada a ellas como lo está usted... No sé cómo expresarme. Antes éramos cuatro, ahora somos tres unidos al recuerdo de Litka. Cuando pienso en aquella niña, aparécense en mi mente otras dos personas,

Emilia y usted. Por eso he pintado cuatro abedules y son tres las fotografías: una para Emilia, otra para mí y una para usted.

—Se lo agradezco con toda mi alma —contestó Polaniecki tendiéndole la mano.

Marina correspondió, muy expresivamente, a aquel apretón, y añadió:

—No podemos honrar mejor la memoria de aquella niña querida que olvidando los pasados resentimientos.

—En esto —contestó Polaniecki—, estamos completamente de acuerdo, y por mi parte hubiese deseado que hubiese sido antes de la muerte de Litka.

—Si no fue, es culpa mía, pero le pido perdón de ello —declaró Marina tendiéndole a su vez la mano.

El joven estuvo indeciso entre si debía o no besar aquella mano, pero se limitó a contestar sencillamente:

—Pues, entonces, paz y amistad.

—¿Y amistad?

En el rostro de Marina se reflejaba su interior satisfacción y miró a su compañero con tanta confianza y cordialidad, que éste creyó de pronto tener ante él a aquella Marina de un día, la Marina de Kerzemien.

Pero desde la muerte de Litka, habíase jurado ahogar en su pecho toda clase de sentimiento y se puso vivamente en pie para despedirse.

—¿No quiere usted pasar la velada con nosotros? —le preguntó Marina.

—No, tengo que volver a casa.

—Aguarde todavía un momento, que quiero decir a Emilia que se va usted.

Y abrió la puerta de la habitación contigua.

—Parece que está rezando —observó Polaniecki—; le ruego que no la interrumpa. Quizá vuelva mañana.

—Mañana, y todos los días... ¿verdad? Piense usted que ahora también para nosotras es el señor Stach.

Mientras volvía hacia su casa, Polaniecki iba pensando:

—Su conducta para conmigo ha cambiado por completo. Se considera como mía; porque no solamente está decidida a cumplir la palabra dada a Litka moribunda, sino convencida de que tiene el deber de amarme. Conozco mucho estos caracteres de hielo pero de cabeza exaltada, que obran únicamente por principio y por deber. Podría morir como un perro a sus pies sin alcanzar nada; pero ésta trata de amarme por un sentimiento de deber. Mas yo quiero que se me ame por mí mismo.

Acostóse y se durmió entregado a estos pensamientos.

Durante toda la noche soñó en abedules, en retratos, en ojos azules y serenos, en un rostro encantador y en una personilla llena de vida y de juventud.

XXI

Algunos días después disponíase Polaniecki a salir, cuando se le presentó Masko y pidió tener una conferencia con él.

—Necesito hablarte de varias cosas —le dijo—, y antes que todo de mi deuda.

—Si tienes que hablarme de negocios, éste no es el lugar a propósito; solo en mi despacho trato de ellos.

—El asunto de que te quiero hablar es de índole privada y por esto he venido aquí. Tú sabes que me caso, y, por consiguiente, necesito dinero. He tenido que hacer tantas cosas como cabellos tengo en la cabeza. Está próxima la fecha para el pago del primer plazo de la contrata sobre la cesión del crédito sobre Kerzemien; ¿puedes prorrogarme este plazo por un trimestre?

—Te hablaré con franqueza, como has hablado tú conmigo —respondió Polaniecki—; puedo, pero no quiero.

—¿Y qué harás si no te pago?

—En este mundo hay remedio para todo. Pero tú me has tomado por un tonto; yo sé que pagarás.

—¿Y cómo lo sabes tan bien?

—Te vas a casar dentro de poco y seguramente no querrás pasar por mal pagador.

—Donde no hay, hasta el rey pierde su derecho.

—Ahora estamos a solas los dos, y puedo decirte que tú siempre has sabido hacer hasta lo imposible, y que también en esta ocasión sabrás salir de apuros.

—Es que ahora estoy con el agua hasta el cuello, como suele decirse. Dame aunque sean dos meses de prórroga, y luego la cosa ya será distinta. ¿No me lo quieres conceder?, está bien. Tengo todavía un poco de bosque en Kerzemien, lo haré talar y con esto te pagaré.

—¿Un poco de bosque en Kerzemien? ¡Pero si el viejo Plavicki lo ha desmontado todo!

—De la parte de Nisdzialko existe todavía un pequeño encinar.

—Sí, tienes razón, ahora recuerdo.

—Sé que tu casa trata también en maderas. ¿No podrías tú y Bigiel comprarme el bosque? Así me evitaréis buscar comprador, y vosotros no dejaréis de hacer vuestro negocio.

—Hablaré con Bigiel.

—¿De modo que no rechazas mi oferta?

—No la rechazo, con tal que no seas exagerado en tus pretensiones.

—En esta clase de negocios hay que obrar con mucha circunspección, y calcular bien las pérdidas y los beneficios. ¿Cuántos árboles puedes hacer cortar?

—Dentro de una hora te contestaré con toda exactitud.

—Y yo antes de la noche te daré una respuesta definitiva. Pero debo advertirte que no podrás desmontar el bosque hasta dentro de dos meses.

—¿Por qué?

—Porque Kerzemien sin aquel bosquecillo, desmerece mucho y, por consiguiente, deseo que esté en pie hasta después de mi casamiento.

—De acuerdo.

—Además, existe la marga de Kerzemien. Ya recordarás tú mismo que me habías hablado de ella. Plavicki la evaluaba en dos millones. Comprendo que sería

un disparate evaluarla en este precio; pero, si se ocupasen de ello hombres prácticos, podría resultar un negocio. Hasta de eso os podríais encargar.

—Nuestra casa jamás ha rechazado un buen negocio.

—De éste hablaremos más adelante. Ahora lo más importante es el asunto del bosque. Si éste se realiza, me habré quitado otro peso de encima —dijo Masko pasándose la mano por la frente—. Hazte cargo que esta frase me la repito diez o doce veces al día; hasta me veo obligado a sostener el papel de novio, una necesidad que...

Masko se interrumpió de repente, sacudió la cabeza, y lanzando un gran suspiro continuó:

—... que no es ligera por cierto.

Polaniecki lo miró sorprendido. Semejante confesión hecha por Masko, un hombre de mundo que sabía pesar las cosas antes de decirlas, era inaudita.

—Pero es inútil pensar en eso —prosiguió el joven abogado—. ¿Recuerdas que un poco antes de morir Litka tuvimos una disputa? No se me había ocurrido que tú querías entrañablemente a aquella niña, y que por eso debías estar afligido; de haberlo pensado, no habría sido tan descortés para contigo. La culpa fue mía, y en consecuencia te pido que me perdones.

—Tiempo ha que lo he olvidado todo —respondió Polaniecki.

—Te lo recuerdo, porque necesito que me hagas un servicio. ¿Quieres ser mi padrino?... No tengo parientes ni amigos, y no sé a quién dirigirme. Además, me conviene que la persona que haga ese papel lleve un apellido ilustre; a las señoras también les gusta mucho esto. Contéstame, pues: ¿aceptas?

—Si me hubieses pedido este servicio en otra ocasión, no te lo habría rehusado; yo no llevo el luto en el sombrero, pero te aseguro que si se me hubiese muerto una hija no sería más profundo mi duelo.

—Tienes razón —repuso Masko—, dispénsame.

Involuntariamente Polaniecki le compadeció y contestó:

—Pero, si tanto te empeñas, lo pensaré... Si no logras encontrar otro... porque, con franqueza, en mi actual disposición de ánimo, me sería doloroso ir a bodas. Pero, ¿sabes, Masko, que te hallo cambiado? Dicen que el matrimonio cambia al hombre, pero ahora me parece que para esto basta con tener novia.

—¡Ay, querido amigo! en ciertas ocasiones hay que quitarse la máscara.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay dos clases de hombres: pertenecen a la primera los que toman el mundo tal cual es y se amoldan a las circunstancias; a la segunda los que han adoptado un sistema y obran de conformidad con él. Yo pertenezco a esta segunda categoría. A mí, por ejemplo, me gusta guardar las apariencias, y de tal modo me he acostumbrado a este sistema, que ha llegado a ser para mí una segunda naturaleza. Pero cuando se viaja en verano, con un calor sofocante, a muchos les sucede que les llega el momento en que no pueden aguardar más y se despojan de la ropa que llevan encima. Pues bien, para mí ha llegado ese instante.

—¿De veras?

—Sí; te estoy haciendo mi confesión. Cierta día me diste a entender con tono irónico que a mi novia se la podía comparar a la máquina de un reloj, que para que pueda andar se necesita que se le dé cuerda todos los días, o, en otros términos, a un autómatas. Pues bien, es cierto, absolutamente cierto. Pero no quiero que tú me juzgues más bribón de lo que soy. Yo no amo a mi novia. Amé a la señorita Plavicki y me ha rechazado, y ¡ahora me caso con la otra por interés. Si tú sostienes que ese proceder no es muy caballeresco, te contestaré que esto lo

hacen diariamente personas respetables a quienes se estrecha la mano sin vacilar, y que si en su matrimonio no son del todo felices, tampoco son desgraciadas. Los que se casan en estas condiciones viven juntos durante largos años, se habitúan a esta vida, y une a los dos esposos un cierto cariño, engendrado por la vida común que llevan: después, los hijos hacen lo demás. Si yo me hubiese decidido a no pasar de humilde leguleyo, contentándome con ganar mucho dinero, habría alcanzado ya mi objeto. Pero no me he creído obligado a amarlos antes de que vinieran al mundo. No quise ser rico, quise ser algo, ocupar un puesto de cierta importancia en la sociedad, y esto hizo que lo que el abogado ganaba se lo comía el gran señor. Por lo tanto, me quedé sin un céntimo y fue cuando resolví casarme con la señorita Kraslavski. Y ésta, ¿sabes por qué se casa conmigo? Porque yo hago el papel del gran señor que ejerce la abogacía por pasatiempo. Ya ves, pues, que somos tal para cual, el uno engaña al otro, o, tomándolo al revés, los dos nos engañamos del mismo modo. Así están las cosas, y ahora tú despréciame, si te parece.

—¡Nada de eso! Ahora te aprecio más que nunca —contestó Polaniecki—. No solamente admiro tu franqueza, sino tu valor.»

—Comprendo que me felicites por mi franqueza, pero no por mi valor.

—¿Acaso no realizas un acto de valor casándote con la señorita Kraslavski, a pesar de conocerla tan a fondo?

—Desde luego, sé lo que me hago; verdad es que tengo necesidad de dinero, pero no voy a suponer que esta necesidad me ponga en el caso de tener que casarme con la primera mujer que me eche a la cara, de ningún modo. Casándome con la señorita Kraslavski, no procedo a humo de pajas. Esta joven posee todas las cualidades que yo considero indispensables para que una mujer pueda llegar a ser mi esposa. La señorita Kraslavski resultará una esposa fría, descortés y nada agradable; quizá será altiva conmigo, salvo el caso que yo le cause miedo. Pero es, como su madre, una observadora rígida de las conveniencias sociales, está dotada de sentimientos religiosos, y de consiguiente sabrá distinguir lo conveniente de lo inconveniente. Esto ya es algo. Además, como no es ni romántica ni exaltada, evitará las aventuras y no tendré por qué temer los escándalos. Así, si no soy dichoso a lo menos estaré tranquilo. Tú, amigo mío, cuando elijas mujer, procura tener por máxima que no hay mayor bien que la tranquilidad. De la amante se puede exigir todo, ingenio, buen carácter, una naturaleza poética; pero de la esposa hay que exigir, ante todo, principios sólidos.

—Jamás te he tenido por loco —repuso Polaniecki—; pero ahora observo que eres mucho más cuerdo de lo que te suponía.

—Observa nuestras mujeres —prosiguió Masko—, y sobre todo las que pertenecen al mundo financiero, que siguen al pie de la letra el último figurín de la moda de París. Para éstas en el mundo nada existe más que su propia persona. El marido o es un cero, o le hacen protagonista de un drama conyugal.

—Tu teoría se refiere únicamente a las mujeres de la plutocracia, que carecen de tradiciones —replicó Polaniecki.

—Pero también esa otra sociedad elegante, ávida de diversiones, amante del arte aunque de manera superficial y hasta piadosa si quieres, no produce, a la verdad, mujeres que sean de virtud.

—Pero, aquí entre nosotros, esto no se puede decir.

—En absoluto, quizá. Verdad es que hay excepciones muy dignas de respeto, como, por ejemplo, la señorita Plavicki. A ésta sí que la considero capaz de hacer

dichoso a cualquier hombre, y por esto tuve un verdadero pesar cuando me rehusó su mano.

—¡Masko, me dejas sorprendido! no te había creído también entusiasta.

—¡Entusiasta! He amado a la señorita Plavicki y ahora me caso con la señorita Kraslavski. Conque, ¿quieres ser mi padrino?

—Déjame tiempo para pensarlo un poco.

—Parto dentro de tres días.

—¿Hacia dónde?

—Voy a San Petersburgo, y es probable que esté ausente dos semanas.

—Cuando vuelvas te daré una contestación.

—Está bien.

Cuando Masko hubo salido, Polaniecki se fue a su despacho y consultó a su amigo Bigiel. Los dos asociados resolvieron en principio aceptar la proposición de Masko y comprar el bosque de Kerzemien, siempre que las condiciones les pudieran convenir.

Después Polaniecki se fue a almorzar al *restaurant*, donde solía ir y encontró allí al profesor Vaskovski. Advirtió en seguida que el anciano pedagogo debía estar muy preocupado, porque mientras comía iba hablando extensamente consigo mismo con gran asombro de los camareros. Miró a Polaniecki como si no le hubiese reconocido: parecía como si en aquel momento hubiese perdido la memoria. Al fin dijo, como si despertara de un sueño:

—Ella declaró que, haciéndolo así; se acercaría más a su hija.

—¿Quién le declaró a usted eso?

—La señora Emilia.

—¿Y por qué?

—Porque quiere hacerse Hermana de la Caridad.

Al oír estas palabras, Polaniecki estuvo unos instantes sin acertar a articular palabra, mas al fin dijo con voz irritada:

—Únicamente usted puede haberla decidido a dar un paso semejante. Ahora tiene usted sobre su conciencia la vida de esa pobre señora. Ella no puede desempeñar un cargo tan pesado, y sucumbirá antes de un año. ¿Me comprende usted?

—Me acusa usted, amigo mío —repuso Vaskovski—, sin haberme escuchado hasta el fin. Ayer la señora Emilia me participó esa intención suya. Eso fue para mí una cosa inesperada y de consiguiente le pregunté: «Pero, señora, ¿tendrá usted el valor suficiente para seguir una vocación tan pesada?» Sonrióse ella y me contestó: «No trate usted de disuadirme, porque en esta resolución mía he de hallar mi salvación, mi felicidad. Si no soy bastante robusta, no me admitirán; si me admiten, y luego mis fuerzas no son suficientes, tanto mejor, me reuniré más pronto con Litka.» ¿Qué otra cosa podía hacer yo, que admirar tanta fuerza de voluntad? ¿Qué habría usted contestado? ¿Habría tenido usted acaso el valor de insinuar una duda en su alma, de persuadirla de que su hija había dejado de existir y de que una vida de sacrificios y de privaciones no podía ir a hacerla reunir con Litka? Dígame usted, ¿habría usted hecho esto?

—No —contestó Polaniecki.

Y tras una breve pausa añadió:

—Vea usted ahí lo que sacamos de este mundo; ¡nada más que disgustos!

—Tal vez —contestó Vaskovski con aire pensativo—; se le podría convencer de que entrase en alguna orden religiosa contemplativa, en vez de hacerse Hermana de la Caridad... Existen ciertos conventos, en los cuales el miserable átomo

humano se compenetra de tal modo con Dios, que llega a formar con él una sola cosa, hasta el punto de hacer cesar todo sentimiento personal y todo dolor propio.

Polaniecki hizo un gesto desdeñoso y contestó:

—Ciertas cosas yo no las comprendo y por eso me desentiendo de ellas.

—Cabalmente tengo aquí un librito de recuerdos de Nazareth —dijo el profesor desabrochándose la levita, y hurgándose en los bolsillos— ¿Dónde diablos habré metido ese librito?

—Déjelo usted; no me interesan los recuerdos de Nazareth.

No se desanimó por eso el señor Vaskovski; buscó también en los bolsillos del chaleco, y luego quedó inmóvil y pareció recordar.

—Pero, ¿qué busco? —dijo dándose una palmada en la frente—. ¡Ah, sí! el librito italiano. Le participo que dentro de pocos días salgo para Roma. Desde largo tiempo es la antecámara del otro mundo y para mí ha llegado la hora de trasladarme a esa divina antecámara. ¡Qué contento habría estado yo, si la señora Emilia me hubiese acompañado! Pero no quiere alejarse de la tumba de su hija. Si lograrse decidirla a que entrase en la orden de las Nazarenas... de seguro que ésas le gustarían; llevan una vida sencilla como la de los primeros cristianos...

—Profesor, abróchese usted la levita —interrumpió Polaniecki.

—Está bien; pero tengo algo que decirte. Es usted un hombre furibundo, pero está dotado de alma. Créame usted, el cristianismo no ha llegado a su término, como suponen ciertos filósofos; tiene aún mucho camino que seguir...

—Mi querido profesor —volvió a interrumpir Polaniecki con acento amistoso—; me hallo dispuesto a escuchar con paciencia todo lo que me quiera usted decir, pero no en este momento; ahora estoy demasiado conmovido por la extraña resolución de la señora Emilia.

Aquí la conversación quedó reducida a un monólogo del profesor, que se hizo a sí mismo un largo discurso sobre Roma y sobre el cristianismo.

Al salir para volver a sus respectivos domicilios, anduvieron un rato juntos. Era una hermosa noche de invierno. La luz de los faroles se reflejaba centelleando sobre la nieve recién caída; a lo lejos se percibía el ruido de las campanillas de los trineos.

Cuando Polaniecki entró en su habitación, vio encima del velador el retrato de Litka, que Marina le había mandado durante su ausencia. Su vista le conmovió profundamente. La niña se sonreía y parecía decirle: «¿Ha vuelto usted al fin, señor Stach?» Al margen se destacaban los cuatro abedules pintados por Marina.

Vinieron a distraerle de su contemplación los pasos del criado portador del retrato, que se había quedado a aguardarle para entregarle un billete de Marina concebido en estos términos:

«Papá me encarga que le ruegue venga usted esta noche a verle. Emilia ha regresado a su casa. Le mando el retrato de Litka, y uno mi ruego al de mi padre, porque tengo que hablarle de muchas cosas concernientes a Emilia. Como papá ha invitado también al señor Bigiel, nosotros podremos hablar sin que nos estorben.»

Polaniecki se apresuró a mudar de traje y se encaminó a casa de los señores Plavicki.

Bigiel estaba allí, jugando a los cientos con el viejo, mientras Marina estaba cosiendo sentada en una silla baja, Polaniecki, después de saludar, fue a sentarse a su lado.

—Ante todo —empezó diciendo—, he de darle las gracias por la fotografía. Cuando entré en mi cuarto y se me presentó de improviso aquel rostro querido, experimenté una violenta emoción. En semejantes momentos es cuando se conoce la grandeza del dolor. Gracias también por los adornos que le ha hecho usted al retrato. En cuanto a los planes de la señora Emilia, los conozco ya, por haberme hablado de ellos Vaskovski. ¿Cree usted que es imposible hacerla desistir de esta grave resolución?

—A mi modo de entender, sí.

—¿Qué piensa usted de ella?

Marina le miró, como si quisiera que él le aconsejara, y luego respondió:

—Creo que le faltará la fuerza física para una vocación semejante.

Polaniecki hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—He reprendido a Vaskovski porque creía que había influido en la resolución de la señora Emilia, pero me he convencido de su inocencia. Ahora veo claro en las intenciones de nuestra amiga. Está cansada de vivir y ansia la muerte; pero, como no quiere faltar a los preceptos de la religión, desea imponerse deberes que la llevarían a la tumba.

—Así es —añadió Marina en voz baja.

Al pronunciar estas palabras, inclinó vivamente la cabeza sobre su trabajo, como si quisiera ocultar su rostro, pero Polaniecki pudo notar que se desprendían gruesas lágrimas de sus ojos.

—Señorita Marina —dijole él también muy quedo—, ¿usted llora!

La joven fijó en él sus humedecidos ojos.

—Sé que hago mal —contestó—; pero es más fuerte que yo; el destino de Emilia me aflige demasiado.

Polaniecki se apoderó instintivamente de su mano, y por vez primera estampó un beso en ella. Marina púsose a llorar de nuevo, se levantó precipitadamente y corrió a ocultarse en su habitación.

Polaniecki se volvió hacia los jugadores, en el preciso momento en que Plavicki decía con tono agrisado a su adversario:

—¡Es un verdadero paso del Rubicón! Difícil, muy difícil; usted representa los tiempos nuevos, y yo los viejos; de consiguiente, seré derrotado.

—Nada tienen que ver los tiempos con los cientos —objetó Bigiel.

Pocos momentos después entró Marina anunciando que el té estaba servido.

Tenía aún los ojos enrojecidos, pero su semblante aparecía tranquilo y sereno.

Una vez tomado el té, Plavicki reanudó la interrumpida partida y Marina se puso a hablar con Polaniecki con ese aire confidencial que se emplea con las personas con quienes se está estrechamente ligado.

Estaba ya muy adelantada la noche cuando Polaniecki volvió a tomar el camino de la casa.

Desde la muerte de Litka, jamás se había sentido tan tranquilo.

Detúvose de nuevo ante el retrato de Litka, e involuntariamente pensó que una fuerza oculta estrechaba cada día más los lazos que Litka había formado alrededor de él y de Marina.

En vez de irse a acostar en seguida, sentóse ante su escritorio, para despachar el negocio de Masko, cosa que no lograba realizar.

Ante sus ojos veía la cabeza inclinada de Marina, y sus ojos bañados en llanto.

Al día siguiente compró con ventajosas condiciones el bosque de Kerzemien.

XXII

Quince días después, Masko regresó de San Petersburgo, muy satisfecho del giro que habían tomado sus asuntos. Era portador de una noticia importante que había recibido (a lo menos así lo afirmaba), de fuente segura, y que de momento nadie conocía aún. La última cosecha de granos había sido muy escasa en toda Rusia, y, de consiguiente, en algunas provincias empezaba ya a dejarse sentir el hambre, la cual hacía prever que al principiar la primavera la carestía se habría hecho general. Esta noticia impresionó a Polaniecki.

Durante varios días no se movió de su mesa de trabajo, con el lápiz en la mano y haciendo cálculos sobre cálculos. El resultado de todo este trabajo fue proponer a Bigiel emplear no sólo su capital, sino su crédito para comprar todo el grano posible. Al principio Bigiel se resistía con tanto mayor motivo cuanto que Polaniecki no le ocultó que si la empresa fallaba podía ser la ruina de la casa. No había probabilidades de un desastre, mientras que si les salía bien la operación el negocio sería redondo. El precio del grano tenía que subir a la fuerza. Polaniecki había resuelto todas las dificultades, y cuando al fin presentó a Bigiel todos sus cálculos, se dejó convencer. Inmediatamente se envió al jefe de los comisionistas de la casa para monopolizar el grano, y Bigiel en persona se trasladó a Prusia con este objeto. Polaniecki quedó solo en Varsovia al cuidado de los asuntos de la casa. Trabajaba, incesantemente desde la mañana hasta la noche, y, a excepción de la señora Emilia y de la familia Plavicki, no veía a nadie más en el mundo. Rápido pasó el tiempo para él. El trabajo le proporcionaba alegría. Podía al fin abrigar la esperanza de que lograría el objeto que desde tanto tiempo se afanaba por lograr.

Nunca había dejado de visitar a la señora Emilia, pero en los últimos días rara vez la encontraba en casa. Cuando Marina le anunció que había empezado el noviciado, corrió a casa de su amiga. Por muy doloroso que le fuera, quería despedirse de ella.

Esta vez la encontró, y la encontró sola.

Acogióle ella con tranquilidad y calma, pero el aspecto que la pobre señora presentaba impresionó dolorosamente a Polaniecki. Su rostro habíase puesto tan descarnado que se distinguían las venas a través de la piel de sus mejillas. Hablóle ella de la resolución que tenía tomada de hacerse Hermana de la Caridad, como si fuese ya una cosa convenida, y de una manera tal, que Polaniecki comprendió que no habría medio alguno de disuadirla.

—Pero, ¿se quedará usted en Varsovia? —le preguntó.

—Sí, quiero estar cerca de Litka. La madre superiora me ha prometido colocarme en la Casa de Maternidad, durante el noviciado; y, transcurrido éste, se me destinará a un hospital de la ciudad. De esta manera, durante los primeros tiempos, podré visitar cada domingo la tumba de Litka.

Polaniecki se mordió los labios y guardó silencio; contemplaba las delicadas manos de su amiga y se preguntaba a sí mismo cómo podría cuidar con aquellas manos a los enfermos. Pero recordó que ella quería y deseaba vivamente morir para poder ir a reunirse con Litka.

El momento de la separación fue en extremo doloroso para Polaniecki. La idea de que debía perder a aquella mujer a la que desde largos años estaba unido por tan estrecha amistad, le producía un dolor agudo e indecible. Trató de dominar su emoción, apoderóse de sus manos y se las besó fervorosamente.

—¡Amiga mía, querida amiga mía! —dijo al fin con voz trémula y conmovida—, ¡que Dios la proteja y la consuele!

También ella estaba hondamente conmovida. Sin soltarle las manos, le miró con los ojos humedecidos por el llanto y respondió con débil acento:

—Usted ha sido siempre para mí un verdadero amigo; Litka le amó a usted mucho y por esto le estimo a usted yo todavía más. Nunca olvidaré lo que ha hecho usted por mi hija. El último deseo de mi pobrecita hija fue su unión con Marina. Serán ustedes dichosos porque Dios habló por su boca. Cuando se hayan ustedes casado, estaré contenta pensando que su felicidad es obra de mi hija. Dios les proteja y les bendiga a los dos.

Polaniecki partió sin poder contestar ni una sola palabra. No podía más, y, para recobrar su serenidad, dio un largo paseo al aire libre.

Al llegar a su casa, encontró un billete de Masko, que decía:

«Hoy he venido dos veces a verte. En presencia de mi pasante, he sido insultado por un tal Gatoski, un loco, a causa de la oferta que te hice de aquel pedazo de bosque, Tengo que hablarte y volveré al anochecer.»

Había transcurrido escasamente una hora, cuando oyó llamar a la puerta; entró Masko visiblemente sobreexcitado y preguntó en seguida a Polaniecki:

—¿No conoces a este Gatoski?

—Sí; es pariente y vecino de Plavicki. ¿Qué ha pasado?

Masko se quitó el sombrero y el abrigo, y luego respondió:

—No adivino cómo ha llegado a enterarse de esta venta. Yo no he hablado de ella a nadie, porque me convenía que no se supiese nada.

—Quizá habrá sido nuestro agente cuando fue a Kerzemien para examinar el bosque.

—Oye lo que ha pasado. Hoy, mientras me hallaba en mi despacho, el criado me anunció al señor Gatoski. Yo no sabía quién era, y, en consecuencia, le hice decir que podía pasar. Entró una especie de oso, se me plantó delante, y me preguntó si era cierto que yo había vendido el bosque y que quería colonizar una parte de Kerzemien. Naturalmente pedí la razón de tales preguntas, y me respondió que estaba enterado del compromiso que tengo de abonar una pensión vitalicia al viejo Plavicki, pero que, si seguía echando a perder sistemáticamente la hacienda, nunca estaría en disposición de poder pagarla. Con mucha cortesía le aconsejé que tomara el sombrero y que se volviera al lugar de donde había venido. Entonces empezó a insultarme groseramente delante de mi pasante, y, antes de

salir, me dijo que si tenía que contestarle algo, podría ir a la fonda Saski. ¿Entiendes tú lo que significa eso?

—Efectivamente Gatoski es un hombre grosero, y como está enamorado de la señorita Plavicki, quizá ha querido hacer el papel de protector.

—Ya sabes —repuso Masko—, que yo no pierdo fácilmente la serenidad, y, sin embargo, ya ves cuán agitado estoy.

—¿Qué piensas hacer? El viejo Plavicki persuadirá a Gatoski de que debe pedirte perdón.

El rostro de Masko adquirió una expresión tal de dureza y de frialdad, que Polaniecki la notó, y pensó que el osezno, se había metido en un atolladero.

—Nadie me había insultado jamás impunemente —repuso el joven abogado—. ¿Quieres servirme de testigo?

—Es un servicio que no se puede negar.

—Gracias. Gatoski se hospeda en la fonda Saski.

—Mañana iré a buscarle.

En cuanto quedó solo, Polaniecki se mudó el traje y se dirigió a casa de los Plavicki.

Por el camino pensaba en Masko y en la desagradable situación en que se encontraba. El casamiento con la señorita Kraslavski era su última tabla de salvación, y aun ésta insegura. El asunto de Gatoski podía llegar a ser la causa de la ruina del joven abogado.

—Pero, ¿qué me importan a mí —acabó diciéndose— él y todos los hombres, y qué les importo a ellos yo? Cada cual piensa en sí mismo, sin importarles nada los demás.

Mas, de pronto, sintió que, a pesar de todo, había en la tierra un ser que le interesaba y que le era querido más que todos los otros: Marina.

Cuando se halló en presencia de ésta, y la besó la mano, su corazón experimentó un inefable bienestar. Marina, después de haber correspondido a su saludo, le dijo con su voz clara y melodiosa:

—Su visita de usted no me sorprende, me figuraba que vendría. Mire, ya está preparada la taza para usted. Gatoski ha llegado y está hablando con papá.

XXIII

Aquella noche Polaniecki, quizá porque estaba presente Gatoski, estuvo extraordinariamente amable con Marina y no se ocupó más que de ella.

Por un momento, mientras Marina estaba preparando el té en la habitación contigua, y el señor Plavicki había salido de la sala en busca de un cigarro, quedaron solos los dos jóvenes. Polaniecki aprovechó esta oportunidad para decirle a Gatoski:

—Cuando salgamos de aquí le agradeceré que tenga usted la bondad de acompañarme. Necesito hablarle sobre el altercado que ha tenido con Masko.

—Está bien —contestó con sequedad Gatoski, adivinando que Polaniecki era el padrino de su adversario.

Una vez tomado el té, Plavicki tomó por su cuenta a Gatoski, y le propuso jugar una partida de ajedrez.

El oso accedió a regañadientes. Mientras iba jugando podía ver a Marina y a Polaniecki sentados uno junto a otro conversando con la mayor familiaridad.

—Debe usted estar contenta de la venida de Gatoski; le habrá traído noticias de Kerzemien.

Marina le miró sorprendida.

—Ya no me acuerdo siquiera de Kerzemien —contestó ésta con acento que denotaba lo contrario de lo que decía—; ésa ha sido la manzana de nuestra discordia, y ahora lo que deseo es que entre nosotros dos reine la paz y la concordia.

Al decir esto miraba a Polaniecki con esa graciosa coquetería que tan bien saben emplear las mujeres cuando aman.

—Usted posee un arma terrible contra mí —le hizo notar Polaniecki—: con su bondad me podría usted llevar hasta el infierno. Pero se hace tarde y es preciso que vuelva a casa. Pocos minutos después, él y Gatoski se hallaban en la calle.

—¿Sabía usted que era yo quien había comprado el bosque de Kerzemien?

—Sí —contestó Gatoski.

—Pues entonces, ¿por qué la ha emprendido usted con Masko y no conmigo?

—Si quiere usted ponerme en aprieto, se equivoca —replicó Gatoski—. Usted no es el propietario de Kerzemien. En cambio Masko, con los productos de aquella hacienda, tiene que pagar una pensión vitalicia al señor Plavicki; pero si continúa haciendo con lo demás lo que ha hecho con el bosque, adiós pensión vitalicia. Quería usted saber la causa de mi cólera contra Masko; pues bien, ya está usted enterado.

Polaniecki tuvo que reconocer que aquel joven tenía razón, a lo menos por aquella parte, y por lo tanto juzgó oportuno dar otro giro a la conversación y dijo:

—El señor Masko me ha rogado que sea su padrino y con este carácter iré mañana a verle; pero en este momento le hablo a usted por lo que me puede interesar como pariente de Plavicki, y, por lo tanto, obrando usted como ha obrado con Masko, ha prestado usted un flaco servicio a la señorita Marina. Si ésta se halla más adelante en situación apurada, podrá agradecérselo a usted.

—¡A mí! ¡Si se encuentra en situación apurada! —exclamó Gatoski abriendo desmesuradamente los ojos.

—Así es —replicó Polaniecki—. Aunque ahora se pudiese evitar el duelo, eso no quita que toda esa historia acabe teniendo fatales consecuencias. Usted ha arruinado al señor Plavicki y le ha quitado a él y a su hija los medios de vivir.

Gatoski perdió totalmente la cabeza. Detúvose espantado con la boca abierta, y exclamó:

—¡Cómo! ¡Qué! ¡Los medios de vivir! Eso no puede ser. Les cederé mi fortuna...

Polaniecki no le dejó continuar.

—Dejemos a un lado las palabras inútiles, señor Gatoski —le dijo—; conozco las haciendas de usted desde niño, sé lo que valen y sé además la parte que le toca a usted.

En efecto, toda la fortuna de Gatoski estaba hipotecada. De todos sus bienes, lo único que le pertenecían de verdad, eran las deudas.

Pero Gatoski respondió sin darse por entendido.

—No comprendo qué quiere usted decir... Dios me es testigo de que preferiría arruinarme yo a ser la causa de la ruina de los Plavicki. Usted sabe con cuánto gusto retorcería el cuello a Masko; pero, tratándose del bien de Plavicki, soy capaz de hacer todo lo que el diablo quiera. Después de la escena entre Masko y yo, fui a ver al señor Jamiz, que se hospeda en mi misma fonda, y le conté lo que pasaba. Me dijo que había hecho una barbaridad y me reprendió. Si se tratara únicamente de mi pellejo, le aseguro a usted que no daría un paso para salvarlo; pero, tratándose de cosas tan graves, quiero aconsejarme de nuevo con Jamiz y obrar como sea debido.

Llegado a su casa, Polaniecki encontró a Masko que le aguardaba y que, después de haberle saludado, le dijo:

—Kreszovski será mi segundo padrino.

—He hablado con Gatoski.

—¿Y qué? ¿Le has dicho algo en mi nombre?

—No. Como pariente de Plavicki me he limitado a hacerle observar que había prestado a este último un flaco servicio. Si no me engaño, está dispuesto a aceptar todas tus condiciones. Afortunadamente se ha aconsejado con el señor Jamiz, que es un hombre dotado de gran inteligencia.

—Está bien —replicó Masko—; hazme el favor de darme pluma y papel.

—Hallarás de todo en el escritorio.

Sentóse Masko y se puso a escribir. Cuando hubo terminado, entregó el papel a Polaniecki, y éste leyó lo siguiente:

«Declaro que cuando insulté al señor Masko me hallaba en completo estado de embriaguez. Encontrándome de nuevo en condiciones de poder raciocinar, reconozco en presencia de mis padrinos y de los del señor Masko, como también de todas las personas que presenciaron la escena, que obré como un villano y como un insensato y humildemente me recomiendo a la generosidad del señor Masko, al cual suplico que me perdone.

»Confieso, además, francamente que la conducta del señor Masko para conmigo fue la de un perfecto caballero.»

—Esta declaración la tiene que leer en alta voz y firmarla después —dijo Masko.

—No habrá quien quiera firmar una declaración semejante —observó Polaniecki.

—¿No sabes quizás las graves consecuencias que tendrá para mí esta cuestión? Yo las sé y no te digo sino que las Kraslavski retirarán su palabra; y que yo me quedaré compuesto y sin novia, esto es indudable.

—¡Diantre!

—¿No comprendes que yo tengo que desahogar mi cólera sobre alguien, y que Gatoski tendrá que expiar de un modo u otro mi afrenta?

—Esto me tiene sin cuidado —dijo Polaniecki encogiéndose de hombros.

—Kreszovski estará aquí mañana a la nueve.

—Está bien.

—Pues hasta la vista. Si ves a Plavicki, puedes decirle que la señora Ploszovski, aquella parienta de quien espera heredar, ha muerto en Roma. Su testamento se halla en poder del notario Rozdavi y se abrirá mañana.

—Ya lo sé.

Cuando quedó solo, Polaniecki pensó involuntariamente en Litka, en la señora Emilia y en Marina, y no pudo menos de reconocer la inmensa diferencia que existía entre aquellas nobles y puras criaturas y los hombres incesantemente agitados y luchando sin descanso que agotan sus propias fuerzas para alcanzar un objeto preferente, el poder o la riqueza.

Si Polaniecki hubiera estado versado en las Sagradas Escrituras, habríase repetido las palabras de Jesús a Marta:

«María ha escogido la parte mejor.»

XXIV

Al día siguiente, Kreszovski se hizo esperar más de una hora. Perteneía a esa clase de individuos que desgastan las piedras de las calles con la suela de los zapatos, a los que suelen llamar pisaverdes. Su nombre era bastante conocido. A pesar de que había derrochado toda su gran hacienda, era, sin embargo, bien acogido en todas partes. La aristocracia del dinero le invitaba a los banquetes, a sus cenas, a sus bautizos y hasta a sus bodas, porque como tenía aire distinguido y tipo polaco, servía como de ornamento en las mesas. Era de carácter irascible, pero al mismo tiempo poseía una buena dosis de humorismo y sabía encontrar el lado ridículo de las cosas.

En cuanto llegó a casa de Polaniecki, trató de excusarse por su retraso; mas éste le interrumpió diciéndole:

—Hablemos, si le parece a usted del asunto de Masko.

—Perfectamente, Masko me ha enviado una declaración escrita para que la hagamos firmar a Gatoski. Como es imposible que ése consienta en firmar una cosa semejante creo inevitable un duelo.

—Gatoski hará lo que le aconseje el señor Jamiz, hombre de temperamento pacífico, que de seguro le habrá aconsejado que se someta a todas las condiciones y...

—Y Gatoski es el verdadero' tipo del cretino —concluyó Kreszovski—. Vamos, pues, porque es tarde ya.

Pocos minutos después su trineo se detuvo frente a la fonda de Saski. Aguardábales el señor Jamiz, que les recibió en bata por hallarse algo indispuerto.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento. Llegué hace tres días y me alegro de *no* haber partido, porque tal vez podré evitar un duelo que podría tener fatales consecuencias.

Luego volviéndose a Polaniecki, continuó:

—¿Cómo sigue la familia Plavicki? No he ido todavía a visitarles, a pesar de que tengo muchas ganas de volver a ver a mi querida Marina.

—La señorita Marina está bien —respondió Polaniecki.

—Hace pocos días falleció una parienta muy rica de quien el señor Plavicki esperaba heredar; pero tengo entendido que esa señora ha dispuesto de todo su capital para fines benéficos.

—Tal vez habrá dejado algo para Marina. Pero volvamos al asunto que nos ha traído aquí. Ocioso es decir que nuestro más vivo deseo es el de que todo se arregle a entera satisfacción de ambas partes.

—Reconozco —respondió el señor Jamiz—, que Gatoski se ha conducido precipitadamente con el señor Masko, y es justo y lógico que sufra las consecuencias; por consiguiente, estoy dispuesto a dar al señor Masko las debidas satisfacciones.

Kreszovski sacó un papel del bolsillo y sonriéndose lo entregó al señor Jamiz diciendo:

—El señor Masko exige que el señor Gatoski lea esta declaración en presencia de los cuatro padrinos y de las demás personas que fueron testigos de la escena ocurrida entre ellos, y que después la firme.

El señor Jamiz se puso los anteojos y empezó a leer. A medida que iba avanzando la lectura, cambiaba el color de su semblante; primero se puso colorado, y al fin reveló una expresión de cólera y desdén. Terminada la lectura, volvióse a los dos padrinos, y dijo con alterada voz:

—Señores, mi primo obró como un atolondrado y hasta como un loco; pero es un caballero; por lo tanto, he aquí lo que contesto en su nombre al señor Masko.

Esto diciendo rompió en mil pedazos el papel y lo arrojó al suelo.

Kreszovski no esperaba esto, y, en consecuencia, su rostro tomó de pronto una expresión dura y ofensiva. Mas Polaniecki, a quien no desagradó el arranque del señor Jamiz, dijo:

—Señor consejero, nuestro patrocinado recibió una ofensa muy grave y es menester que la reparación sea adecuada. Al traerle a usted esta declaración, nos esperábamos una respuesta como la que acaba usted de darnos, y esto no hace sino aumentar el aprecio que usted nos inspira.

El anciano, que padecía de asma, se dejó caer sobre una silla, respirando con dificultad. Cuando se hubo calmado, contestó:

—Les habría ofrecido una satisfacción por parte de Gatoski, pero redactada, naturalmente, bajo una forma muy distinta. Veo, sin embargo, que es inútil que perdamos el tiempo, y que ahora es necesario resolver la cuestión con las armas. El señor Volkovski, que es el otro padrino, estará aquí dentro de poco, y si tienen ustedes la bondad de aguardar un momento, fijaremos las condiciones del duelo.

A mediodía estaba terminado todo, y Polaniecki se fue a almorzar al *restaurant* a donde acostumbraba ir, esperando encontrar allí a Masko. Pero la primera persona que se le presentó a la vista fue el señor Flavicki atildado y elegante como siempre, pero con el semblante ceñudo y malhumorado.

—¿Qué le ha pasado a usted? —le preguntó Polaniecki.

—He tenido un disgusto muy serio, y no he querido ir a almorzar a casa, para no afligir ¡a Marina. Por lo demás, yo me contento con poco: me basta con un ala de pollo y una cucharada de compota. Siéntate a mi lado.

—¿Pero qué le ha pasado? —le volvió a preguntar Polaniecki.

—Las viejas tradiciones no existen ya: esto es lo que ha sucedido.

—¡Bah! eso no es una gran desgracia para usted.

Plavicki le miró, y le dijo con voz sorda:

—Hoy se ha abierto el testamento de aquella mi parienta de Roma.

—¿Y qué?

—Y la gente dice que se ha favorecido hasta los parientes más lejanos. ¡Bah! ¿Sabes lo que le ha dejado a Marina? Un legado vitalicio de cuatrocientos rublos. A los criados les ha dejado más.

—¿Y a usted?

—Ni un céntimo. Las viejas tradiciones han pasado ya de moda... ¡Cuántos había que se hacían ricos por medio de una herencia! Pero entonces los parientes estaban ligados, no sólo por el cariño, sino hasta por las tradiciones y por los intereses comunes.

—No obstante, yo conozco a muchas personas que han obtenido grandes herencias.

Lo creo. Pero, por desgracia, yo no soy del número de éstos. No comprendo por qué hayan de ser otros los que tengan todas las fortunas. ¡Sólo yo seré siempre desgraciado!

Polaniecki, con ánimo de consolarle, observó:

—Esa señora murió en Roma y el testamento que se ha abierto lleva fecha muy atrasada. Y he oído decir también, que antes de éste existía otro. ¿Quién sabe si en Roma no ha agregado algún codicilo, y quién sabe también si el mejor día va usted a despertar millonario?

—¿Crees tú que eso es posible?

—¿Por qué no? Nada tendría de extraño.

Plavicki echó una mirada en torno suyo para asegurarse de que estaban solos, hizo atrás su silla y poniéndose una mano sobre el corazón, exclamó:

—¡Ven acá, querido joven!

Polaniecki se inclinó hacia Plavicki, quien le besó dos veces consecutivas y continuó luego con acento conmovido:

—Me has vuelto a la vida, has reanimado mis fuerzas y mis esperanzas. Ahora puedo confesarte que una vez le escribí, sólo para recordarle que todavía estábamos vivos. El testamento puede haber sido hecho antes de que yo le escribiera esa carta, y de seguro que en Roma se habrá acordado de mí y de mi pobre hija. ¿Crees tú de veras que esto es posible? ¡Dios te bendiga!

Plavicki estaba radiante de alegría: apoyó las manos en las rodillas de Polaniecki y repuso:

—¿Quieres que bebamos una botella a la salud del codicilo?

—No puedo —contestó Polaniecki sintiendo haber hecho concebir al viejo una esperanza tan loca.

—¡Cómo! ¿No puedes?

—Le aseguro a usted que no, tengo mucho que hacer y no quisiera pescar mi dolor de cabeza de costumbre bebiendo a hora intempestiva.

—¡Terco! Tendré que beber yo media botella solo.

Pidió el vino y agregó:

—¿Pero qué tienes que hacer, que te impida beber conmigo?

—He de arreglar ciertos asuntos que por cierto están muy embrollados, y en cuanto haya almorzado iré a ver al profesor Vaskovski.

—¿Qué clase de tipo es ese Vaskovski?

—Es un hombre que da todo lo que tiene a los pobres.

—¿Se lo da todo a los pobres? Sí, pero es parroquiano de los mejores *restaurants*. Yo adoro a los filántropos.

—Ha estado por mucho tiempo enfermo, y el médico le ha recomendado que se cuide mucho. Esto no quita que procure gastar lo menos posible para su sustento. Vive en un cuarto oscuro y reducido, y en compañía de sus pajaritos.

Al lado del suyo hay dos grandes aposentos y, ¿sabe usted de qué le sirven? para dar asilo a los niños pobres que encuentra abandonados por la calle.

—Se me figura —dijo el viejo tocándose la frente con la mano— que no debe estar en sus cabales.

Polaniecki no encontró a Vaskovski en su casa, y después de haberse entrevistado con Masko, a eso de las cinco volvía a casa de Marina. Sentía que le remordía la conciencia por lo que había dicho a Plavicki.

—Yo —se decía a sí mismo— le he metido en la cabeza la necia esperanza de ese codicilo. Empezará a contraer deudas mientras espera que llegue la herencia, y acabará por comerse lo poco que tiene. Por lo tanto, hay que desengañarle.

Marina se disponía a salir para ir a casa de la señora Bigiel; pero le pidió que se quedara un rato.

—La felicito a usted por la herencia —dijo Polaniecki.

—Estoy contenta de tener esa herencia —contestó ella—. En nuestra actual situación, esto tiene mucha importancia. Confieso que desearía ser muy rica, muy rica...

—¿Por qué?

—¿No se acuerda que me dijo usted que su mayor deseo habría sido el tener un capital suficiente para abandonar sus negocios actuales? Ahora quisiera tener mucho dinero, mucho.

Temiendo haber dicho demasiado, y haberse hecho traición a sí misma, se puso colorada como una amapola y bajó la cabeza, haciendo como que se arreglaba los pliegues de la falda.

—He venido para pedirle a usted que me dispense por una locura que he cometido —dijo Polaniecki—. Hoy, durante el almuerzo, he hecho concebir a su padre de usted la esperanza de que la señorita Ploszovski podía tal vez haber cambiado su testamento en favor de él. Esto lo dije en broma, pero, con gran sorpresa mía, su padre de usted lo ha tomado en serio. Yo no debo dejarle con esta vana esperanza, y, por lo tanto, si usted me lo permite, entraré por un momento en su habitación para tener una explicación con él.

Marina se sonrió.

—Ya lo he desilusionado yo, y por cierto que esto me ha valido una solemne reprimenda. Como usted ha sido la causa de esto, es preciso que me pida usted perdón.

—Eso es justamente lo que le pido.

Y apoderándose de las manos de la joven, las cubrió de besos.

Marina le dejó hacer, mientras que con tono burlón, por más que en el fondo estaba hondamente conmovida, le decía:

—Es usted muy malo, señor Stach, muy malo.

Aquella noche, Polaniecki al tiempo de acostarse, se repetía a sí mismo:

—Es hora ya de que tome una resolución.

XXV

Kreszovski y el médico ocupaban un carruaje, teniendo al lado, sobre los almohadones, la caja de las pistolas. Polaniecki y Masko ocupaban otro. Dirigiánse a Bielavi.

El día era frío y la niebla baja se extendía por todos lados, dejando apenas entrever el sol que le daba un color de rosa claro. La nieve helada crujía bajo las ruedas y los cascos de los caballos, que estaban cubiertos de una escarcha. De los árboles colgaban gruesos carámbanos de nieve.

—Hace un frío terrible» —decía Masko—; los dedos se van a helar al ponerse en contacto con el gatillo de las pistolas.

—No será muy cómodo tener que despojarse del gabán.

Masko se quitó los anteojos, y, mientras los limpiaba, observó:

—Antes que lleguemos, el sol habrá despejado por completo la niebla y nos cegará el reflejo de la nieve. ¿Sabes lo que en este momento me preocupa? Que el mundo hay un factor, con el que nadie cuenta, pero que a menudo es de una importancia capital: la estupidez de los hombres. Supongamos por un instante que yo tenga mil veces más talento del que tengo en realidad, supongamos que ya no soy Masko sino un gran hombre político, un Bismark, o un Cavour, que para lograr un objeto determinado, haya reunido todas las fuerzas de mi ingenio, y que haya formado mi plan sin olvidar nada, absolutamente nada. De improviso, viene un bruto cualquiera, cuyas intenciones ni por asomo se habían podido prever, y lo echa todo a rodar. La cosa pide venganza; pero eso no quita que el bruto haya inutilizado el trabajo de toda una vida.

Entretanto habían llegado a las proximidades del lugar elegido para verificar el duelo. Casi al mismo tiempo que ellos llegaban los señores Gatoski, Jamiz y Volkovski. Toda la comitiva, compuesta de siete personajes, incluso el médico, se internó en el bosque.

El señor Jamiz se acercó a Polaniecki y le preguntó:

—¿Está muy distante el sitio preciso donde se ha de efectuar el lance?

—Dentro de unos cuantos minutos habremos llegado.

Dicho esto, siguieron avanzando todos en silencio.

El sol se levantaba por encima del bosque, y los árboles proyectaban una sombra pardusca sobre la nieve que caía lenta y silenciosa.

En el extremo opuesto el bosque se dilataba, y allí fue donde se detuvo la comitiva.

El señor Jamiz hizo una breve alocución sobre la gravedad de aquellos momentos y acerca de los deberes de los dos adversarios. Mascko y Gatoski le escuchaban en silencio, con las manos en los bolsillos y la cabeza medio oculta en el cuello de sus gabanes. Luego, mientras Kreszovski cargaba las pistolas, los dos adversarios se quitaron lo abrigos y se colocaron uno frente a otro.

Gatoski respiraba fatigosamente, tenía el rostro encendido y sus bigotes estaban ligeramente cristalizados por el hielo. Desprendíase de su aspecto que hacía poderosos esfuerzos para no arrojarse sobre su adversario y abrirle la cabeza con la culata de su pistola.

Masko, que al principio no se había cuidado de Gatoski, le miraba ahora con una expresión de odio, cólera y desprecio; pero sabía disimular sus impresiones

mejor que Gatoski, y con su largo gabán, su alto sombrero y sus largos bigotes, tenía el aspecto de un comediante encargado de representar el papel de caballero.

—Matará al *osezno* como si fuera un perro rabioso —pensó Polaniecki.

A la tercera palmada resonaron a un mismo tiempo dos disparos. Luego Masko se volvió tranquilamente hacia Kreszovski y dijo:

—Haga el favor de cargar la pistola.

Mas en aquel instante una gran mancha de sangre enrojeció la nieve a sus pies.

—Está usted herido —le dijo el médico, acercándose a él.

—Es posible... Hágame usted el obsequio de cargar.

No pudo continuar. Vaciló y hubiera caído en tierra, si no hubiesen acudido a sostenerle. La bala de su adversario le había destrozado el hueso de la rodilla izquierda.

Había terminado el duelo. Gatoski permaneció algunos instantes inmóvil en su puesto, con mirada de toro furioso, sin comprender lo que había pasado. Después que se hubo practicado la primera cura a Masko, Gatoski se aproximó a él y le dijo:

—En este momento confieso que obré mal con usted, retiro todo cuanto puedo haberle dicho y le suplico que me perdone. Siento mucho que esté usted herido.

Luego, mientras se alejaba con sus padrinos, se le oyó que decía:

—Tan cierto como que existe Dios, ha sido pura casualidad, porque yo quería disparar por encima de su cabeza.

Bigiel que había regresado de Prusia, donde había cerrado gran número de contratos, al enterarse de lo que había sucedido, dijo:

—Indudablemente Masko es un hombre inteligente, pero tiene arranques de loco. Así, por ejemplo, con el crédito que goza, habría podido encargarse de pleitos importantes y hacerse un capital; pero no quiere esperar, compra una hacienda colosal, se encarga del papel de gran señor, y hace, en una palabra, todo lo contrario de lo que debiera hacer. A menudo se me ocurre la idea de que la vida no sería tan corta si nosotros no nos obstinásemos en correr en pos de cosas quiméricas e imposibles. Estoy convencido de que Masko no carece de talento y energía, pero, francamente, se me figura que en ciertos momentos le falta el juicio.

Entretanto, Masko estaba en la cama apretando los dientes, porque la herida le hacía sufrir atrozmente. Aquella noche se desmayó dos veces mientras Polaniecki le velaba. Cuando el médico le volvió a curar pasó unos instantes sosegado, pensativo, y luego dijo volviéndose a su amigo:

—¡A fe que tengo suerte! ¡me veo insultado, herido y arruinado de un solo golpe!

—Ésta no es la ocasión más oportuna para pensar en esas cosas —respondió Polaniecki.

Masko dio un golpe en la almohada y lanzando un fuerte quejido, a impulsos del dolor, continuó:

—No me atormentes más. Es la última vez que hablo a un hombre como es debido. De aquí a ocho o quince días perteneceré a esa categoría de personas cuya presencia se procura evitar,.. La herida me tiene sin cuidado. En medio de esta ruina completa, lo que no puedo soportar es el convencimiento de que un estúpido cualquiera podrá decir: «Hace tiempo que lo había previsto.» Sí, todos prevén las cosas cuando ya han ocurrido.

Polaniecki pensó involuntariamente en lo que le había dicho Bigiel, y Masko prosiguió, como si quisiera recalcar aquellas palabras:

—Tú te figuras que yo había querido atreverme demasiado, que había tratado de ser más de lo que soy. Habré obrado neciamente, pero eso no quita que sin aquel loco, que sin este duelo, habría logrado mi objeto. Si me hubiese contentado con ser un simple abogado, jamás me habría podido casar con la señorita Kraslavski. Aquí entre nosotros, te diré que conviene ser algo comediante. Tú no conoces a aquellas mujeres. A falta de partido mejor, y sólo porque no podían echarle en cara cosa alguna al señor Masko, es por lo que se decidieron a aceptarme. Mas en cuanto haya perdido mi posición, ya verás cómo me denigrarán y huirán de mí como de un leproso, lanzando invectivas contra mi memoria para que el mundo no se ponga de mi parte. La señorita Kraslavski no es Marina.

Sucedió a estas palabras un largo silencio que interrumpió el mismo Masko, prosiguiendo:

—Ésta me habría podido salvar. Me había enamorado perdidamente de ella como un escolar; pero Marina prefirió la lucha contigo que el amor conmigo. Es inútil pensar en esto.

—No comprendo —dijo Polaniecki con cierta impaciencia—, cómo un hombre de tu categoría lo pueda considerar todo perdido. Has tenido un duelo en el que te han herido, es muy cierto; pero, dentro de ocho días, estarás bueno y sano, y, por otra parte, tu novia no ha declarado aún que quería romper contigo. En vez de desesperarte, la deberías advertir de lo que ha pasado. ¿Quieres que vaya yo mañana a verla? Después ella hará lo que quiera, pero a lo menos habrá sabido la verdad de boca de un testigo, en vez de saberla por boca de algún chismoso.

Masko reflexionó un instante y luego contestó:

—Quería escribir a mi novia; pero creo que será mejor que vayas tú directamente. Te quedo agradecido... Nada le digas de mis apuros... Respecto a la venta del bosque, hazla creer que yo había consentido en ella para complacerte. No se te olvide decirle que Gatoski me ha pedido perdón.

—Pues hasta la vista, y descansa.

—Adiós.

Polaniecki salió. Y mientras se alejaba iba pensando en Masko.

—No tiene nada de romántico —decía para sí—, y, no obstante, siente mucho. Realmente estaba enamorado de Marina, y con ésta pagó su tributo de romanticismo; lo cual no impidió que un mes más tarde le hiciese la corte a otra por interés. ¡Bah! yo no comprendo estas cosas y no creo en una pasión que se extingue repentinamente.

Al llegar a su casa encontróse con una carta de Bukacki y un billete de Marina: esta última le pedía noticias del resultado del duelo y le rogaba que le mandara esas noticias a la mañana siguiente, temprano.

Escribió en seguida la contestación a este billete, y luego abrió la carta de Bukacki. Este escribía lo que sigue:

«Sakya Muni y la bendita Nirvana, te conserven en su gracia. Dile al señor Hatzlaner que no me envíe a Florencia los tres mil rublos, sino que los guarde a mi disposición: he decidido hacerme vegetariano. Si se realiza esta decisión mía y las fuerzas no me abandonan, habré dejado de ser un sucio antropófago. Lo cual, además, disminuirá mis gastos.

»He descubierto el por qué los eslavos tienen disposiciones para la síntesis y no las tienen para el análisis: es porque son perezosos y el análisis impone un trabajo fatigoso. El sintetizar es cosa fácil, sobre todo de sobremesa y con el cigarro en la boca. Aquí en Florencia hace calor, sobre todo en el Lugarno. Trato de explicarme la escuela florentina por el método sintético.

»En Varsovia experimenté profundo dolor por la muerte de la pobre niña, y aquí tampoco la puedo olvidar. ¡Qué locura es todo esto! ¿Qué hace la señora Emilia?

»A todo ser humano le está predestinado su papel, y el papel que le tocó a ella fue el de ángel dolorido. ¿Por qué fue tan altruista y virtuosa? ¡Hubiera podido llevar una vida alegre y agradable!

»En cuanto a ti, hombre, una sola cosa te recomiendo: te conjuro que no te cases. Considera que, si te casas, tendrás un hijo por el cual te volverás tonto trabajando, para crearle una posición o para hacer de él... ¿Qué? Para hacer de él un hombre como yo, una persona excelente, eso sí, pero atormentada sin cesar por las dudas que le vuelven loco. Hombre enérgico y activo, te saludo... A ti, negocio personificado, compañero inteligente, incansable trabajador, te saludo.

»Abraza en mi nombre a Vaskovski. También es sintético.

»Que Sakya Muni ilumine tu mente para que reconozcas que al sol hace calor y que a la sombra hace fresco, y que se está mejor sentado que en pie.

»Siempre tuyo,

»Bukacki.»

—¡Vaya un loco! —se dijo Polaniecki.

Y luego, volviendo a leer aquella parte de la carta que más le interesaba, murmuró:

—Pues sí, señor, querido joven, me caso, y precisamente con la señorita Marina Plavicki; ¿has entendido? Crearé una posición, y, si tengo un hijo, haré de él un hombre fuerte y activo, y no un hombre como tú, ¿comprendes?

Aquella misma noche rompió el billete que había escrito a Marina y le escribió otro, concebido en estos términos:

«Estimada señorita:

»Masko está ligeramente herido. Su adversario le pidió perdón sobre el terreno y la cosa no tendrá consecuencias. Hoy no he podido ir a su casa; pero mañana, si usted me lo permite, iré a besar sus adoradas manos.

«Polaniecki.»

Terminada la carta, consultó el reloj, y viendo que eran las once mandó al criado que la llevara en seguida a su destino.

—Extraña cosa sería —dijo—, que no acertase ella el objeto de mi visita de mañana.

XXVI

La señora Kraslavski recibió a Polaniecki sin ocultar la extrañeza que le producía aquella visita inesperada. El joven entró desde luego en el asunto y la puso al corriente de lo acaecido, procurando presentar bajo buen aspecto la conducta de Masko. Cuando hubo terminado, la señora contestó:

—En todo esto hay algo que no es muy claro; por ejemplo, no comprendo por qué el señor Masko ha de haber vendido el bosque, que es lo que embellecía Kerzemien.

—El bosque está demasiado lejos de la casa —replicó Polaniecki—, hacía demasiada sombra perjudicando al cultivo, y Masko, como hombre práctico, se deshizo de él. Además, debo confesar que tengo yo algo de culpa. Como negociante en maderas, me convenía aquel bosque, y Masko, cediendo a un sentimiento de amistad, me lo ha vendido.

—No comprendo, entonces, por qué aquel joven...

—Usted conoce al consejero Jamiz, ¿verdad? —interrumpió Polaniecki—; pues ese señor le dirá que aquel joven es un loco, y que como tal se le conoce en todo el país.

—Siendo así, no había necesidad de que el señor Masko se batiera con él.

—Señora —objetó Polaniecki que empezaba a perder la paciencia—, en estos asuntos, sus ideas son muy diferentes de las nuestras.

—Hágame usted el obsequio de aguardarse un momento; quiero hablar con mi hija.

Polaniecki quedó solo, esperó durante un breve espacio de tiempo y finalmente comparecieron la madre y la hija.

La señorita iba vestida de blanco con una blusa a la marinera. Aun cuando tenía los ojos algo enrojecidos y su peinado estuviera algo descuidado, a Polaniecki no le pareció fea. No se leía conmoción alguna en su semblante.

Después de haber saludado a Polaniecki con aire tranquilo e indiferente, dijo:

—Le ruego a usted que diga al señor Masko que la noticia de su duelo me ha asustado y conmovido. ¿La herida es verdaderamente ligera?

—Sí, señorita.

—He pedido a mamá que fuera a verle. Yo la acompañaré y esperaré abajo, en el coche, las noticias que ella me traiga. Cada día haré lo mismo, hasta que esté completamente restablecido.

Un ligero rubor, apenas perceptible, cubría el rostro de la señorita. Polaniecki, que no esperaba estas palabras, la miró lleno de asombro. En aquel momento casi le parecía hermosa, y cuando se alejó para ir a casa de Masko con objeto de llevarle aquella agradable noticia, pensaba entre sí:

—Es mejor de lo que parece; hasta creo que no está completamente desprovista de corazón. Hasta ahora Masko no la ha conocido, y experimentará una gran sorpresa. Si la señora Kraslavski va a visitarle, verá toda aquella colección de obispos y guerreros colgados de las paredes y acabará por creer en la ilustre ascendencia de su futuro yerno.

Pocos minutos se detuvo Polaniecki en casa de Masko, porque tenía intención de saludar al profesor Vaskovski, que partía para Italia. Por el camino compró un ramo de flores y dio orden de que lo llevaran a casa de la señorita Plavicki. La idea

de que Marina recibiría gozosa aquellas flores y de que por la noche le esperaría con ansiedad, le causaron tal placer que llegó muy alegre a casa de Vaskovski.

—Vengo a saludarle; ¿cuándo se marcha usted?

—Tengo que retrasar un par de días mi partida —contestó Vaskovski—. Ya sabes que, durante el invierno, doy asilo a los pobres niños abandonados.

—Sí, a pihuelos que saben sacar las carteras de los bolsillos ajenos.

—No, no; son buenos... y ya ves que no los puedo abandonar así, necesito uno que me substituya, que venga a vivir a mi casa.

—Para achicharrarse. ¿Cómo puede usted resistir un calor semejante?

—Estoy en mangas de camisa y ya me permitirás que siga así. La verdad es que hace un poco de calor, pero esto sienta bien a mis pajaritos.

Polaniecki miró en torno suyo. En aquella habitación había a lo menos media docena de currucas, jilgueros y otros pájaros, sin contar los gorriones que andaban sueltos y que, habituados a su pasto diario, aguardaban en el alféizar de la ventana. Colgadas en las paredes estaban las jaulas que sólo servían por la noche, porque de día los pájaros volaban en libertad por la habitación con una charla incesante, y dejando las huellas de su presencia encima de los libros y manuscritos que había esparcidos por todas partes.

Aunque acostumbrado a aquel espectáculo, Polaniecki se encogió de hombros y dijo:

—Todo esto será muy bonito y muy bueno, pero dejarles libremente por donde quieran, me parece demasiada libertad.

—Eso lo deben a San Francisco de Asís —contestó Vaskovski—; de él he aprendido a tener cariño a las avecillas.

—Probablemente se encontrará usted con Bukacki —dijo Polaniecki—; he recibido carta suya, aquí la tengo.

—¿Puedo leerla?

—¡Claro está que sí! para eso la he traído.

Vaskovski, cuando acabó de leerla, dijo:

—Es un buen muchacho, pero algo destornillado.

—Es muy raro lo que me pasa —exclamó Polaniecki—. Figúrese usted, mi querido profesor, que de algunos días a esta parte oigo incesantemente que el uno dice del otro que tiene algo trastornado el juicio; estoy por creer que eso es una especie de epidemia.

—Todos tenemos nuestra parte de locura.

—Por lo que a Bukacki se refiere, ¿sabe usted cómo me propongo seguir sus consejos? Casándome inmediatamente... Es decir, me casaré si no me rechazan.

Vaskovski le abrazó.

—Dios atienda todos tus deseos y te bendiga. Era lo que Litka deseaba. Lo sé. ¿Recuerdas cuando te dije que no moriría hasta cumplir su misión? Dios os bendiga a entrambos. Marina tiene un corazón de oro.

—Y yo deseo a usted un buen viaje y un regreso feliz.

Polaniecki bajó a la calle, hizo venir un coche de plaza y se encaminó a casa de Plavicki. Por el camino se consultó a sí mismo sobre lo que tenía que decir a Marina y sobre la manera como se debía expresar.

Las ventanas no estaban iluminadas aún, a pesar de que hacía ya un rato que se había puesto el sol. De seguro que Marina le esperaba.

—¿Ha recibido usted la carta y las flores?

—Sí.

—¿Y ha adivinado usted el por qué se las he enviado?

Latíale con tal fuerza el corazón a Marina, que no pudo contestar.

Polaniecki continuó con tono insinuante:

—¿Quiere usted que se cumpla el deseo de Litka? ¿Quiere usted ser mía?

—Sí —respondió a media voz Marina.

Comprendía él que tenía que darle las gracias, pero no acertó con las palabras adecuadas para expresar sus sentimientos. Estrechó con fuerza sus manos, la atrajo hacia sí, la abrazó con efusión y trató de besarla en los labios; pero ella volvió la cabeza de manera que él sólo pudo tocarle los cabellos que le cubrían las sienes. Durante algunos instantes, sólo se oyó su respiración; hasta que al fin Marina se desprendió de sus brazos.

En aquel momento entraba el criado trayendo la lámpara.

Polaniecki, asustado de su propia osadía, miró con ansiedad a Marina con ánimo de pedirle perdón, si ésta hubiera dado muestras de estar ofendida; mas vio con gran sorpresa que en el rostro de la joven no aparecía vestigio alguno de enojo. Sus ojos inclinados hacia el suelo y sus mejillas encendidas, revelaban tan sólo la dulce turbación que experimenta la mujer amante cuando sacrifica algo, pero que concede gustosa porque ama y porque comprende que ese es su deber.

Apoderóse de Polaniecki un intenso sentimiento de gratitud cuando la vio frente a él con la claridad de la luz. Llevó respetuosamente a sus labios una de las manos de la joven y dijo:

—Sé que no soy digno de su bondad; pero pongo a Dios por testigo de que haré por usted todo lo que mi fuerza y mi voluntad permitan.

Marina le miró con los ojos humedecidos y respondió:

—Me basta que sea usted dichoso.

—Lo seré con usted. En Kerzemien lo comprendí en seguida, pero ya sabe usted lo que pasó. Estaba convencido de que se casaría usted con Masko, y esto me causó profunda pena.

—Reconozco que obré mal y le pido perdón... mi querido señor Stach...

—Hoy me decía el profesor Vaskovski: «Marina tiene un corazón de oro...» Es usted una joya, adorada mía, es usted un tesoro.

Miróle ella conmovida. Vino a interrumpir su diálogo el señor Plavicki, que acababa de entrar en aquel momento.

—¿Estáis solos? —les preguntó.

Marina se acercó a su padre, apoyó las manos en su hombro, y presentando la frente para que se la besara, dijo:

—Sí; nos hemos prometido, papá.

—¿Qué dices? —preguntó asombrado Plavicki dando un paso atrás.

—Digo —repuso Marina mirándole tranquilamente en los ojos— que el señor Estanislao me ha pedido por esposa, y que soy muy dichosa.

Polaniecki abrazó al señor Plavicki y añadió:

—Sí, tío, con tal que usted lo permita.

—¡Hijos míos! —exclamó Plavicki, acercándose con inseguro paso al sofá, en el que se dejó caer pesadamente—; permitidme que me siente, la emoción... pero no es nada, no hagáis caso de mí, hijos míos... Si éste es vuestro deseo, os bendigo de todo corazón.

Y uniendo la acción a la palabra, bendijo a los dos amantes. Su voz era entrecortada y se expresaba con tanta dificultad, que sólo pudieron oír estas frases:

—Un rinconcito a vuestro lado para el pobre viejo que ha trabajado toda su vida... por el bienestar de su única hija...

Los dos jóvenes se dieron tanta maña para tranquilizarle, que poco después el señor Plavicki dijo con tono jovial, dando unos golpecitos en el hombro de Polaniecki:

—¡Pícaro! De modo que pensabas en Marina, ¿eh? Y yo que me imaginaba que tú...

El resto de la frase la pronunció en voz baja al oído de Polaniecki. Púsosele a éste encendido el rostro, y a impulsos de la cólera, contesto:

—Lo perdono porque es usted; pero si otro hubiese osado semejante observación...

—Vaya, vaya —repuso Plavicki sonriendo—, no hay humo sin fuego.

Aquella misma noche, cuando Polaniecki se disponía a marcharse, Marina le dijo:

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—¿Qué desea usted?

—Tengo hecha la promesa de que, en cuanto llegase este día... el día de hoy, haría una visita, en compañía de usted, a la tumba de Litka.

—¡Querida niña! —exclamó Polaniecki.

—Creo que en este momento Litka nos está viendo y ruega por nosotros.

—Sí, es nuestra pequeña santa protectora.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Hasta mañana —dijo el joven, besándole las manos—, y pasado mañana y siempre, hasta... el día de nuestra boda.

Polaniecki se retiró. Confusos pensamientos acumulábanse en su mente, encontrados sentimientos agitaban su corazón, pero entre todas estas sensaciones había una que dominaba a las demás. Y esta sensación, este pensamiento era el de que había ocurrido algo extraordinario que decidía de su suerte, de que había pasado la hora de sus dudas y de las vacilaciones, y de que al fin empezaba para él una nueva vida.

A la mañana siguiente se dirigió temprano a su despacho para comunicar la nueva a Bigiel. Este, después de haberle abrazado, le dijo con su calma habitual:

—Es la cosa más cuerda que habrás hecho en toda tu vida. Ahí tienes —agregó señalando varios papeles que había encima del escritorio—, un cúmulo de negocios que, gracias a tu inteligencia y actividad, han tenido un resultado excelente; pues bien, todo eso es nada, en comparación de lo que acabas de hacer.

—¿Verdad que sí? —prorrumpió alegremente Polaniecki.

—Voy corriendo a participarle a mi mujer tan grata nueva —dijo Bigiel.

—Está bien —contestó Polaniecki—. Entretanto, yo voy a ver a Masko y luego de allí a casa de Marina, a quien he prometido acompañar a la tumba de Litka.

—Es vuestro deber para con aquella pobre niña.

Por el camino compró flores y las mandó a su novia, advirtiéndole al mismo tiempo que iría pronto a su casa; luego entró en la de Masko.

Cuando éste se enteró de la novedad, estrechó la mano de su amigo y le dijo visiblemente conmovido:

—Una sola cosa te digo, y es que no sé si ella será feliz contigo; pero es seguro que tú lo serás con ella.

—Las mujeres son mejores que nosotros —observó Polaniecki—; los últimos acontecimientos de tu vida deben haberte convencido de esta verdad.

—Te confieso que estoy cada vez mas sorprendido. Mi novia y su madre se mostraron buenas conmigo, pero en su vida hay algo misterioso que...

Interrumpióse Masko como el que no está seguro de la conveniencia de seguir, pero al fin continuó:

—Tú sabes callar y, además, en estos últimos tiempos me has dado muestras de amistad; por lo tanto, no quiero tener secretos para ti. Ayer, después que te hubiste marchado, recibí una carta anónima (ya sabes que entre nosotros existe el noble uso de las cartas anónimas), y esta carta contenía la noticia de que el padre de la señorita Kraslavski vive aún.

—Será obra de algún chismoso.

—Tal vez sí, y tal vez no. Podría muy bien ser que realmente viviese en América. Recibí la carta mientras se hallaba aquí la señora Kraslavski, disimulé, y al cabo de un rato, aprovechando la oportunidad que ella estaba distraída examinando los retratos de mis ascendientes, le pregunté cuánto tiempo llevaba de viudez, y ella me contestó únicamente estas palabras: «Hace nueve años que estoy sola con mi hija, pero ésta es una historia muy triste, de la cual te hablaré en otra ocasión.» Ya comprenderás que no juzgué conveniente insistir.

—Sí, ¿y qué?

—Que creo que si, en efecto, vive el padre aún, éste debe ser un individuo poco recomendable. Por lo demás, todo esto me importa poco. Es lo mismo que si no existiese y espero que mi casamiento se llevará a cabo, porque cuando tiene secretos que ocultar tiene menos pretensiones.

—Perdóname mi indiscreción —dijo Polaniecki tomando el sombrero—, mas ahora se trata de mi capital y de los intereses del señor Plavicki; ¿estás seguro de que las señoras Kraslavski son ricas?

—Supongo que poseen un capital considerable, pues en cierta ocasión su madre me dijo que no necesitaba un marido rico. Conozco a los judíos de Varsovia y estoy seguro de que a ninguno deben nada esas señoras. Tienen una preciosa quinta cerca de la de Bigiel; esto también tú lo sabes.

—Pero, ¿no conoces con exactitud a cuánto asciende su fortuna?

—He procurado, con cautela, averiguar alguna cosa, y calculo que poseen los menos doscientos mil rublos.

Polaniecki se despidió, y una hora más tarde hallábase con Marina en el cementerio.

Al volver de visitar la tumba de Litka, Marina observó:

—Paréceme ahora como si la niña hubiese bendecido nuestra unión.

Tomóla él de la mano y la dijo:

—Si estás convencida de que seremos felices, ¿para qué diferir nuestra dicha? Yo, vida mía, creo en un riente porvenir; no vacilemos más. Abrase para nosotros una nueva vida; empecémosla lo más pronto posible.

—Como tú quieras; con toda mi alma seré completamente tuya.

Estrechóla él contra su pecho y cambió con ella un apasionado beso.

XXVII

Había llegado para Polaniecki el momento decisivo de su vida. Jamás se hubiera imaginado que los preparativos de una cosa tan sencilla como un casamiento, tuviesen que proporcionarle tantos quebraderos de cabeza; mas no por eso perdió su buen humor. Miraba lleno de confianza el porvenir.

Sabía que Marina poseía un corazón excelente, una mente sana y un carácter noble; y que podía confiar ciegamente en ella. A menudo acudíale a la imaginación la respuesta de un amigo de su madre, cuando se le preguntó qué le preocuparía más, el porvenir de un hijo o el de una hija.

—El de los hijos —había dicho—, porque a mis hijas lo peor que les puede suceder es que sean desgraciadas.

Con esas palabras aquel hombre dijo una gran verdad. A los hijos, en efecto, se les educa en la escuela de la vida y corren el riesgo de echarse a perder, dejar de ser honrados. A las hijas se las educa en las virtudes domésticas, se las hace adquirir sólidos sentimientos de virtud y de honestidad, y, en consecuencia, aun en la peor de las hipótesis pueden ser desgraciadas.

Pero si Polaniecki analizaba las buenas cualidades y virtudes de su prometida, lo hacía más con el amor y la predilección de un joyero con sus propias alhajas, que con el método severo de un sabio que estudia un fenómeno desconocido.

Aunque creía conocer el carácter de Marina, un día, sin embargo, tuvo con ella un serio altercado con motivo de una carta del profesor Vaskovski que leyó delante de ella.

La carta decía:

«Amigo mío:

»Vivo en la calle del Tritón (*Pensión Française*). Ten la bondad de llegarte a mi casa, para asegurarte de cómo van mis protegidos y de si los pajaritos de San Francisco están bien provistos de grano y agua. Deseo que en los primeros días de primavera se abran las jaulas y las ventanas. Los que prefieran el encierro se quedarán, los que prefieran la libertad se marcharán.

»Cada día ruego a Dios por vosotros dos, por ti y por la señorita Marina. Con mucho gusto asistiría a vuestra boda, pero no estoy seguro de que mis compromisos me dejarán libre por Pascua. Por consiguiente, debo escribirte lo que quiero y debo deciros; tal es el objeto de esta carta. Chochees de viejo pedagogo. Ya sabes que durante mucho tiempo ejercí mi carrera de maestro. En este tiempo tuve ocasión de conocer muchas verdades, y la experiencia me ha enseñado muchas cosas. Fijate, pues, en mis consejos, y presta atención a mis palabras.

»Si llegáis a tener hijos, no los atormentéis con el estudio excesivo; dejadles crecer lozanos y alegres según la divina voluntad. En nuestros días, un niño tiene ocupadas más horas que un adulto, que un empleado. Además, debes considerar que un empleado, durante sus horas de oficina, se puede distraer con sus colegas y echarse un cigarro, mientras que el niño, durante las horas de clase, tiene que estar con la imaginación preocupada y atenta para poder hacerse cargo de lo que el maestro le enseña, y para no perder el hilo de la conexión de las enseñanzas que se le dan.

»Si sacas la cuenta de las horas de estudio a que un pobre muchacho se ve obligado a someterse diariamente, verás que no bajan de doce. ¡Doce horas de trabajo para un niño! ¿Comprendes esto, amigo mío? ¿No se te ha ocurrido jamás la idea de que tales niños podrían salir hombres gastados de salud y de inteligencia, y que mientras tanto vuestros cementerios están poblados de niños muertos antes de tiempo, las ideas más estrambóticas y estrafalarias hallan sostenedores y adictos?

»Se ha pensado en la reducción de horas de trabajo de los operarios de las fábricas; una ley regula el trabajo de los niños; pero en los pobres niños que estudian nadie ha pensado. ¡Qué campo tan vasto para un reformador! ¡cuán agradecida tendría que estarle la posteridad!

»Te ruego que no obligues a tus hijos a hacer estudios en demasía, o excesivos trabajos mentales. Prometédmelo tú y Marina. Créeme, no hablo por hablar, como sostiene Bukacki, sino porque te quiero bien. Una reforma en este sentido es el deber primordial de nuestro siglo, será la obra más humanitaria después de la de Cristo.

»En Perusa me han acaecido cosas extrañas. Pero eso ya te lo contaré otro día. Entretanto te doy un estrecho apretón de manos.»

Marina escuchaba esta carta con evidente perplejidad. Polaniecki la miró sonriendo y dijo:

—¿Ha oído usted alguna vez una cosa parecida? No estamos casados aun, y el profesor ya se preocupa de nuestros hijos.

Esto diciendo, se había inclinado hacia Marina para verle los ojos y le preguntó:

—¿Qué me dice usted de esta carta?

Al hacer esta pregunta, Polaniecki se hallaba en uno de esos momentos desgraciados en que el hombre se manifiesta tal como no es en realidad. Él tenía un carácter algo rudo, pero no grosero; mas en aquel instante no supo prever cuán fino y delicado podía ser el sentimiento de una joven. Marina sabía, como todas las otras muchachas, que los hijos son la consecuencia del matrimonio; pero ella pensaba en esta posibilidad futura, como en una cosa vaga, indeterminada, como en un misterio del cual se tenía que hablar con los debidos miramientos. El tono jovial y despreocupado con que Polaniecki tocó inopinadamente aquel delicado asunto, no solamente la ofendió, sino que le produjo una dolorosa impresión. Involuntariamente se le ocurrió este pensamiento: «¿Por qué no comprende esto?» Y desmintiendo a su vez su propio carácter, como precisamente puede acaecer a la persona más tranquila, en aquel momento de perplejidad se enojó por una insignificancia y casi sin motivo.

—¿Cómo puede usted hablar de tal manera en mi presencia? —exclamó con aire ofendido.

Polaniecki lanzó una carcajada imaginándose tal vez que saldría de su comprometida situación manifestando una alegría afectada.

—¿Por qué se enfada usted así? —le preguntó.

—Su conducta para conmigo no es la que debiera ser.

—Francamente, no comprendo lo que quiere usted decir.

—Tanto peor para usted.

La cólera tiñó de carmín el rostro de Polaniecki.

—Puede ser que yo haya obrado mal —dijo con el tono de quien no sabe pesar sus propias palabras—, pero nada me es tan antipático como el que una persona se dé por ofendida sin motivo. De este modo no es posible vivir. Quien de una cosa de nada hace un caso grave, tiene indudablemente más culpa que yo; y como mi presencia le desagrada, me voy.

Y tomando con ademán colérico el sombrero, inclinóse ligeramente y se lanzó fuera de la habitación.

Marina no trató de detenerle; por algunos instantes el enojo ahogó en ella los demás sentimientos. Luego sintió como si hubiese recibido un fuerte golpe en la nuca, y se dijo presa de viva emoción:

—Todo ha terminado; ya no volverá jamás.

Todo aquel edificio tan bello que en su mente se había levantado, acababa de desplomarse encima de ella; se le preparaba una vida árida y desierta. ¡Cuán dichosa habría podido ser! Todo esto había acaecido de una manera tan inesperada, que Marina no podía darse aún una idea clara de su situación. Al fin se levantó y acercóse con lentitud al escritorio. Maquinalmente, pero con viveza, puso encima de él algunas hojas de papel para cartas, aproximó la silla, sentóse, y apoyó la cabeza entre las manos.

Sus miradas encontraron el retrato de Litka, y un nuevo rayo de esperanza la iluminó. El corazón le latía precipitadamente; levantóse y dio algunos pasos por la habitación reflexionando sobre lo que tenía que hacer.

Su cólera había desaparecido por completo; únicamente sentía el amor inmenso que tenía a Polaniecki y se apoderó de ella un profundo arrepentimiento. Pero, ¿qué debía hacer? En su corazón sostenían una ruda lucha el temor y la esperanza. Por un lado esperaba que el amor de Polaniecki le llevaría de nuevo a sus brazos; por otro lado conocía la obstinación de su prometido, su amor propio y su singularidad en querer ser tenido por inflexible.

Al cabo de media hora estaba convencida de haber sido ella la única culpable del deplorable incidente, y resolvió escribirle algunas frases conciliadoras. Parecíale cosa sumamente fácil escribir un par de palabras de esas que brotan del corazón; mas, cuando intentó realizarlo, se encontró con dificultades insuperables. En la carta no podía poner unos ojos tiernos y humedecidos por el llanto, ni un semblante que sabe aparecer triste y sonriente a la vez. Una hoja de papel no tiene la voz entrecortada por la emoción, no tiene dos manos que, juntas y levantadas en lo alto, imploran perdón. Una carta puede ser leída y hasta comprendida, cuando se pone en ella un poco de buena voluntad, pero no se puede exigir más de un hoja de papel blanco, fría, indiferente y cubierta de palabras negras.

Marina había roto ya dos cartas, cuando su padre asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿No está aquí Polaniecki? —le preguntó.

—No, papá.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé, papá —respondió la joven suspirando.

—Si vuelve, dile que dentro de una hora estaré de regreso y que tengo que hablarle.

—¡Ah! —pensó Marina—, ¡cuán contenta estaría de poder hablarle yo misma!

Empezó otra carta, pero también ésta tuvo el mismo fin de las dos anteriores. Tomó una cuarta hoja y discurrió si tal vez sería mejor tomar la cosa a broma o bien pedirle sencillamente perdón. Apretóse las sienes con las manos, se puso a

recorrer la habitación de arriba abajo. De repente sonó la campanilla. A Marina le dio un salto el corazón.

—¿Si fuese él? —se preguntó.

Abrióse la puerta, y efectivamente, era Polaniecki. Entró perplejo, con aire sombrío, visiblemente indeciso sobre la manera cómo sería acogido. La joven corrió al encuentro de su prometido con el rostro radiante de alegría, dichosa, conmovida porque había vuelto: se acercó a él y la echó los brazos al cuello.

—¡Qué bueno es usted! ¡cuánto le quiero! —murmuró—. ¿Sabe usted que le quería escribir?

Polaniecki la miró por un instante en las niñas de los ojos y luego, de improviso, la estrechó convulsivamente contra su pecho, rebosando cariño, y cubrió de ardientes besos la boca, los ojos y los cabellos de la mujer amada.

—Es usted demasiado buena —le dijo al fin con tierno acento—; pero precisamente su bondad es la que me vence y me subyuga. Perdóneme usted, se lo suplico; mi cólera se ha desvanecido en seguida y me he dirigido serios reproches a mí mismo. He pasado varias veces por debajo de sus ventanas, con la esperanza de ver y leer en sus ojos y en su rostro que podía volver a su lado. Al fin no he podido contenerme más y aquí me tiene usted.

—Quien debe pedirle perdón soy yo, que fui la causa de esta desavenencia. Mire usted cuántas hojas de papel rotas. He escrito y vuelto a escribir.

Polaniecki apenas oía lo que Marina estaba diciendo.

Tenía sus fascinados ojos obstinadamente fijos en la joven, la cual, con el rostro encendido y las pupilas brillantes de alegría y felicidad, estaba delante de él tratando de arreglarse los cabellos que se le habían descompuesto con aquel apasionado abrazo.

—¿De veras me quería usted escribir? —repuso Polaniecki.

—Esas hojas rotas se lo demuestran.

—Marina, es usted demasiado buena.

—¡Oh, no! —contestó ésta mirándole con ternura—. Sólo yo tuve la culpa de todo, nadie más que yo.

Y al cabo de un instante prosiguió, ruborizándose cada vez más y con los ojos bajos:

—El profesor Vaskovski tiene mucha razón en lo que escribe en su carta.

El tono humilde y bondadoso de Marina desarmó todavía más a Polaniecki, que se sonreía hechizado y con el corazón henchido de amor.

—Jamás podré consolarme de haber obrado con usted de esta manera —le dijo—; con su bondad hará usted de mí un esclavo.

—¡Cómo! —exclamó ella vivamente—. ¿Se burla usted de mí? Medrosa y tímida como soy...

—¿Medrosa y tímida? —le interrumpió Polaniecki—. Voy a contarle a usted una historieta. En Bélgica conocí a dos jóvenes, llamadas las señoritas Wantres. Estaban tan encariñadas con un gato que poseían, que le consideraban el más acabado y perfecto modelo de la mansedumbre y de la bondad, y no se cansaban nunca de cantar las alabanzas de su favorito. Un día recibieron como regalo una liebre domesticada, ¿y qué sucedió? que fue tanto el miedo que la liebre causó al gato, que éste se apresuró a esconderse debajo de los muebles. Tan convencidas estaban de este miedo las señoritas, que cierto día en que habían salido, como se dieran cuenta de que la liebre y el gato habían quedado solos en la casa, dijeron entre sí: «El minino no le puede causar daño a la liebre, pues le tiene un miedo atroz.» Continuaron, pues, su paseo, sin la menor inquietud. Al cabo de una hora

regresaron a su casa y, ¿a qué no adivina usted lo que había sucedido? Pues que el gato se había comido tranquilamente a la liebre, de la cual sólo quedaban las orejas. Este es precisamente nuestro caso. En apariencia usted me tiene miedo, pero a la larga a mí no me quedarán más que las orejas.

Polaniecki miró riendo a Marina, pero ésta protestó enérgicamente de aquella aserción.

—No —acabó por decir la joven—, yo no tengo un carácter semejante.

—Me alegro —contestó Polaniecki—; ¿sabe usted qué es lo que me ha enseñado la experiencia? Que el más egoísta es el que tiene siempre razón.

—Según eso, se podría decir que el amor más grande se sacrifica siempre por el más pequeño.

—Exacto. Por lo demás, confieso que si me encontrase en presencia de un Herodes, no vacilaría un instante en hacerlo así.

Al decir esto, Polaniecki tendió los dedos de la mano y luego los dobló hacia adentro, haciéndolos chocar con fuerza contra la palma de la misma.

—Pero, cuando uno tiene que habérselas con una tortolilla como usted, la cosa varía mucho. Más bien conviene impedir que piense usted demasiado en los demás, impedir que se sacrifique. Todas las personas que la conocen a usted son de ese parecer. Masko que por cierto no es Salomón, me dijo en cierta ocasión: «Ella podrá ser desgraciada con usted; pero usted con ella jamás.» Y tiene mucha razón. Ardo en deseos de saber cómo se encontrará él después de casarse. Es hombre que sabe aguantar muy bien las riendas.

—¿Está enamorado de su novia?

—No mucho, positivamente menos de cuando se enamoró de cierta señorita a quien yo conozco que coqueteaba con él.

—Porque él no se había portado tan mal como cierto señor Stach a quien también conozco yo, tanto como usted a esa señorita coqueta.

—Será un matrimonio curioso. La esposa no es fea, aunque esté tan pálida y tenga casi siempre los ojos enrojecidos. Masko se casa con ella por interés. Este se empeña en sostener que no es amado y hasta después de su aventura con Gatoski, estaba convencido de que aquellas señoras romperían toda clase de relaciones con él. Pero ha sucedido todo lo contrario y esto a Masko, en vez de alegrarle, le pone pensativo; le parece que en la familia hay algo que no es bastante claro, especialmente respecto al señor Kraslavski. Únicamente Dios sabe lo que habrá pasado. Si Masko es dichoso en su matrimonio, su dicha no será, por cierto, como la que deseo para mí.

—¿Y cómo se figura usted la dicha deseada? —preguntó Marina.

—Creo que la verdadera felicidad consiste en poseer una mujer como usted, una mujer en cuya compañía puede afrontarse tranquilamente y sin temor al porvenir.

—Y yo creo que la felicidad consiste en verse amada, en la confianza recíproca y en trabajar unidos para un objeto común.

XXVIII

Las señoras Kraslavski no sólo procuraban no disgustarse con Masko, sino que le trataban con tales miramientos, que éste se iba poniendo cada día más receloso. Como que desde hacía algún tiempo ya no tenía secretos para Polaniecki, un día le dijo con franqueza y hasta con cierto cinismo:

—Amigo mío, son unos ángeles de bondad; temo que haya gato encerrado.

—A mí, por el contrario, me parece que debes dar gracias al Cielo.

—¡Si digo que son criaturas ideales, sin defectos y sin el menor rastro de vanidad! Ayer, sin ir más lejos, se hablaba del por qué yo me había hecho abogado, y en un momento dado emití la opinión de que un joven, aunque pertenezca a una de las familias más linajudas, tiene el deber de abrazar una profesión y, ¿sabes lo que contestaron? Que se debe estimar cualquier trabajo y que sólo las naturalezas débiles y mezquinas deben avergonzarse de ejercer una carrera. Créelo, hay en ellas algo que me choca; la historia del papá debe entrar en parte de eso. He procurado enterarme sobre esto último y he sabido que vive en Burdeos, ocultándose bajo el nombre de Langlais. Se ha creado una familia extralegal, que mantiene con la pensión anual que la señora Kraslavski le abona.

—¿Pero a ti que te importa todo eso?

—¿A mí? nada.

—Esta noticia prueba que son dos mujeres desgraciadas y dignas de ser compadecidas.

—Si a lo menos fuera seguro que son tan ricas como desgraciadas...

—También yo reconozco que en estos momentos tu situación es bastante comprometida. Ante todo nos tienes que pagar a mí y a Plavicki, y ya sabes que yo, en lo tocante a negocios, no transijo. No tardará mucho en llegar el plazo.

—Haré uso de mi crédito, y, si es preciso, lo llevaré hasta el extremo. Por lo demás, el crédito de vosotros dos está asegurado con una hipoteca sobre Kerzemien. Tal vez durante la fiesta de nuestros esponsales lograré saber algo cierto sobre el capital de mi novia. Parece imposible que un hombre práctico como yo se pierda en un laberinto semejante. Todas las personas a quienes he interrogado, me han asegurado que las señoras Kraslavski son ricas, pero, hablando con franqueza, son demasiado buenas.

—Se me figura que en esto te asustas de un fantasma —repuso, impaciente, Polaniecki—. Como sucede con frecuencia que te falsificas a ti mismo, quieres suponer que los demás hacen lo mismo.

Pocos días después se celebraron los esponsales de Masko.

La señorita Kraslavski, que miraba con buenos ojos al señor Plavicki, le invitó a la fiesta junto con Marina. Masko había enviado invitaciones a todos sus conocidos que llevaban algún nombre importante, por lo cual se hallaron presentes gran número de jóvenes, algunos de ellos imberbes todavía, usando lentes y con la cabeza peinada a la última moda. La parte inteligente de las relaciones de Masko estaba representada por Polaniecki y por el señor Kreszovski.

La señora Kraslavski había invitado a algunas señoras casadas y a sus respectivas hijas, en torno de las cuales mariposeaban los jóvenes currutacos.

La señorita Kraslavski estaba graciosa con su vestido de seda blanco. Su rostro, de una impasibilidad sorprendente, ejercía cierto atractivo que Masko supo

apreciar, lo propio que la desenvoltura con que aquella joven sabía estar en sociedad.

Aquella noche, Polaniecki descubrió que era celoso. Hasta entonces no había sabido qué cosa eran los celos, por lo cual se reprobó a sí mismo al sentirlos por vez primera, viendo al barbilindo Kopovski que se ocupaba casi exclusivamente de Marina, y notando que ésta contestaba sonriendo a las frases más o menos tontas del pisaverde de cabeza de ángel. Sin embargo, acabó por experimentar una cólera sorda al ver el interés que la joven parecía manifestar a Kopovski, y durante toda la comida estuvo de mal humor.

—¿Por qué está usted tan callado?— le preguntó Marina.

—No quiero desvanecer la buena impresión que le causó Kopovski cuando éste le pidió su parecer sobre la fiesta.

—Pero, ¿no encuentra usted que es un hombre que merece ser observado? —replicó ella con una ligera sonrisa provocada por sus celos.

—Sí, sí, en efecto; se pavonea por la calle, y anda con la punta de la nariz hacia arriba, a riesgo de pescar un tortícolis.

Marina se habría reído de muy buen grado, pero supo dominarse.

—¡Ay! ¿Acaso sería usted celoso?

—¿Yo? Nada de eso.

—¿Quiere usted saber lo que hablábamos? Fue el caso que ayer, durante el concierto, ocurrió un caso de catalepsia. He preguntado al señor Kopovski si había visto al cataléptico, y, ¿a que no acierta usted lo que me ha contestado? «Cada cual es libre de tener sus convicciones.» ¿No le parece que es un hombre singular?

Polaniecki no pudo menos de reírse, y durante el resto del día ya no volvió a perder su buen humor habitual.

Como el coche del señor Plavicki no tenía más que dos asientos, Polaniecki no los pudo acompañar a casa. Después de haberse despedido de ellos, disponíase a retirarse, cuando Marina, inclinándose hacia él, le preguntó:

—¿El señor mal genio vendrá mañana, después de comer, a verme?

—Seguramente, porque la quiero a usted tanto... —murmuró Polaniecki mientras le arreglaba la pelliza sobre los pies.

XXIX

Rukacki estaba invitado también a la boda de Polaniecki. En respuesta escribió lo siguiente:

«Arrancar las fuerzas creadoras de la Naturaleza de su estado normal de quietud, y obligarlas por medio del matrimonio a traer al mundo cierto número de seres que necesitan una cuna, y cuya única ocupación consiste en chuparse el dedo pulgar, se tiene que considerar como un delito.

»Sin embargo, he decidido aceptar vuestra invitación, porque ahí las estufas son más calientes que en Italia.

»Bukacki.»

En efecto, ocho días antes de la fecha señalada para el matrimonio, regresó a Varsovia.

A Polaniecki le trajo como regalo una especie de pergamino parecido a una esquila de defunción, artísticamente pintado y encima del cual se leía esta inscripción: «Estanislao Polaniecki, tras una larga y pesada vida de soltero, etcétera.»

Este rasgo de ingenio gustó mucho a Polaniecki, y al día siguiente se llevó el pergamino para enseñárselo a Marina. Habíasele olvidado que aquel día era domingo, y experimentó una desagradable sorpresa al encontrar a Marina vestida para salir.

—¿Sale usted de casa? —le preguntó.

—Sí, voy a misa. Hoy es domingo.

—¡Domingo!... Sí, es verdad. ¡Habría estado tan contento de poder charlar un poco con usted!

La joven alzó hacia él sus apacibles ojos y le dijo con tono amable:

—¿Y el servicio de Dios?

Polaniecki no podía imaginarse que estas sencillas palabras debían tener luego cierta influencia sobre la transformación de su espíritu, que no estaba aún bastante perfeccionado, por cuya razón no puso atención en ellas, y contestó maquinalmente:

—¡El servicio de Dios! ¡es verdad! Tengo libre el tiempo; ¿puedo acompañarla?

Marina le miró sorprendida, y por el camino, le dijo:

—Cuanto más dichosa soy, más obligada me creo para con Dios.

—Eso está muy bien; no debe uno acordarse de Dios únicamente cuando Dios es necesario.

En la iglesia, a Polaniecki le acudió a la mente el recuerdo de su estancia en Kerzemien, cuando él y Plavicki asistieron a la misa mayor en la iglesia de Vatoré. En aquel instante le perseguía la idea de que no es posible ponerse de acuerdo con la vida, si uno se reconcilia con la muerte, y sin una firme creencia en la vida futura esto es absolutamente imposible. La esperanza en una nueva vida, es lo que proporciona la seguridad, la tranquilidad y la paz. La mejor prueba de esta verdad la ofrecía en aquel momento Marina. A causa de su miopía, tenía inclinada la cabeza sobre su devocionario; pero cuando levantaba la cabeza, Polaniecki se sentía hondamente conmovido, ante la tranquila la serena, casi angelical expresión de la joven.

Mientras regresaban del templo, Polaniecki le dijo a Marina:

—En la iglesia parecía usted tan serena, tan beatíficamente feliz, que me recordaba los cuadros de Fray Angélico.

—Realmente soy feliz, ¿y sabe por qué? porque me he vuelto más buena. He sufrido mucho, por tristes circunstancias; sentía una profunda indignación, y una amargura siempre creciente invadía mi alma. Sostiénese que la desgracia ennoblece a las naturalezas escogidas, pero yo no soy una naturaleza escogida, y el pesar y el abatimiento me consumen, me envenenan el alma.

—¿De modo que me ha odiado usted mucho?

—Tanto, que no podía olvidarle un momento.

—Masko lo había adivinado. «Ella, me dijo en cierto día, quiere más odiarte a ti que amarme a mí.»

—Es cierto.

Polaniecki la acompañó hasta su casa, y llegado allí le mostró el pergamino de Bukacki. A Marina no le gustó la broma.

—Sobre ciertas cosas no se debería bromear.

Después de comer, compareció Bukacki. Había adelgazado mucho, lo cual era una prueba contra la virtud del Chianti sobre el catarro intestinal; su nariz había adelgazado todavía más; su rostro irónico, risueño y humorístico había tomado cierto aspecto apergaminado. Como estaba emparentado tanto con Polaniecki como con Marina, hablaba con ellos todavía con más libertad que con las demás personas.

Apenas había atravesado el umbral de la puerta, empezó a gritarles que la locura del día se había hecho general, y que, por consiguiente, no era de extrañar que se hubiesen prometido; pero que en cambio tenía que compadecerles mucho. Él había abrigado siempre la esperanza de salvarles, pero comprendía que había llegado demasiado tarde y que, por lo tanto, no tenía más remedio que resignarse. Marina le miraba cada vez más disgustada; Polaniecki, más indulgente, le gritó:

—Guarda tus bromas para el discurso que tendrás que pronunciar el día de la boda, y cuéntanos ahora algo de nuestro profesor.

—Se ha vuelto completamente loco —contestó Bukacki.

—¿Pero cuándo acabará usted de bromear? —le preguntó Marina con aire de reproche.

Pero Bukacki, como si nada hubiese oído, continuó:

—El profesor Vaskovski se ha vuelto loco y voy a daros la prueba ahora mismo. En primer lugar, está dando vueltas por Roma, o más bien, daba vueltas, porque actualmente se halla en Perusa, con la cabeza descubierta; y en segundo lugar, se ha peleado con una joven y graciosa inglesita, sosteniendo que los ingleses sólo son cristianos en su casa y que debían haber tratado algo más cristianamente a los irlandeses; y, por último, ha hecho imprimir una memoria en la cual expone la opinión de la juventud arriana. Me parece que con esto hay bastante.

—Todo eso lo sabía yo antes de que partiera, y si no le ha sucedido nada peor, espero volver a verle pronto en buena salud.

—No piensa volver.

Polaniecki sacó del bolsillo un libro de notas, con el lápiz escribió algunas palabras, y lo entregó a Marina diciendo:

—Léalo usted y después dígame si aprueba lo que he escrito.

—Cuando alguien escribe en mi presencia, es señal de que debo retirarme —observó Bukacki.

—No, no; no tenemos secretos.

Marina se sonrojó de gozo, no acertando a creer a sus propios ojos.

—¿Es cierto? ¿de veras? ¿sí?

—Depende de usted, adorada señorita.

—¡Oh, señor Stach! ni me habría atrevido a soñarlo. Corro a decírselo a papá. Dicho esto, salió corriendo de la habitación.

—Si yo fuera poeta —observó Bukacki— me ofendería.

—¿Y por qué?

—Porque dos palabras trazadas en un pedazo de papel por la mano de un socio de la Casa Bigiel y Compañía producen mayor impresión que el mejor soneto del mundo. Así es que más vale ser mozo de molino que poeta.

Marina en su alegría, había dejado encima de la mesa el libro de notas. Polaniecki lo recogió y lo entregó a Bukacki diciendo:

—Lee.

—«Después de casados, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles. ¿Estás contenta?» —leyó Bukacki, añadiendo—: o lo que es lo mismo, un viaje por Italia.

—Figúrate que la pobrecita no ha ido jamás al extranjero. Italia es el país que más ha deseado visitar; por lo tanto, su alegría es natural, y yo estoy contento por ella.

—¡Amar a Italia! ¡Dios mío! ¡Qué viejo es eso!

—Pero siempre es nuevo. Enamórate y verás como tengo razón.

—Amigo mío, ahora se trata, no de lo que no me gusta todavía, sino de lo que no me gusta ya. Hace mucho tiempo que exhumé la esfinge de la arena donde estaba sepultada. Ya no existen enigmas para mí.

—Créeme, Bukacki, cástate.

—No puedo, tengo demasiado débiles los ojos y el estómago más débil todavía.

—Eso no es un impedimento.

—Mira, ahora, a la mujer se la puede comparar con una hoja delgada de papel blanco, escrita por una cara por un demonio, y por la otra por un ángel. Como que el papel es delgado, las dos escrituras se confunden y no se puede descifrar ni una palabra.

—Nada hay sagrado para tus bromas.

—Y no obstante moriré como morirás tú, que te casas...

Interrumpióle la aparición de Marina, que en aquel momento entraba en compañía de su padre. Plavicki corrió al encuentro de Polaniecki y le abrazó, diciendo:

—Marina me ha dicho que después de casados queréis hacer un viaje a Italia.

—Si mi futura señora lo consiente.

—La futura señora —exclamó Marina—, no sólo lo consiente sino que se ha vuelto loca de alegría, y de buena gana se pondría a saltar por aquí como una chiquilla de diez años.

—Si la bendición de un pobre viejo puede seros útil durante ese largo viaje —empezó a decir Plavicki con solemne acento—, hago sobre vosotros la señal de la cruz y os deseo un buen viaje.

Esto diciendo miró al techo y extendió la diestra, con gran risa de Bukacki; pero Marina le tomó suavemente el brazo y besándole le dijo riendo:

—Aún hay tiempo, papá; no partiremos hasta después de casados.

—Y en el fondo, ¿qué es un viaje? —preguntó Bukacki—. Se toma un guía, se arreglan las maletas y asunto concluido.

Plavicki se volvió hacia su joven amigo, dirigiéndole una mirada de reproche, y con tono enfático le contestó:

—A tal extremo ha llegado usted, que desprecia la bendición de un anciano, de un padre cariñoso.

Bukacki, sin andarse con rodeos, abrazó a Plavicki, le besó la orla del vestido y dijo:

—Supongo que el venerable anciano querrá jugar una partida de cientos, a fin de que así estas dos cabezas de chorlito puedan hablar a sus anchas.

—Con mucho gusto —contestó el viejo.

—Tomadme en calidad de guía para vuestro viaje en Italia —repuso Bukacki dirigiéndose a los novios.

—¡Dios me libre! —contestó Polaniecki—. Conozco poco Italia, pero deseo ver lo que a mí me acomode sin tener que seguir tus indicaciones. Sé cuál es tu manera de pensar, y no ignoro que en conclusión tenéis más estima a vuestras opiniones que al arte mismo. Así son —prosiguió dirigiéndose a Marina—: pierden el conocimiento del arte noble y verdadero, están hastiados y sólo se interesan por lo que observan y desde un punto de vista desfavorable. Les tienen sin cuidado los grandes Maestros, que nosotros podemos conocer solo, y únicamente se preocupan por individuos insignificantes cuyos nombres jamás han llegado a oídos de nadie. Si lo temáramos por guía, no podríamos visitar las iglesias, a donde nos llevaría sería a ver esas curiosidades que tienen que examinarse con el microscopio. Estos señores, Marina, son unos seres sobrenaturales, cansados de todo, mientras que nosotros somos unos simples mortales.

Marina miró enorgullecida a su prometido como si quisiera decir:

—¡Así se habla!

—Yo no soy inteligente en cosas de arte —replicó Bukacki.

—¡Vaya si lo eres!

—No, lo que hay es que tengo mis ideas propias; pero no por eso quiero influir en los gustos de los demás. Usted, señorita Marina, tiene que creerme a mí y no a Polaniecki.

—Eso no; yo creo a Estanislao.

—Era de prever —observó Bukacki.

Marina miraba perpleja, ora al uno, ora al otro: en aquel instante volvió Plavicki con la baraja e invitó a Bukacki a tomar sitio ante el velador.

Los dos novios prosiguieron su diálogo.

Bukacki empezó a aburrirse; su buen humor había desaparecido, su cara minúscula se achicó todavía más y acabó por asemejarse a una hoja seca.

Mientras se dirigían a sus respectivos domicilios, díjole Polaniecki.

—Has perdido todo tu ingenio.

—Sí —respondió Bukacki—; yo me parezco a una máquina: mientras tengo combustible, ando desahogadamente; pero en cuanto se me acabe el carbón, me paro.

Polaniecki levantó los ojos hacia él.

—¿Qué combustible empleas?

—Hay varias clases de carbón. Ven a mi casa, beberemos una buena taza de café; esto no me lo puedes rechazar.

—Escucha, tengo que hablarte de un punto muy delicado. Me han dicho que eres morfinómano.

—De poco tiempo acá —respondió Bukacki—. ¡Si tú supieras cuán espléndidas visiones proporciona la morfina!

—¡Y cómo proporciona, además, una muerte lenta! ¿Es que no temes la muerte?

—No, más bien comprendo lo contrario.

—No te entiendo.

—Ven a mi casa y no te asustes —respondió Bukacki tras una breve pausa—: no te daré ni morfina ni opio. Beberemos una taza de café y una botella de Burdeos excelente. Será una inocente orgía.

Pocos minutos después llegaron a casa de Bukacki. Desde luego se notaba que era una mansión señorial; por todas partes veíanse colocados objetos de arte, cuadros al óleo, grabados al acero, etcétera, pero la impresión que en conjunto producía era de tristeza.

En todas las habitaciones estaban encendidas las luces. Bukacki, ni durmiendo podía soportar la obscuridad.

Ordenó a su criado que trajera una botella de Burdeos, encendió fuego debajo de la maquinilla del café, y después de haber invitado a su amigo a que tomara asiento, se arrellanó en el sofá.

—¿De modo que tú crees que no temo a la muerte? —preguntó, de improviso, Bukacki a Polaniecki.

—Observo —contestó Polaniecki—, que te complaces en engañar a los demás y en engañarte también a ti mismo. En todo eso no veo más que un artificio, un papel estudiado.

—La estupidez humana me divierte.

—Si tú te tienes por tan sabio, me sorprende que lleves una vida tan miserable; porque, a pesar de todos tus libros y de todos tus cuadros, vives miserablemente. Tú perteneces a la categoría de los que falsifican; quieres aparentar, eso es todo.

—Es posible; pero con el tiempo viene a ser como una segunda naturaleza —declaró Bukacki, que, bajo la influencia del vino, parecía revivir—. Créeme, todo lo que me has dicho ya me lo he repetido yo cien veces. Llevo la vida más estúpida y monótona que se pueda concebir; rodéame un vacío espantoso que yo trato de llenar con todas esas fruslerías que he amontonado en mi casa. Pero no temo a la muerte. ¿Por qué había de tenerle miedo a la muerte, sabiendo que con ésta se acaban todos los sentimientos y todas las preocupaciones, y no ignorando que por medio de ella viene uno a convertirse en una pequeña parte de la nada? Pero no a todos les es dado comprender esa nada, ni explicársela. Por eso mi salud está muy resentida y eso me quita toda mi energía. Me falta el combustible y he de proporcionármelo artificialmente. En cuanto tomo este combustible, en seguida me pongo a considerar la vida por su lado ridículo, y me olvido de que estoy enfermo. Esto me va bien, y ahora creo haber desarrollado completamente la tesis.

—Si pudieras decidirte a abrazar una profesión., —empezó a decir Polaniecki.

—Déjame en paz, no hay por qué hablar de eso. En primer lugar, no sería capaz de ejercerla, a pesar de que no carezco de cierta instrucción; en segundo lugar, estoy enfermo; en tercer lugar, de nada serviría aconsejar a un cojo que ande derecho, y basta con eso: Apura tu vaso y hablemos de ti. La señorita Plavicki es una real moza y haces bien en casarte con ella, porque te quiere de veras.

Bukacki, a quien el vino hacía efecto, iba animándose por grados, y se hacía comunicativo.

—Todo lo que durante el día voy diciendo —continuó—, son cosas superficiales y no vale la pena de que se las tenga en cuenta. Mas ha llegado la noche; bebamos un vaso de vino y pasemos una hora en plena confianza. Puedes leer, en el fondo de mi alma. No sé qué es lo que proporciona la gloria, porque no la he conseguido, y como el templo de Éfeso fue ya incendiado, tampoco tengo esperanza alguna de poder conseguirla. Pero, si realmente el ser rico es cosa agradable, lo sé porque soy rico. Fie recorrido las cuatro partes del mundo, y con esto conozco el placer de los viajes. Sé lo que es la libertad, porque soy libre yo; me atrevo a emitir un juicio sobre las mujeres, porque las conozco suficientemente;

puedo juzgar un libro, porque he leído muchísimos; a más de todo eso, poseo cuadros al óleo, miniaturas y varios objetos antiguos. Y ahora aguza el oído y préstame atención. Todo esto es nada, todo esto es vano, todo esto es tonto si se compara con un corazón que nos ame. Aquí tienes el resultado de todas mis observaciones, resultado que ahora he logrado, al revés de los hombres normales que sostienen lo mismo en cuanto empiezan a raciocinar.

—Lástima que, a pesar de esta convicción, no quieras hacerte amar ni casarte.

—Juzgar con acierto y obrar también con acierto, son dos cosas muy sencillas. Yo sería un excelente candidato para el matrimonio —dijo Bukacki riendo a mandíbula batiente.

Había recobrado todo su buen humor.

—He oído hablar de locuras —dijo Polaniecki casi con tono colérico—; pero de locuras como la tuya, nunca. Es deplorable que vosotros, tú y tus congéneres, no lo queráis reconocer, sólo por la manía de ser originales.

XXX

El gran momento, la *catástrofe*, como la llamaba Bukacki, había llegado. Si existe un día en que el hombre no puede darse cuenta de sus propios pensamientos, éste es el día de la boda.

Ideas confusas e indistintas se agrupaban en el cerebro de Polaniecki. Parecíale comprender que empezaba una nueva vida para él y que estaba a punto de asumir grandes deberes; pero al mismo tiempo sorprendíale que el coche no hubiese llegado todavía. Estaba contento, pero a la vez experimentaba un verdadero temor del porvenir. Percibía en cierto modo la grandeza de aquel momento, y, no obstante, mientras estaba enjabonándose para afeitarse, decíase que habría sido mejor hacerse afeitarse por un barbero. Pensaba que en aquel momento Marina se estaría vistiendo también, que se hallaba en su cuarto frente al espejo y el corazón le palpitaba precipitadamente.

—Mas nada temas, preciosa y querida criatura —decía a media voz—; no tendrás queja de mí.

Y se prometía ser siempre bueno y solícito para con ella.

A la vez pensaba que el tiempo era muy hermoso, pero que en la iglesia hacía frío; que dentro de una hora estaría allá, de rodillas al lado de Marina; que era mejor ponerse una corbata blanca de nudo hecho, que una corbata suelta; que el matrimonio es un sacramento imponente, pero que no por eso hay necesidad de perder la cabeza durante la ceremonia; que dentro de una hora todo habría concluido, que al día siguiente partiría con Marina, y que se tenía que comprar una guía de ferrocarriles.

En aquel momento vino a interrumpirle en sus pensamientos el ruido de un coche que se había parado. Poco después entraba en la habitación su agente Abdalski, que, junto con Bukacki, tenía que ser uno de los testigos.

Era un hombre guapo, de estatura elevada. Dijo que todos los hijos de Bigiel querían venir a la boda, pero que como los señores Bigiel hubiesen acordado llevar únicamente a los dos mayores, habíase originado una sublevación, que reprimió en seguida la señora, distribuyendo un par de bofetones por rebelde.

Polaniecki lo llevó a mal y dijo:

—Yo lo remediaré. ¿Han salido ya de casa los Bigiel?

—Se disponían a subir al coche.

—Está bien. Yo iré en busca de esos chiquitines y los llevaré a casa de mi novia.

Y en efecto, tomó el coche y se hizo conducir a casa de Bigiel.

La criada no se atrevió a oponerse, y, por lo tanto, media hora más tarde Polaniecki, con gran sorpresa por parte de la señora Bigiel, compareció en casa de los Plavicki al frente de una verdadera compañía de pequeños Bigiel, vestidos con las ropas de diario. Polaniecki fue al encuentro de su prometida, y, después de haberle besado la mano, dijo:

—La señora Bigiel quería dejar en casa a los niños. ¿No es verdad que he hecho bien en traerlos?

Marina se alegró de aquella prueba de buen corazón de su novio, y recibió muy contenta a los pequeñuelos.

Los invitados hallaron esto muy original; pero la señora Bigiel, mientras procuraba poner en orden las desgredadas cabezas de sus hijos, no pudo menos de exclamar:

—¿Quién es capaz de impedirle a este hombre hacer locuras?

Los dos novios estaban tan ocupados uno en otro en aquel momento, que para ellos nada existía en torno suyo. Mirábala él con una especie de admiración porque con su blanco vestido de desposada, su verde corona y su largo velo le parecía otra, la encontraba casi fea. La corona verde no sienta bien a todas las mujeres, y, además, sus ojos rojos a fuerza de llorar, parecían más rojos todavía, vestida como estaba completamente de blanco.

Polaniecki sintió que se apoderaba de él un sentimiento de compasión. Pensó que en aquel momento el corazón de Marina debía palpitar como el de un pájaro hecho prisionero. Trató de animarla con palabras dulces que brotaban espontáneamente de sus labios. Asidos de la mano, mirábanse ahora en los ojos con amor intenso y con íntima confianza para el porvenir. Unos cuantos minutos más, y luego habría principiado ya su vida en común.

Al fin volvió a coordinar sus pensamientos, y al aproximarse la ceremonia religiosa, una reflexión grave y solemne reemplazó a la viva inquietud de antes. Polaniecki pudo juzgar sus propias ideas, y observó, con sorpresa, que a pesar de su escepticismo, sentíase hondamente conmovido por el acto que estaba a punto de realizarse. En el fondo, sin embargo, no era escéptico. En lo profundo de su alma sentía un vivo anhelo de la fe religiosa, y si hasta entonces no se había decidido del todo por ella, debíase dar la culpa a la costumbre y a la incoherencia del espíritu.

Antes de contraer matrimonio, hubo de someterse a otra ceremonia casi tan solemne como la otra. Tuvo que arrodillarse delante del viejo Plavicki, hacerse bendecir por él y escuchar el discurso de su futuro suegro.

Este parecía profundamente conmovido, tenía temblorosa la voz, y con gran trabajo pudo comprender que suplicaba a Polaniecki que hiciese dichosa a Marina y a que de vez en cuando visitara la tumba de su anciano padre y rogara por él.

Pero dio al traste con la solemnidad de aquel momento el travieso Jozio, el hijo de Bigiel. Al ver éste a Plavicki llorando y a Polaniecki y a Marina delante de él arrodillados, se le figuró, por lo que le pasaba a él cuando su padre quería obligarle a pedir perdón, que se trataba de un castigo que les imponía a los dos, y empezó a chillar desaforadamente, coreándole casi en seguida sus hermanitos.

Cuando se hubo logrado sosegar a los chiquitines, todos los presentes salieron para ir a la ceremonia religiosa.

Frente a la iglesia, Marina rogó a Dios en silencio que le ayudara a hacer dichoso a su marido. Después dio el brazo a Polaniecki y entraron juntos en el templo por entre dos filas de curiosos y de invitados, a quienes los novios entreveían como en medio de una espesa niebla. Reconocieron, empero, a la señora Emilia, que, envuelta en su velo de religiosa, les sonreía con los ojos llenos de lágrimas. Los dos jóvenes desposados pensaron que era Litka que en aquel momento les conducía al altar.

Empezó la ceremonia. Polaniecki, que tenía a Marina agarrada de la mano, se sentía asaltado de una profunda emoción, que no había vuelto a experimentar desde que su madre lo llevó a hacer su primera comunión. Comprendía que no era una ceremonia vulgar y que no solamente le daba el derecho sobre una mujer, sino que una fuerza oculta y sobrenatural presidía a aquella unión de las manos y aquel juramento de amor y de felicidad. En medio del profundo silencio que les rodeaba, resonaron las solemnes palabras: *Quod Deus junxit, homo non disjungat*. Y Polaniecki se dio cuenta de que Marina se había convertido en una parte de él, como él mismo se había convertido también en una parte de ella.

El coro entonó el *Veni Creator*, y en seguida los dos nuevos esposos abandonaron el templo, no sin haber recibido las felicitaciones de la señora Emilia.

—Dios os bendiga —les dijo.

Y mientras los dos volvían a su casa, ella se encaminó sola al cementerio para anunciar a Litka que el señor Stach y Marina se habían casado.

XXXI

Dos semanas más tarde, el portero de la fonda Bauer, de Venecia, entregaba al señor Polaniecki una carta que llevaba el sello de Varsovia. Disponíase éste a entrar en una góndola, en compañía de su mujer, para ir a la iglesia de Santa María de la Salud, donde tenía que asistir a una misa que mandaban rezar con motivo del aniversario de la muerte de la madre de Marina.

Como Polaniecki no esperaba noticias importantes de Varsovia, metióse la carta en el bolsillo y le dijo a su esposa:

—Me parece que es temprano para ir a la iglesia.

—Sí —contestó ella—, aun tenemos media hora de tiempo.

—Entonces nos podemos hacer llevar hasta el puente de Rialto.

Marina consentía siempre en todo. Era la vez primera que viajaba por el extranjero, y todo cuanto veía producíale un verdadero entusiasmo. En la plenitud de su alegría abrazaba entusiasmada a su marido, como si Venecia hubiese sido construida por él y como si a él se le debieran agradecer todas aquellas bellezas.

Como era temprano, había poco movimiento; la laguna estaba tranquila como si dormitase, no se percibía ni un solo soplo de viento, y el Canal Grande resplandecía de toda su belleza en aquel día tranquilo y sin sol. Reinaba la quietud de un cementerio, los palacios parecían vacíos y desiertos. Admirábase sin despegar los labios por temor de interrumpir aquel silencio general. Así se conducía Marina, pero Polaniecki, menos sensible, sacó la carta del bolsillo y se puso a leerla.

—¡Ah! —dijo—. Masko se casó dos días después de nuestra partida.

—¿Qué has dicho? —preguntó Marina cual si despertase.

—¡Oh, qué soñadora! Decía que Masko se ha casado.

—¡Y qué me importa Masko! Tengo mi Stach —dijo Marina apoyando la cabeza en los hombros de su marido y mirándole en los ojos.

Polaniecki se sonrió como hombre que está persuadido de que es amado, y por eso no se admira de que se lo digan. Besó distraídamente la frente de Marina y siguió la lectura.

De pronto experimentó una especie de sacudida y exclamó:

—Esto sí que es grave.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Kraslavski no tiene más que una renta vitalicia de nueve mil rublos, que le dejó un tío suyo; nada más.

—Me parece mucho.

—¿Mucho? Oye lo que dice Masko: «La bancarrota es, sin ningún género de duda, una cuestión de tiempo.» ¿Comprendes? se han engañado recíprocamente. El uno contaba con la renta del otro.

—Pero a lo menos tienen para vivir.

—Lo sé; pero Masko no podrá pagar sus deudas, y ésta es una desgracia para nosotros, para mí y para tu padre... se puede perder todo.

Marina se puso pensativa de veras.

—Stach —dijo—, si es necesaria tu permanencia en Varsovia, partamos inmediatamente. ¡Qué golpe recibirá papá!

—Escribiré en seguida a Bigiel y éste salvará todo lo que pueda. Por lo demás, no te asustes tanto, niña mía. Yo poseo lo suficiente para nosotros dos y para tu padre.

Marina lo abrazó exclamando:

—¡Qué bueno eres! Con un hombre como tú se está siempre tranquila.

—Tal vez se pueda salvar algo. Masko me dice que proponga a Bukacki la compra de Kerzemien. Bukacki sale esta noche para Roma y le he convidado a comer con nosotros. Masko termina su carta con estas palabras: «He enterado a mi mujer de la situación, sin ocultarle nada. Esta me escuchó con calma, pero mi suegra se convirtió en una furia.» Añade que en estos últimos tiempos ha puesto cariño en su esposa y que sentiría un hondo pesar si ésta le abandonaba.

—No le abandonará —dijo Marina.

—¿Quién sabe? ¿Quieres que hagamos una apuesta?

—No, porque tendría la seguridad de ganar. Tú como que eres malo, no conoces a las mujeres.

—Las conozco perfectamente, y sé que no todas se parecen a la adorada mujercita que se encuentra ahora en la góndola.

—Con su querido y adorado Stach.

Entretanto habían llegado a la iglesia.

Al volver de misa, se encontraron con Bukacki, que llevaba un traje de viaje de color gris con grandes cuadros, demasiado grandes para su minúscula personalidad, con zapatos amarillos y una corbata fantástica mal anudada.

—Parto hoy mismo —dijo después de haber saludado a Marina—; queréis que os busque hospedaje en Florencia, o preferís que alquile un palacio para vosotros solos?

—¡Qué! ¿no va usted directamente a Roma?

—No, y la culpa la tiene el café negro, que en Italia es pésimo en todas partes menos en Florencia, en casa Giaseta, calle Tornabuoni. Por lo demás, ésta es la única cosa de valor que hay en aquella ciudad.

—Pero, ¿por qué se obstina en hablar de un modo tan opuesto a lo que realmente piensa?

—No a fe; y en prueba de eso pienso alquilar para vosotros una bonita habitación sobre el Lungarno.

—Es que nosotros nos detendremos antes en Verona.

—¿Por Romeo y Julieta? Id allá, mientras tu mujer no se encoge aún de hombros pensando en Julieta. De aquí a un mes será demasiado tarde.

Marina le miró entre risueña y enfadada y dijo volviéndose a su marido:

—Stach, prohíbele a este hombre que hable de ese modo.

—Le retorceré el pescuezo —respondió Polaniecki—; pero después de comer.

Bukacki empezó a declamar:

*«Il giorno é ancor lontano
Fu l'usignolo e non l'allodola.»*

Y volviéndose luego a Marina, la preguntó:

—¿Polaniecki no le ha dedicado a usted nunca ningún soneto?

—No.

—Mala señal. Tenéis un balcón frente a vuestro alojamiento. ¿No le ha dado a usted nunca una serenata con mandolina?

—Tampoco...

—Malo... malo... aquí en Italia hay en el aire no sé qué cosa que hace que cuando uno está enamorado dedica a su amada o versos o una serenata con mandolina. No se sabe si esto depende de la situación geográfica, de la corriente marina o bien de la composición química del agua o del aire; pero ello es cierto que quien no hace versos ni da serenatas puede decirse que no está enamorado.

—¡Voy a tener que retorcerle el cuello antes de comer! —dijo Polaniecki.

Pero la terrible amenaza no pudo realizarse porque en aquel momento sirvieron la comida.

—He recibido una carta de Masko —dijo de repente Polaniecki.

—Y yo también —replicó Bukacki.

—¿También tú? Parece que la cosa se pone seria. ¿Sabes de qué se trata?

Bukacki no ignoraba que Kerzemien había sido la causa de profunda disensión entre Marina y Polaniecki; por tanto, se habría guardado muy bien de pronunciar este nombre; pero Polaniecki, que lo observó, dijo tranquilamente:

—Hubo una época en que para nosotros el nombre de Kerzemien era causa de disgustos; mas ahora lo puedes pronunciar con entera libertad: eso no ha de durar toda la vida.

Bukacki le miró fijamente en la cara. Marina se ruborizó ligeramente y dijo:

—Stach tiene razón. Se trata de la compra de Kerzemien. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Y bien? —preguntó Polaniecki.

—No quiero comprarla, para que la señora no se imagine que la echamos el uno al otro como una pelota.

—Yo no me acuerdo ya de Kerzemien —observó Marina, ruborizándose más todavía.

Después miró ¡a su marido; éste inclinó la cabeza en señal de asentimiento y dijo:

—Eso demuestra que eres una mujer juiciosa.

—Si Masko no puede conservar Kerzemien —continuó Marina—, la hacienda será subdividida en porciones y caerá en manos de los usureros, y, sea lo que quiera, siempre será para mí un pesar.

—¡Ah! —dijo Bukacki—. ¿Pues no dice usted que ya no se acuerda de Kerzemien?

Marina miró de nuevo a su marido, y esta vez con una especie de angustia; mas éste se echó a reír y dijo:

—Te has dejado pescar, Marina.

Y, seguidamente, volviéndose a Bukacki, añadió:

—Masko ha puesto en ti su última esperanza.

—Es que ya no soy el áncora de salvación de nadie. Mi propio aspecto no me dejará mentir. Quien, por temor de ahogarse se agarra a una astilla en busca de salvación, se va a fondo. Si yo salvase a Masko, seguiría él haciendo el papel de lord inglés y su mujer el de gran señora, y yo me vería obligado a asistir, a costa de mi bolsillo, a una comedia enojosa, que me está haciendo bostezar ya desde tiempo inmemorial; en cambio, si no le ayudo, Masko se irá a pique, surgirán conflictos interesantes, y quizá una tragedia, y yo podré gozar de este espectáculo sin que me haya costado un céntimo.

—¡Oh! —exclamó Marina—; ¿cómo puede usted hablar de esta manera?

—Es que no me limito a decirlo; pienso escribirlo. Él me engañó de una manera indigna.

—¿Cómo?

—Siempre le he tenido por un ser vulgar con todos los caracteres del bribón. Ese hombre no tiene corazón ni conciencia. Y, sin embargo, me ha engañado, porque en el fondo es un hombre honrado y quiere pagar sus deudas; a más de eso, se ha enamorado de esa muñeca de ojos orlados de color rojo que ha tomado por mujer, y sería desgraciada si su marido la abandonase. En nuestro país es imposible fiarse de nadie; y eso me irrita tanto, que estoy decidido a no volver jamás a mi patria.

—Como veo que estás inspirado para decir tonterías, y que, como siempre, expresas sentimientos que por fortuna no son tuyos, considero inútil proponerte la compra de Kerzemien.

Estaba servido ya el café. Polaniecki absorbió el contenido de su taza y luego añadió:

—Es innegable que Masko, después de casado, se ha vuelto poeta.

—Lo verdaderamente extraño es que se haya vuelto poeta; poco importa que haya sido después del matrimonio. Un poco de poesía después de la boda... Dispensadme, iba a decir una cosa sensata. Os prometo que no volveré a caer. El café, que estaba hirviendo, me ha escaldado la lengua; pero me lo he tenido que tragar caliente para ver si me alivia la jaqueca que en estos momentos me está atormentando de todas veras.

Apoyó la frente en la mano, permaneció inmóvil por algunos segundos y continuó:

—Uno va charlando hasta que le duele la cabeza. Me habría marchado ya, si no hubiese tenido que aguardar al pintor Svirski, un famoso acuarelista con quien parto para Florencia. Mirale, ahora viene.

Como evocado por un conjuro, Svirski entraba a la sazón en la sala. En cuanto vio a Bukacki se aproximó a la mesa. Era un hombre membrudo, de pecho ancho, de tez morena y de cabellos negros; se le podía tomar por italiano. La expresión de su semblante era seria y buena.

Bukacki le presentó a Marina con las siguientes palabras:

—El pintor Svirski, una especie de genio que no sólo tiene mucho talento, sino que procurará perfeccionarlo en pro de la humanidad en vez de derrocharlo como otros muchos. Él prefiere llenar el mundo con su fama.

—Bien quisiera yo que esto fuera verdad:— dijo, sonriendo el pintor.

—¿Quiere usted saber por qué no ha derrochado su talento? —prosiguió Bukacki—. Por razones enteramente burguesas, porque está demasiado encariñado con Pagnebin, su país natal. Si hubiese nacido en Guadalupe, estaría encariñado con Guadalupe. Esos sentimientos no se adaptan a un artista juicioso, y por esto me irrita este hombre. ¿Le parece a usted eso natural, señora?

—El señor Bukacki no es tan malo como aparenta —contestó Marina fijando sus azules ojos en el pintor—; antes de su llegada ha hecho de usted levantados elogios.

—Juzgado mal en todo; ¡hay para reventar! —bisbisó Bukacki.

Entretanto, Svirski contemplaba atentamente a Marina, cosa que le está permitido a un artista y que en el fondo no ofende, y por último dijo a media voz:

—Aquí en Venecia sería imposible encontrar una cabeza semejante:

—¿Qué dice usted? —preguntó Bukacki.

—Digo, señora —repuso Svirski dirigiéndose a Marina—, que usted representa el verdadero tipo polaco. Esto, por ejemplo —dijo el pintor pasándole el índice de la mano con un movimiento rápido por la nariz, la boca y la barba—. ¡Qué pureza de líneas!

—¿Verdad que sí? —exclamó satisfecho Polaniecki—. Siempre he pensado lo mismo.

Y enorgullecido por el interés que su esposa había despertado en el artista, prosiguió:

—Si desea usted hacer su retrato, tendré en ello una verdadera satisfacción.

—Lo haría, con mucho gusto —contestó sencillamente el pintor—; pero hoy tengo que salir para Roma, donde he empezado ya el retrato de la señora Osnovski.

—Dentro de diez días a más tardar estaremos nosotros en Roma.

—Entonces, acepto. Quedamos entendidos.

Marina se puso colorada como una amapola.

Bukacki se levantó y dijo a Svirski:

—¿Vamos a tomar una copa de coñac en el café Florian?

—¡Qué pareja tan simpática —observó el pintor en cuanto estuvieron en la calle.

—Son recién casados.

—Parece que él está muy enamorado. Cuando yo hacía el elogio de ella, el marido no cabía en sí de gozo.

—Ella le ama cien veces más a él.

—¿Cómo puede usted saberlo?

Bukacki miró al aire y contestó como hablando consigo mismo:

—El matrimonio y el amor son cosas insoportables: por un lado hay el placer, el goce; por el otro, el sacrificio. Polaniecki es un buen hombre, pero eso es todo. Ella tiene tanto ingenio y tanto carácter como él; pero su amor es más grande, más generoso y menos egoísta, y por eso él acabará de figurarse que es el sol, que se digna iluminar y calentar al planeta obligado a girar en torno suyo. Hasta creo que han llegado ya a ese punto. Él consentirá en amarla, considerando este amor como una gran virtud que sólo él posee; pero ella le amará por él mismo, y considerará el amor como una felicidad, como un deber.

Llegados al café Florian, sentáronse uno frente del otro y pidieron coñac.

Svirski, que seguía pensando en los dos esposos, dijo:

—Pero si ella está contenta de su papel... ¿qué más quiere usted exigir del amor?

—¿Del amor? Nada. Cargue el diablo con el que quiera exigir algo al amor. Si yo no fuera quien soy, daría una definición exacta del amor y sostendría que...

—Explíquese usted.

—Que el amor debe consistir en una mezcla de deseos y de cariños recíprocos.

Después de haber absorbido su coñac continuó:

—Quizá he dicho una cosa sensata, pero la considero tonta. De todos modos, para mí es lo mismo.

—¡Bah! no es una tontería.

—Bueno, pero para mí es lo mismo».

XXXII

Una semana hacía que se hallaba en Florencia el joven matrimonio, cuando Polaniecki recibió una carta de Bigiel con tan buenas noticias acerca de los negocios de la *Casa*, que superaban todas las expectativas y previsiones más optimistas. Esto halagó al amor propio de Polaniecki, y no pudo por menos que elogiar su capacidad en presencia de su mujer, con el aire del que alcanza todo lo que quiere. Y en Marina encontró una oyente adicta y crédula.

—Tú eres mujer —dijo con cierta vanidad—, y no puedes comprender algunas cosas. Pero basta que te diga que ayer no me hallaba en disposición de comprarte aquel collar de perlas negras que viste en casa de Godni, y que hoy me apresuré a adquirir.

Marina le agradeció su propósito, pero al mismo tiempo le rogó que no lo llevara a cabo. Polaniecki le abrazó diciéndole que era cosa ya resuelta y que quería admirar a su Marina adornada con el collar de perlas negras.

—Escucha —prosiguió luego paseándose por la habitación—. Bigiel jamás habría acertado el momento oportuno; él habría diferido el paso decisivo, y la ocasión se habría perdido.

Nunca se había sentido tan feliz como en aquellos momentos, con tanto mayor motivo cuanto que su alma había adquirido una especie de mayor disposición a sentir lo bueno y lo bello. Sin darse cuenta de ello, experimentaba la influencia religiosa de su mujer. Cada vez que la acompañaba a la iglesia, recordaba las palabras que Marina le había dirigido aquel domingo en Varsovia: «¿Y el servicio de Dios?»

Llegados a Roma, se vio distraído de estas ideas. Las impresiones nuevas e innumerables que herían su mente, no le dejaban tiempo para reflexionar. Además regresaba a casa tan fatigado a consecuencia de las muchas cosas que había ido a ver, que pensaba con espanto en las palabras de Bukacki, su *cicerone*, que a cada paso les decía a los dos esposos:

—¡Pero si todavía no habéis visto ni la milésima parte de lo que es digno de verse!

El profesor Vaskovski había ido expresamente de Perusa para saludar a sus amigos. Marina se alegró mucho y le acogió con tanta cordialidad como si fuera un próximo pariente. Pero la joven había notado desde el primer momento una expresión de dolor en el semblante del viejo pedagogo.

—¿Qué pena le aflige a usted? —le preguntó—. ¿No está usted contento de hallarse en Italia?

—Hija mía —contestó el profesor—, en Perusa todo es hermoso, y en Roma también es admirable todo. ¡Cuántas bellezas! pero...

—¿Pero qué?

—¡Oh! los hombres... No por maldad, porque también son aquí en mayor número los buenos que los malos; ¡pero me apesadumbra el que me tomen por un loco!

Bukacki, que estaba presente, le dijo:

—Sin embargo, aquí no puede usted tener tan graves motivos de disgusto, como los que le dábamos en Varsovia.

—Es verdad —respondió Vaskovski—; pero allá hay personas que viven cerca de mí, que me quieren como vosotros, mientras que aquí no las hay. Me mata la nostalgia. Los periódicos han publicado relaciones sobre la Memoria que publiqué —prosiguió dirigiéndose a Polaniecki—; algunos se burlaban de ella, otros le concedieron cierta importancia, pero hasta éstos declararon que era ridículo sostener la tesis de la misión confiada a los jóvenes arrianos. Esto me apenó mucho. Y luego me dan a entender a menudo que no estoy en mi cabal juicio. Mas —añadió— el hombre siembra con frecuencia entre el dolor y la duda, pero la semilla cae siempre en terreno fecundo.

Luego pidió noticias de la señora Emilia, y fijando en Marina su triste mirada, agregó:

—¿Cómo estáis vosotros dos?

Marina, en vez de contestar, corrió a reunirse con su marido, y apoyando la cabeza sobre uno de sus hombros, dijo:

—Mirad, profesor, cómo estamos.

Y Polaniecki acarició los negros cabellos de su joven esposa.

XXXIII

Ocho días después, Polaniecki acompañó a su mujer a casa del pintor Svirski, que tenía su taller en la calle Margutta. Durante estos últimos tiempos Polaniecki había trabado amistad con el artista, el cual ahora tenía que disponerse hacer el retrato de Marina. En el estudio se encontraron con la señora Osnovski y su marido. Las dos mujeres se habían conocido ya en sociedad, en Varsovia, y Polaniecki había sido presentado, dos años antes, en Ostende, a la señora Osnovski. Entonces ésta pasaba por una joven hermosísima. A la sazón, era una mujer de veintisiete años, alta, lozana, pero algo morena con una boca extraordinariamente pequeña y encarnada, y unos ojos rasgados y algo inclinados que le daban tipo de mujer china, y tenía cierta expresión de picardía y malicia. Tenía un andar que le era peculiar, con los hombros echados para atrás y el pecho saliente, por lo cual Bukacki, cuando hablaba de ella solía decir que llevaba el busto *en offrande*. En cuanto hubo saludado a Marina, le ofreció su amistad. A Polaniecki le dijo que se acordaba de que en Ostende pasaba por un excelente bailarín y por un buen conversador. Luego les declaró a entrambos que estaba entusiasmada de Roma, y enamorada de la Villa Doria y del Pincio.

Después de haber estrechado la mano de Svirski y haber sonreído coquetamente a Polaniecki, se retiró seguida de su marido, diciendo que dejaba su puesto en el estudio a una mujer más digna que ella.

—Es un verdadero torbellino —dijo el artista, exhalando un suspiro de desahogo—. Cuando empieza, es imposible hacerla callar.

—Es un tipo interesante —observó María—; ¿puede verse su retrato?

—Ciertamente, casi está terminado —contestó Svirski.

Marina y Polaniecki se aproximaron al caballete y no pudieron por menos de expresar su admiración.

Las facciones de la señora Osnovski habían sido reproducidas con sorprendente precisión. El pintor, después de haber vuelta a cubrir el retrato y de colocarlo en un ángulo obscuro del estudio, rogó a Marina que tomara asiento, examinándola luego con atención. Aquella mirada insistente la turbó algo: Svirski se sonrió satisfecho y murmuró:

—Es un tipo del todo diferente. ¡Cielo y tierra!

Luego, dirigiéndose a Marina, añadió:

—Eso es el puro carácter femenino de nuestras mujeres; es la prerrogativa de los rasgos de su fisonomía, señora.

—¿Y usted sabrá reproducir este carácter con tanta exactitud cómo ha reproducido el carácter diabólico de la señora Osnovski?

—¿Pero, Stach! —dijo Marina.

—Sí —afirmó el pintor—; esa señora es un lindo diablillo, pero peligroso en extremo. Como artista, no me faltan ocasiones de estudiar, de observar muchas cosas que pueden pasar inadvertidas a los demás. La señora Osnovski es un asunto digno de ser estudiado.

—¿Por qué?

—¿No ha observado usted al marido?

—Estaba tan distraída hablando con ella, que no he reparado en el marido.

—Es que ella procura que pase inadvertido; pero lo peor es que hasta se olvida de que tiene marido, a pesar de que es el hombre más bueno de este mundo: fino, educado, rico, listo y locamente enamorado de su mujer.

Entretanto, Svirski había empezado el retrato de Marina, y mientras hacía el esbozo continuó sus observaciones:

—Él está perdidamente enamorado. ¿Quiere usted tener la bondad de levantar un poco el cabello sobre la frente?... Si su marido de usted quiere hablar con franqueza, confesará que está desesperado. Bukacki sostiene que en cuanto me pongo a pintar, no hay poder que me haga callar. Pues, como decía, la señora Osnovski es una coqueta, con el corazón de hielo y la cabeza ardiente, de modo que pertenece a la especie más peligrosa. Devora a docenas las novelas francesas, se entiende... y la manera de tratar al marido...

—Es usted terrible —observó Marina.

—Las mujeres me interesan sobremanera —continuó Svirski después de haber sonreído ante la observación de Marina—. Bukacki las divide en dos clases: plebeyas, las de naturaleza común y baja; y patricias, las que están dotadas de una naturaleza noble y aspiraciones elevadas. Pero yo las clasifico de muy distinta manera, quizá más exacta y más sencilla. Yo divido las mujeres en dos categorías: las que poseen un corazón agradecido y elevado, y las que lo poseen grosero y desagradecido.

Alejóse un poco del caballete andando hacia atrás, tomó un pincel fino, volvió a colocarse frente al retrato, y prosiguió:

—Usted, señora, me preguntará qué es lo que entiendo por corazón elevado y por corazón grosero. Un corazón elevado es el que agradece que se le ame, y corresponde al amor de que es objeto, con tanto, y hasta con más amor, que se olvida a sí mismo y que sabe apreciar y respetar una pasión vehemente. Por el contrario un corazón grosero hace infructuoso el amor, y cuanto más se está enamorado de ella, tanto más lo desprecia. Así como el pescador no se cuida del pez que tiene prisionero ya en sus redes, de igual manera a la señora Osnovski la tiene sin cuidado ¡su marido. Esta pertenece a la segunda categoría, mientras que usted, señora, usted es... un corazón elevado.

Polaniecki se rió y convidó a Svirski a comer, añadiendo que aguardaba también a Bukacki y al profesor Vaskovski.

—Acepto con mucho gusto —dijo el pintor—, y como el tiempo es espléndido, después podremos hacer una visita al Coliseo iluminado por la luna.

Al día siguiente, cuando Polaniecki y Marina acababan de almorzar, les fue anunciada la visita del señor Osnovski.

—Vengo de parte de mi esposa a hacerles una proposición —dijo el señor Osnovski, con la desenvoltura propia de un hombre de buena sociedad—: hoy queríamos dar un paseo a San Pablo y a las Tres Fuentes. Está fuera de la ciudad

y desde allí se goza una magnífica vista. Sería para nosotros una gran satisfacción si ustedes quisieran dar este paseo con nosotros.

Marina dirigió a su esposo una mirada interrogadora, y éste contestó aceptando.

Media hora después, se hallaban todos en la calle. Los ojos chinescos de la señora Osnovski brillaban de placer. Vestida de *fowlard* de color gris con un alzacuello que hubiera podido pasar por la octava maravilla, parecía una sirena.

No habían llegado todavía a San Pablo cuando ella había tenido la habilidad de hacer comprender a Polaniecki lo siguiente: «Tu mujer es una simpática hija de los campos; mi marido es una nulidad, y nosotros nos entendemos perfectamente.»

Detrás de San Pablo, la vista se espaciaba sobre la campiña romana, con sus acueductos y sus montes de Albano, que surgían de en medio de una niebla azulada.

La señora Osnovski, que durante largo rato había estado contemplando aquel panorama, volvióse a Polaniecki, como si despertara de un sueño y dijo:

—¿Ha estado usted en Albano y en Roma?

—No. Las sesiones en casa del pintor Svirski nos roban mucho tiempo.

—Nosotros hemos estado ya, pero, si ustedes piensan ir, les ruego que me lleven en su compañía, pues yo volveré allá con mucho gusto. ¿Consiente usted?

—añadió dirigiéndose a Marina—. Puede que estorbe, pero no importa. Me encogeré mucho, acurrucándome en un rincón del coche, y no despegaré los labios.

—¡Oh! eso de encogerse... —observó el señor Osnovski.

—Mi marido no quiere creer que me haya enamorado de Roma —continuó la señora Osnovski—. Roma es la paz: tal vez no me crea usted, señor Polaniecki; pero, cuando me vi allá, me vinieron deseos de hacerme ermitaña, y este deseo lo tengo fijo en mi corazón. Edificaría mi ermita a la orilla del lago, me vestiría con un largo y pesado sayal gris, y andaría descalza.

—¿Y entonces, Anetka, que sería de mí? —preguntó el señor Osnovski.

—Te consolarías pronto —contestó ella con breve acento; y luego continuó—: Viviría de limosnas, y cuando vinierais a Roma, me pondría a vuestro lado, diciendo en voz baja: «Una limosnita, una limosnita.»

Y tendiendo hacia Polaniecki su diminuta mano, repitió con voz plañidera:

—Una limosnita, una limosnita para la pobrecita... —y luego le miró en los ojos.

Entretanto, el señor Osnovski hablaba con Marina.

—Dice la tradición —le refería él—, que cuando decapitaron a San Pablo, su cabeza dio tres saltos, y en cada sitio del suelo donde la cabeza tocó, brotó una fuente y de ahí procede el nombre de Tres Fuentes. Ahora ese lugar pertenece a los trapenses. Antes era peligroso pernoctar allí a causa de la malaria; mas ahora hay plantado un verdadero bosque de eucaliptos que han mejorado las condiciones higiénicas.

Entretanto habían llegado al término de su excursión. Visitaron el jardín, la iglesia y la capilla, donde brotaban las tres fuentes. El señor Osnovski hacía de *cicerone* repitiendo en voz monótona al resto de la comitiva lo poco que sabía y que quizá había leído poco antes. Marina lo escuchaba con interés; Polaniecki, por el contrario, iba pensando:

—Tener que vivir trescientos sesenta y cinco días al año con un hombre semejante debe ser un martirio.

El sol estaba ya próximo a su ocaso, los árboles proyectaban largas sombras en el suelo y los collados de Albano parecían cubiertos por un tenue velo de color de rosa. Del campanario de la iglesia partieron los primeros tañidos de la campana que invitaba a la oración de la noche. Inmediatamente después partieron iguales toques de los demás campanarios de la Ciudad Eterna. Era un coro de sonoras Voces de bronce; el aire estaba lleno de ellas; parecía que estaban tocando las campanas sin interrupción alguna, no sólo en la ciudad, sino en toda la campiña y en las cimas de los montes.

Las miradas de Polaniecki buscaban involuntariamente las de su mujer; pero Marina tenía sus ojos inclinados al suelo. Su semblante expresaba una paz completa, y sus labios se agitaban murmurando una plegaria.

La devoción de Marina, el tañido de las campanas, el sagrado suelo que pisaban y aquel inexplicable misticismo que llenaba en aquel instante todo el campo impresionaron fuertemente a Polaniecki.

—Sería un loco —díjose a sí mismo—, si buscase una forma especial de honrar a Dios en vez de contentarse con eso que mi mujer llama *servicio de Dios*, y que debe ser lo mejor, puesto que existe hace cerca ya de dos mil años. ¿Por qué he de tener la pretensión de rogar al Señor de una manera distinta y mejor? Así ha rezado mi madre, y así reza mi mujer, y jamás he visto dos naturalezas más tranquilas y más felices que las suyas.

Miró a Marina: ésta, que había terminado su plegaria, le sonrió, y dijo:

—¿Por qué estás tan callado?

—Nadie habla —respondió él.

Y en efecto, la señora Osnovski estaba silenciosa pero por otra razón. Mientras Polaniecki hallábase absorto sondeando sus propios sentimientos religiosos, ella le había dirigido muchas miradas incendiarias y muchas preguntas; pero él no hizo caso de las primeras y contestó distraído a las segundas. La señora se ofendió y juró tomarse el desquite. Pero, como perfecta mujer de mundo, continuó siendo amable con Marina, le preguntó cuáles eran sus intenciones para el día siguiente, y cuando supo que quería visitar el Vaticano, el dijo:

—¿Sabe usted cómo tiene que ir vestida? Traje negro y mantilla en la cabeza. Una parece más vieja, pero es indispensable.

—El señor Svirski había llamado ya mi atención sobre este particular.

—El señor Svirski me ha dicho varias veces que le es usted muy simpática.

—También él me es muy simpático a mí.

Cuando hubieron regresado a su alojamiento, la señora Osnovski, antes de separarse, saludó tan friamente a Polaniecki, que éste pensó:

«O ha cambiado de táctica, o se ha ofendido por alguna palabra mía.»

XXXIV

A la mañana siguiente, cuando Marina entró a ver a su marido, éste apenas, la reconoció. Vestida de negro y con la mantilla en la cabeza, le parecía más imponente y con un aire de gravedad que le recordaba el día del casamiento. Media hora más tarde estaban ya en la calle. A Marina latía el corazón con más fuerza de lo acostumbrado. Lo notó ella y se lo dijo a Polaniecki, el cual la tranquilizó bromeando, a pesar de que también él sentía cierta opresión. Luego, cuando llegó ante la gigantesca cúpula de San Pedro, notó que tenía el pulso acelerado y experimentó una sensación extraña: parecía que era más pequeña de lo que solía ser. En la escalera, donde están los suizos con sus vistosos uniformes, se encontraron con Svirski que les sirvió de guía. Marina atravesaba las inmensas salas llenas de gente. Detuviéronse al fin en un salón grandioso donde se hallaba reunida gran multitud de personas, por entre las cuales procuraba la guardia suiza dejar el paso libre. Los ojos de todos los allí congregados estaban vueltos hacia una puerta entreabierta que había en la misma sala. Habría podido creer que había vuelto la época de la Edad Media; aquí aparecía un caballero cubierto de acero; allí un heraldo vestido de rojo y cubierta la cabeza con el birrete. Por aquella puerta entreabierta se deslizaban ora los hábitos de púrpura de un cardenal, ora los violáceos de un obispo. Por todas partes se veían ondear plumas de avestruz, terciopelos negros, hombres de blanco cabello con semblante que parecía pintado sobre un sarcófago. Polaniecki comprendió que toda aquella gente aguardaba a alguno más grande, muy superior a ellos; notaba la ansiedad de espera pintada en todos los semblantes, sintió temblar en la suya la mano de Marina, y él mismo experimentó de nuevo la extraña sensación de parecerle que se empequeñecía. Jamás, durante toda su vida, se había sentido tan pequeño. De pronto, una voz débil murmuró a su oído:

—Al fin os encuentro; dentro de un momento estará aquí.

Era Vaskovski.

Pero su paciencia debía estar puesta a prueba por largo rato aún. Mientras tanto, el señor Svirski saludaba a un prelado conocido suyo. Después de haber cambiado algunas palabras con este último, el pintor acompañó a sus amigos a la sala contigua. Polaniecki observó, lleno de asombro, que también allí había gran número de gente. En aquella sala era más visible todavía la expectación. Los hombres apenas se atrevían a respirar; sus rostros tenían una expresión solemne, misteriosa. Los rayos del sol, cayendo sobre los rojos tapices, llenaban la espaciosa sala de una luz característica. Estuvieron aguardando todavía largo rato: al fin, de la sala anterior vino un murmullo, un estrépito confuso y en el umbral de la puerta apareció una figura blanca rodeada de los guardias nobles.

Marina estrechó convulsivamente la mano de su marido. Un cardenal empezó a hablar, pero Polaniecki no le entendió, no le oyó; toda su alma estaba concentrada en la figura blanca de rostro pálido casi transparente, más espíritu que cuerpo. Cuando vio que toda la gente se acercaba a aquella aparición para que los bendijera; cuando reparó en su esposa arrodillada a los pies de ella, comprendió que también él tenía que inclinarse, y a duras penas dominó su profunda emoción.

Al regresar a su vivienda, ninguno de ellos osaba pronunciar una palabra. Marina estaba como aturdida y a Vaskovski le temblaba el cuerpo; Bukacki fue

también a comer con ellos, pero, como se sentía enfermo, se mantuvo silencioso. Sólo Svirski exclamaba de cuando en cuando:

—Sí, sí; quien no ha visto un espectáculo semejante, es imposible que se forme una idea de ello. Son impresiones que no se olvidan jamás.

A la caída de la tarde Polaniecki y Marina estaban contemplando la puesta del sol desde la «Trinitá dei Monti». Era un espectáculo grandioso. Una claridad dorada se extendía sobre la ciudad; a los pies de la joven pareja, en la plaza de España, descendía la sombra como un velo diáfano a través del cual se distinguían aún las violetas y los lirios de los vendedores de flores de la calle Condotti. Después la plaza desapareció en la obscuridad: sólo la iglesia de la Trinidad resplandecía aún con un color dorado de púrpura.

Cuando descendieron la gran escalinata, su alma estaba invadida por un profundo sentimiento de apacible tristeza. Finalmente, Polaniecki, cual si despertara de improviso, dijo volviéndose a su joven esposa:

—¿Sabes en qué estaba pensando? Que en nuestra casa se acostumbraba rezar siempre en familia la oración de la noche.

—¡Ah, Stach! —contestó Marina con voz trémula—. ¿Hasta ahora no habías tenido valor para recordarlo?

XXXV

Bukacki, desde algún tiempo, se sentía enfermo y se quejaba continuamente de fuertes dolores en la nuca y de una debilidad general. Cierta mañana Polaniecki recibió de él el siguiente billete:

«Amigo mío:

»Anoche estuve a punto de partir para el otro mundo. Si no tienes otra cosa mejor que hacer, ven a verme.»

Polaniecki sin decir nada a Marina, corrió a casa del enfermo, a quien halló en cama.

—Me has asustado —le dijo Polaniecki—, ¿qué te ha sucedido?

—Nada de importancia: una pequeña parálisis del lado izquierdo.

—No bromees.

—Hablo formalmente. No tengo fuerza alguna en la mano izquierda ni en el pie izquierdo; por lo tanto, no puedo tenerme en pie. Al principio creí que hasta había perdido el habla y empecé a declamar: *per me si va nella...* Pero, como ves, la lengua se me mueve aún que es un gusto, y ahora hasta tengo despejada la imaginación.

—¿Estás seguro de que haya sido una parálisis?

—Seguro. Y en definitiva, ¿qué es la vida? —empezó á declamar Bukacki—. Yo no puedo moverme, y, por consiguiente, si no es el fin, es el principio del fin.

—Sería una cosa aterradora, pero no creo en ello.

—¡Bah! «hay momentos desagradables en la vida», dijo una vez un pollo, mientras la cocinera lo destripaba. Te confieso que en el primer momento tuve un poquito de miedo; pero ahora he recobrado el equilibrio. Uno se acostumbra a todo. Verdad que hablo mucho; pero es porque he de aprovechar el tiempo, pues esto acabará muy pronto.

—Hablas como un loco. Después de un ataque, se puede vivir treinta años todavía.

—Y hasta cuarenta. Un ataque apoplético es un lujo que puede permitirse mucha gente, pero yo no. Un hombre con cabeza dura, espaldas robustas y vientre sano, después de un ataque de este género, puede tener aún esperanzas; pero yo no. ¿Te acuerdas de cuando te burlabas de mi barriga? Pues te aseguro que, comparada con la que tengo ahora, era entonces la barriga de un elefante. No es cierto que el hombre es un cuerpo sólido: yo soy una línea con una sola dimensión, la longitud.

Naturalmente, Polaniecki le contradijo, pero Bukacki replicó:

—Es inútil que te empeñes en contradecirme; demasiado sé que el ataque se repetirá dentro de pocos días y entonces, ¡adiós para siempre!

Guardó un instante de silencio y luego continuó:

—Soy una especie de dedo separado de la mano. A nadie tengo en el mundo. Aquí, lo mismo que en Varsovia, me veré asistido por personas mercenarias, ¡Qué vida sería la mía, si hubiera de quedar como estoy ahora, inerte de alma y de cuerpo! En esta situación, ¿no es acaso un bien el morir?

Polaniecki puso su mano en la de su amigo y le dijo con acento conmovido:

—Mi buen Adzio, no creas que vayamos a abandonarte solo aquí, no digas que estás solo en el mundo. Nos tienes a mí y a mi mujer, a Svirski, a Vaskovski y a Bigiel. Para nosotros no eres un extraño. Te llevaremos a Varsovia y te cuidaremos, ayudados por la señora Emilia, que es Hermana de la Caridad.

Bukacki estaba más conmovido de lo que quería aparentar, humedeciéronsele los ojos, y después de corto silencio respondió:

—Eres un joven excelente... Si tengo todavía una voluntad, un deseo, te lo debo a ti: sí, quiero volver a Varsovia; yendo con vosotros estaré contento.

—Entretanto, te trasladaremos a una clínica donde podrás ser cuidado con cariño. Svirski nos podrá aconsejar... Déjame hacer y ya verás cómo todo irá bien.

—Haz lo que te parezca —contestó Bukacki, en cuyo corazón había penetrado una ligera esperanza.

Polaniecki mandó llamar en seguida a Svirski y a Vaskovski, y al cabo de media hora comparecieron los dos. Aquel mismo día, el enfermo fue trasladado a una clínica, donde se le instaló en una habitación clara y pintada de blanco.

Polaniecki regresó a su casa, y participó a Marina el grave estado de salud en que se hallaba su amigo. Como es natural, aquélla manifestó el deseo de visitarle, y, en efecto, al día siguiente fue a verle, acompañada de su marido. Encontraron allí a Vaskovski, que no se había separado del enfermo.

La visita de Marina sorprendió agradablemente a este último: se alegró mucho de volver a ver a un compatriota, pero, no obstante, murmuró:

—¡Qué románticos sois! Todo esto no tiene sentido común. ¡Molestarse por un trasto inútil como yo! Queréis obligarme a ser agradecido antes de que muera, y ya os lo estoy mucho, muchísimo.

Marina trató de alejarle de la mente sus tristes pensamientos. Le habló de su regreso a Varsovia, como de una cosa segura, y le dio consejos sobre la manera de cuidarse en cuanto hubiese vuelto a su país.

El enfermo la escuchaba con atención, como si estuviera pendiente de sus labios.

Aquel mismo día le visitó el señor Osnovski y se mostró tan conmovido y disgustado como si Bukacki fuera su propio hermano.

Al anochecer, Polaniecki quedó solo con su amigo.

—Debo confesarte —le dijo este último—, que jamás he comprendido como ahora, cuán miserable ha sido mi vida y cuán locamente la he malgastado. ¡Si a lo menos me hubiese divertido! ¡Cuán necio es el hombre moderno! Tratar de ocultar todo lo que tiene de bueno en sí, bajo una máscara de payaso; persuadirse a sí mismo de la nulidad de la vida y de los sentimientos, es sencillamente ridículo.

—Mi buen amigo —dijo Polaniecki—, no te preocupes por tales pensamientos, a lo menos en este instante.

—Tienes razón, pero no puedo menos de lamentarme que, cuando estaba sano, todo era para mí objeto de risa, y me he conducido como si nada me importara la vida: en cambio, ahora te digo con franqueza que malditas las ganas que tengo de morirme.

—¿Y quién te ha dicho que vas a morir?

—No trates de engañarme. También tu mujer lo ha intentado, pero he perdido toda esperanza. Me he cavado la fosa con mis propias manos. No sé si después de muerto seré o no juzgado; pero te digo francamente que estoy inquieto y que una especie de temor invade mi alma. En mi patria fui inútil a los demás, cuando podía haber sido muy útil. Estos pensamientos me angustian... Por extraño que te pueda parecer, te digo la verdad, comprendo que he comido el pan a traición... y ahora viene la muerte.

Por más que Bukacki hablara con su acostumbrada volubilidad, su rostro expresaba una turbación completa y su frente estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—¡Pero qué ocurrencias tienes! —exclamó Polaniecki—. ¡Ea, desecha estas ideas!

Pero Bukacki continuó:

—Poseo una fortuna bastante importante. Una parte de ella te la dejaré a ti y el resto lo destinaré a fines de utilidad pública. Tú y Bigiel sois hombres prácticos y os encargaréis de este trabajo; a mí no me queda el tiempo necesario para hacerlo. ¿Aceptas?

—Haré todo lo que tú desees.

—Gracias. ¡Cuán extraños son los reproches que uno se dirige a sí mismo!... Mas yo no puedo convencer a mi conciencia de que no tiene culpa. Me voy al otro mundo sin tener nada en mi activo... Esto encierra una gravedad aterradora... oscura como la noche... sin el menor rayo de luz y se tiene uno que pudrir, que descomponerse. ¿Tú eres creyente?

—Sí.

—Yo no puedo decir sí o no. He hecho burla de la divinidad, como de todas las demás cosas. Sin este peso encima de la conciencia, tal vez estaría más tranquilo... Me imagino ser una abeja que ha cometido la estupidez de saquear su propia colmena. Verdad es que no me lo he comido todo, la mayor parte se me la han llevado los objetos de arte que te dejaré a ti... ¡Con cuánto gusto viviría aún!

Me contentaría con un año, a lo menos con el tiempo suficiente para no tener que morir aquí... ¡Es tan dulce morir en la patria!

Muy adelantada estaba ya la noche cuando Polaniecki regresó a su alojamiento. Durante toda la semana no hubo alteración alguna en el estado de Bukacki y sus amigos habían resuelto hacerlo trasladar a Varsovia para secundar su vivo deseo, pues a cada instante recordaba a su patria y a la señora Emilia. Pero en la víspera del día que se había fijado para su partida, el enfermo perdió completamente el uso de la palabra.

A Polaniecki se le desgarraba el corazón a la vista de aquel desgraciado cuyos vivaces ojos expresaban a veces una muda plegaria. Al anochecer un nuevo ataque apoplético le dejó sin vida. Fue enterrado provisionalmente en el campo santo, porque Polaniecki estaba convencido de que aquellas miradas querían expresar el deseo de que sus restos descansaran en su patria.

XXXVI

—No te pregunto si eres feliz —dijo Bigiel a Polaniecki, cuando éste estuvo de vuelta en Varsovia—, Con una mujer como Marina se tiene que ser feliz a la fuerza.

—Tienes razón —respondió Polaniecki—; Marina es la mejor de las esposas. Los dos estamos contentos.

Dirigiéndose luego a la señora Bigiel prosiguió:

—¿Se acuerda usted de que yo temía casarme con una mujer que pretendiera que yo fuese todo para ella y que se figurara que debía hacerse dueña absoluta no sólo de todos mis sentimientos, sino hasta de mi voluntad? ¿Se acuerda usted de cuando trataba de persuadirla de que el amor por una mujer no debe absorber por completo la actividad de un hombre hasta el extremo de perjudicar sus propios intereses?

—Sí, pero tampoco he olvidado lo que le respondí a usted, y le demostré que el amor de mis hijos, a pesar de llenar todo mi ser, jamás ni por un solo instante me habría privado de cuidar de mis quehaceres domésticos. Habla usted de los sentimientos como si fueran cosas materiales que puede manejar cada cual a su antojo.

—Mi mujer tiene razón —replicó Bigiel—, y es un error el comparar los sentimientos y las ideas con las cosas materiales.

Polaniecki le miró sonriéndose, y exclamó con tono jovial:

— ¡Tú, cállate, esclavo de la mujer!

—¿Qué importa vivir en la esclavitud si el esclavo se siente feliz? —replicó Bigiel—. Por otra parte, no hay que cantar victoria; dentro de poco compartirás conmigo igual destino'.

—¿Yo?

—Sí, sí, tú. Nada podrás oponer al imperio del amor.

—Se puede estar enamorado sin que por eso hayamos de ser el dominguillo de nuestra mujer. Os confieso, con toda sinceridad, que no sabría encontrar palabras suficientes para elogiar a Marina. La amo con tanta mayor razón, cuanto ella está contenta del cariño que le demuestro. Dios me ha librado de una mujer de esas que tienen la pretensión de que el hombre sea una propiedad suya absoluta, y de que no pueda cuidarse de nadie más que de ella. Una mujer de esas condiciones se me habría hecho insoportable.

—Créame usted, señor Estanislao —repuso la señora—, en cuanto a eso, todas las mujeres somos iguales; al principio nos contentamos con lo poco que se nos concede, pero después...

—¿Después, qué? —interrumpió Polaniecki con tono irónico.

—Después las mujeres se entregan a cierta cosa que para vosotros los hombres es una palabra vana, pero que, en cambio, para nosotras representa una verdadera necesidad.

—¿Cuál es esa palabra mágica, ese talismán?

—La resignación.

Polaniecki lanzó una carcajada y replicó:

—Bukacki sostenía que las mujeres se adornan con la resignación como lo hacen con el sombrero, y que les sienta bien.'

—Puede ser. Quizá sea un vestido, pero con ella, se va mejor al cielo que con otra cosa.

—Entonces Marina se condena irremisiblemente, pues espero que no podrá llegar a ganarse el Paraíso por este medio. Me ha prometido que estaría aquí; mas, por lo visto, se ha tenido que retardar.

—Tal vez su padre no la ha dejado marchar tan pronto. Por lo demás puede usted quedarse a comer aquí.

—Con mucho gusto.

—Tenemos otro convidado. Dispénsese usted un momento, voy a ordenar que pongan dos cubiertos más —dijo la señora Bigiel retirándose apresuradamente.

—¿Qué convidado es ése? —preguntó Polaniecki a Bigiel.

—Zavilovski, un nuevo empleado de nuestra casa de comercio.

—¿Quién es ese Zavilovski?

—El ilustre poeta. ¡Del Parnaso a la correspondencia comercial! Es un hombre muy activo, pero con los versos y las rimas no ganaba con que quitarse el hambre de encima. Al principio estaba indeciso entre admitirlo o no, pero me venció su franqueza. Me confesó que se trataba de su pan de cada día, y me dijo, sin embargo, que aun cuando conocía tres idiomas, no se veía capaz de hablarlos, y mucho menos de sostener una correspondencia comercial.

—Eso no tiene importancia —observó Polaniecki—; en unas cuantas semanas podrá aprender; pero temo que, como éste no es su oficio, se cansará pronto.

—Tiene que empezar a trabajar dentro de tres días; le he adelantado tres meses de paga, porque he comprendido que tenía absoluta y perentoria necesidad de dinero.

—¿Según eso, carece enteramente de recursos?

—Sin duda. Le pregunté si era pariente del viejo Zavilovski, a quien tú conoces, y que es muy rico; se puso encendido como la grana y me contestó que no; pero yo estoy convencido de lo contrario. ¿Qué quieres? Algunos reniegan de sus parientes porque son pobres; en cambio otros no los quieren reconocer porque

son ricos. ¡Caprichos! ¡siempre el maldito orgullo! Por lo demás, me parece que te gustará. A mi mujer le es muy simpático.

—¿Quién es ése que le es muy simpático a tu mujer? —preguntó la Bigiel que reaparecía en aquel instante.

—Zavilovski.

—Precisamente he leído su hermosa poesía, *En el umbral*. Parece que quiere ocultar algo de su vida.

—Quiere ocultar su propia pobreza, y esta pobreza es cabalmente lo que le ha tenido siempre en la obscuridad.

—¡Oh, no! Creo, por el contrario, que ha sufrido grandes desengaños.

Polaniecki se había distraído y no prestaba atención al diálogo de los dos esposos: miraba con impaciencia el reloj, y al fin, exclamó con tono colérico:

—¡Pero Mariana se hace esperar demasiado!

En aquel preciso momento entraba la culpable. Polaniecki le dijo que se quedaba a comer, y Marina recibió con gusto la noticia.

Zavilovski no se hizo esperar. Bigiel le presentó su socio.

El joven poeta, hombre de aspecto nervioso, podía contar unos veintisiete años, tenía los ojos pensativos, la barba saliente, lo cual le daba cierto parecido con Wagner, la frente espaciosa y tan blanca, que bajo su delicada piel se distinguían sus venas, representado con claridad la letra I del alfabeto. Era de estatura más que regular y parecía moverse embarazosamente.

—¿De modo que dentro de tres días seremos compañeros de trabajo? —le dijo Polaniecki.

—Así es, mi señor principal —contestó el joven—; serviré en su despacho.

Polaniecki se echó a reír.

—Suprimamos lo de *señor principal* —replicó—. Por más que quizá le pueda halagar este título a mi cara mitad.

Y volviéndose a su esposa, añadió:

—Marina, ¿te gustaría oírte llamar la *señora principal*?

Zavilovski estaba perplejo, pero no pudo menos de reírse cuando Marina respondió:

—No, porque se me figura que una *señora principal* tendría que llevar una cofia tamaña así.

Al decir esto, señalaba con las manos las dimensiones de la cofia.

—Y yo —continuó— detesto las cofias.

Zavilovski empezaba a sentirse más a sus anchas entre aquellas personas sencillas y expansivas; pero se halló de nuevo apurado cuando Marina le preguntó:

—Para mí es usted un conocido antiguo; puede casi decirse que acabamos de llegar y ya me he enterado en casa del librero de si tenía alguna otra novedad suya. ¿Ha publicado usted algo nuevo?

—No, señora: para mí la poesía es como la música para el señor Bigiel. Sólo escribo versos en mis ratos perdidos y para mi exclusivo recreo.

—Lo dudo —dijo la señora Polaniecki.

Y tenía razón. Zavilovski le parecía que así daba a entender que prefería su empleo en la casa, y que deseaba que se le considerase como tal y no como poeta. Por otra parte, a pesar de que era joven aún, obrando al revés de ciertos poetas en agraz que se tienen por hombres de genio, no quería darse importancia. Nada temía tanto como ponerse en ridículo, y este temor era el que precisamente le

hacia caer en el extremo opuesto. Estaba casi avergonzado de sus poesías, y cuando se persistía en hacer elogios a su estro poético, hasta llegaba a enojarse.

Durante la comida, animóse la conversación. Polaniecki y Marina refirieron los episodios de sus viajes a Italia, Hablaron también de los hombres que habían conocido allá y especialmente de Bukacki y de sus últimas disposiciones testamentarias, de las cuales, según declaró Polaniecki, tenía éste que hablar con Bigiel. Como Bigiel había sido condiscípulo de Osnovski, escuchó con interés lo que los dos esposos le contaron de él y de su mujer.

—Este señor se distingue por su idolatría hacia su mujer y por el temor de volverse grueso.

—¡Pero si está muy flaco! —observó Marina.

—Dos años atrás notó que tenía predisposición a la obesidad. Y en seguida empezó a correr en bicicleta, a ejercitarse en la esgrima y en la natación y a beber agua de Carlsbad; de esta manera ha logrado conjurar el peligro. Su mujer no puede soportar los hombres gruesos, y por esto tiene decidido empeño en estar flaco. Por la misma razón frecuenta todos los bailes posibles y pasa noches enteras dando más vueltas que un trompo. De su mujer no está solamente enamorado, sino loco por ella. Cuenta las miradas que ésta se digna dirigirle durante, el día, y no se contenta con besarle las manos, sino que cuando están a solas hasta le besa los guantes.

—¡Qué delicioso es esto! —exclamó Marina.

—¿Te gustaría que yo fuese así? —preguntó su marido.

—No, porque serías diferente de lo que eres —contestó Marina tras una corta vacilación.

—¡Una respuesta digna de Maquiavelo! —exclamó Bigiel—. Es a la vez un elogio y un reproché. Reconoce que su marido le gusta tal como es, pero que podría ser algo mejor; reflexiona bien sobre todo esto, mi pobre amigo.

—Yo considero esta respuesta como un elogio —dijo Polaniecki—, por más que usted, señora —agregó, dirigiéndose a la esposa de Bigiel—, podría tomarla como un acto de resignación.

Aquí la conversación tomó otro giro y fue a recaer sobre Masko y su mujer. Bigiel contó, entre otras cosas, que el hábil abogado había sido nombrado por algunos lejanos parientes y herederos de la señora Ploszovski, apoderado para demostrar la nulidad de su testamento, y que en el caso en que Masko ganara el pleito, era seguro que embolsaría una cantidad fabulosa.

—A Masko le sucede Como a los gatos —dijo Polaniecki—; cae siempre de pie.

—Esta vez —dijo Bigiel— debe rogar a Dios que no se rompa la cabeza. Se trata, para vosotros y para el señor Plavicki, de una cantidad que vale la pena. Tan sólo las fincas dejadas por la señorita Ploszovski están evaluadas en setecientos mil rublos, sin contar el dinero en efectivo.

—Si heredamos algo, será para nosotros una fortuna inesperada —dijo Polaniecki.

Pero Marina, a quien no gustaba esta conversación, dijo con viveza:

—No me agradan estas cosas. La herencia estaba destinada a obras benéficas y no encuentro justo oponerse a la voluntad de la testadora en perjuicio de los pobres. El sobrino de la señora Ploszovski se ha suicidado, y, por lo tanto, es probable que ésta, al dictar su nuevo testamento, haya pensado en la salvación del alma de su sobrino empleando un medio que podría hallar gracia a la presencia de Dios en favor del infeliz suicida. A mí, esta idea de impugnar el testamento, me es completamente antipática.

—¡Qué decidida eres! —observó Polaniecki.

—Dime, Stach, ¿acaso no tengo razón?

—Ciertamente. Pero, ¿qué quieres hacer si Masko gana?

—Me gustaría que perdiera —replicó Marina con enérgico tono.

—Eres demasiado resuelta —le dijo su marido.

Zavilovski fijó sus ojos llenos de admiración en la joven esposa.

Después de comer, Polaniecki y Bigiel se retiraron a una habitación inmediata para fumar y beber una taza de café, y hablar acerca del modo de disponer de los bienes dejados por Bukacki.

Zavilovski, que no era fumador, se quedó en el comedor con las señoras. Marina, como *principala*, se creyó en el deber de mostrarse amable con el futuro empleado de la casa, y por lo tanto, se acercó al joven poeta y le dijo:

—La señora Bigiel y yo puede decirse que formamos parte de una misma gran familia y espero que usted pronto querrá también considerarse como uno de los nuestros.

—Con mucho gusto —contestó Zavilovski—; será un gran honor para mí el hallarme algunas veces en tan grata compañía.

—A esos hombres de negocios yo les conocí el día mismo de mis bodas. Sus ocupaciones hacen que se olviden de nosotras, y, por consiguiente, necesitamos atraérnoslos. Mi marido ha propuesto que nos reunamos un día por semana en casa de Bigiel y otro en la nuestra. Esta proposición la encuentro buena, pero quisiera fijar una condición.

—¿Cuál? —preguntó la señora Bigiel.

—Que en estas reuniones se prohíba terminantemente hablar de negocios. El señor Bigiel toca muy bien el piano, y esto nos distraerá; otras veces podremos leer también poesías, como por ejemplo, *En el umbral*.

—Pero no en mi presencia —observó Zavilovski esbozando una forzada sonrisa.

—¿Por qué no? —preguntó Marina con el aire sencillo e ingenuo que le era habitud—. En una tertulia de amigos puede usted leer sus poesías. Créame, antes de que le conociéramos habíamos hablado ya muchas veces de usted.

Zavilovski se sintió completamente desarmado. El temor de hacerse ridículo había desaparecido. Marina producía en él un efecto tranquilizador.

La joven, para demostrarle el vivo interés que por él sentía, el pidió noticias de su familia, con lo cual lo puso en un gran apuro.

El padre del poeta había sido un jugador empedernido. Había llevado una vida desordenada, acabando por ser recluido en un manicomio.

Afortunadamente para el joven poeta, en aquel momento reaparecieron Polaniecki y Bigiel, sacándole del aprieto de tener que dar una respuesta.

—Es una idea excelente, en efecto. Mas ahora pensemos en otra cosa. ¿Qué dirías si te pidiera que tocaras alguna cosa bonita?

Bigiel contestó que estaba dispuesto a hacerlo y yendo a buscar su cítara, se puso a tocar, con los ojos medio entornados, la *Canción de la Primavera*.

Zavilovski volvió muy tarde a su casa, entusiasmado de la acogida que había tenido, de la sencillez y costumbres de aquellas familias, de la *Canción de la Primavera*, y sobre todo de la señora Polaniecki.

XXXVII

Ocho días después del regreso de los esposos Polaniecki, los señores Masko les fueron a visitar. La señora Masko, vestida con traje de seda gris, parecía más graciosa que nunca. La inflamación de los ojos, que la molestaba cuando era niña aún, había desaparecido por completo; sólo la expresión de su semblante no había cambiado.

Masko parecía dichoso y contento de sí mismo y de su esposa; jamás se había sentido tan dichoso como ahora, y todas sus miradas denunciaban el amor que profesaba a su mujer.

Por lo demás, difícilmente habría hallado otra mujer que reuniera, como aquélla, todas las condiciones deseadas por él, sobre el gusto, el aspecto y la manera de conducirse en sociedad. Su aire tranquilo, las maneras distinguidas que empleaba hasta cuando se hallaban a solas, le habían subyugado a él; verdadero *parvenú*, sentíase altamente honrado con poseer una princesa semejante. Cuando Marina le preguntó dónde había pasado la luna de miel, la señora Masko respondió con dignidad:

—En las posesiones de mi marido.

—¿Le gusta el campo?

—Mamá prefiere la vida del campo a cualquier otra —respondió la señora Masko.

—¿Y le ha gustado a usted Kerzemien?

—Sí, y mi marido tiene intención de reconstruirlo.

Marina suspiró involuntariamente y sintió una especie de desahogo cuando la conversación tomó otro giro y se empezó a hablar de las relaciones que le eran comunes.

La señora Masko conocía perfectamente a la señora Osnovski por haber tomado lecciones de baile con ésta y con una prima suya, una tal Lineta Castelli.

Entretanto, los maridos estaban sentados en una habitación inmediata y hablaban del testamento de la señora Ploszovski.

—Debo confesarte —decía Masko—, que ahora puedo respirar al fin. Hacía mucho tiempo que no se me presentaba una ocasión como ésta. Aquí se trata de millones. Ploszovski era aún más rico que su tía: él había dejado su fortuna a la señora Kromicki; pero no habiendo aceptado ésta la herencia, todo fue a parar a manos de la vieja señora Ploszovski. ¿Comprendes ahora cuán colosal es la fortuna que intentamos recuperar?

—Bigiel la ha evaluado en unos setecientos mil rublos.

—Dile a Bigiel que a lo menos será doble. ¿Sabes a quién debo el que mi buena estrella haya vuelto a resplandecer? Pues a ¡tu suegro: él fue el primero que me habló del testamento. Al principio rehusé; pero luego, cuando me vi tan apurado, reflexioné sobre ello y le hice sacar una copia del testamento por el notario Viszoiniski; y a la primera ojeada observé que había en él no pocos defectos de forma. Antes de que transcurrieran ocho días, los herederos me concedieron plenos poderes y se entabló el pleito. ¿Y sabes lo que pasó? Se supo la cuantiosa recompensa que debía recibir en el caso de que se ganara el pleito; la gente recobró su antigua confianza en mí; mis acreedores declararon que esperarían hasta la terminación del litigio, reconquisté todo mi perdido crédito y me he salvado.

—¿Crees sinceramente que la causa sea buena?

—Tú sabes mejor que yo que un abogado astuto puede dar siempre al curso de un pleito un giro favorable a sus intereses y a los de sus clientes.

—¿De modo que confías en ganar?

—Cuando se trata de invalidar un testamento, casi siempre se tienen ventajas; además, el ataque suele ser mucho más enérgico que la defensa. Los establecimientos benéficos son corporaciones que proceden muy lentamente, y a sus individuos no los agujonea el interés personal. ¿Qué le darán al abogado que les defenderá? A duras penas lo que la ley le asigne. Este abogado tendrá más interés en perder, porque tal vez dependerá de mí el que se haga una transacción con él. Ten presente que hasta en lo que se refiere a la justicia, gana, como en la vida, la parte que procede con la mayor energía.

—Pero te verás sencillamente vituperado por la opinión pública si logras hacer anular el testamento.

—Tu mujer es una excepción.

—No en absoluto, porque soy de su parecer.

—En mi modo de pensar, creo que un poco de impopularidad más aprovecha que perjudica a un hombre *comme il faut*. Si pierdo el pleito, se me lapidará; pero si lo gano, créeme, seré tenido por uno de los mayores talentos de la ciudad. Y ganaré.

Masko Habría continuado expresando su opinión, si Polaniecki no le hubiera propuesto que volvieran al salón, donde se hallaba ya Zavilovski con las señoras.

Polaniecki les quiso enseñar las fotografías que había traído de Italia. Extendió toda la colección encima de la mesa; pero el joven poeta estaba tan absorto en contemplar el retrato de Litka, que no atendía a nada más.

—Nunca me habría figurado que fuese un retrato —dijo, al fin, volviéndose a la señora Polaniecki—; ¡qué cabeza tan admirable y qué expresión! ¿Es hermana de usted?

—No —respondió Marina—; he amado mucho a ésa niña, ¡La pobre no existe ya!

—Le he preguntado si era hermana de usted, porque noto cierto parecido en los ojos y en la expresión.

Polaniecki tenía una veneración tal por la muerta, que las palabras del poeta le parecieron una profanación. Quitóle la fotografía de las manos, la volvió a colocar en su sitio y con descortés viveza dijo:

—No hay tal: no existe ni el más remoto parecido. ¿A quién se le ocurre hacer semejante comparación? No se le parece ni en un sólo rasgo.

Marina se sintió ofendida, pero contestó con sosegado acento:

—Soy de tu opinión.

Mas Polaniecki no estaba satisfecho todavía, y volviéndose a la señora Masko dijo:

—¿Ha conocido usted a Litka?

—Sí.

—Es verdad; usted la ha visto en casa de los señores Bigiel.

—Eso es.

—Pues bien, ¿ha encontrado usted que aquella niña tuviera algún parecido con mi esposa?

—No.

Zavilovski miró sorprendido a Polaniecki; éste, a su vez, contemplaba a la señora Masko, cuya graciosa figura aparecía aún más elegante y fina con su vestido de seda y pensó:

—¡Espléndida mujer!

Los esposos Masko no tardaron en marcharse. Cuando el abogado se despidió, llevóse a los labios la mano de Marina y dijo:

—Dentro de poco he de salir para San Petersburgo. ¿Querría usted ir alguna vez, mientras esté ausente, a hacer compañía a mi esposa?

—Con mucho gusto.

Durante el té, Marina rogó al joven poeta que leyese la poesía *En el umbral*. Éste no se hizo de rogar, y aun después de aquélla leyó otras. Él mismo estaba sorprendido de su audacia, y después que sus oyentes le hubieron aplaudido, dijo:

—Le confieso a usted, y hablo formalmente, que aquí me siento animoso, a pesar de que sea tan sólo la tercera vez que nos hallamos juntos, como si los conociera de muchísimo tiempo.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki observó:

—Es verdaderamente una persona agradable. ¿Has visto cómo ha cambiado?

—Sí, se ha cortado el pelo —contestó Marina.

—Es cierto; parece que tiene la barba más espesa —añadió Polaniecki.

Después se levantó, y tomando el retrato de Litka, dijo:

—Quiero llevarlo a mi despacho.

—¡Pero allí tienes ya el otro retrato!

—Sí, pero no quiero que cuantos vienen aquí tengan el derecho de hacer comparaciones enojosas.

—Es verdad, Stach —respondió Marina.

XXXVIII

Polaniecki estaba atormentado por un nuevo deseo, deseo tan viejo como la misma humanidad: el de ser propietario. Hacía algún tiempo ya que maduraba la idea de construir una casa en la ciudad; pero luego, pensando que tendría que alquilar una parte para sacar el interés del capital empleado, y que de esta manera la casa no sería enteramente suya, abandonó este proyecto y después de maduras reflexiones, decidió comprar, como lo había hecho Bigiel, una pequeña finca en los alrededores de la ciudad.

En cuanto se supo que deseaba comprar una finca al contado, llovieron de todas partes las ofertas. A menudo se veía obligado a hacer una excursión para visitar las quintas disponibles, y como recibía un gran número de cartas y planos que tenía que leer y estudiar, estaba muy atareado todo el día y únicamente por la noche podía estar al lado de Marina.

Cuando ésta le preguntó a qué venía todo aquel mareo, le contestó:

—En cuanto haya concertado algo te lo diré. Por ahora, quiero guardar el secreto, porque, de no hacerlo así, obraría contra mis propias costumbres.

Mas ella no tardó en saber de lo que se trataba por la señora Bigiel; a quien su marido nada sabía ocultar.

En casa de Masko habían estado ya; ahora se hallaban indecisos sobre si debían a no hacer una visita a los señores Osnovski, que habían regresado del extranjero, y que tenían intención de quedarse en Varsovia hasta fines de junio. Marina sostenía que no podían prescindir de hacerlo, pero Polaniecki no quería dejarse persuadir. Sin embargo, algunos días después, como Marina se hubiese encontrado con los esposos Osnovski, y éstos la hubiesen invitado con extraordinaria cordialidad a renovar sus relaciones, Polaniecki se decidió al fin a acompañar a casa de ellos a su mujer.

Con esta ocasión trabaron relaciones con la señora Bronicz y con su sobrina Lineta Castelli, que habían venido a Varsovia para el carnaval de verano. Ocuparon éstas un ala de la quinta que el señor Bronicz se había reservado para su mujer en la escritura de la venta de la quinta, hecha a favor del señor Osnovski.

La señora Bronicz hablaba sin cesar de su marido, como único pariente del conde Strovski y como último vástago de los Buricovitz. Dábanle el sobrenombre de *la Meliflua*, por sus maneras extremadamente ceremoniosas. Se contaban, además, cosas estupendas sobre su habilidad en decir mentiras.

La señorita Castelli era hija de una hermana suya que, con escándalo de la familia y de la población, se había casado con un maestro de música italiano.

La pequeña Lineta, al quedar huérfana, fue recogida y educada por la señora Bronicz, Lineta, con sus facciones regulares, sus ojos azules, sus cabellos de un rubio dorado y la tez extraordinariamente fina y delicada, pasaba por una belleza. Sus larguísimas pestañas le daban una expresión de languidez.

Los Osnovski habían venido a Varsovia con la intención de divertirse. Anetka no había estado en Roma sin objeto determinado.

—Arte y siempre Arte —le dijo esta a la señora Polaniecki—; es lo único que me interesa.

Luego habló de un proyecto suyo de abrir una sala romana; pero no dijo que esperaba llegar a ser la Beatriz de algún Dante o la Laura de algún Petrarca.

—Nosotros —continuó diciendo— tenemos un jardín magnífico, y queremos resucitar las *serate* romanas y florentinas.

Y levantando las dos manos, y empezando a gesticular y a agitarlas en el espacio, prosiguió:

—Ya sabéis: un crepúsculo, un ocaso dorado, un poco de luna, algunas lámparas y la sombra de algunos árboles; nos sentamos, se forman corros y se habla en voz baja de arte, de vida y de sentimientos. Jozio, tal vez te aburrirás pero no te enojés por eso, sacrificate por amor mío; por lo demás, ya verás qué graciosa será.

—Mi adorada Anetka, lo que a ti te divierte no me puede aburrir a mí —contestó Osnovski.

—Tenemos que hacer eso mientras Lineta está aquí, porque es una consumada artista. ¿Qué te parece mi proyecto? —añadió volviéndose hacia la joven.

Lineta se contentó con sonreír lánguidamente, y la señora Osnovski continuó:

—Nos construimos aquí en casa una pequeña Italia y, si la prueba nos sale fallida, en el invierno próximo escapamos de nuevo para el divino país, y abrimos

en Roma nuestro salón. ¡Si supieras cuántas copias de cuadros y de esculturas me ha comprado mi Jozio! Le estoy muy agradecida, porque yo me vuelvo loca por los objetos de arte. Son objetos de gran valor, porque, aun cuando mi marido no entiende de arte, fueron bien escogidos, por haber tenido el buen sentido suficiente para pedir a este fin consejo al pintor Svirski. A propósito —prosiguió volviéndose de improviso hacia Marina—, ¿sabe que Svirski está enamorado de ustedes? Desde que se marcharon ustedes, no ha cesado de recordarles, y hasta ha pintado una Virgen a la cual le ha dado la misma cara de usted, querida amiga. Previendo estoy que se convertirá en una segunda Fornarina: es usted afortunada con los artistas.

—A propósito de causar impresión a los artistas —comenzó a decir la señora Bronicz, dirigiendo a Marina una mirada desdeñosa—; quiero referirle lo que nos ha sucedido en Niza.

—Pero, tía —interrumpió la señorita Castelli.

—Lo que es verdad, se puede referir siempre. Dos años atrás, no, hace tres años ¡es increíble la rapidez con que pasa el tiempo!... Decía, pues que tres años atrás...

La señora Anetka, que había perdido la cuenta de las veces que oyera la historieta de Niza, interrumpió bruscamente, preguntando a la señora Polaniecki:

—¿Tienes usted muchas relaciones entre los artistas?

—No, apenas conozco al señor Zavilovski.

Esta noticia entusiasmó a la señora Osnovski.

—Siempre he tenido vivos deseos de conocer a este gran poeta —dijo con voz entrecortada por la emoción—. Jozic lo puede decir. Repetidas veces hemos leído, Lineta y yo, su poesía *Ex imo*, y Lineta, que sabe expresar con una sola palabra bien apropiada una impresión, me dijo... ¡una frase tan característica!... esperad.

—Que rebosaba del corazón —completó la señora Bronicz.

—Eso es: que rebosaba del corazón. ¿Qué aspecto tiene el señor Zavilovski?

—Es pequeño —le contestó Polaniecki—, grueso, rayano en los cincuenta, completamente calvo.

Al oír estas palabras, la señora Osnovski y Lineta cambiaron una mirada de desilusión; pero Marina riendo a más no poder, les dijo:

—No le crean ustedes, señoras; es un mentirosillo, amigo de echarlo todo a broma. El señor Zavilovski es muy joven todavía, un poco tímido y se parece a Wagner.

—Tiene una barba —dijo Polaniecki —como la de Pulchinela.

La señora Osnovski no hizo caso de la interrupción de Polaniecki y rogó vivamente a Marina que le presentara el poeta lo más pronto posible.

—¡Qué par de caras tan bonitas! —dijo Marina a su esposo mientras bajaban la escalera de los señores Osnovski.

—No sé qué decirte —respondió Polaniecki—. La señora Osnovski puede tenerse por una mujer hermosa, pero yo prefiero la señora Masko. La señorita Castelli se lleva verdaderamente la palma sobre todas; pero he observado que, mientras todos se afanaban en hablar de ella, la Castelli no ha despegado los labios.

—Pasa por una muchacha inteligente —repuso Marina—, y tan tímida, quizá, como Zavilovski. De todos modos, procuraré que esos dos jóvenes se conozcan mañana mismo.

Pero Marina no pudo realizar tan pronto su proyecto. Al día siguiente, resbaló en la escalera y cayó tan mal, que se hizo una grave herida en la rodilla, y tuvo precisión de guardar cama algunos días.

Al principio Polaniecki se alarmó mucho; pero luego que el médico lo hubo tranquilizado, se enfadó con su mujer.

—Deberías pensar ahora que no se trataba de ti sola —le dijo.

Estas palabras entristecieron a Marina, tanto más, cuanto que la rodilla le dolía mucho. En vez de hacerle cargos infundados debía mostrarse disgustado de lo que había sucedido; pero en seguida se reconcilió con él, que se mostró solícito sin salir de casa durante dos días para poder asistirle. Antes de comer le leía algo, y después trabajaba en la habitación inmediata, dejando la puerta abierta para poder acudir en cuanto lo llamara.

A Marina le afectó esta solicitud, y se la agradeció mucho.

—Niña mía —repuso Polaniecki dándole un beso—, cumplo sencillamente con mi deber; ¿no ves que no sólo los amigos sino hasta los simples conocidos se interesan por tu salud, y diariamente piden noticias tuyas?

Y era verdad. Zavilovski le preguntaba cómo estaba la señora; la señora Bigiel iba todas las tardes, y su marido todas las noches, no dejando de tocar el piano para que la enferma pudiera distraerse algo. Masko y su señora se contentaban con enviar sus tarjetas; pero la señora Osnovski quiso absolutamente ver a la enferma. Permaneció a su lado dos largas horas, y, según su costumbre, habló un poco de todo, pasando de un asunto a otro sin orden ni concierto.

—No puedo sacarme a Zavilovski de la cabeza —dijo, al fin, antes de marcharse—; ¿querrá usted creer que Jozio empieza a estar celoso de él? ¡Pobre Jozio! Estoy convencida de que Lineta y él han nacido el uno para la otra: entendámonos, no Lineta y Jozio, sino ella y Zavilovski. Usted no conoce a Lineta; esa muchacha no puede hacer migas con un estúpido. Así, por ejemplo, no se casaría jamás con un Kopovski, aun cuando sea más hermoso que un querubín. No he visto en mi vida cabeza tan idealmente bella; en Italia quizá habré visto un cuadro con una figura tan admirable. Pero, ¿sabe usted qué me dice Lineta de él? *C'est un imbécile*. ¡Qué felicidad si empezaran por conocerse y acabaran por casarse! Claro está que me refiero a Lineta y a Zavilovski. ¿Qué pareja harían? ¡Un matrimonio joven y por amor! no hay nada más hermoso en este mundo. Creo que no le habré cansado demasiado con esta charla. ¡Es tan agradable comunicar nuestras ideas y nuestras esperanzas a una persona amiga!

Cuando Polaniecki volvió a su casa, Marina le contó, sonriéndose, los proyectos de su nueva e íntima amiga.

—En el fondo —añadió— tiene buen corazón, y por eso me gusta; ¡pero cuán exaltada es, y qué ideas tan extrañas le bullen en el cerebro!

—Es loca, no exaltada —exclamó Polaniecki—; y eso es muy diferente. La exaltación va, generalmente, acompañada de un buen corazón, pero en ella, por el contrario, la cabeza arde y el corazón está helado.

—Observo que no puedes sufrir a la señora Osnovski —dijo Marina.

Polaniecki, aunque reconocía la exactitud de esta observación, no contestó; pero en cambio contempló sorprendido a su esposa, que en aquel momento le parecía más hermosa que nunca. Su graciosa carita se destacaba como una flor de entre sus negros y espesos cabellos. Sus ojos profundamente azules tenían un brillo desusado y a través de sus labios entreabiertos brillaban como perlas sus blancos dientecitos.

—¡Qué hermosa eres! —exclamó Polaniecki con acento de íntima convicción.

E inclinándose rápidamente sobre ella, la besó entusiasmada en los ojos y en la boca.

XXXIX

Ocho días después, Marina había recobrado sus fuerzas y pudo visitar a la familia Bigiel, que había vuelto ya a su residencia de verano. Zvilovski les acompañaba, llevando consigo gigantescas cometas que trataba de hacer volar para divertir a los niños de su principal .

Mientras estaban a la mesa, Marina habló de los Osnovski, de la señorita Castelli y del interés que él había despertado entre ellas.

El joven poeta la escuchó tranquilamente y luego dijo:

—Bueno es saberlo. Por nada del mundo les haría una visita.

—¿Y si yo se lo pidiera a usted?

Zvilovski se puso colorado. Pero Marina le miró de una manera especial, como si quisiera decir que se extrañaba que le pudiera rehusar algo.

—Obedecería... —contestó titubeando.

—Entonces, vaya a hacerles una visita —dijo riéndose Marina—. En cuanto haya usted visto a la señorita Castelli, estoy segura de que se quedará usted prendado de ella.

—¡Yo, señora! —exclamó Zvilovski poniéndose una mano en el corazón—. ¡Enamorarme yo de la señorita Castelli!

Esta involuntaria exclamación quería decir muchas cosas, y los dos quedaron perplejos.

Al anoecer regresaron a Varsovia. En la mente de Marina se reprodujo con viveza aquella noche iluminada por la luna en que ella, su padre, Emilia, Litka y Polaniecki habían hecho este mismo camino y recordó el semblante melancólico de Stach, que se consideraba desgraciado por la frialdad con que se le trataba. ¡Qué diferencia entre entonces y ahora! Su Stach fumaba tranquilamente sentado al lado de ella.

—¿En qué piensas, Stach? —preguntó Marina después de un prolongado silencio.

—En varios asuntos de que me ha hablado Bigiel —respondió Polaniecki sacudiendo la ceniza de su cigarro.

El joven poeta miró a Marina y pensó que, si él hubiera tenido una mujer semejante, en aquel momento no habría fumado, ni pensado en negocios, sino que, por el contrario, estaría arrodillado a sus pies adorándola.

Al día siguiente Zvilovski entregó a su principal, mientras éste se hallaba en la oficina, un pedazo de papel recortado de un periódico en el cual estaba impresa su poesía: *Montañas de nieve*. Polaniecki se la leyó a su mujer durante la comida, y cuando hubo terminado su lectura le dijo:

—Zavilovski me pide que te diga que quiere hacer imprimir todas sus poesías, coleccionadas en un tomo, y que desea dedicártelas.

—¡Cómo! —exclamó Marina—. Ese honor se lo tiene que reservar a la señorita Lineta.

—Es cierto. Mañana es el día fijado para la entrevista de los dos jóvenes. Eso quiere decir que te encargas del papel de Providencia en la vida del poeta.

—¿Y por qué no? Al principio el proyecto de Anetka me sorprendió; mas ahora lo hallo muy acertado.

En efecto, al día siguiente los esposos Osnovski, la señora Bronicz y la señorita Castelli, llegaban, a las cinco en punto, a casa de los señores Polaniecki. Zavilovski había llegado antes para no verse luego obligado a entrar en el salón, atrayendo las miradas de todos. Sin embargo, se mostraba igualmente tímido y bastante perplejo, sin saber qué hacer de sus largas piernas, ni donde tener puestas las manos; a pesar de lo cual, veíase desde luego que era una persona distinguida.

Así empieza la primera escena de la comedia social.

—Y bien, ¿le gusta a usted la señorita Castelli? —preguntó Marina a Zavilovski, cuando se hubieron marchado todos.

El interrogado permaneció unos instantes pensativo y luego contestó;

—Encuentro que aquellas señoras poseen una ardiente fantasía y tienen suma facilidad en hacer gestos.

—Es verdad, pero Lineta es muy interesante.

—¡Bah! —dijo Polaniecki tomando la palabra—, el interés que pueda despertar en un hombre, no puede ser de mucha duración; pronto debe verse substituido por el aburrimiento.

—Estás en un error —le contestó Marina con viveza—. Lineta no aburrirá jamás. Únicamente los temperamentos sencillos, cortados a la antigua y que no saben hacer más que amar, llegan a aburrir con el tiempo.

Zavilovski la miró sorprendido. Parecíale que aquellas palabras encerraban un secreto pesar.

—¿Está fatigada? —le preguntó.

—Un poco —contestó ella volviendo a sonreírse.

Marina entreveía que la felicidad con que soñara no se había realizado, y que la vida actual era muy distinta de cuando eran novios... ¿Qué le faltaba? ¿En qué se había engañado al juzgar a Polaniecki? Todo esto se preguntaba sin lograr darse una respuesta satisfactoria. Después de la divina y solemne fiesta del amor, sólo con gran trabajo se había acomodado ella a la vida prosaica de todos los días, mientras que su marido, inmediatamente después, había vuelto con indiferencia suma a sus habituales ocupaciones. Instintivamente comprendía que ella pertenecía a su marido más que éste a ella. Se había entregado a él toda entera, y en compensación no había recibido más que lo poco que él se dignaba concederla.

Polaniecki ni remotamente habría podido imaginar que su esposa pudiera suponer que la tenía descuidada. Él exteriorizaba sus sentimientos con mucho menos calor que antes; pero esto, ¿no era natural? La posesión enfría, y con ella se recobra la tranquilidad y la razón.

Sin embargo, Marina no podía encontrar la cosa tan natural. ¿Por qué había de ser tan indiferente su Stach mientras Svirski, Bigiel, Zavilovski y el mismo Osnovski la tributaban tanta admiración? ¿Por qué no había encontrado en el matrimonio la felicidad que había esperado encontrar en él? Para ella esta

pregunta no tenía más que una respuesta: «No me ama como me tendría que amar, y no sabe apreciarme como me aprecian los demás.»

Cierto día Marina estaba sentada junto a una ventana, absorta en estos pensamientos, cuando se abrió la puerta y apareció ante sus ojos el velo blanco y el vestido gris de una Hermana de la Caridad.

—¡Emilia! —exclamó Marina levantándose llena de alegría.

—Sí, soy yo —contestó la Hermana—. Hoy estoy libre, ¿cómo estás? ¿Dónde anda el señor Estanislao?

—Stach ha ido a casa de Masko, y puede estar de vuelta de un momento a otro. ¡Cuánto se alegrará de volver a verte! Siéntate, que estarás cansada.

—Me gustaría mucho poder veros más a menudo —dijo Emilia sentándose—; pero un día de libertad es para mí una rareza. He ido a visitar a Litka. Todo está verde, y florido sobre su tumba, y los pajaritos cantan alrededor de ella.

—El otro día estuvimos también nosotros. ¡Si a lo menos Stach volviese pronto!

—También me gustaría verle. Tiene algunas cartas de Litka, que se las presté y que deseo recobrar. Pero el domingo próximo puedo volver, y entonces las retiraré.

La señora Emilia, que ya no era sino una sombra de lo que había sido, hablaba ahora tranquilamente de Litka. Su mente no estaba ocupada sólo por su propia desgracia; como Hermana de la Caridad, había aprendido a considerar los dolores y la alegría de los demás. Su tranquilidad podía ser también un efecto de la íntima persuasión de que iría pronto a reunirse con su hija adorada.

—¡Qué bonito y cómodo es vuestro alojamiento! —dijo después de un breve silencio—. Al pensar en las paredes blancas y desnudas de nuestras celdas, se me figura que estoy en un palacio encantado. ¿Recibís muchas visitas?

—No —respondió Marina—, fuera de la señora Bigiel, sólo recibimos a los señores Masko y los Osnovski.

—A esa señora la he conocido de soltera. Sé que se quería casar con el señor Kopovski, pero que su padre se opuso. Lloró mucho; pero, por lo visto, se ha consolado. Por lo demás, se puede tener por dichosa de haberse casado con el marido que tiene, aunque no lo sabe apreciar. La felicidad es una cosa muy extraña. Para conocerla, es preciso haberla perdido. ¿Sabes en qué pienso a veces? Que la felicidad se puede comparar a los ojos: un solo granito de arena que se meta en ellos, hace brotar las lágrimas.

Marina sonrió con tristeza y respondió:

—Exacto.

A esta respuesta siguió un breve silencio. Emilia miró fijamente a su amiga, y luego, poniendo, su mano encima de la de Marina, le dijo con dulzura:

—Y tú, ¿eres feliz?

La joven esposa sintió que el llanto le anudaba la garganta; pero, haciendo un gran esfuerzo, contestó con voz apenas perceptible:

—¡Si lo fuera Stach!

—¿Por qué no lo ha de ser? Litka ruega por vosotros. Solamente no me explico el por qué tienes ese aire tan triste. Sé cuán desgraciado fue por culpa tuya antes de hacerte su esposa. Fuiste muy mala y cruel con él, y esto deja siempre en el corazón una espina que punza durante toda la vida.

Por el rostro de Marina cruzó una especie de relámpago.

—¡Emilia, Emilia! —exclamó—: tus palabras son las de un sabio.

—Yo —respondió Emilia, que ahora se llamaba sor Angela—, yo soy extranjera en el mundo; pero estoy segura de una cosa: de que Litka ruega por vuestra felicidad, y que Dios la escuchará porque sois dignos de ello.

Mientras pronunciaba estas palabras se había levantado para marcharse.

Marina trató en vano de detenerla.

Después de haber acompañado a su amiga hasta el re llano de la escalera, volvió a ocupar su sitio de antes y se puso a pensar de nuevo.

Creía haber hallado la clave del enigma, que la tenía intranquila desde tan largo tiempo.

Si en el matrimonio no había encontrado la felicidad soñada, a ella misma lo debía; había sido cruel con Polaniecki, no se había dejado conmover por sus miradas suplicantes, y ahora ella tenía que sufrir la pena.

Nuevamente estaban a punto de saltársele las lágrimas; pero Stach podía llegar en aquel momento y no debía encontrarla con los ojos enrojecidos.

Y volvió en efecto.

Marina le habría saltado de buena gana al cuello, pero se consideraba culpable con él, y una súbita timidez la contuvo.

—¿Ha venido alguien? —le preguntó él, después de besarla la frente.

—Ha venido Emilia, pero no ha podido esperar: volverá el domingo.

—¡Qué lástima! —exclamó él con impaciencia—. ¿Sabes cuánto deseo verla, y no me has mandado llamar? Ni siquiera piensas en mí.

—Stach —contestó ella con acento en que se adivinaban las lágrimas—; te amo y pienso siempre en ti.

XL

—Ya ven ustedes, señores —decía Zavilovski en casa de los Bigiel—, que he sabido hacer una visita que tanto deseaban ustedes. Al principio me miraban como si fuera una pantera o un lobo, a pesar de que me portaba como si fuese un animal domesticado; no arañé a nadie y contesté a todas las preguntas que me dirigieron como un ser racional cualquiera.

—No divague usted —le dijo la señora Bigiel—; lo queremos saber todo, desde el principio hasta el fin.

—Con mucho gusto —contestó Zavilovski—. Lo primero que hice, fue, naturalmente, llegar frente a la verja que conduce a la quinta. Se me hizo entrar en el salón donde se hallaban también la señora Masko y el señor Kopovski. Este es un verdadero Adonis; para su cabeza debería tener un estuche de terciopelo, por el estilo de los que se ven en las joyerías. El señor Kopovski *posaba* mientras la señora Osnovski y la señorita Castelli le hacían el retrato. Las dos señoras llevaban puestos largos delantales de percal sobre el vestido y estaban muy bonitas. La señora Osnovski parecía una aprendiz, mientras la señorita Castelli demostraba ya cierta práctica en el pintar.

—¿De qué se hablaba?

Zavilovski se volvió hacia Marina.

—Las señoras me pidieron inmediatamente noticias de usted, señora, y tuve el inmenso placer de asegurarles que su salud era excelente. Después se habló de retratos. Yo sostuve que la señorita Castelli había hecho demasiado pequeña la cabeza de Kopovski; pero la señorita me contestó que no había sido ella quien la había hecho tan pequeña, sino la madre Naturaleza.

—Es una señorita de talento.

—Y lo dijo en alta voz. Todos los allí presentes celebraron la ocurrencia, incluso el señor Kopovski, que debe ser un pobre infeliz. Durante la conversación manifestó que no tenía su semblante acostumbrado porque había pasado muy mala noche y que en aquel preciso momento se sentía con ganas de echarse en los brazos de Orfeo.

—¿De Orfeo?

—Así lo dijo; y el señor Osnovski le hizo notar, sin andarse con miramientos, la equivocación que había padecido; las señoras, después de haberse divertido un rato a costa del pobre hombre, siguieron pintando. La señorita Castelli es más artista que *dilletante* y el retrato que está pintando promete tener mucho parecido, a pesar de la extrema belleza del original. Me dijo que pinta con preferencia los retratos, que estudia todas las caras como si fueran otros tantos modelos, y que, cuando se le presenta una cabeza interesante, hasta la sueña de noche.

—Si es así, no tardará usted en aparecérsele en sueños y querrá hacer su retrato —observó Marina—. ¿No le ha hablado usted de eso?

—No, a lo menos de una manera directa.

—¿Y el tomo de las poesías de usted, se ha publicado ya? —le preguntó Marina.

—Hace ya mucho tiempo que habría visto la luz —contestó Zavilovski—, si no hubiese añadido últimamente una nueva poesía, lo cual ha retardado la publicación.

—¿Y qué título lleva la nueva poesía?

—*El lirio*.

—Y ese lirio, ¿quién es? ¿Lineta?

—No, señora, no es Lineta.

Marina se puso repentinamente seria. Adivinó en seguida que la poesía se refería a ella, y la idea de tener un secreto en común con Zavilovski, le produjo una impresión desagradable.

Por vez primera comprendió la falsa posición en que hasta la esposa más honrada puede hallarse, cuando empieza a no ser indiferente a un hombre; y por vez primera experimentó un sordo sentimiento de cólera contra Zavilovski, que con su nerviosidad de artista le había puesto en tan embarazosa situación.

El joven poeta había sospechado el efecto producido por su respuesta y tomó la cosa por el lado trágico. Se imaginó que Marina no sólo lo despreciaría sino que hasta le prohibiría que la volviera a ver, y en un instante convirtiéndose el mundo para él en un valle de dolor. Tenía un temperamento verdaderamente artístico, lleno de entusiasmo, de fantasía y de sensibilidad. Era tan débil como una mujer, y, al igual que ésta, tenía necesidad de atenciones y de cariño. Como la mayor parte de los artistas, sentía necesidad de un ideal que agujoneara su actividad. Un ideal puro, desprovisto de todo segundo fin, en una palabra, una mujer que le inspirara: tal era Marina para él. ¿Por qué tendría que dejar de adorar en ella ese ideal suyo, por qué no había de soñar más en ella, ni volver a cantarla jamás en

sus poesías? Una cosa debía hacer para conservarla: aprender a saber dominarse y a fingir.

—Fingiré que estoy enamorado de la señorita Castelli —se dijo a sí mismo—; de esta manera la señora Polaniecki me devolverá su confianza. En esto estriba mi salvación y, por consiguiente, lo tengo que hacer.

Marina, mientras volvía a casa con su marido, no podía dejar de pensar en aquella poesía, *El lirio*. Por una parte tenía curiosidad por leerla; por otra sentía una especie de angustia. Pensaba en los medios de librarse de semejante situación, insoportable para ella.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo al fin, volviéndose a su marido—. Que una señorita como Lineta sería muy a propósito para Zavilovski.

—Quisiera saber por qué tú y tus amigos os habéis metido en la cabeza casar a Zavilovski con aquel palo, que puede perfectamente servir para aguantar sarmientos —le contestó Polaniecki.

—No es que yo tenga mucho empeño en ello —replicó Marina—, sino que, sencillamente, la idea de Anetka me ha parecido muy buena. Y ella pone en juego todos sus cinco sentidos para lograrlo.

—Esta mujer es una loca. Desconfío mucho del corazón de esa señora; estoy convencido de que lleva un segundo fin. La señora Osnovski, antes de hacer una cosa cualquiera, empieza por pensar en ella misma. Aquí hay gato encerrado, y, si quieres que te hable con franqueza, esas señoras me inspiran poca confianza.

La conversación fue interrumpida por Masko, que pasaba en carruaje en el preciso momento en que los dos esposos llegaban a su casa.

Masko se acercó en seguida a Marina para saludarla, y luego volviéndose a Polaniecki, le dijo:

—Me alegro de haberte encontrado. Mañana parto y estaré ausente algunos días. Como hoy es el vencimiento, te traigo el dinero.

Polaniecki invitó al joven abogado a que subiera a su despacho. Llegados allá le dijo:

—¿De modo que van bien los negocios?

—Muy bien —contestó Masko—. Te traigo, además, los intereses que te debo sobre el capital. Y me harás el obsequio de extenderme un recibo.

Cuando Polaniecki se lo hubo firmado, Masko continuó:

—Ahora tengo que hablarte de otra cosa. Te vendí el bosque de Kerzemien, pero con la condición, que supongo no habrás olvidado, de poder rescatarlo, devolviéndote su importe y abonándote los intereses. Espero que no tendrás nada que decir; y yo, por mi parte, no puedo menos de darte las gracias por el importante servicio que me prestaste. Siempre estaré dispuesto a devolvértelo. Si en cualquier ocasión necesitas de mis servicios, puedes dirigirte a mí sin cumplidos. Ya sabes que soy agradecido.

—Este mequetrefe parece como si quisiera favorecerme con su protección —pensó Polaniecki.

Y de seguro habría expresado en alta voz este pensamiento si no se hubiese hallado en su casa; pero se limitó a contestar:

—Estas cosas yo las considero lisa y llanamente como asuntos de comercio y, por consiguiente, no me lo tienes que agradecer.

—Y yo aprecio esta manera que tú tienes de tratar los asuntos comerciales —declaró Masko con aire de benevolencia.

—Por lo visto está navegando viento en popa —repuso Polaniecki—. Y dime, ¿cómo anda el pleito?

—Mi contrincante, el defensor de los Institutos Benéficos como a herederos legítimos de la señorita Ploszovski, es un joven abogado llamado Sledz (1). ¿Verdad que es un nombre encantador? Lo pagaré bien para que resulte un buen arencue. ¿Quieres saber algo del pleito? Pues se presenta de una manera muy favorable para nosotros. En cuanto haya terminado este asunto, cierro mi bufete y me retiro definitivamente a Kerzemien.

—¿Con los bolsillos llenos?

—Sí, muy llenos. Estoy cansado de ejercer mi profesión, y ya que nací en el campo, quiero terminar mis días allí. Mañana, como te he dicho, me marchó, y durante mi ausencia os recomiendo a mi mujer, que está sola, por haberse marchado a Viena su madre. También rogaré a los señores Osnovski que la hagan compañía alguna vez.

—¿Les conoces de mucho tiempo?

—Sí; la señora es muy rica. Siendo joven heredó de un tío suyo; desde entonces tenía la pretensión de pasar por una persona de talento y por unia alma de artista. Se enamoró de Kopovski, que ahora también es visita de su casa.

—¿Y la señora Bronicz y su sobrina Castelli?

—La señorita Castelli es un tipo que gusta más a las mujeres que a los hombres. Kopovski ha aspirado siempre y aspira todavía a casarse con ella, y... En cuanto a la señora Bronicz, una vez la acompañó el Kedive en persona a visitar las pirámides de Egipto; el difunto rey de España, don Alfonso, la saludaba cada día en Cannes con estas palabras: *Bonjour, madame la Comtesse*; en el año cincuenta y seis, De Musset le escribía poesías y Moltke pasaba horas enteras conversando con ella, sentado encima de un baúl en los baños de Carlsbad. Con la imaginación conoce todas las testas coronadas de la tierra. Desde que la señorita Castelli dejó de ser una chiquilla, todos estos hechos no los refiere como acaecidos a ella misma, sino que los endosa a su sobrina, secundada por la señora Osnovski. El señor Bronicz murió repentinamente hace cosa de seis ¡años. Nunca se ha podido averiguar de qué enfermedad murió, porque la señora Bronicz, cada vez que se le pregunta sobre este particular, sale con una enfermedad nueva. Ahora ya sabes tanto como yo. *Vanity fair!* Adiós; en caso necesario, ya sabes a quién dirigirte; tendré una verdadera satisfacción en poder servirte.

Dicho todo esto, Masko estrechó con suma cordialidad la mano de su amigo y salió.

—Sólo faltaba que me dieras unas palmaditas en la espalda en señal de protección. *Vanity fair!* Este sí que es pícaro y prudente; ni siquiera se da cuenta de su propia vanidad. ¡Qué lástima! Estaba en buen camino para ser sencillo y natural. En cuanto ha pasado el mal tiempo, el diablo ha vuelto a apoderarse de él. Vaskovski está muy acertado cuando habla de la vanidad y de los comediantes; y, la verdad sea dicha, estos hombres son los que hacen fortuna.

(1) Sledz: *sardina*.

XLI

Al fin se había publicado el primer tomo de las poesías de Zavidovski. Era una colección de composiciones poéticas resplandecientes de fuerza y de verdad. El lenguaje era castizo, armoniosos los versos y su forma exquisita. El éxito creció de día en día, el murmullo se transformó en gritos de aplauso. En todas partes se oía su nombre, todo el mundo hablaba del nuevo astro que surgía. El viejo y rico Zavidovski, el padre de la señorita Elena, que había tenido la costumbre de decir que, en el mundo hay dos grandes plagas, la gota, y los parientes pobres, ahora, cuando le preguntaban si el joven poeta era pariente suyo, respondía:

—*Mais oui, mais oui, c'est mon cousin.*

Y esta confesión producía gran efecto en ciertas personas, y sobre todo en la señorita Bronicz. Ahora, hasta la señora Osnovski y la señorita Castelli, no se admiraban ya de las corbatas de mal gusto que usaba Zavidovski, y que, por el contrario, debían ser consideradas como muestra de originalidad. Lo único que les disgustaba era el nombre de Ignacio, que era el patronímico del poeta, porque hallaban que no era a propósito para un gran artista; pero cuando el señor Osnovski les hubo manifestado que Ignacio quería decir *ardiente*, disipóse su desagrado.

No era solamente en casa de los Bigiel y de los Polaniecki donde reinaba una íntima alegría por el ruidoso éxito que había alcanzado el tomo de poesías, sino que hasta los compañeros de trabajo estaban entusiasmados y orgullosos de tener por colega a un hombre que había conquistado tanta celebridad.

Bigiel pensó que ahora quizá no se contentaría Zavidovski con el humilde destino que desempeñaba en la casa Polaniecki y Compañía; pero, cuando le interrogó sobre este particular, el joven poeta le contestó:

—¿Por qué no he de estar contento de mi destino, querido señor Bigiel? ¿Porque la gente habla de mí, he de renunciar a mi empleo y abandonar a mis colegas? De no haber estado colocado, jamás hubiera encontrado un editor, y mis poesías no se habrían impreso todavía.

Nada podía contestarse a tales argumentos, y el joven poeta continuó en el despacho de su destino y frecuentando las casas de Bigiel y de Polaniecki.

Después de la aparición del tomo de poesías, Zavidovski dejó transcurrir ocho días sin presentarse en casa de los Osnovski, como si hubiera cometido una mala acción; pero, instado por las señoras Bigiel y Marina, una noche se decidió a hacerles una visita, llegando en el preciso momento en que las señoras se disponían a salir para ir al teatro. Al verle decidieron quedarse en casa; pero luego acordaron ir juntos al teatro.

Durante la representación, Zavidovski y Lineta ocupaban la delantera del palco, hacia el cual se dirigieron todas las miradas tan pronto como se supo quién lo ocupaba.

La señorita Castelli, que sabía muy bien que era hermosa, comprendió que aquellas miradas no iban tan sólo dirigidas a ella, sino que además las provocaba la curiosidad de saber quién era la señora de cabello rubio hacia la cual se inclinaba el poeta para hablar. De vez en cuando miraba ella a su compañero de palco para examinarle, y se decía que, sin aquella barbilla saliente, habría tenido un perfil magnífico, pero que el mentón se habría podido ocultar fácilmente

dejándose crecer el pelo. En esto había entrado en el palco el hermoso Kopovski para saludar a Lineta.

—¡Ah! ¿Usted hace versos? —dijo después, volviéndose a Zavidovski—. Yo los leería de muy buena gana, pero, ¿qué quiere usted? en cuanto empiezo a leer poesías mi imaginación vuela a otras regiones.

Terminada la función, Zavidovski, accediendo a las vivas instancias de la señora Osnovski, tuvo que acompañar a su casa a las señoras, y quedarse luego a tomar el té.

—Es usted muy malo, un hombre muy malo —exclamó la señora Osnovski en cuanto se hallaron reunidos en el salón—; tenga usted en cuenta que, si le ocurre algo a Lineta, pesará esto sobre su conciencia de usted. No duerme, ni hace otra cosa que leer sus poesías. Y lo peor del caso es que se ha apoderado del libro y no quiere abandonarlo ni un momento: «¡Es mío! ¡es mío!», grita en cuanto una de nosotras se lo quiere quitar.

—Sí; es mío —repitió Lineta con voz débil como un suspiro y colocándose una mano en el pecho, cual si quisiera defender algo oculto allí dentro.

Zavidovski sintió que se le estremecían los nervios y miró con visible asombro a la joven.

Era tarde ya cuando volvió a su casa. Al pasar por delante del domicilio de Polaniecki, notó que las ventanas estaban iluminadas aún. A consecuencia del teatro y de la velada pasada en casa de los Osnovski, sentía una especie de embriaguez; pero a la vista de aquellas ventanas iluminadas volvió en sí. La pura adoración que tributaba a Marina despertóse en él más fuerte que nunca. Había llegado a ese grado de exaltación mental por el cual duermen todos los sentidos y el hombre no está ya formado de carne, sino únicamente de alma.

Ardía aún la luz en la habitación de Polaniecki porque había acaecido algo que a Marina le había parecido como una señal visible de la divina misericordia.

Al anochecer, después del té, estaba sentada, como de costumbre, junto a su velador, inclinada sobre el libro de cuentas de la casa, cuando de pronto se le cayó la pluma de la mano. Una profunda palidez se extendió por su rostro, que estaba radiante de alegría.

—¡Stach! —gritó con voz alterada.

Aquel tono de voz sorprendió a Polaniecki, que se acercó apresuradamente a su mujer.

—¿Qué tiene? ¡Qué pálida estás!

—Acércate, tengo una cosa que decirte.

Polaniecki se inclinó hacia ella; ésta le cogió la cabeza entre sus manos y murmuró algunas palabras a su oído. Polaniecki se irguió como impulsado por un resorte, la miró con fijeza, y después de haberla besado tiernamente en la frente la dijo con viva turbación:

—No te conmuevas demasiado, que podría hacerte daño.

Y después de haber recorrido la estancia de un extremo a otro, y de haber besado continuamente a su esposa, continuó:

—Oye, Marina; la mayor parte de los hombres desean ante todo un hijo; pero nosotros, por el contrario, deseamos una hija. La llamaremos Litka.

Aquella noche ni él ni ella pudieron conciliar el sueño, y he aquí por qué Zavidovski había visto todavía las ventanas iluminadas.

XLII

Ocho días después la esperanza se había convertido en certidumbre. Polaniecki participó la novedad a Bigiel. Aquel mismo día, la señora de éste visitó a Marina, quien, arrojándose a sus brazos, derramó lágrimas de alegría.

—Ahora —murmuró— estoy segura de que Stach me querrá más.

—¿Cómo se entiende más? —preguntó la señora Bigiel.

—Quería decir todavía más —se apresuró a corregir Marina—. Ya sabes que yo nunca estoy bastante contenta.

—Es que si no te amara como debe, tendría que habérselas conmigo.

Las lágrimas que se deslizaban por el rostro de Marina cedieron su lugar a una dulce sonrisa. Juntó las manos en ademán suplicante y dijo:

—Quiera Dios que sea una niña, porque Stach desea una hija.

—¿Y tú?

—Yo quisiera... pero no se lo digas a Stach... yo quisiera un niño.

A la mañana siguiente, cuando Polaniecki entró en la oficina, Bigiel le saludó con estas palabras:

—¿De modo que es un hecho amigo mío? La casa tendrá un socio más: el hijo de los señores Polaniecki —aclaró, dirigiéndose a los empleados, que le miraban con ojos interrogadores.

Rodearon todos a Polaniecki para felicitarle, a excepción de Zavilovski, que, inclinado sobre el escritorio, trasladaba convulsivamente cantidades al libro mayor. Comprendiendo, empero, que su manera de obrar podría dar lugar a comentarios, a los pocos minutos se acercó a su principal, procurando adoptar un aire risueño, y estrechándole la mano, le dijo:

—Le felicito cordialmente.

Pero no se volvió a dejar ver en casa de Polaniecki; sólo un mes más tarde se encontró con Marina en la quinta de los Bigiel. Saludóla ésta con la cordialidad y bondad acostumbradas, y le habló en seguida de la señorita Castelli.

—Las señoras se pierden en conjeturas para explicarse el por qué no se deja usted ver, y ¿sabe lo que me han dicho la señorita Castelli y la señora Bronicz? Pues...

Interrumpióse de pronto y luego continuó:

—No, no puedo decirle a usted esto delante de todos; salgamos un momento al jardín.

Marina le quería hablar formalmente. La señora Osnovski le había confiado que Lineta había acabado por enamorarse del poeta, y que era preciso saber las intenciones de éste respecto a aquélla.

—Las señoras se quejan de que no va usted a visitarlas —le dijo en cuanto estuvieron en el jardín.

—Explíqueme usted, ante todo, lo que dijeron —exclamó Zavilovski.

—No sé si será conveniente. Sólo querría saber de usted si estaba enfadado con ellas. La señora Osnovski me dijo que ya varias veces Lineta ha dado a entender, con lágrimas en los ojos, que es así.

Zavilovski se puso de color de la grana y en su semblante se reflejó una profunda emoción.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¿yo enojado con la señorita Lineta? ¡Si esto es imposible!

—Me alegro mucho de que se hayan engañado, porque no tengo necesidad de convencerle de lo muy buena que es la señorita Castelli. Mi esposo tiene cierta prevención contra aquellas señoras; pero le aseguro a usted que, cuando me enteré del pesar de Lineta, no pude menos de exclamar: ¡Pobre niña!

—Y por mi parte, le confieso que su pesar me ha conmovido.

—¿Volvemos a las andadas? —interrumpió de improviso, Polaniecki, acercándose a ellos—. Las mujeres son incorregibles, Me harás un señalado favor desentendiéndote de estas cosas.

Marina trató de excusarse, pero él, volviéndose a Zavilovski, continuó:

—No quiero que mi señora se mezcle en este asunto, porque no me inspira confianza esa señora.

Zavilovski, sin embargo, volvió a su casa en tal estado de excitación, que sin ganas de dormir y sin encender siquiera la luz, se asomó a la ventana absorto en profundos pensamientos. No amaba todavía a la señorita Lineta, pero, mientras con el corazón lleno de ternura pensaba en ella, casi le parecía que estaba enamorado. Veía delante de él los ojos lánguidos y la cabecita rubia de la niña, caída sobre el pecho como una flor desprendida de su planta. Mentalmente, apoyaba su mano sobre aquella cabecita, inclinábase hacia ella, para ver si aquellos ojos cuyas lágrimas había logrado secar con sus palabras de amor, sonreían, al fin, como sonríe el cielo iluminado por el sol, después de una violenta tempestad.

Un ruido en la calle vino a arrancarle de sus ensueños. Encendió la luz, se acercó a su mesita de trabajo, y dejándose llevar de la inspiración que en aquel momento sentía, compuso una nueva poesía.

Al día siguiente fue a casa de los Osnovski. La señora Anetka le acogió con la exagerada cordialidad que le era habitual, pero él sólo tenía ojos para la señorita Castelli.

Latióle con vehemencia el corazón, al notar que a su vista habíase animado el rostro de la joven a impulsos de una interna alegría.

—¿Sabe usted lo que me figuraba? —le dijo Anetka con su acostumbrada vivacidad—. A nuestra Lineta le gusta la barba; y yo creía que usted se la dejaba crecer para darle a ella una sorpresa, y que por esa causa no se ha dejado usted ver hasta ahora.

—No, no es cierto, antes por el contrario—dijo Lineta—; preferiría que se quedara usted tal como le conocí.

El señor Osnovski, con la seriedad de un hombre que sabe sacar de apuros en el momento oportuno a un huésped, apoyó una mano en el hombro de Zavilovski y dijo:

—Quería usted ocultarse, señor Ignacio, ¿no es verdad? Pero yo sé un medio que le obligará a usted a venir aquí todos los días. Lineta va a empezar ahora mismo a hacer su retrato.

La señora Osnovski palmoteo de gozo.

—Qué pícaro es ese Jozio —exclamó—; realmente es una idea magnífica.

El rostro de Osnovski se puso radiante de satisfacción.

—¿Verdad que sí, adorada Anetka mía? —exclamó lleno de júbilo.

—Ya lo había pensado —dijo la señorita Castelli con lánguido acento—; pero temía ser importuna.

—No tiene usted más que mandar, señorita —contestó Zavilovski.

—Ahora son los días muy largos. Puede usted venir a eso de las cuatro, después de Kopovski.

En aquel momento anunciaron al señor Plavicki. Había trabado conocimiento con la señora Anetka en casa de su hija; y era un entusiasta admirador de la señora de los ojos de almendra, la cual, por su parte, no tenía escrúpulo alguno en coquetear con el viejo.

—Venga usted a sentarse a mi lado —le dijo Anetka, cuando Plavicki hubo saludado a todos los allí presentes—; en este rinconcito se está muy bien, ¿no es verdad?

—Como en el Paraíso, señora, como en el Paraíso —contestó el viejo dándose golpecitos en las rodillas, y entornando los ojos.

Zavilovski fue a sentarse al lado de la señorita Castelli y le dijo:

—Será una verdadera felicidad para mí el poder venir todos los días; pero temo hacerle perder mucho tiempo.

—El tiempo pasado en su compañía, no puede ser tiempo perdido. Yo soy quien temo, por el contrario, ser demasiado importuna. En su presencia de usted siento una especie de temor...

—Le suplico que no tenga usted temor de mí —contestó él mirándola en los ojos.

La joven se ruborizó y bajó los párpados. Después de un rato de silencio algo embarazoso, le preguntó en voz baja:

—¿Por qué no ha venido usted en todos estos días?

Estuvo tentado de contestar: «También yo estaba temeroso», mas no se atrevió a decirlo y de consiguiente se limitó a responder:

—He tenido mucho quehacer; he escrito algo.

—¿Una poesía?

—Sí, una poesía. *La telaraña*. Mañana se la traeré. ¿Se acuerda usted de las palabras que me dijo la primera vez que nos vimos, esto es, que usted deseaba ser como el sutil hilo de araña que se cierne ligera en el espacio?

—Este no se cierne por sus propias fuerzas —replicó la señorita Castelli—, y no puede remontarse sin...

—¿Sin qué? ¿Por qué no termina usted la frase?

—Sin estar adherido al ala de un águila robusta.

Dicho esto, Lineta abandonó rápida su sitio fingiendo que corría a ayudar al señor Osnovski, que trataba de abrir una ventana.

Zavilovski quedó solo; tenía una especie de niebla ante los ojos y sentía que el corazón le latía precipitadamente. La voz agrisulce de la señora Bronicz le hizo volver en sí.

—Días atrás —empezó a decir ésta—, el viejo señor Zavilovski me dijo que es pariente de usted; se lamenta de que no vaya usted a visitarle, porque él no se puede mover, a causa de la gota que le tiene clavado en un sillón. ¿Cómo es que no quiere usted reconocer a este primo suyo? Es una persona apreciable y distinguida. Vaya usted a verle; esté seguro de que le recibirá con los brazos abiertos. ¿Verdad que irá usted?

—Iré, señora —contestó el joven poeta, que en aquel instante hasta se habría arrojado al fuego si se lo hubiesen pedido—, iré para complacerla a usted.

—Es usted muy amable. Empezará usted por conocer a su prima Elena y acabará por enamorarse de ella.

—No, señora, eso no—aseguró, riéndose, el joven—; no hay cuidado.

—He oído decir que estaba locamente enamorada de aquel Ploszovski que se suicidó en Roma, y que todavía lleva luto por él... ¿Cuándo piensa usted ir?

—Mañana, o cuando le parezca a usted.

—Mañana, mañana; según tengo entendido, el señor Zavidovski y su hija tienen que partir dentro de pocos días. Y usted, ¿dónde piensa pasar el verano?

—No lo sé, señora.

—Nosotras tampoco nos hemos decidido aún —terció Lineta, que había ocupado de nuevo el sitio de antes y oído las últimas palabras.

—Queremos ir a Scheveningen —se apresuró a decir la señora Bronicz—. En estas residencias veraniegas, Lineta se ve tan obsequiada de los hombres, que a la pobrecita hasta la hacen sufrir y por eso no quiere ir. Parece increíble... Mi pobre marido, cuando vivía aún, siempre me decía... Y figúrese usted que entonces apenas tenía doce años. Pues me decía: «Ya verás qué fastidio, cuando deje de ser tan niña».

Y fue profeta.

—¿Y a mí qué me importa todo eso? —pensó Zavidovski.

Pero la señora Bronicz continuó imperturbable:

—Y esto, tanto para mí como para ella, es una desgracia... Hace dos años, o tres todo lo más, un portugués, el conde João Colimação pariente de Alcántara, se chifló de tal manera, que había para reventar de risa. Y luego aquel griego, el año pasado en Ostende, un millonario, hijo de un banquero de Marsella... ¿Cómo se llamaba, Lineta, aquel griego, aquel marsellés, sabes?

—¡Pero tía! —murmuró la señorita Castelli visiblemente contrariada.

Pero la señora Bronicz había comenzado ya y nadie habría sido capaz de echarle freno a la lengua.

—¡Ah! ahora me acuerdo —prosiguió—, Kanataropulos se llamaba, sí, era hijo del embajador francés en Bruselas.

La señorita Castelli no pudo resistir más. Tapóse las orejas y corrió a refugiarse al lado de la señora Osnovski, que seguía hablando con el señor Plavicki.

La tía, después de haber seguido con los ojos a la fugitiva, se volvió de nuevo hacia el pobre poeta, diciéndole:

—La niña se ha enfadado. Está sobre ascuas porque sabe que quiero hablar de su rapto, y yo...

Vino a interrumpirla de nuevo el señor Osnovski, que acudió en auxilio del señor Zavidovski, a petición de la señorita Lineta.

—Tía —le dijo a la señora Bronicz—, Lineta le ruega a usted que vaya un momento a su lado; tiene que decirle alguna cosa de importancia.

—Sí, sí, entendidos —exclamó la tía—; no quiere que hable de eso. Es una *chauvinista*.

—¡Qué Dios la proteja! —murmuró Zavidovski, levantándose para marchar.

Cuando se despidió de Lineta, ésta abandonó la mano largo rato en la del joven.

—Hasta mañana —dijo él, mirándole en los ojos.

—Hasta mañana: no olvide usted *La telaraña*.

—No, señorita, no la olvidaré... jamás.

El señor Plavicki salía con él. Apenas estuvieron en la calle, el padre de Marina le dio una palmada en el hombro y parándose delante de él, le preguntó:

—¿Sabe usted, joven, que pronto seré abuelo?

—Sí, lo sé —respondió Zavidovski.

—Sí sí, seré abuelo —repitió Plavicki radiante de júbilo—. Amigo mío, quiero decirle a usted una cosa: ¡es una pareja que no tiene igual!

Y echándose a reír, volvió a darle otro golpecito en el hombro, juntó los dedos de su mano izquierda, se llevó las yemas a los labios, estampó en ellas un beso, y saludando al joven poeta, se separó de él.

Zavilovski le vio alejarse, y cuando ya se hallaba distante, oyóle repetir:

—Es una pareja que no tiene ...

La última palabra de la frase fue sofocada por el canto ronco de algunos borrachos que pasaban por la calle.

XLIII

Tocaba a su término la primavera, en la época de las carreras de caballos. Los Osnovski habían ofrecido a Zavilovski un sitio en el coche, frente a la señorita Lineta. Aquellos eran para el joven poeta momentos de embriaguez. La joven, vestida de claro, con ojos risueños y con el delicado colorido de su lozano rostro, le parecía la personificación de la primavera.

Polaniecki, entusiasta por los caballos, asistía también a las carreras y casi diariamente encontraba en ellas a Zavilovski en compañía de los Osnovski y de la señorita Castelli. Interrogóle a propósito de esto y el joven contestó:

—En realidad, no estoy enamorado; los que lo están son mis ojos. Los Osnovski se marchan pronto con las dos señoras, y por lo tanto, todo pasará como un sueño.

Zavilovski no era franco. Sabía muy bien que sería algo más que un sueño.

—¿Y a dónde van la señora Bronicz y la señorita Castelli? —continuó Polaniecki.

—Se proponen pasar el verano en la quinta Osnovski.

—Pitrulov está cerca de Varsovia, no dista más de tres millas —observó Polaniecki.

Hacia ya algunos días que Zavilovski se preguntaba, no sin cierta angustia, si se le invitaría; pero cuando los Osnovski le ofrecieron que fuera a pasar algunos días en su quinta, al principio se excusó pretextando la falta de tiempo y el mucho trabajo.

La señorita Castelli, que se hallaba presente, aprovechando el momento en que se disponía a marcharse, se le aproximó y preguntóle:

—¿Por qué no quiere usted venir a Pitrulov?

—Tengo miedo —contestó mirándola fijamente—; pero no podría rehusar si me dijera usted: «¡Ven!».

La joven vaciló unos instantes y luego repitió, poniéndose roja como la amapola:

—¡Ven!

Y huyó de su lado como si se avergonzase de haberse ruborizado.

La partida debía efectuarse diez días después; durante este tiempo la señorita Lineta trabajaba en el retrato del poeta, por haberle aconsejado la señora Anetka que dejara el de Kopovski, que podía terminar en Pitrulov.

Accediendo a las apremiantes insinuaciones de la señora Bronicz, Zavidovski se había decidido al fin a hacer una visita al viejo pariente, a aquel Creso a quien jamás había reconocido. El caballero le acogió con la llaneza de un hombre acostumbrado a ser respetado. Era de facciones más bien duras, y llevaba el cabello gris cortado al rape y una larga barba completamente blanca. Cuando se presentó su joven pariente, hallábase él sentado con un pie apoyado en una silla.

—Dispénsame si no me levanto —dijo—; la gota no es muy agradable... ¿Pero qué le vamos a hacer? Es un mal hereditario. ¿No te pasa también a ti, que sientes a veces unas punzadas en el pulgar del pie?

—No —contestó Zavidovski sorprendido de semejante acogida.

—Espera, espera, ya verás cómo te viene con la edad.

Llamó a su hija y le hizo la presentación del joven poeta. Después habló de varias circunstancias relativas a la familia y le explicó el grado de parentesco que existía entre ellos. Y por último continuó diciendo:

—Yo nunca he hecho versos, porque soy demasiado ignorante; pero, por lo visto, tú te la pasas muy bien, y estoy orgulloso de que unas poesías tan notables estén suscritas por un nombre que es también el mío.

A pesar de estas corteses palabras, la visita tenía que acabar mal.

La señorita Zavidovski, una joven graciosa pero ya granada, que frisaba en los treinta años, cuyo semblante llevaba impresas las huellas de una profunda tristeza, le preguntó qué relaciones tenía.

A medida que el poeta pronunciaba los nombres de las personas con quienes se relacionaba, el viejo hidalgo iba haciendo comentarios. Cuando el joven citó a Polaniecki, dijo:

—¡Una buena familia!

Al llegar a Bigiel, preguntó:

—¿Quién?

Y luego que Zavidovski hubo repetido el nombre, añadió:

—*Connais pas.*

A la señora Osnovski la calificó con una sola palabra.

—Una mariposa —dijo.

Llegado a la señora Bronicz gruñó:

—Una bribonzuela.

Y, por último, cuando el poeta nombró, no sin cierta indecisión, a la señorita Castelli, el viejo hidalgo, que en aquel momento sufría atrozmente de la gota, hizo una mueca espantosa, y gritó:

—¡Ah! el demonio de Venecia.

El sobrino fijó en su rostro una colérica mirada, y dijo:

—Caballero, tiene usted una manera de juzgar a las personas que no me agrada poco ni mucho; por lo tanto, me retiro.

Y tomando rápidamente el sombrero se marchó.

Nada le dijo Zavidovski a la señora Bronicz; pero ésta observó que el padre y la hija le habían desagradado. Luego lo supo indirectamente de boca del viejo hidalgo, que cabalmente tenía la costumbre de llamar a la señorita Castelli con el nombre de demonio de Venecia.

—Esta vez me ha mandado un verdadero demonio —la dijo él—; por unos segundos, temí que me abriera la cabeza.

En el acento con que el viejo se expresaba, transparentábase, más bien que cólera, una expresión de complacencia, lo cual demostraba que el poeta le había sido simpático. Esto había escapado a la penetración de la señora Bronicz y, con gran sorpresa del joven poeta, díjole ella:

—Él quiere mucho a Lineta, a quien en confianza, da el sobrenombre de *demonio de Venecia* de Kraslavski; es un nombre poético. Escriba usted un par de líneas a su pariente, aunque sólo sea para calmarle.

—No, señora, no le quiero escribir —respondió Zavilovski con sequedad.

—¿Y si se lo pidiera, además, otra persona?

—Naturalmente, yo no soy de piedra.

Al oír estas palabras la señorita Castelli se sonrió, y cuando la tía se hubo alejado, dijo:

—Es raro lo difícil que se me hace el creer en la sinceridad de las personas. Cuando alguien habla de mí, exceptuando, como es natural, a mi tía, siempre me figuro que sólo lo hacen para adularme.

—¿Y en mí no cree usted? —preguntó en voz baja Zavilovski.

—En usted sí —respondió Lineta—; conozco que es usted sincero, aunque no merezco sus elogios.

—¿No los merece usted? —exclamó Zavilovski poniéndose en pie—. No olvide usted que a nadie permito que hable mal de usted, ni tan siquiera a usted misma...

La señorita Castelli se sonrió.

—Eso me gusta dijo—; pero vuelva usted a sentarse, porque, de lo contrario, no puedo pintar.

El poeta obedeció y fijó sus ojos en la joven. Leíase en él tanta pasión, tanto amor, que ésta quedó casi desconcertada.

—¡Qué modelo tan revoltoso! Vuelva usted un poco la cabeza hacia la derecha y no me mire usted así.

—No puedo —contestó Zavilovski—, no puedo.

—Pues yo tampoco puedo continuar. Esa cabeza no está en su debida posición; espere un momento.

Lineta se levantó y se acercó a él, cogiéndole la cabeza entre las manos y trató de torcerla suavemente hacia la derecha. El joven no pudo contenerse; y apoderándose de la mano de la joven se la llevó vivamente a los labios.

—¿Qué hace usted? —balbuceó la joven.

Pero Zavilovski, en vez de contestar, apretó los labios contra la mano.

Lineta se bajó con rapidez y le dijo al oído:]

—Hable usted a mi tía... mañana partimos.

En aquel momento entraron Osnovski, Kopovski y la señora Anetka. Esta última notó desde luego el subido color de las mejillas de la joven y preguntó a Zavilovski, fijando en él una mirada interrogadora:

—¿Y eso?

—¿Dónde está la tía? —preguntó a su vez la señorita Castelli.

—Ha ido a hacer una visita. ¿Adelanta el retrato?

—Sí, mas por hoy hemos acabado.

Lineta dejó el pincel, y entró en su habitación para lavarse las manos.

Zavilovski estuvo todavía allí un rato, por más que de buena gana se habría marchado en seguida, porque sentía la necesidad de hallarse un instante solo consigo mismo para poner en orden sus ideas. Sentíase penetrado de una felicidad

sin límites, al propio tiempo que de cierta angustia, porque comprendía que ya no podía retroceder, y que se había comprometido.

En cuanto Lineta apareció en la habitación, el joven poeta se despidió.

—¿No aguarda usted a mi tía? —le preguntó la joven.

—Tengo que marcharme; mañana vendré para saludarlas.

—Entonces, hasta la vista.

—Tengo algo que hacer en la ciudad y le acompañaré a usted —dijo el señor Osnovski.

Llegados a la verja del jardín, detúvose éste, y apoyando una mano en el hombro de Zavidovski, le preguntó en tono de zumba:

—¿Se ha enfadado usted con Lineta?

Zavidovski abrió tamaños ojos.

—¿Yo? ¿Con la señorita Lineta?

—Sí, ¡se han separado ustedes con tanta frialdad! Ni siquiera le ha besado usted la garrita.

Zavidovski le miraba atónito, mientras Osnovski proseguía riendo:

—He de confesarle a usted, con franqueza, que mi mujer es algo curiosa; ha estado acechando desde la puerta y ha visto lo que ha pasado entre ustedes dos. Señor Ignacio, en mí tiene usted un amigo, sé lo que quiere decir amor, y por eso puedo decirle: ¡permítame Dios que sea usted tan dichoso como yo!

Esto diciendo, tomóle la mano y la estrechó con tanta efusión que Zavidovski estuvo a punto de saltarle al cuello para abrazarle.

—¿Por qué se ha marchado usted tan de repente?

—Porque tenía necesidad de estar solo. Además, sentía cierta aprensión por la señora Bronicz.

—No conoce usted aún a la tía; ésta no desea otra cosa que ver a ustedes casados. Acompañeme usted un rato, y luego le dejaré solo. Si llega usted a ser dichoso; no olvide que esa dicha la debe a mi Anetka. Mi mujer tiene caprichos muy raros, pero es un ángel. Durante largo tiempo habíamos creído que el tonto de Kopovski se interesaba por Lineta, y esto tenía muy nerviosa a mi mujer.

Mientras iba hablando, tomó el brazo de Zavidovski, y tras una larga pausa, continuó:

—Dejemos aparte las formalidades y titeémonos, ya que tenemos que llegar a ser parientes. Ahora vete a tu casa, reflexiona sobre tus asuntos y sobre lo que tienes que decirle a la tía. Dentro de una hora estaré de vuelta para felicitar a los novios.

Zavidovski miró el sol que iba descendiendo suavemente hacia el horizonte, dando a todo el cielo tintes rosados, y aquella paz universal predispuso su espíritu para la calma. En aquel inmenso raudal de luz y de esplendor, creyó reconocer una inconmensurable fuerza distributiva de bendiciones, dirigida a la tierra para animarla. Sus labios no murmuraron una plegaria, pero su alma estaba llena de gratitud.

Frente a la puerta de la quinta echó de ver, como en sueños, la presencia del viejo servidor de los Osnovski que estaba mirando los carruajes que pasaban.

—Buenas tardes —le dijo—; ¿ha vuelto la señora Bronicz?

—No, pero creo que llegará dentro de poco.

—¿Y las demás señoras, están en el salón?

—Sí, y con ellas está también el señor Kopovski.

Como no encontrara a nadie en el salón, Zavidovski pasó a la sala inmediata, donde solía estar Lineta cuando pintaba. También esta habitación estaba vacía,

mas a través del portier del cuarto que seguía, llegaron a sus oídos voces sofocadas. Convencido de que hallaría allí a Kopovski y las dos señoras, separó un poco el portier y quedó como petrificado. Lineta no estaba allí, pero en cambio vio a Kopovski arrodillado a los pies de la señora Osnovski, y a ésta inclinada hacia él en actitud de besarle.

—Anetka, ¿no me quieres? —murmuraba Kopovski con voz apasionada.

—Sí, sí, te quiero, pero levántate —susurraba la señora Osnovski.

Zavilovski dejó caer el portier y quedó inmóvil por algunos instantes. Después, sin poder darse cuenta de lo que hacía, atravesó de nuevo la habitación, cuya tupida alfombra sofocaba el ruido de sus pasos, la sala y la antesala, y descendió la escalera.

—¿El señor se ha cansado de esperar? —le preguntó el viejo servidor, inmóvil todavía junto a la puerta.

—Sí —contestó Zavilovski alejándose precipitadamente.

Estaba como anonadado. ¿Cómo era posible aquello? ¿De modo que aquella casa, en la cual hasta entonces había creído que se albergaba la nobleza y el honor, ocultaba la mentira, la bajeza y la hipocresía y era teatro de una comedia indecorosa? ¡Y su Lineta vivía entre tanta asquerosidad, respirando aquella atmósfera envenenada! Viniéronle a la mente aquellas palabras de Osnovski... «Permita Dios que sea usted tan dichoso como yo», y se dijo a sí mismo riéndose con una risa convulsiva:

—¡Muchas gracias!

Hasta entonces había pensado en que un hombre puede verse engañado por una mujer y arrastrado por ella a la ruina; pero jamás habría creído que pudiera volverse de tal modo ciego e inconsciente como Osnovski, por quien sentía ahora una profunda compasión. De buena gana se habría aconsejado con Polaniecki y con Marina sobre lo que debía hacer, pero se hizo cargo de que aquel secreto no le pertenecía. Después de haber reflexionado largamente, se convenció o de que lo mejor que tenía que hacer era callar y sepultarlo todo en su interior.

Al llegar cerca de su casa, se encontró con Polaniecki, dando el brazo a la señora Masko. El veneno que había absorbido ejercía aún su influencia sobre él, e hizo sugerir en su mente una terrible sospecha. Mas Polaniecki, que le había reconocido a la luz de los faroles, no trataba de recatarse de él.

—Buenas noches —le dijo—, ¿tan pronto vuelve usted a casa?

—Vengo de ver a los Osnovski, y ahora quiero dar un paseíto.

—Venga usted a mi casa; acompaño a la señora y en seguida vuelvo. Hace mucho tiempo que no le ve mi mujer.

—Con mucho gusto— respondió Zavilovski.

Sentíase fatigado y afligido, y abrigaba la esperanza de que la vista del semblante dulce y bueno de Marina le tranquilizaría.

Marina le acogió con gran cordialidad, y desde luego pidió noticias de Lineta. Zavilovski la enteró del estado en que las cosas se hallaban y de que desde aquel instante se podía considerar como prometido de ella.

Mientras tanto, entró Polaniecki y casi inmediatamente después llegó la señora Bigiel con su marido, que llevaba consigo el violoncelo. Durante el té, Polaniecki empezó a hablar de Masko, que llevaba adelante con gran energía el pleito de la herencia, a pesar de que a cada paso se le presentaban obstáculos nuevos y más difíciles.

—¿Masko está todavía en San Petersburgo? —preguntó Bigiel.

—Vuelve hoy, y por eso su mujer no ha podido quedarse esta noche aquí con nosotros —respondió Polaniecki—. Al principio estaba desfavorablemente prevenido contra ella, pero ahora no dudo de que es una señora muy buena, y hasta digna de compasión.

—¿Por qué? Masko no ha perdido aún el pleito —observó la señora Bigiel.

—Siempre está fuera de casa, y la madre de la señora se halla en una clínica de Viena, para una operación de los ojos, y se teme que quede ciega. De ahí resulta que la pobre esposa se encuentra sola, sin tener persona a quien confiar sus penas.

Marina experimentaba ganas locas de participar a los allí reunidos la noticia del noviazgo de Zavilovski, pero le parecía que no tenía derecho a ello. No obstante, como después de tomado el té la señora Bigiel le preguntase al joven poeta cómo estaban las cosas, y contestara éste que se sentía muy feliz, Marina anunció que se le tenía que felicitar. Así lo efectuaron todos, estrechándole la mano.

Polaniecki hizo traer una botella de champaña «para beber a la salud del célebre poeta y de la excelente pintora».

Después Bigiel tomó el violoncelo, diciendo que la velada tenía que terminar con un poco de música. Marina se puso al piano y preludió la serenata.

La señora Polaniecki había encontrado esa paz que Dios concede a sus criaturas que se vuelven hacia El. Verdaderamente, si Dios les hubiese concedido la fuerza suficiente para doblar el corazón del hombre, ella habría influido sobre su Stach, y éste no le habría regateado toda la ternura de que era capaz y de que en otro tiempo había dado muestras a Litka. Tenía, empero, en un oculto rinconcito de su corazón, una chispa de esperanza de que él volvería a ser así, y pensaba que de todos modos ella no podría menos de dar gracias a Dios por haberle concedido un hombre de tanta actividad y de capacidad tanta, digno no sólo de amor, sino también de aprecio. Polaniecki salía a menudo, y, de consiguiente, a ella le quedaba tiempo de pensar. Ahora le parecía natural que ella le gustara menos que antes. Otras veces le rebotaba de gratitud el corazón porque Dios le regalaba un hijo que estrecharía todavía más los lazos que la unían a su marido.

Hasta la idea de la muerte, que podía ser la consecuencia del nacimiento de aquel hijo, la llenaba de turbación al pensar en el profundo dolor que su Stach experimentaría. Esta idea la conmovía en gran manera, como si su marido fuera el hombre más digno de compasión de este mundo. Nada de esto, sin embargo, le decía a él, aunque a veces le veía inquieto y angustiado, y a pesar de estar convencida de que esto era por culpa suya.

Mas en esto se engañaba, porque la causa de la conmoción de su marido era muy distinta.

Polaniecki, cada vez que se fijaba en la señora Osnovski, no podía menos de pensar en esta frase de Confucio: «Una mujer vulgar tiene tanta inteligencia como una gallina, y una mujer extraordinaria tiene tanta como dos gallinas.» En cambio, cuando se hallaba en presencia de la señora Masko, parecía que, para ciertas mujeres, esta frase, en vez de ser tenida como un ultraje, se la podía considerar como una adulación. Esta era toda apariencia, sin tener valor alguno intrínseco.

Polaniecki no experimentaba simpatía alguna por ella; ni la amaba; pero, a pesar de esto, siempre que la tenía cerca, no podía menos de experimentar una especie de fascinación completamente física, que le subyugaba, y que le obligaba a mirarla. La señora Masko no era tan cándida que no advirtiera el efecto que su

presencia producía en él, y esto agujoneaba su amor propio. Además, estaba dispuesta a no querer ver el peligro, imitando en todo al avestruz, cuando esconde la cabeza para no ver el milano que se cierne sobre él. Si no había caído todavía en la tentación, era porque él seguía luchando, porque aún se respetaba bastante a sí mismo.

Realmente, le retenía el cariño que profesaba a Marina, el respeto que le inspiraba el estado de ésta, próxima a ser madre, y, finalmente, su honradez y su religiosidad, cadenas en las cuales se debatían los instintos bestiales del hombre y les tenían encadenados. Sin embargo, no podía calcular sus grados de firmeza. Ya una vez, la tarde en que se encontró con Zavilovski, estuvo a punto de venderse. Ante la idea de que la señora Masko tenía prisa para volver a su casa, porque esperaba a su marido, sintióse dominado por un pensamiento loco e insensato.

—¡Oh! comprendo su prisa de usted —exclamó, sin poder contenerse—. Ulises vuelve al lado de Penélope, y Penélope tiene que hallarse en casa y por lo tanto...

Se detuvo temiendo casi continuar.

—¿Y por lo tanto...? —repitió la señora Masko.

Polaniecki agregó sin detenerse más a pensar:

—Precisamente hoy sentía la necesidad de estar cerca de usted.

—¡No está bien! —repuso ella en tono breve.

En este «no está bien», se encerraba todo lo que aquella mujer sentía.

Pensando en ella, y regañando a sí propio, Polaniecki regresó a su casa y encontró a Marina que estaba hablando con Zavilovski y que trataba de convencerle de que con el matrimonio no se debe esperar la realización de los sueños que se acariciaron antes de él, sino que, por el contrario, so debe pensar en el cumplimiento de los deberes que Dios nos ha impuesto.

XLIV

—¿Qué me importan a mí la señora Osnovski y sus amoríos? —dijose a sí mismo al día siguiente Zavilovski, mientras se encaminaba a casa de la señora Bronicz—. Yo no me tengo que casar con la señora Anetka.

Encontró solas a las señoras, y animado con el recuerdo de lo que había pasado el día anterior, besó la mano de la señorita Castelli.

—Yo me escabullo —dijo ésta ruborizándose.

—Quédate, Lineta —la dijo la señora Bronicz.

—No, tía, tengo miedo de ti, y de este caballero.

Lineta lanzó al joven una lánguida mirada, y escapó luego a toda prisa.

Zavilovski estaba pálido de emoción, y la señora Bronicz tenía lágrimas en los ojos.

—Conozco el objeto de su visita —dijo ésta—, porque he notado lo que ha pasado entre ustedes dos.

Zavilovski se apoderó de una de sus manos y, sin articular palabra, se la llevó a los labios.

—He vivido demasiado —continuó la señora Bronicz— para que no sepa distinguir una pasión verdadera de un simple capricho: hasta puedo decir que ésta es una de mis especialidades. Estoy convencida de que ama usted de todas veras a mi sobrina, y de que no podría usted sobrevivir si ésta no correspondiera a su cariño, o si yo me opusiera. ¿No tengo razón?

Miróla el joven, y respondió:

—Tiene usted razón, señora. No sé lo que ha pasado en mí.

—¿De modo que no me he engañado? —exclamó la señora con el rostro radiante de júbilo—. ¡Ah, querido señor Zavilovski!, a mí nada se me escapa. ¿Dónde está el hombre que pueda ser digno de Lineta? ¿Kopovski? ¡Ay, no! Usted no conoce a la niña como la conozco yo, pero a él no se la daría jamás.

A pesar de su emoción, Zavilovski se asombró de la energía con que la señora rechazaba a Kopovski, como si el primero hubiese pedido la mano de Lineta para el segundo, y no para sí mismo. Entretanto, la tía, acalorándose con sus propias palabras, continuaba:

—No, mi sobrina no ha sido hecha para Kopovski. Sólo usted puede ofrecerle lo que ella necesita. No he podido conciliar el sueño en toda la noche, porque conocía sus intenciones, y porque sabía que no iba a verme capaz de resistir a su elocuencia, como tampoco ayer lo fue Lineta.

Zavilovski no acertaba a comprender en qué podía consistir su elocuencia, tanto más cuanto que aún no había podido despegar los labios. Pero la señora Bronicz no le dejó seguir pensando sobre la singularidad de aquella frase y prosiguió:

—¿Sabe usted lo que he hecho? Lo que hago siempre en los casos graves de mi vida. He estado junto a la tumba de mi difunto marido, de mi adorado Teodoro; he rogado mucho, muchísimo, con todo mi corazón; y desde el fondo de mi alma he exclamado: «¿Debo concederle Lineta, o se la debo rehusar?» Y mi pobre Teodoro ha contestado: «Sí, se la puedes dar!» Y yo se la doy a usted, junto con mi bendición.

Un torrente de lágrimas se desprendía de los ojos de la señora Bronicz. Zavilovski se arrodilló delante de ella, y Lineta, cual si respondiera a una señal convenida, entró precipitadamente en la habitación y se dejó caer también de rodillas. La tía levantó las manos al cielo, las apoyó luego en la cabeza de los dos jóvenes en ademán de bendecirles, y exclamó con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Ya es tuya! ¡Ya es tuya! Los dos te la concedemos, Teodoro y yo...

E inmediatamente salió de la habitación, llevándose el pañuelo a los ojos.

Cuando la señora Bronicz se hubo alejado, Zavilovski tomó las manos de Lineta y la contempló largo rato extasiado. Sentóse ésta al lado del joven poeta, y sin retirar las manos reclinó la cabeza sobre su hombro. Zavilovski acercó la suya al rostro de Lineta; pero su juventud, su timidez, le impidieron besarla en los labios, contentándose con rozar sus dorados cabellos. Todo había desaparecido delante de sus ojos, no sabía lo que en él pasaba; percibía únicamente los latidos de su corazón, aspiraba únicamente el perfume de aquellos sedosos cabellos; imaginábase, en fin, que todo el mundo se había concentrado en aquel ser que estaba sentado junto a él.

Algunos días después su viejo pariente dio señales de vida. Zvilovski, que nada había hecho para reconciliarse con él, a pesar de ser éste el deseo de la señora Bronicz, recibió la siguiente carta:

«Al gato silvestre:

»Me has arañado completamente y sin razón, porque yo no quería ofenderte, y podía permitirme decir lo que pensaba, autorizado por mi edad. Te habrán dicho que yo tengo la costumbre de llamar a tu novia, hasta en su misma cara, el *demonio de Venecia*. Por otra parte, ¿cómo podía imaginarme que estabas enamorado de ella, y que pensabas hacerla tu esposa? Hasta ayer no lo supe, y ahora comprendo el por qué de tus arañazos. Como prefiero las cabezas calientes a las frías, te ruego que vengas a verme, considerando que yo no puedo ir a verte a ti, gracias a la maldita gota que me martiriza. Seguro estoy de que accederás al deseo de un viejo pariente que te aprecia mucho más de lo que puedes figurarte.»

Aquel mismo día Zvilovski fue a visitar a su pariente, quien le acogió refunfuñando, pero al mismo tiempo con tal cordialidad, que esta vez el viejo hidalgo le gustó bastante.

—Dios os bendiga a ti y a tu prometida —le dijo el tío—. Verdad es que te conozco de poco tiempo, pero ojalá que todos los Zvilovski se te pareciesen.

Y volviéndose a su hija, añadió:

—Es un muchacho simpático, ¿verdad?

Cuando Zvilovski se disponía a marchar, el viejo le dijo:

—¿Pues y Teodoro? ¿No te ha hecho alguna mala partida?

El joven poeta, que en el fondo hallaba muy cómico ese señor Teodoro, contestó riendo:

—No, al contrario, me fue muy favorable.

El tío sacudió la cabeza:

—De todos modos, ándate con cuidado, porque es un picaronazo de siete suelas.

La señora Bronicz, que se tomaba mucho interés por el viejo, porque era rico, fue aquel mismo día a verle, con objeto de darle las gracias por la buena acogida que había hecho a su sobrino.

—¿Acaso me cree usted incapaz de juzgar a una persona? —exclamó él con enojo—. ¿Quizá porque alguna vez me ha oído usted decir que los parientes pobres son una plaga, se imagina usted que iba a recibirle mal? Yo también sé apreciar a un hombre tan capaz y activo como Ignacio.

—También yo le aprecio mucho —apoyó la señora Bronicz—; ¿vendrá usted, pues, a la fiesta en honor de los novios?

—*C'est décidé*; aunque me tuvieran que llevar.

La señora Bronicz volvió a su casa henchida de gozo, y durante la comida no pudo abstenerse de hablar del espléndido porvenir que su ardiente fantasía sabía crear respecto al joven poeta.

—El anciano caballero es millonario —decía—; y está muy pagado de su nombre. No me sorprendería, por lo tanto, que nombrase heredero a nuestro Ignacio, o que crease un mayorazgo en su favor.

Nadie la contradijo. Cuando hubo terminado la comida, murmuró ella al oído de su sobrina:

—Sí, sí; serás la esposa de un noble.

Por la noche le dijo a Zavidovski:

—No le asombre el que yo me meta en todos sus asuntos, porque tiene usted que considerarme como una madre. Ahora su madre quisiera saber qué sortija escogerá usted para Lineta. No puede usted imaginarse cuán difícil es escoger bien, y escoger una cosa que satisfaga el buen gusto y la estética, sobre todo cuando se trata de objetos pequeños.

—Para la sortija escogeré piedras que simbolizen la fe, la esperanza y el amor, porque Lineta es mi fe, mi esperanza y mi amor.

—¡Magnífica idea! ¿Ha hablado de ello a Lineta?... Pero tengo que darle un consejo: en el centro haga usted engastar una perla; esto significa que la novia es una perla. Creo haberle dicho ya que el pintor Svirski le llama *la perla*, listamos, pues, de acuerdo; zafiro, rubí y esmeralda, y en el centro una perla.

XLV

Svirski que había regresado de Italia acompañando los restos del pobre Bukacki, en cuanto hubo llegado se apresuró a ir a casa de Polaniecki. No encontró más que a Marina; el marido estaba ausente de Varsovia, por haber ido a ver una quinta que quería comprar. El pintor halló a la joven esposa muy cambiada, tanto que le costó trabajo reconocerla. A su modo de ver, la encontraba aún bella, pero con una belleza muy diferente. Según él, la cabeza de la joven futura madre estaba rodeada de una mística aureola que le hacía asemejarse a las vírgenes de la escuela italiana, y, siguiendo su costumbre, expresó en voz alta su opinión.

En aquel momento se presentó Zavidovski.

—¡Ah! —dijo después que Marina le hubo hecho la presentación del joven poeta—: conozco muy bien a su prometida de usted, ha sido discípula mía.

Después de haberle estrechado la mano, continuó:

—La señorita Castelli tiene los cabellos de las mujeres del Ticiano, y la manera como lleva la cabeza la hace sorprendentemente bella. Tiene los movimientos del cisne; de seguro que usted también lo ha notado.

En los labios de Zavidovski apareció una sonrisa de satisfacción, y en un arranque de vanidad le preguntó:

—¿*La perla*? ¿Recuerda usted?

Svirski le miró sorprendido, pero luego contestó:

—Es el nombre de un cuadro de Rafael, que existe en Madrid, en el Museo del Prado. Pero, ¿por qué me ha hecho usted esta pregunta?

—Sin duda lo he oído decir a aquellas señoras —contestó Zavidovski.

—Es muy posible; en mi estudio, en Roma, conservo precisamente una copia del cuadro, hecha por mí.

Zavidovski se prometió ser más prudente en lo sucesivo y no repetir las palabras de su futura tía.

Al día siguiente por la mañana, Polaniecki fue a casa de Svirski y le encontró en mangas de camisa haciendo ejercicios gimnásticos.

—¿Cómo está usted? —preguntó dejando en el suelo las pesas—. Dispéñeme usted si estoy a medio vestir; hacía un poco de gimnasia. Ayer sentí mucho no haberle encontrado.

Después de secarse el sudor que le perlaba la frente, prosiguió:

—Aquí hace casi tanto calor como en Italia, y haciendo ejercicios gimnásticos se suda atrocemente.

—Me parece que sería preferible, para no entrar tanto en calor, que no hiciera usted ejercicio alguno —contestó Polaniecki.

Y fijándose en los nervudos brazos de Svirski, añadió:

—¡Diantre! con esos brazos se podría usted exhibir en un barracón y ganar dinero.

—Sí —respondió el pintor—, mis músculos no son despreciables. Son mi único orgullo. Bukacki solía decirme que yo pintaba como un idiota, pero que nadie se atrevía a decírmelo en mis propias barbas, porque era capaz de levantar un quintal con una mano sola, y de hacer blanco diez veces seguidas con una pistola.

—¿Y un hombre así ha de morir sin dejar herederos?

—¡Qué le hemos de hacer! Tengo demasiado miedo de tropezar con un corazón desagradecido. Si hubiese otra segunda señora Polaniecki, no vacilaría ni un instante en tomar mujer. Y a propósito, ¿qué es lo que debo desear? ¿un varón o una niña?

—Una mujercita.

—¿Y cuándo dará a luz?

—En diciembre.

—La esposa de usted es robusta, y por lo tanto, no habrá nada que temer.

—Ha cambiado mucho; ¿no le parece a usted?

—Es verdad; pero, ¡qué expresión en su semblante! Un verdadero Botticelli, palabra de honor. ¿Se acuerda usted de aquel cuadro que había en la Villa de Borghese, la *Virgen con el niño y los ángeles*? Allí hay pintada una cabeza de ángel adornada con lirios, algo inclinada, con la que tiene un asombroso parecido su mujer de usted.

Entretanto se había retirado a una habitación inmediata para acabar de vestirse.

—Me pregunta usted por qué no me caso —prosiguió diciendo—, ¿sabe usted por qué? Bukacki me dijo que tengo la lengua muy afilada, los músculos muy fuertes, y el corazón débil, y eso es cierto. Si yo tuviera una mujer como la de usted, y se hallara en estado interesante, me prosternaría delante de ella, o besaría la tierra donde ella pusiera los pies.

Polaniecki se echó a reír y contestó:

—Eso creen todos antes de casarse; pero después, la costumbre hace que se extinga la pasión.

—Confieso que no lo entiendo.

—Mire usted, en cuanto Marina se haya puesto buena, le buscará a usted una mujer a su imagen y semejanza.

—¡Magnífico! y yo la aceptaré con los ojos cerrados —dijo Svirski, reapareciendo—. Hablemos en serio. ¿Cree usted que su esposa querrá tomarse este trabajo por mí?

—El buscar esposa a los demás es trabajo que gusta a todas las mujeres. ¡Si supiera usted las maniobras que ha hecho la señora Osnovski para casar a nuestro Zavidovski con la señorita Castelli!

—Ayer vi al señor Zavidovski en casa de usted; es un joven simpático y una cabeza genial.

Aquí la conversación tomó otro giro: el sepelio de Bukacki, que debía verificarse al día siguiente y para el cual Polaniecki lo había preparado todo ya, fue el tema de ella.

XLVI

Zavidovski deseaba que la fiesta de sus esponsales se celebrase lo más pronto posible, con tanta mayor razón, cuanto que Lineta rabiaba también por exhibirse como novia a los invitados. Cuando éstos se hallaron reunidos en el salón, la joven pareja entró de bracero. Lineta estaba radiante de alegría, y Svirski la encontró tan seductora que involuntariamente suspiró. El viejo Zavidovski tenía entre las suyas las manos de la joven, y después de haberla contemplado unos instantes, dijo volviéndose a su hija:

—Que un demonio de esta especie pueda hacer perder la cabeza a un hombre, se comprende; y que se la haga perder a un poeta, se comprende todavía más, porque los poetas son de temperamento exaltado.

Después le preguntó a su sobrino:

—¿Supongo que hoy no me querrás romper la cabeza porque la he llamado demonio?

Zavidovski se echó a reír, besó a su tío, respondió:

—No, hoy no sería capaz de romper la cabeza a nadie.

—¡Qué Dios os bendiga a entrambos! —dijo el viejo, visiblemente conmovido.

Y sacándose del bolsillo un estuche, se lo ofreció a la joven desposada, añadiendo:

—Este es un regalo de la familia Zavidovski, que lo puedes llevar por mucho tiempo.

La señorita Castelli le quería besar en prueba de gratitud; pero el viejo, haciendo seña a su sobrino de que se acercara, les abrazó a entrambos. Estaba profundamente conmovido, y después de haberles besado en la frente añadió:

—Amaos y apreciaos recíprocamente.

Cuando Lineta abrió el estuche, apareció ante sus ojos un precioso broche de diamantes.

—De la familia Zavidovski —repitió el viejo con cierto tono, como si quisiera dar a entender que una señorita, al casarse con un Zavidovski, no se casaba con un cualquiera.

Pero nadie reparó en ello. Las señoras se inclinaron sobre aquellas centelleantes piedras, conteniendo el aliento en medio de una silenciosa admiración.

—Aquí no se trata de diamantes —exclamó la señora Bronicz, arrojándose a los brazos del viejo hidalgo—, sino de corazón; de usted, corazón bueno y cariñoso.

—Déjeme usted, se lo suplico —repuso tratando de esquivarla.

La concurrencia se dividió en grupos. Los dos novios fueron a sentarse en un ángulo de la sala, tan absortos en sí propios, que olvidaron a todos los demás. Osnovski y Svirski se colocaron cerca de Marina y de la señora Bigiel. Kopovski entabló conversación con la señora de la casa, y Polaniecki con la señora Masko. En cuanto a éste, trató de acercarse al viejo Zavilovski, y una vez logrado su objeto, entabló un diálogo sobre los tiempos antiguos y los modernos, tema favorito del anciano caballero, como se puede fácilmente comprender.

—¿Quién es aquella señora pálida que habla con su marido de usted y que se parece a un retrato del Perugino? —preguntó el pintor Svirski, dirigiéndose a Marina.

—Es la señora Masko, una conocida nuestra.

Svirski, después de haberla contemplado un rato más, continuó:

—Tiene el aspecto de una persona fatigada y lánguidas las facciones. Se la podría creer flaca; pero fíjese usted en sus brazos y en sus espaldas y verá usted qué magnífica conformación la suya.

Pero Marina, en vez de admirar las espaldas y los brazos de la señora Masko, estaba ocupada en mirar atentamente a su marido. De repente se reflejó en su semblante cierta inquietud.

En aquel preciso momento, Polaniecki se inclinaba hacia la señora Masko y le decía algo que Marina, naturalmente, no podía oír.

—No puede ser; sería indigno de Stach.

Sin embargo, sus ojos no se separaban de él y de ella. Polaniecki hablaba con calor y la señora Masko le escuchaba con la indiferencia acostumbrada. Marina volvió a decirse a sí misma:

—¿Qué es esto que me ha pasado por la imaginación? Halla gusto en hablar con ella y eso es todo.

El resto de sus dudas las disipó Svirski, el cual, habiendo notado la inquietud de la señora Polaniecki, le dijo:

—Ella no habla, el marido de usted debe hacer solo el gasto de la conversación, y me parece que se aburre.

A Marina se le animaron en un instante las facciones y dijo al cabo de un momento:

—Tiene usted razón; de seguro que Stach se aburre, y tanto es así, que hasta me parece que está disgustado.

¡Cuánto habría dado ella en aquel instante porque Stach se le hubiese acercado a dirigirle una palabra cariñosa! Algunos minutos después, vio realizado su deseo. Como el señor Osnovski fuera a sentarse al lado de la señora Masko, Polaniecki se levantó, y después de haber cambiado algunas palabras con la señora Osnovski, que seguía en íntima conversación con Kopovski, vino a colocarse al lado de Marina.

—¿Querías decirme algo? —le preguntó.

—¡Cosa rara! —dijo Marina—, en este preciso momento deseaba tenerte cerca, tú lo has adivinado y has venido.

—¿Ves qué marido soy yo? —repuso sonriéndose Estanislao—. Y, sin embargo, la cosa es muy sencilla; he visto que me mirabas, y temiendo que te sintieses mal, me he acercado. ¿Deseas volver a casa?

—No, me encuentro muy bien. El señor Svirski y yo estábamos hablando de la señora Masko.

—Probablemente habrá dicho pestes de ella. Él mismo confiesa que tiene muy mala lengua.

—Pues está vez no ha sido así. Admiraba sus bellas formas.

—¡Ah! En cambio la señora Osnovski sostiene que son feas, lo cual prueba que son admirables. A propósito de la señora Anetka, te tengo que decir una cosa.

Polaniecki se inclinó al oído de su mujer, y murmuró:

—¿Sabes lo que he oído en el momento en que pasaba junto a ella y a Kopovski?

—¿Algo divertido?

—Según y cómo. He oído que él tuteaba a Anetka...

—¡Stach!

—¡Tan cierto como es verdad que te amo! Él la decía: «Tú eres siempre la misma».

—Quizá eran palabras de otra persona que él las repetía.

—Quizá sí y quizá no.

—¡Qué vergüenza, Stach!

—La vergüenza ha de ser para ellos, pero no para mí.

Entretanto, la otra pareja que había sido objeto de esta conversación, medio oculta tras un enorme jarro de porcelana, llevaba casi un cuarto de hora disputándose.

—Temo que te haya oído algo: ¡eres muy imprudente! —decía Anetka a su compañero.

—Naturalmente, siempre soy culpable.

La señora Osnovski desgarró convulsivamente su pañuelo; luego, reanudando el diálogo interrumpido por ese incidente, dijo:

—Si tú supieras juzgar a las mujeres, deberías alegrarte de que haya impedido tu casamiento con Lineta. Tú no conoces el terrible carácter de esa muchacha. ¿No comprendes que si al principio te pedí que le hicieras la corte, lo hice por consideración a la gente y a mi marido? De no ser así, ¿cómo habrías podido justificar tus visitas diarias?

—Lo comprendía todo si tú fueras otra.

—No me interrumpas. Para darte ocasión a que pudieras seguir viniendo a Pitrulov, con el pretexto de que Lineta acabara por completo el retrato de Zavidovski, he procurado que el tuyo quedara por terminar. Una parienta de Jozio, Estefanía Ratkovski, vendrá más adelante y así no le inspirará celos a mi marido tu permanencia en Pitrulov. Yo misma le he escrito; es muy amable, y se creará que te quedas porque ella te gusta. Ahora vete a hablar con la señora Masko.

La señora Osnovski quedó sola, siguiendo a Kopovski con una mirada, en la cual se advertían a un mismo tiempo cólera y ternura. Había dicho la pura verdad.

Su objeto había sido, en efecto, el de estorbar que Kopovski se casara con Lineta. Ante todo, tenía que incapacitar a la señorita Castellí, y Zavidovski había sido la víctima. Sabía muy bien que la muchacha, aunque sólo fuera por vanidad, no rechazaría los homenajes de un hombre cuyo nombre se había hecho célebre.

El anuncio de que estaba preparada la cena la distrajo de sus meditaciones. Osnovski, cuyo único y constante pensamiento era poner de relieve a su esposa,

para que los demás pudiesen admirarla como la admiraba él, tuvo la malhadada idea de brindar per los novios, expresando su deseo de que Zavidovski pudiera ser tan feliz como él con su esposa. Polaniecki dirigió involuntariamente los ojos hacia la bella señora Osnovski, y observó que también ella le miraba con fijeza.

Todo género de dudas desapareció para los dos.

Ahora ella estaba segura de que Polaniecki había oído algo, y este último estaba convencido de que Kopovski no había repetido las palabras de otra persona cuando la tuteaba. La señora Osnovski adivinó, además, que Polaniecki había hablado de esto con su mujer, porque recordaba que cuando él se acercó a Marina y la habló al oído, ésta lanzó sobre ella una mirada escudriñadora. La cólera, el desdén, y una violenta sed de venganza fueron para ella el resultado de este descubrimiento. Anetka resolvió proponer que se bailara un poco, y Jozio apoyó calurosamente, como era natural, esta proposición. Exceptuando a Marina, que no podía bailar, había allí cinco mujeres jóvenes: Lineta, Anetka, la señora Bigiel, la de Masko y la señorita Zavidovski.

Osnovski, que aquella noche estaba inspirado, observó que se tenía que bailar para proporcionar a Zavidovski el medio de abrazar a su novia, cosa que hasta entonces no se había atrevido a hacer. El poeta no pudo, empero, aprovecharse de esta amable concesión, pues como en toda su vida no había bailado, no sabía mover sus pies al compás, lo cual contrarió a la señora Bronicz y a Lineta. En cambio Kopovski poseía este arte en grado superlativo, y cuando invitó a la reina de la fiesta, todas las miradas se dirigieron a ellos dos. Zavidovski, en su impotencia, tuvo que quedarse mirando cómo los cabellos de la novia rozaban las mejillas del bailarín y ver cómo se estrechaban en las vueltas del vals.

Bailaron largo rato, y tanto en las melodías del vals como en los movimientos de la joven pareja, notábase una dulce embriaguez.

Una sensación de disgusto se apoderó de Zavidovski. El vals le pareció excesivamente largo y acabó por decirse a sí mismo:

—¿Cuándo se cansará de bailar ese pedazo de bruto?

El pedazo de bruto se detuvo al fin, y en seguida fue a reunirse a la señora Osnovski.

Lineta se apresuró a acercarse a su novio, y cuando se hubo sentado le dijo:

—Baila bien; pero se jacta de ello porque no sabe hacer otra cosa. No quería, parar y yo ya no podía más. Escuche usted cómo me palpita el corazón.

—No me atrevo.

—¿Por qué no? ¿No es acaso de usted?

—¡Bien mío! —murmuró Zavidovski, tomándole una mano—. Desde hoy me tienes que tutear.

—Sí, soy tuya —balbuceó la niña.

—¡Cuánta envidia le tenía! —repuso el poeta, estrechándole la mano con pasión.

—¿Quieres que no vuelva a bailar? Me ha gustado siempre mucho, pero hoy, prefiero estar a tu lado.

—¡Amor mío!

—Yo soy una loquilla, y hasta una niña algo ligera, pero procuraré ser digna de ti. Me gusta mucho la música, y sobre todo la de baile... Hazme el favor, aguántame el pañuelo, y suéltame por un instante la mano; tengo que arreglarme algo los cabellos que se van a despeinar... Un poco de baile no es un mal, ¿verdad que no? Pero si no te gusta, no volveré a bailar: me someteré ciegamente a tu voluntad. ¡Mira qué bonita pareja! ¡qué bien bailan!

Al decir esto, le mostraba a Polaniecki que bailaba con la señora Masko.

—Baila mejor que Kopovski —continuó la joven, en cuyos ojos brillaba el deseo—.; Y qué graciosa es ella! Es preciso que baile yo también una vez con él... si tú me lo permites.

—Baila cuanto quieras, tesoro mío —contestó Zavilovski, que no creía tener para qué estar celoso de Polaniecki.

Marina miraba a su Stach con ojos llenos de tristeza. Veía la manera cómo estrechaba a la señora Masko, con los ojos fijos en su pareja, y leyó, como en un libro abierto, todo lo que en aquel instante pasaba en la mente de su marido. Oprimiósele el corazón dolorosamente; al fin se desprendía de sus ojos el velo que hasta entonces le había impedido ver toda la malicia, toda la vileza y toda la falsedad de la humana naturaleza.

De pronto, la voz de la señora Osnovski la vino a distraer de sus tristes pensamientos.

—Y bien, Marina —le dijo ésta con tono jovial—, su marido y la señora Masko, parecen haber sido creados para bailar juntos el vals... A la verdad, yo, en su lugar, estaría algo celosa... ¿Es usted celosa? ¿no? Pues yo, lo confieso, tengo mis razones para ser celosa. ¡Oh! sé muy bien que Jozio me ama; pero nuestros señores maridos, hasta cuando están enamorados de nosotras, se permiten tener caprichos, y si nuestro corazón destila sangre, ellos, o no lo notan o se hacen los desentendidos. Hasta los más buenos son "así. Jozio, sin ir más lejos, es un marido modelo, pero yo lo noto en seguida cuando pretende faltar a la fidelidad conyugal: ¿sabe usted lo que observo?

—¿Qué? —preguntó vivamente Marina.

—Cada vez que comprende que no tiene la conciencia bastante limpia, finge que tiene sospechas de los demás, y me las comunica, procurando de este modo distraer mi atención. ¡Esto hace mi buen Jozio! Es un método general, no hay que darle vueltas; todos mienten, hasta los mejores.

Dicho esto, se alejó, con la firme convicción de que se había vengado. En efecto, había conseguido por completo su objeto. Un verdadero caos reinaba en la mente de Marina, que sentía, además, una invencible postración física.

—¡Dios mío, qué mala me siento! —murmuró.

Ansiaba volver a su casa, pero en aquel momento llovía a cántaros.

—¡A mi casa, a mi casa! —repetía para sus adentros—. ¡Qué cansada estoy!

Polaniecki, que había notado algo, se acercó rápidamente a ella, y cuando observó el rostro pálido y afligido de su esposa, sintió que se despertaba en él una profunda compasión. Su buen corazón había recobrado su dominio.

—¡Vida mía! —dijo—; ya es hora de que nos vayamos a casa; esperemos únicamente a que disminuya algo la lluvia. ¿Te da miedo el temporal?

—No, siéntate a mi lado... Quizá habría hecho mejor en no venir. ¡Necesito tanta tranquilidad!

Un terror repentino se apoderó de Polaniecki. ¿Si habría adivinado lo que pasaba en su interior? A ser así, la paz habría desaparecido para siempre de su hogar.

—¡Váyanse al diablo, la sociedad y el baile! —profirió con amargo acento—. De hoy en adelante quiero quedarme siempre en casa, para cuidar a mi adorada mujercita.

Sus palabras le salían del corazón: Marina le oyó y experimentó un gran alivio.

—Ahora que estás a mi lado, me siento mejor —le dijo—. Hace un instante creí desfallecer. Anetka ha estado aquí conmigo, pero cuando no nos encontramos bien, deseamos tener cerca las personas que nos son queridas. Quizá me reñirás, pero siento la necesidad de tenerte a mi lado... porque te amo...

—También te amo yo, vida mía —respondió Polaniecki.

Entretanto, la lluvia había disminuido; pero los truenos y los relámpagos se sucedían sin interrupción y, a cortos intervalos, una claridad de un color azul pálido iluminaba las ventanas del salón.

Quince minutos más tarde había cesado el temporal y todos los invitados se retiraron.

Polaniecki, completamente preocupado por el estado de Marina, ordenó al cochero que se diera prisa. Pero ella, en su imaginación, seguía viendo juntos a Stach y a la señora Masko, y resonaban aún en sus oídos aquellas palabras de Anetka: «Todos mienten, hasta los mejores»; pero al fin, viendo la ternura con que su esposo la estrechaba contra su pecho, y las dulces caricias que la prodigó durante todo el trayecto, acabó por recobrar su primitiva tranquilidad. Habría querido confiar todas sus angustias a Stach, pero pensó:

—Si no me amara, no sería tan bueno para mí; él no conoce la hipocresía. No, hoy nada quiero decirle.

Cuando Polaniecki, cada vez más persuadido de que ella era su único amor y su única felicidad, se inclinó hacia Marina para besarla tiernamente, pensaba ella también:

—Nada le diré hoy... ni mañana.

Y apoyó su cabecita en el hombro de su marido.

XLVII

El viejo Zavilovski había invitado a Polaniecki a una entrevista, y cuando le tuvo en su presencia, le dijo:

—Ese joven me gusta, lo confieso con claridad. Su padre era un bribón redomado que no se cuidaba de otra cosa que del juego, de las mujeres y de los caballos; pero el hijo no se le parece, porque honra el nombre que lleva; en consecuencia, quisiera hacer algo por él.

—No será fácil —observó Polaniecki—; en cuanto se le hace una indicación por el estilo, la rechaza de una manera que pondría colérico al más pacífico de los hombres.

—¿De veras? ¿Según eso, es además orgulloso? —interrumpióle muy satisfecho el señor Zavilovski.

—Sí. Hace poco tiempo que está empleado en nuestra casa, pero no hemos tardado en ponerle cariño. Esto ha dado lugar a que mi socio y yo le ofreciéramos un crédito de algunos miles de rublos para atender a los gastos de su casamiento,

diciéndole que los podría devolver en el plazo de tres años, con el producto de sus poesías, pero se negó resueltamente a aceptarlo.

—¿Posee algo, quizás?

—Sí, pero no le da utilidad alguna. Poco tiempo ha supimos que su madre le dejó diez mil rublos; pero los intereses los necesita para pagar la pensión a su padre, que está recluido en un manicomio. Para él el capital es intangible, y más de una vez se ha resignado a pasar hambre, antes de tocar a él. Ahora está escribiendo algo y probablemente espera hacer frente con sus productos a todos los compromisos que está a punto de contraer.

—Tal vez lo haya hecho con ustedes porque no son de familia; pero yo soy pariente suyo.

Polaniecki sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

—Es cierto, pero nosotros le conocemos mejor y de más tiempo que usted.

El señor Zaviłovski, que no estaba acostumbrado a que se le contradijera, se acarició la barba con visible agitación. Durante toda su vida jamás se le había ocurrido tener que pensar en la manera de ofrecer dinero sin que se lo pudieran rechazar. Esta nueva situación le halagaba y le contrariaba a un mismo tiempo.

—Bien, bien; eso prueba que la nueva generación es buena, puesto que el diablo no tiene poder alguno sobre ella. Ese pícaro prefiere matarse trabajando. ¡Qué carácter! Nunca me lo había figurado. ¿Pero no habría algún medio para obligar a ese tozudo a aceptar algo?

—Quizá hallemos alguno; mas por ahora es inútil pensar en eso.

Elena Zaviłovski, que hasta entonces había estado exclusivamente ocupada en su labor y parecía no haber prestado atención alguna a aquella contestación, levantó de pronto los ojos y dijo:

—Habría un medio muy sencillo.

El viejo caballero la miró sorprendido.

—¿Cuál? —le preguntó.

—No tienes más que hacer consignar una cantidad determinada a favor del padre del señor Ignacio. Una vez quede asegurado el pago de la pensión del padre, el hijo podrá aprovecharse de lo poco que heredó de su madre.

—¡Cuán cierto es que hay Dios! Esa tiene razón —exclamó el señor Zaviłovski—. Nos estábamos rompiendo inútilmente la cabeza, y ella ha dado en seguida con lo que convenía.

—Sí, señorita —observó Polaniecki—; es el único medio. Ha tenido usted una magnífica idea.

El joven poeta, que había estado en Pitrułov, supo en seguida, por boca de Polaniecki, lo que su viejo tío había resuelto hacer a favor de su padre, y se apresuró a ir a casa del señor Zaviłovski para darle las gracias. Al principio no quería aceptar, pero el viejo le impuso silencio, diciéndole con imperioso tono:

—Cállese el loco y basta de hablar. A ti no te he dado nada; por lo tanto, ningún derecho tienes para aceptar ni para rechazar. ¡Estaría bonito que tú no me permitieras ayudar a un pariente mío pobre y enfermo!

Zaviłovski comprendió que no había medio de replicar y por consiguiente la cosa acabó a entera satisfacción de todos.

La señorita Elena manifestaba cierta benevolencia para con su primo; pero el viejo, que en el fondo del corazón estaba apesadumbrado por no tener un hijo varón, había puesto verdadero cariño en su sobrino.

La señora Bronicz, que había ido expresamente a Varsovia, le fue a visitar; y después de haber vuelto a hacer elogios de su sobrina, comenzó de nuevo a

lamentarse de que su Lineta se casara con un hombre que no poseía bienes de fortuna, con lo cual logró que saliéndose él de sus casillas exclamara:

—¿Pero a qué me viene usted con esos cuentos?... Sé perfectamente quién de los dos es mejor partido... hasta en lo que se refiere a los bienes de fortuna, ¿lo entiende usted?

La señora Bronicz, que tenía buenas tragaderas, digirió fácilmente aquella píldora y corrió a casa de Polaniecki, para decirle que el señor Zavidovski le había prometido formalmente erigir en mayorazgo los bienes que tenía en Prusia, a favor de su querido Ignacio. Claro está que éste nada sabía del futuro mayorazgo, creado por la fantasía de la señora Bronicz; únicamente notó, con gran asombro, que su posición a la faz del mundo había cambiado de improviso. Sus conocidos le saludaban con gran respeto y sus compañeros de oficina, personas sencillas y honradas, le tenían cierto respeto.

Así, por ejemplo, Masko, que al principio le trataba con cierto aire de protección, ahora, no sólo se conducía con él con una cordialidad exquisita, sino que mostraba extraordinario interés por sus poesías.

Cierto día Zavidovski habló de esto a Polaniecki, y éste le contestó:

—Masko sabe que a su tío de usted le ha dado por encariñarse con usted, y espera poder, con su ayuda, alcanzar la confianza de aquel rico caballero. A mi juicio, el pleito, que para él tiene tanta importancia, amenaza acabar desastrosamente.

Marina le preguntó cómo pasaba la vida en Pitrulov, y él le describió la magnífica quinta, las alamedas de tilos, los umbrosos jardines, el lago y el bosque de alisos que confinaba con el mar.

—Todas esas quintas —observó Polaniecki— se parecen unas a otras. Bukacki sostenía que en el campo se está bien, pero con la condición de que haya allí un buen cocinero, una rica biblioteca, una mujer inteligente y que no se tenga que pasar allí más que dos días al año; yo casi le doy la razón.

—Sin embargo —le replicó Marina—, tratas de comprar un pedacito de tierra cerca de la ciudad.

—Lo busco, para no verme obligado, como este año, a pasar el verano en la quinta de Bigiel.

—El amor al campo se despierta de improviso en mí en cuanto estoy allá —observó Zavidovski—. Por otra parte, a mi novia tampoco le gusta la ciudad.

—¿A Lineta no le gusta la ciudad? —replicó asombrada Marina.

—No, es artista por naturaleza y está loca por las bellezas naturales, y trata de hacerme abrir también a mí los ojos. No lo creería usted, ya he aprendido el *law-tennis*; naturalmente que los demás lo juegan mejor que yo, sobre todo Kopovski.

—¡Ah! ¿el señor Kopovski se encuentra en Pitrulov? —preguntó Polaniecki con tono sardónico.

—Sí —contestó Zavidovski que por la inflexión de la voz de Polaniecki había adivinado que también él estaba en el secreto.

Siguióse un silencio bastante embarazoso, porque el joven poeta había notado que Marina se había puesto colorada como una amapola.

Pero al fin se decidió a proseguir, diciendo:

—El señor Osnovski le ha invitado, porque no estaba terminado todavía su retrato. Además, en la actualidad se halla en Pitrulov una parienta suya, una tal Ratkovski, y creo que Kopovski aspira a casarse con ella.

Cuando el poeta se hubo marchado, Polaniecki, volviéndose a su mujer, le dijo:

—Ya ves que Zavidovski también ha notado algo... Sólo el pobre Osnovski continúa siendo ciego.

—Esta ciega confianza debería conmoverla y retenerla —contestó Marina—. Esto es espantoso.

—Y, sin embargo, es así. Las almas nobles premian nuestra confianza con la gratitud y las vulgares con la traición.

Estas palabras fueron un bálsamo para el corazón de Marina, porque pensó que su marido no habría podido hablar de aquel modo si hubiese tenido la intención de engañarla. Ahora ya no le daba angustia la idea de que la quinta de Bigiel, adonde tenía que ir próximamente con Stach para pasar allí el verano, estuviera cerca de la quinta de la señora Kraslavski, donde se hallaban ya los esposos Masko. Tenía de nuevo la misma confianza de antes en su marido, una confianza plena y completa.

XLVIII

La situación de Masko había vuelto a hacerse insostenible; sólo podía salvarla el buen resultado del pleito, pero era necesario esperar, y entretanto su crédito menguaba de día en día y los acreedores se hacían cada vez más insistentes.

Hacia quince días que la familia Polaniecki se hallaba veraneando en casa de los Bigiel, cuando Masko había pedido ya a su amigo que le firmara una letra.

—Querido Masko —le dijo Polaniecki—; yo siempre estoy dispuesto a ayudar a un amigo cuando está en un apuro; pero no tengo la costumbre de firmar letras. Si sobreviene la catástrofe, hallarás dinero en mi caja para que puedas emprender algo nuevo; pero ahora no. Sería llevar una gota de agua al mar. Esto a ti no te serviría de provecho alguno y a mí me perjudicaría.

Masko se dio por ofendido de esta contestación.

—Mi situación no es tan crítica como tú te la imaginas —dijo—; me hallo en un momento de apuro, y eso es todo.

Los dos amigos se separaron disgustados, el uno porque se le había rehusado un favor y el otro porque lo había tenido que negar. Marina, que había notado la frialdad con que los dos amigos se habían separado, le preguntó la causa a su marido.

Polaniecki, que necesitaba desahogarse porque estaba descontento de sí mismo, le contestó:

—Masko me ha pedido que le haga un préstamo y yo me he negado; mas ahora te confieso que lo siento; no quisiera que esto fuese la causa de su ruina.

—¿Se perdería ese dinero? —le preguntó Marina, compasiva.

—¡Quién sabe! Yo obro siempre de conformidad con mis principios; Bigiel no tiene mucho más corazón que yo.

—No hables así. Tú también eres bueno, y la prueba está en que ahora sientes haber dicho que no.

—¿Qué quieres? La idea de que un hombre a quien conozco de tanto tiempo necesita algunos millares de rublos, me ha impresionado forzosamente. Mañana Masko tiene que pagar cierta cantidad y tendrá que declararse insolvente; y las consecuencias de esto pueden ser fatales para él.

—¿Y te sería difícil hacerle este préstamo?

—No. Tengo en casa dinero suficiente... ¡Ah! —exclamó luego riéndose—; tú proteges a tu antiguo pretendiente y esto me da mucho que pensar. De todos modos, en tu mano está el decidir: a la una, a las dos, a las tres: ¿le doy el dinero?

—Sí —respondió Marina riéndose también y dirigiendo a su marido una mirada llena de amor y de gratitud—. Tienes que ir en seguida a su casa.

—Naturalmente, porque Masko se marcha mañana a las ocho.

—Haz enganchar el coche de Bigiel.

—No es menester. La noche es clara y además no está lejos: iré a pie.

Por el camino, Estanislao iba pensando:

—Marina es buena como un ángel. No tendría corazón si le fuera infiel. Dios me ha ciado una mujer como hay pocas en el mundo.

Llegado a la puerta de la quinta, Polaniecki llamó y dio su nombre al criado que había acudido.

Masko quedó sorprendido al verle.

—Dispénsame si vengo tan tarde —le dijo Polaniecki—; pero mi mujer me ha regañado porque te he negado aquel pequeño favor, y como yo sabía que partes mañana a las ocho, he venido ahora para arreglar este asunto.

En el semblante de Masko se reveló su alegría interior.

—Hazme el obsequio de entrar. Mi mujer está levantada aún.

Así diciendo, le condujo a una salita, donde hallaron a la señora Masko sentada en el sofá con un libro en la mano. A Polaniecki le fue imposible mantenerse sereno en presencia de aquella señora, y en su confusión, le apretó la mano con tal fuerza, que ella no pudo contener una mueca producida por el dolor.

—Tienes una mujer muy buena —empezó diciendo Masko—; pero la mía lo es también. La he puesto al corriente del estado de mis asuntos, y ella me ha regañado porque no le había hablado antes del apuro en que me hallaba, sosteniendo que la razón estaba de tu parte, que un acreedor tiene derecho a exigir cierta garantía, y que ella estaba dispuesta a hipotecar todos sus bienes para ayudarme.

Polaniecki miró estupefacto a la señora Masko, y luego dijo:

—Es verdad, señora, que en los negocios me gusta la exactitud; pero, ¿cómo podía usted suponer que yo quisiese exigir una garantía? Por otra parte —agregó Polaniecki sonriéndose—, su garantía de usted habría sido inútil para mí. Supongamos que hacen ustedes quiebra (parece imposible que se pueda hablar de eso con tanta tranquilidad), ¿puede usted creer, señora, que sería capaz de proceder contra usted?

—No —contestó la señora Masko.

Polaniecki tomó la mano de ésta y se la llevó a los labios.

Aunque pareciera que con este acto obedecía a un deber de cortesía, puso, empero, tanto fuego en él y sus ojos expresaron tanta pasión, que ni una declaración en toda regla hubiera podido ser más elocuente.

La señora Masko fingió no advertirlo, pero sabía muy bien que su belleza había hecho perder la cabeza a Polaniecki; comprendía que en aquel momento

triunfaba sobre Marina, de cuyas gracias y atractivos había estado siempre celosa, y su orgullo quedó plenamente satisfecho.

—Mi mamá se complace en hablar de usted —dijo de pronto—, y sostiene que se debe tener confianza en un hombre de sus condiciones.

—Espero que usted será de la misma opinión —repuso Polaniecki, mirándola fijamente en la cara.

—La confianza de ustedes tiene que ser recíproca —observó Masko con tono jovial—; voy a preparar lo necesario, y la cosa no tardará en quedar arreglada.

Polaniecki y la señora Masko quedaron solos. En el rostro de ella se retrató una especie de perplejidad, y para disimularla, hizo como que se ocupaba en arreglar la lámpara. Polaniecki se aproximó a ella, y le dijo:

—Me tendría por muy dichoso si supiera que también usted tiene una buena opinión de mí. Yo la tengo mucha simpatía, ¡mucho! Por lo menos quisiera estar seguro de su amistad. ¿Puedo contar con ella?

—Sí.

—Gracias —murmuró Polaniecki tendiéndole la mano.

La señora Masko no se atrevió a negarle la suya, y por segunda vez se la llevó él a los labios. Veláronsele los ojos y comprendió que no podía contar ya con sus fuerzas de resistencia.

En la habitación inmediata se dejaron oír algunos pasos.

—Vuelve mi marido —dijo apresuradamente la señora Masko.

En aquel mismo instante éste abrió la puerta, y, después de haber incitado a Polaniecki a que le siguiera, dijo a su mujer:

—Mientras tanto, haz servir el té; volvemos en seguida.

Firmada la letra, Masko ofreció un cigarro a Polaniecki, diciendo:

—Sí, me hallo en unos momentos muy críticos; pero esta vez también saldré a flote. Se trata únicamente de reconquistar mi crédito.

Polaniecki mascaba distraídamente su cigarro.

—¿Has pensado en el porvenir, para el caso en que perdieras el pleito? —le preguntó.

—No lo perderé —contestó el otro.

—De nada se puede estar seguro en este mundo; tú mismo has convenido en ello.

Masko inclinó la cabeza, y con los ojos fijos en el suelo y el rostro sombrío replicó:

—En tal caso, tendría que abandonar Varsovia o saltarme la tapa de los sesos, Dime, ¿conoces al viejo Zavidovski?

—Sí, pero de poco tiempo.

—Tú le eres muy simpático, porque admira a las personas que llevan un nombre distinguido y que han sabido hacerse ricos. Hasta ahora, él mismo se ha administrado su fortuna; pero se hace viejo y la gota le atormenta. Yo he hablado con él, y si por casualidad te pidiera informes alguna vez de mí, te ruego que me recomiendes. Ya comprenderás que, si llegara a ser nombrado su administrador, me habría salvado. ¿Es cierto que quiere crear un mayorazgo en favor de su sobrino?

—Así lo asegura la señora Bronicz.

—Eso sería una prueba de lo contrario, pero todo podría ser.

Levantóse Polaniecki, y los dos volvieron juntos a la sala.

—¿Ya está terminado eso? —preguntó a Polaniecki la señora Masko.

—Entre su marido de usted y yo sí —contestó éste—; pero entre nosotros dos, no.

Asustada por la audacia de Polaniecki, la señora no se atrevió a replicar, por temor de traicionar su propia turbación.

Masko, sorprendido también, preguntó:

—¿De qué se trata?

—Hace un momento, tu señora estaba convencida de que yo sería capaz de exigir una garantía, y no se lo puedo perdonar.

La señora Masko le miró extraordinariamente admirada. Aquella manera despejada y atrevida de expresarse la imponía, y halló que en aquel momento Polaniecki era muy simpático.

—Le ruego a usted que me perdone —dijo.

—No se lo puedo conceder con tanta facilidad. No puede usted figurarse cuán vengativo soy.

Sentóse a su lado y se llevó a la boca la taza de té. Su excitación iba creciendo por momentos. Acudíanle a la mente las palabras: «Vuelve mi marido», palabras que únicamente podía pronunciar una mujer que estuviera dispuesta a todo.

Antes de despedirse, le dijo a Masko:

—El camino está desierto y no llevo armas: ¿podrías prestarme tu bastón?

La estratagema le dio buen resultado. Masko se alejó, y cuando él se halló a solas con la señora, se acercó vivamente a ella y le dijo en voz baja:

—¿Sabe usted lo que pasa en mí?

Su excitación y sus miradas apasionadas no habían pasado inadvertidas a la esposa del abogado, y se sintió presa de una angustiosa inquietud.

—Sucedá lo que suceda —pensó Polaniecki.

Y aproximándose todavía más a ella, murmuró a sus oídos:

—¡La amo a usted!

La señora Masko estaba frente a él con los ojos bajos, y volvió con sequedad la cabeza a un lado, como para evitar sus miradas. Cuando aquellas palabras resonaron en sus oídos, Polaniecki respiraba con dificultad. De improviso se oyeron los pasos de Masko en la habitación vecina.

—Hasta mañana, pues —murmuró él rápidamente.

En estas palabras había casi un mandato. La señora Masko continuaba inmóvil con los ojos fijos en el suelo en el momento en que su marido decía:

—Ahí tienes el bastón. Mañana temprano parto, y no estaré de vuelta hasta la noche. Si hace buen día, espero que tú y tu señora tendréis la bondad de hacer una visita a mi mujer.

—Buenas noches —fue todo lo que Polaniecki pudo contestar en aquel momento.

Sin darse cuenta de ello, encontróse en la carretera iluminada por la luna. Parecíale que acababa de salir de un mar de fuego, y el fresco del aire libre calmó sus irritados nervios. La primera sensación que se manifestó clara en su mente fue la de que había acabado por sucumbir, y que había quemado las naves a su espalda. Verdad es que una voz interna le decía que había obrado como un miserable, precisamente él que pertenecía al número de aquellos que constantemente predicán la moralidad de costumbres, y que sostienen que sin sanos principios de honradez y de honor es imposible una vida feliz y sana. ¿Por qué, una vez, se había lanzado contra la corrupción y el desenfreno del mundo financiero y de la aristocracia, y no había tenido piedad? ¿Era acaso mejor que los

demás? No, no tenía derecho de ufanarse de la firmeza de su carácter ni de la honradez de sus principios.

Al llegar cerca de su casa notó que en las ventanas del cuarto de Marina había luz. Cualquier cosa habría dado porque Marina estuviera ya durmiendo, y por un instante estuvo a punto de seguir andando y volver en cuanto la luz se hubiera apagado. De pronto vio el rostro de su mujer apoyado contra los cristales de la ventana. Como el camino estaba iluminado por la luna, probablemente ella le había visto, y por lo tanto, juzgó conveniente entrar en casa.

—¿Por qué no te has acostado?

—Te he querido esperar —contestó Marina acercándose sonriente—. ¿Estás contento ahora que has ayudado a Masko? ¿Sabe su mujer la mala situación en que se encuentra su marido?

—Sí y no... No debe tener de ella una idea clara... Pero vamos a dormir, que ya es tarde.

—Buenas noches. ¿Sabes en qué pensaba mientras estaba sola? En tu excelente corazón.

Esto diciendo, se acercó a él y echándole al cuello los brazos, le dio un beso. Mientras correspondió al beso de su esposa, comparábase con aquel ser tan puro y sentía aún más bajeza.

No pudo conciliar el sueño. Había faltado a todos sus principios, había renegado de su creencia de que la familia fuese la base fundamental de la vida social. Ya no podía volver a proclamar en voz alta aquellos principios, porque éstos no se acomodaban con su manera de obrar. Y, además, había hecho traición a Marina. Una sola salida le quedaba, la de no volver a ver jamás a la señora Masko. Pero esto era imposible; eran muy estrechas sus relaciones de familia, y luego que esto hubiera acabado por despertar sospechas en su mujer. Subióle impetuosamente la sangre al rostro, al pensar que había declarado a la señora Masko que la amaba y que había engañado a la mejor de las mujeres.

Empezó a despuntar el día; por entre las rendijas de los postigos de la ventana entraron los primeros pálidos rayos del sol, y pudo ver la negra cabecita de su mujer descansando en las almohadas. A su vista se le oprimió el corazón.

Allí, cerca de él, descansaba tranquilamente el amor más grande, el único, el de su buena compañera, su mejor amiga, su esposa: la futura madre de su hijo.

—Su misma bondad me ayudará —dijóse a sí mismo.

Y este pensamiento le proporcionó cierta tranquilidad. Levantóse extenuado de fatiga. Ahora le atormentaba el temor de que la señora Masko pudiera confesar todo a su marido.

—¡Qué situación tan horrible! —pensó—. Muchas cosas se le pueden echar en cara a Masko, pero una afrenta semejante, difícilmente la podrá soportar. Exigirá una reparación, un duelo... y las consecuencias serán un escándalo. ¡Qué horror, si al fin y al cabo llegase Marina a conocer esta historia!

Sintió que se encolerizaba contra sí mismo y contra todo el mundo. Hasta entonces, poco se había cuidado de los demás, porque a nadie tenía que dar cuenta de sus acciones; mas ahora no podía menos de preguntarse de continuo:

—¿Lo habrá dicho o no lo habrá dicho la señora Masko?

Y durante toda la mañana no pudo pensar en otra cosa.

—¡Pero qué demonio! —exclamó al fin—, cualquiera diría que le tengo miedo a Masko.

Realmente no tenía miedo al abogado, pero lo tenía a Marina, y esto era una cosa nueva para él. Hacia mediodía, ya no pudo resistir más, y con el pretexto de

devolver el bastón mandó a un criado a casa del señor Masko con el encargo de que se enterara del estado de salud de la señora. Cuando vio volver al criado, Polaniecki le selló al encuentro y supo que la señora Masko le había entregado una carta para Marina. Mientras ella leía, él iba espiando la expresión de su semblante, con el corazón agitado; hasta que la fin le dijo ésta con tono tranquilo:

—La señora Masko nos invita a pasar la tarde con ella, junto con los señores Bigiel.

—¡Oh! —exclamó Polaniecki reanimándose.

Y pensó:

—No se lo ha dicho.

—Aceptamos, ¿verdad? —preguntó Marina.

—Como quieras... Es decir... puedes ir con los Bigiel; yo tengo que marchar a Varsovia; necesito hablar con Svirski.

—¿Quieres que rehúse?

—No, no, ve con los Bigiel. Quizá pasaré yo antes a ver a la señora Masko, con objeto de excusarme... No, será mejor que me excuses tú.

Después salió de la habitación porque sentía la necesidad de estar solo.

—No se lo ha dicho —se repitió a sí mismo con alegría—. Pues si nada le ha dicho a su marido, quiere decir que no se ha ofendido, y tan es así que hasta me ha invitado..

Polaniecki tomó aquella invitación por una respuesta a su *hasta mañana*; ahora todo dependía de él y ya no había otros obstáculos que los que su conciencia le creaba. Y experimentando un sentimiento de triunfo, se rió de sus temores de momentos antes. Sabía, por lo menos, lo que podía pensar de ella, y de esto le estaba agradecido. La facilidad con que aquella señora había condescendido, anunció a sus ojos la importancia de la posesión. Ahora que tenía franco el camino, se dio cuenta de que su repugnancia en recorrerlo había aumentado en vez de disminuir. Pensó de nuevo en el amor y en la bondad de Marina y se repitió que sólo al lado de ella podría encontrar la paz y la felicidad.

Hizo preparar el coche para ir a la ciudad. Su cansancio había desaparecido por completo, dejando el lugar a su buen humor, porque, satisfecho de sí mismo, había recobrado la confianza en sus fuerzas y en sus honrados sentimientos.

Desde que llegó aquella carta invitando a Marina, aumentó su desvío con respecto a la señora Masko, y ahora estaba convencido de que podría hablarla con entera indiferencia.

—¿Y si la fuese a ver? —se preguntó—. ¿No podría dar un significado diferente a sus palabras de ayer?

Estaba seguro de que la esposa del abogado no se sorprendería de su visita, porque después de lo que él había dicho el día anterior, debería estar persuadida de que él buscaría un pretexto cualquiera para verse a solas con ella.

Divisábase ya de lejos la quinta de la señora Kraslavski. En aquel momento pensó Polaniecki que si ofendiera o enojase a la señora Masko, ésta podría dar a entender a Marina algo que le abriera los ojos.

—¡Si tuviera el valor de entrar! —se dijo mientras el coche pasaba por frente de la verja.

E instantáneamente le gritó al cochero: "

—¡Para!

Había visto en la ventana a la señora Masko, la cual, empero, se había retirado en seguida al interior de la habitación.

En la antesala se encontró con un criado.

Mientras subía la escalera, Polaniecki sintió que las piernas se negaban a llevarle y, al llegar a la puerta que el criado le había indicado, se detuvo un instante; pero haciendo luego un esfuerzo sobre sí mismo, preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Adelante —contestó una voz reprimida.

Pasó, en efecto, y se halló en el cuarto de vestir de la señora Masko.

—Vengo —dijo, tendiéndole una mano— para darle a usted las gracias por su invitación, y para excusarme. Tengo que ir a Varsovia.

La señora Masko estaba delante de él con la cabeza inclinada y los ojos bajos, visiblemente conmovida y angustiada.

Polaniecki, que había recobrado toda su calma, lo notó, y antes de marcharse díjola con estudiada naturalidad.

—¿Tiene usted miedo? ¿De qué?

XLIX

El día siguiente, Marina recibió de su marido un billete en el cual le decía que no le esperara, porque tenía que ir a visitar una finca que le habían ofrecido. Cuando, por fin, volvió al otro día, llevaba consigo a Svirski, que hacía tiempo ya quería visitar a sus amigos en su residencia veraniega.

—Escucha —dijo Polaniecki después de saludar a su esposa—, Bucineck, la quinta que he ido a ver, confina con Jasmien, que es el campo del viejo Zavilovski. Ya puedes comprender que he ido a verle en seguida, porque sabía que estaba algo enfermo, y allí encontré inopinadamente a Svirski, que me acompañó a mi visita a Bucineck. Esta finca nos ha gustado. Tiene un bonito jardín con un estanque, y hasta un poco de bosque. Antes Bucineck formaba parte de una vasta hacienda que fue vendida a trozos por su antiguo propietario.

—A mi modo de ver, es una residencia buena y deliciosa —observó Svirski—; cuando menos, allí se encuentra mucha sombra, buenos aires y una tranquilidad infinita.

—¿Y quieres comprarla? —preguntó Marina a su esposo.

—Por ahora me contentaré, probablemente, con tomarla en arriendo. Pasaremos allí el resto del verano, y así podremos asegurarnos de si la residencia cumple todo lo que promete. El propietario lo asegura, y por eso ha consentido en el arriendo. Le habría dado señal, si no hubiese tenido intención de pedirte tu parecer.

Aunque Marina le pesaba tener que separarse de la familia Bigiel, dijo al punto que se conformaba, comprendiendo que su marido deseaba pasar el resto del verano en casa propia.

Durante la comida, Svirski contó el por qué Polaniecki le había encontrado en Jasmien, en casa del viejo Zavilovski.

—La señorita Elena me pidió si quería hacerle el retrate de su padre, expresando, empero, el deseo de que yo me trasladara a su quinta. Como el viejo tiene una cabeza muy interesante, acepté sin hacerme de rogar, y pasé en seguida a Jasmien. Desgraciadamente, nada se pudo hacer. El viejo tuvo un ataque de gota, y el médico me manifestó en confianza que el estado del enfermo era grave y no podía saber cuándo se restablecería.

—Lo siento muchísimo —dijo Marina—: el señor Zavilovski es una persona excelente y distinguida. La señorita Elena es digna de lástima porque, después de muerto su padre, quedará sola en el mundo. ¿Conoce el viejo la gravedad de su estado?

—No lo creo; es un tipo raro y de él nada se puede sacar en claro. Ahora se interesa mucho por su sobrino, y me pidió noticias de él, tan pronto como supo que yo había ido a Pitrulov.

—¡Cómo! ¿ha estado usted en Pitrulov? —le preguntó Marina.

—Ocho días, señora —respondió el pintor—. ¡Me gusta tanto la compañía del señor Osnovski!

—Y de la señora Osnovski también, ¿verdad?

—Creo haberle manifestado, en Roma, mi opinión sobre ella; y, si mal no recuerdo, le hablé a usted de ella con toda claridad.

—Es cierto, me la pintó usted muy mala. ¿Cómo siguen nuestros novios?

—Parece que son felices; he encontrado también allí una señorita, una tal Ratkovski. Es una muchacha muy agraciada: casi me he enamorado de ella.

—¿Ya estamos así? Stach me ha dicho que usted se enamora de todas las mujeres.

—Es la pura verdad, señora: me enamoro de todas, pero jamás de una determinada.

—La única manera de no casarse con ninguna —observó Bigiel.

—Exacto, señor Bigiel —asintió el pintor—, eso es; tiene usted razón de sobra. ¿Le ha hablado Estanislao de lo que hemos acordado los dos? —prosiguió volviéndose a Marina—. Le doy palabra de que me casaré, en cuanto me lo aconseje usted. Por eso desearía que conociera usted a la señorita Ratkovski. Es una criatura sencilla y tímida; hasta he podido convencerme de que posee un corazón muy tierno. Mientras me hallaba en Pitrulov, un día se presentó allí un mendigo que tenía una cabeza muy típica e interesante; tenía el aspecto de un eremita. La señora Osnovski y la señorita Castelli corrieron a buscar sus máquinas fotográficas y le retrataron en distintas posiciones, sin pensar que el pobre hombre quizá se moría de hambre. Véase que estaba flaco y abatido, y que si se prestaba a sus deseos lo hacía únicamente con la esperanza de recibir una buena limosna. Las señoras no lo notaron, o, mejor dicho, se hicieron las desentendidas, pero la señorita Ratkovski, a pesar de su instintiva timidez, les hizo observar cuánto le atormentaban y humillaban. Eso demuestra corazón y delicadeza de sentimientos.

—¿Es bonita la señorita Ratkovski? —preguntó Marina.

—No es bonita, pero es graciosa: tiene el cutis blanco y los ojos negros. Por lo demás, espero que no tardará usted en verla y que aprenderá a conocerla.

—Está bien —contestó Marina—. Dispuesta estoy a acceder a sus deseos, y dar mi opinión sobre este punto. Pero, si ésta es favorable, ¿qué hará usted?

—Pedir en seguida su mano, palabra de honor. Si me llevo chasco, si me rechaza, me voy a cazar gansos: precisamente es esta época oportuna.

—Eso es —afirmó la señora Bigiel—, o mujer o ganso, hay que pensar en una cosa u otra. De seguro que Zavidovski no se habría expresado en estos términos.

—Tiene usted razón, y no se lo envidio, no por la señorita Castelli, sino porque ya no tiene que pensar en buscar mujer.

—¿Pero qué tiene usted que decir de la señorita Castelli?

—Nada, señora; antes por el contrario, le estoy muy reconocido, porque, a lo menos, durante algún tiempo tuve ilusiones por ella. Así, pues, no quiero hablar mal de la señorita Castelli, a no ser que apele usted a mi conciencia. Pero les ruego, señores, que nada me pregunten.

—Es raro —dijo Marina, amenazando con el dedo al artista— que un hombre tan bueno tenga tan mala lengua.

—Tiene razón de sobra —apoyó Svirski—; a veces yo mismo me pregunto si soy realmente bueno, y lo soy. Hay hombres que calumnian a sus prójimos por envidia, y esto es odioso; otros lo hacen porque tienen cierta afición a la maledicencia, y esto es vulgar. Bukacki hablaba mal de los hombres para hacer gala de ingenio, y yo... yo soy, en primer lugar, un charlatán, y luego un hombre. Sondar el carácter natural de la mujer ha sido siempre mi mayor pasión, y en cuanto me hallo en presencia de naturalezas mezquinas y sórdidas, siento una repugnancia invencible y necesito desahogarme.

—¿Por qué no ha dedicado usted sus estudios a los hombres? —preguntó la señora Bigiel.

—Los hombres no me importan un comino; aunque, a decir verdad, creo que valen más que las mujeres.

Las dos señoras la emprendieron unánimes contra el pintor; mas éste se defendió denodadamente, rebatiendo sus argumentos.

—Pero, señoras mías —exclamó—, comparan ustedes a Zavidovski con la señorita Castelli: él ha seguido trabajando; por decirlo así, desde la cuna, ha sabido desembarazar su camino de todo género de obstáculos, y creó preciosas obras de ingenio, mientras que la otra, ¿qué ha hecho hasta ahora? Esa señora se asemeja a un canario en su jaula: se le da agua, azúcar y alpiste sin que se cuide de otra cosa que de acariciar sus amarillas plumas con el pico y de hacer gorjeos. ¿No es así? Nosotros trabajamos, señoras mías, y trabajamos mucho. La civilización, la ciencia, el arte, el pan, en suma todo en lo que están basados el mundo y la sociedad es obra nuestra; y todo esto importa un trabajo fabuloso. A las mujeres se las tiene alejadas del trabajo. Que esto sea una falta de nuestro sistema social, no lo sé; pero el caso es que a ellas sólo una cosa les está reservada: el amor, y, por consiguiente, deberían, a lo menos, saber amar. Ahora mírenme ustedes a mí, he trabajado constantemente. Hace veinticinco años que estoy emporcando lienzos con mis pinceles, y únicamente Dios sabe cuántas fatigas y cuántos tormentos he tenido que soportar antes de haber logrado hacerme una posición. ¿Y qué tengo ahora? Solo en el mundo, ¿qué recompensa deseo para todas mis fatigas y mis tormentos? Que Dios me dispense la gracia de concederme una mujer que me ame un poco y que agradezca mi amor. Pero tengo miedo y por eso no me he casado. De cada diez mujeres tal vez sólo una ama de veras; ¡hay pocas, muy pocas como ella!

Vino interrumpir este discurso la llegada del señor Plavicki y de la señora Masko, la cual, vestida de seda azul, ribeteada de blanco, debía parecer, a lo lejos, una mariposa. Apenas Plavicki divisó a las personas reunidas en la galería, gritó:

—He raptado a la señora Masko, y os la traigo: buenas tardes, señores; buenas tardes, Marina. Mi intención era la de venir con el coche hasta aquí, mas,

al pasar, vi a la señora asomada a la ventana, y entonces, sin detenerme a pensarlo, la he robado, y hemos venido aquí. He despedido al coche, en la seguridad de que vosotros la acompañaréis con el vuestro.

La señora Masko, después de haberse quitado el sombrero, firmó que realmente el señor Plavicki la había robado, porque ella estaba empeñada en quedarse en casa a esperar la vuelta de su marido. El padre de Marina la dijo, como si quisiera tranquilizarla:

—Su marido de usted no llevará a mal este paseo a solas conmigo. Aquí no estamos en la ciudad, donde la gente hace un mundo de nada, sino en el campo, donde no se tiene la obligación de observar una rígida disciplina. Por eso es que yo prefiero el campo.

—Si usted prefiere el campo, ¿por qué pasa el verano en la ciudad? —le preguntó Bigiel.

—Yo quería ir a Karlsbad, para...

E interrumpiéndose de pronto, mirando en torno suyo, como si quisiera dar a entender que no podía continuar por estar presentes las señoras, pues en aquel *pera* había de por medio la pequeña zarpa de una mujer; poco después continuó:

—¿Merece esta vida mía que la prolongue por unos cuantos años? ¡Para lo que me queda que vivir!

—Eso es —exclamó con tono jovial Marina—: si papá no quiere prolongar su vida yendo a Karlsbad, vendrá a nuestra casa a beber agua del pozo de Bucineck.

—¿Qué Bucineck es ése? —preguntó Plavicki con marcada curiosidad.

—¡Ah! es verdad. Hay que darle a conocer la *granel nouvelle* —repuso la señora Polaniecki.

Y le refirió a su padre todo lo relativo a su nueva residencia de verano.

La señora Masko miró llena de asombro a Polaniecki, y le preguntó:

—¿De veras quiere usted abandonarnos?

—De veras —contestó éste.

—¡Ah!... —murmuró.

Y fijó de nuevo en Polaniecki una mirada interrogadora, como si le preguntará qué significaba aquella resolución que no acertaba a comprender; pero, habiendo observado que él no reparaba en ella, entabló con Marina un diálogo sobre cosas indiferentes.

Nadie, a excepción de Polaniecki, advirtió el desastroso efecto que había causado en la señora Masko la noticia del traslado a Bucineck. Ni por un instante le cupo duda a ésta de que ella no era la verdadera causa de esta decisión, y su semblante, habitualmente frío, se puso glacial. Sintióse dominada por un sentimiento de profunda humillación y de cólera al mismo tiempo, por el proceder de Polaniecki. Estanislao no debería haber hecho eso aunque no fuera más que por el miramiento que todo hombre de cierta posición social debe tener siempre con una señora. Esta falta de respeto era lo que la afligía, aún más que la partida de Polaniecki.

Generalmente, las mujeres que menos derecho tienen a ser respetadas, son las que pretenden que se las tenga mayor respeto, porque tienen absoluta necesidad de él para engañarse a sí mismas.

Por fin la señora de Masko trató de persuadirse de que la cosa no era quizá tal como ella se la imaginaba, y que tal vez un coloquio o una simple palabra de explicación habría vuelto a poner las cosas en su lugar. En la persuasión de que Polaniecki sintiera la necesidad de hablarle, se decidió a proporcionarle la ocasión,

y al efecto, cuando, después «del té, se levantó para marcharse, dijo fijando en él una mirada:

—Ahora sí que he de rogar que uno de esos señores me acompañe.

Polaniecki se levantó con aire displicente: sus ojos parecían querer decirle:

—Si quiere usted saber la verdad, estoy dispuesto a manifestársela.

Pero la señora Bigiel debía desbaratar todos sus planes, pues después de haber mirado la luna que brillaba radiante en el cielo, dijo:

—Es tan hermosa la noche, que la acompañaremos todos.

Así se hizo. El señor Plavicki, que aquella noche se consideraba obligado a ser el caballero de la señora Masko, le ofreció el brazo con estudiada galantería, y durante todo el camino estuvo entretenido en animada conversación con ella, de manera que Polaniecki, que daba el brazo a la señora Bigiel, no pudo hacer más que darle las buenas noches una vez llegados frente a su quinta.

En el apretón de manos que acompañó al saludo, expresábase, sin embargo, todo lo que ella quería preguntar.

L

Una mañana, mientras todos los moradores de Pitulov se hallaban reunidos para el té, llegaron cartas con orla negra, y dirigidas la una a Zavilovski y la otra al señor Osnovski. Las señoras tenían, naturalmente, fijas sus miradas llenas de curiosidad y de aprensión en los dos lectores, los cuales, después de haber sacado las cartas de los sobres, que venían abiertos, exclamaron casi a un mismo tiempo;

—¡El señor Zavilovski ha muerto!

La noticia produjo una impresión profunda. La señora Bronicz parecía haber perdido por completo el uso de la palabra.

—Yo le conocía de poco tiempo —dijo Zavilovski, siendo el primero en romper el silencio—; antes estaba predispuesto contra él, pero ahora lo lamento con toda sinceridad, porque sé que era un hombre excelente.

—Y te había puesto cariño —observó Osnovski—; he tenido pruebas de ello.

Entretanto, la señora había vuelto en sí de su estupor. Decía que ahora se vería cuán generoso corazón poseía aquel anciano caballero.

—También quería a Lineta —añadió—, y quien quiere a Lineta no puede ser un hombre malo. Él me recordaba a mi pobre marido, con la diferencia de que Teodoro era tan afable como rudo Zavilovski; pero ambos poseían la misma alma noble y buena. Tú, hija mía, alerta —prosiguió dirigiéndose a Lineta—; ya sabes que la más pequeña emoción que el más insignificante pesar te conmueven demasiado; así, pues, esta vez no te dejes dominar por tu natural sensibilidad.

Zavilovski, pensando que Lineta y él habían sido heridos por vez primera por un solo dolor, tenía entre sus manos las de la joven y se las cabría de ardientes besos. Únicamente a Kopovski le produjo la noticia un efecto singular: al principio estuvo unos instantes muy pensativo, y mirando al techo, como si de pronto

hubiera comprendido la fugacidad de las cosas terrenales; y luego, después de lanzar un suspiro, dijo:

—Tendría curiosidad por saber qué hará la señorita Elena de todas aquellas pipas que «ha dejado».

Pero nadie puso atención en estas palabras, en primer lugar porque Zaviłovski estaba completamente absorto en la lectura de una carta de Polaniecki, en la cual éste le avisaba de la muerte de su viejo pariente, y en segundo lugar porque las señoras se ponían de acuerdo con los Osnovski para asistir a los funerales.

Decidieron trasladarse en seguida a la ciudad para ponerse las ropas de luto y pasar al día siguiente a Jasmien.

Apenas llegado a Varsovia, Zaviłovski se fue a ver a Polaniecki, a quien creía encontrar en su casa; pero el criado le anunció que acababa de salir para Jasmien, en cuyas inmediaciones había alquilado, hacía poco tiempo, una quinta. Así, pues, luego de hacer las compras más precisas, se encaminó a la morada de los señores Osnovski, para pasar la velada con su novia. Al llegar a la antesala quedó sorprendido oyendo que alguien tocaba en el piano un vals de Strauss. En la habitación inmediata halló a la señora Bronicz y a la señorita Ratkovski, y les preguntó quién era la que tocaba.

—Lineta, con el señor Kopovski —contestó la señorita Ratkovski.

—¿El señor Kopovski está aquí?

—Ha llegado hace un cuarto de hora.

—¿Y el señor Osnovski?

—Está fuera todavía para las compras.

Por vez primera Zaviłovski experimentó una impresión desfavorable ante la conducta de la señorita Castelli. Comprendía perfectamente que la muerte del viejo caballero no podía afectarle mucho; sin embargo, le pareció que no era aquel el momento más oportuno para tocar un vals a cuatro manos con Kopovski. La señora Bronicz adivinó en la expresión del rostro de Zaviłovski lo que pasaba en su interior, y con tono meliflúo le dijo:

—Me pareció que Lineta estaba tan abatida y triste, que la he pedido que tocara un poco con el señor Kopovski. Nada la calma tanto como la música.

Habiendo Lineta dejado de tocar, inmediatamente después de la llegada de su novio, desapareció en seguida del rostro del joven poeta la impresión desagradable que aquel incidente le había producido. Ofreció el brazo a Lineta y la condujo a la sala donde ésta había principiado su retrato. En la semioscuridad del crepúsculo, dieron una vuelta por aquella habitación, cada uno de cuyos ángulos despertaba en el enamorado un grato recuerdo.

—¿Te acuerdas —dijo a Lineta— de cuando me agarraste la cabeza tratando de hacérmela ladear un poco, porque en aquella posición no pedías continuar el retrato, y que por primera vez me atreví a besarte la mano, y tú me dijiste que hablaba como si hubiese perdido la respiración, como si hubiese perdido los sentidos?

—Estabas pálido como un muerto —observó Lineta.

—¿No era natural eso? Mi corazón amenazaba dejar de latir, oprimido por la emoción. Porque yo te amo con locura, con un amor sin límites.

La señorita Castelli levantó los ojos hacia él, y luego dijo:

—¡Qué singular es todo eso!

—¿Qué?

—Se empieza no más que para probar, lo mismo que un juego que se va continuando, hasta que, cuando menos se piensa, cae la trampa.

—Y la trampa ha caído —observó Zavilovski, estrechando contra su pecho la mano de Lineta—, y yo tengo mi prenda y ya no la suelto... ¿Me quieres?

—Ya lo sabes.

—Dime que sí.

—Sí.

Volvió a estrechar con vehemencia la mano de la joven contra su corazón, y luego, con voz alterada y trémula por la inmensidad de su cariño, la dijo:

—Tú no puedes formarte una idea de lo dichoso que me hace esta breve palabra: te lo juro, no puede tener una idea de ello. ¡Y no sabes cuánto te amo! ¡Eres mi mundo, mi vida, mi todo! Sin ti, me moriría.

—Ven, sentémonos —murmuró Lineta—; estoy cansada.

Tomaron asiento uno al lado del otro, y reinó entre los dos un profundo silencio.

—¡Cómo tiembles! —murmuró la joven con voz trémula, porque también ella se sentía conmovida, fuese por la proximidad de él, o bien porque se sintiera arrastrada también ella por aquel torrente de pasión.

Su respiración se había hecho rápida y difícil; luego, después de haber cerrado los ojos, se aproximó todavía más a su novio y le ofreció los labios.

Cuando Zavilovski volvió a su casa, su habitación de soltero le causó la impresión de un cuadro vacío y desierto, de una tienda de campaña que puede desmontarse en un instante. Nuevamente sintió cuánto amaba a Lineta; conoció que no podía ni quería vivir sin ella.

LI

Los funerales del señor Zavilovski se efectuaron al día siguiente, sin que fuera muy numeroso el acompañamiento. Los propietarios de las fincas circunvecinas, en su mayor parte personas ricas, pasaban el verano en el extranjero y acaecía por igual razón lo mismo con los contados amigos que el difunto hidalgo tenía en Varsovia.

La señorita Elena seguía al féretro con el rostro inundado de lágrimas, pero sin perder su habitual expresión tranquila e impassible. De regreso del funeral, refirió la muerte de su padre, con un tono tal, como si esto hubiese acaecido un mes antes.

Volviéndose después al joven Zavilovski, le dijo:

—Hablaba con frecuencia de usted, y una hora antes de morir me pidió que enviara un expreso a Bucineck, a casa de los señores Polaniecki, para que le dijeran a usted en seguida que tenía absoluta necesidad de hablarle. Mi padre le apreciaba a usted mucho, muchísimo.

—Señorita —repuso conmovido Zavilovski, besándola la mano—, también yo siento muy vivamente su pérdida.

Era tan conmovedor el tono con que el poeta se expresaba, que los ojos de la huérfana se llenaron de lágrimas, y la señora de Bronicz prorrumpió en fuertes sollozos, y seguidamente habría caído desmayada, si la señorita Castelli no se hubiera apresurado a aplicarle a las narices un frasquito de sales.

Marina, que no había intervenido en los funerales, porque su marido se lo había aconsejado por el estado en que se hallaba, había llegado en aquel instante, y propuso en seguida a la señorita Elena y a las señoras de Pitrulov que fuesen a pasar algunos días en su quinta de Bucineck. Polaniecki apoyó la proposición de su esposa; pero la señorita Zavilovski la agradeció, mas no quiso aceptarla, diciendo que tenía por compañía a su vieja ama, y que, especialmente en los primeros días, no quería abandonar los lugares donde había muerto su padre. En cambio, las señoras de Pitrulov aceptaron inmediatamente la proposición, y en especial la señora Bronicz, que tenía vivos deseos de hallarse a solas con Polaniecki, en la creencia de que éste sabría algo de las últimas disposiciones del difunto. Marina, que había observado con suma atención a la señorita Ratkovski, la hizo entrar en su propio carruaje, y aquellas dos jóvenes simpatizaron en seguida. En los tristes ojos de la señorita, en la expresión de su rostro, en todas sus maneras había una atracción inexplicable, que la señora Polaniecki, de buenas a primeras, la juzgó una naturaleza tímida y poco expansiva, pero dotada de nobles y delicados sentimientos. Por su parte, la señorita Ratkovski, que estaba ya muy favorablemente prevenida en favor de Marina, por lo que de ella le había dicho Zavilovski, leyó en sus ojos tanto interés y tanta simpatía, a que ella, por ser pobre, no estaba acostumbrada, que se sintió ligada inmediatamente por una sincera amistad a la joven señora. Llegaron, pues a Bucineck Hechas unas verdaderas amigas, y Svirski, que poco antes había llegado con Polaniecki, Osovski y Kopovski, no necesitó gran agudeza de ingenio para adivinar que el juicio de Marina con respecto a la señorita Ratkovski era muy lisonjero para ésta.

Pero su impaciencia no se contentó con esto; Marina enseñó a sus huéspedes la nueva residencia que debía pasar a ser de su propiedad, porque Polaniecki había resuelto comprarla. Llegados al jardín, Svirski, aprovechando el momento en que todos los presentes se habían esparcido por las alamedas, se apresuró a ofrecer el brazo a la dueña de la casa.

—Y bien, señora —la dijo con viveza—, ¿ha sido favorable la primera impresión?

—Muy favorable. Pruebe usted a conocerla y lo verá.

—¿Yo? ¿y por qué? Hoy mismo me declaro. En estos asuntos es menester ser audaz. ¿Qué importa que hoy haya habido funerales? Yo no soy supersticioso; o, mejor, sí lo soy, y creo que de manos de usted no puede venir cosa mala.

—Es que usted no va a recibir de mis manos a la señorita Ratkovski. No la conozco más que de hoy.

—Lo mismo da. Siempre he tenido miedo a las mujeres; pero esta vez no veo ni la menor razón de tenerlo. Creo firmemente que esa joven posee un corazón que sabe agradecer.

—También yo lo creo.

—Ya lo ve usted. Hoy para mí es un día decisivo. Si me admite, llevaré este día impreso por toda mi vida en el corazón. Si me rechaza...

—Si le rechaza, ¿qué?

—Me encierro en casa durante ocho días consecutivos y no hago más que pintar desde la mañana hasta la noche. Creo haber dicho que si llegaba un caso semejante, me iría a cazar gansos; pero me figura que un *no* de parte de ella me afligiría muy de veras. Pero, ¿quién sabe? Quizá no seré tan desgraciado. A mi entender, creo imposible que pueda estar enamorada de aquella muestra de peluquero que se llama Kopovski; está sola en el mundo, es huérfana, y puede prestarme un servicio del que le estaré muy reconocido toda mi vida, porque en el fondo soy un hombre de muy buena pasta.

Entretanto, Polaniecki había sido llamado aparte por la señora Bronicz, y resignado con su suerte, soportaba su interminable aluvión de palabras.

Finalmente se decidió a interrumpirla.

—Creo que desea usted preguntarme alguna cosa.

—¡Ah, sí! Querría preguntarle sobre los últimos momentos de su vida. Elena me ha dicho que su padre murió repentinamente; pero usted, que vive cerca de allá, es probable que le haya hecho alguna visita, y quizá pueda usted saber si dictó alguna disposición antes de morir. Personalmente, no tengo interés alguno de saberlo. ¡Dios mío! no es posible que haya en el mundo quien sea menos interesada que Lineta y yo. Pero el señor Zavilovski me dio su palabra de que legaría al señor Ignacio las posesiones que tenía en Prusia. Si no ha cumplido su palabra, o si no ha tenido tiempo de cumplirla, que Dios se lo perdone como se lo perdono yo.

—A mi no me cabe duda alguna —contestó Polaniecki—, de que el señor Zavilovski pensaba en su sobrino, y voy a decirle el por qué. Hace unos quince días, hizo que le trajeran varias armas antiguas para que yo las viera, y antes de que las trajeran, se volvió hacia su hija y la dijo: «No vale la pena de nombrar estas armas en el testamento; después de mi muerte, se las entregarás a Ignacio, porque para ti no tienen valor alguno.» De eso deduje que había dispuesto algo en favor de Ignacio, o pensaba hacerlo. Si hay un testamento nuevo, se sabrá dentro de pocos días. La señorita Elena no lo habrá hecho desaparecer.

Entretanto, Svirski, que estaba sentado junto a la señorita Ratkovski, pensaba que no era tan fácil como él se figuraba el cumplir lo que había prometido a Marina. La conversación que se sostenía a su alrededor se lo impedía, y se lo impedía aún más una indefinida opresión en el corazón unida en aquel momento a la carencia absoluta de presencia de espíritu.

—Jamás habría creído —pensaba entre sí—, que yo fuera tan cobarde.

Tomaba impulsos para expresar lo que tenía en el corazón, pero siempre acababa por hablar de otra cosa. Después de comer, y como si lo hicieran adrede para fastidiarle, quedáronse todos en el comedor; las señoras estaban visiblemente cansadas y cuando, una hora más tarde, dijo Anetka que era llegado el momento de marcharse, Svirski respiró con fuerza.

—No es mía la culpa —se dijo a sí mismo—; yo estaba decidido a hacerlo.

Cuando las señoras estuvieron a punto de subir a sus carruajes, desapareció en él aquella efímera tranquilidad de un momento, para ceder el lugar a una profunda melancolía. Volvió a pensar en su vida solitaria y en que no tenía a nadie a quien hacer heredero de, su nombre y de su fortuna. La compasión que le causaba la señorita Ratkovski, la confianza que ésta le había inspirado y la gran simpatía que desde los primeros momentos alimentó hacia ella, renacieron en él y le infundieron valor. Ofreció el brazo a aquella joven y, mientras la acompañaba al coche, la dijo:

—El señor Osnovski me ha invitado a que vuelva a Pitrulov, y no he rehusado la invitación; pero esta vez quiero ir provisto de paleta y pincel. ¡Me gustaría tanto tener su retrato de usted!

De pronto se interrumpió, buscando en vano palabras con que expresar lo que tenía en el corazón. La señorita Ratkovski, que no podrá imaginarse que hubiera quien se interesase por ella, le preguntó con acento de profunda admiración:

—¿Mi retrato?

—Sí, para mí solo —contestó en voz baja Svirski.

La señorita Ratkovski le miró como si no le hubiera comprendido; pero, como la señora Anetka le dijese que se diera prisa en subir, Svirski apenas tuvo tiempo suficiente para estrecharle la mano y murmurar un:

—¡Hasta la vista!

Partió el coche. Las sombrillas que las señoras habían abierto ocultaron en seguida el rostro de la señorita Ratkovski; no obstante, el pintor siguió con la vista durante largo rato a los que se alejaban; y cuando desaparecieron en el primer recodo del camino, se preguntó a sí mismo:

—¿Me he declarado, o no?

Y volvió a entrar pensativo en la sala.

Marina, que desde lejos había visto todas las maniobras de Svirski, ardía en deseos de conocer todos los detalles, pero no se atrevía a pedírselos a pesar de que no estaba presente su marido. Sin embargo, el pintor leyó claramente en los ojos de Marina esta pregunta: «¿Se ha declarado usted?».

Y acercándose sonriente, contestó:

—Sí, señora, casi, casi. No había medio de prolongar la conversación, y por eso no he podido obtener la respuesta, y hasta no estoy del todo seguro que me haya comprendido.

Marina observó que Svirski estaba más conmovido de lo que quería aparecer y se disponía a dirigirle alguna palabra para animarle, pero se lo impidió la llegada de Polaniecki. El pintor se dispuso a marcharse, y al despedirse volvióse hacia Marina, y sin fijarse en la presencia del marido de ésta, le dijo:

—De todos modos, mañana voy a Pitrulov, o envié allá una carta. Espero que la respuesta me será favorable.

Besó luego la mano a la señora, subió al coche, y desapareció casi en seguida entre una nube de polvo.

—¡Voto al châpiro! —exclamó el pintor hablando consigo mismo—, ¿qué dices a esto, Svirski mío? ¿A dónde ha ido a parar toda tu alegría? ¿Por qué no le gritas al mundo entero: «¡Al fin me caso!»? ¿Entiendes eso, viejo hipopótamo?

Pero de nada sirvió el acicate, porque el corazón seguía frío. Sabía muy bien que para él podía ser la felicidad, pero no la sentía. Ya no se comprendía a sí mismo, y esto le produjo un vivo asombro. Había obrado con conocimiento de causa y con espontánea voluntad; la señorita Ratkovski continuaba siendo a sus ojos una dulce criatura, y, sin embargo, ¿por qué no le hacía tan feliz como antes la idea de que ella sería su mujercita, y por qué en el fondo de su alma experimentaba casi un sentimiento de desengaño? Svirski no amaba a la señorita Ratkovski, y ésta era la respuesta única y la más sencilla que daba a todas las preguntas que se había hecho.

Al asombro, al estupor, sucedió una gran tristeza, sintió el amor ardiente de que era capaz, y que no amaba como podía amar. Involuntariamente pensó en la señorita Castelli y en Zavilovski y su alma profundamente artista se le sobrepuso.

Al revés de los hombre vulgares, incapaces de pensar en otra cosa que en lo que les concierne personalmente, se olvidó por completo de sí mismo y de la señorita Ratkovski, para no preocuparse más que del joven poeta y de la singular expresión de aquel rostro inteligente. Tal vez había en él cierta exaltación. Sí, pero había, además, alguna otra cosa, algo extraño, especialísimo, que iba unido a ella.

De repente se estremeció y no pudo menos que exclamar:

—¡Es una cabeza trágica!

LII

Pocos días después, a consecuencia de una invitación de Polaniecki, Zaviłovski salió para Varsovia. El joven poeta había abandonado con pesadumbre la quinta de Pitrułov, pero la señorita Elena había resuelto que él asistiera a la apertura del testamento, y por lo tanto en cuanto llegó a Varsovia salió para Jasmien en compañía de Polaniecki y del notario del viejo Zaviłovski.

Cerca de dos días después de su llegada a Jasmien, el joven poeta escribió a su novia, pero, como en su carta nada decía del testamento, la señora Bronicz dijo a Anetka que consideraba este silencio como una estupidez de parte de Ignacio y que en este extraño modo de obrar, había *quel chose de louche*. En cambio el señor Osnovski expuso su parecer de que Zaviłovski no hablaba del testamento por delicadeza, lo cual dio lugar a un altercado entre él y la señora Bronicz, la cual acabó por sacar en consecuencia que los hombres en general tenían formado un concepto muy deplorable de la lógica y de la delicadeza.

Luego, como si se hallara sobre ascuas, no pudo contenerse más y marchó a Varsovia, con la esperanza de poder adquirir noticias. Veinticuatro horas permaneció allí sin poder lograr su objeto, y sólo al regresar supo por la señora Masko, con quien se encontró en la estación de Pitrułov y que iba a hacer una visita a los señores Osnovski, que no existía ningún testamento nuevo del viejo Zaviłovski, y que, en consecuencia, la señorita Elena quedaba heredera única de toda la fortuna de su padre.

Durante su ausencia, había llegado a Pitrułov una segunda carta del joven poeta, que daba esta misma noticia respecto al testamento y que terminaba diciendo: «Únicamente por ti, Lineta, habría deseado ser rico, por ti únicamente. Con sinceridad te confieso que ya no pienso en este herencia y estoy seguro que no te ha de causar gran pena, porque sé el poco apego que tienes a las riquezas...»

Lineta enseñó esta carta a Anetka, a la señorita Ratkovski y, naturalmente, también a su tía, cuando ésta estuvo de vuelta; y, por lo tanto, durante todo el día no se habló de otra cosa en Pitrułov que del testamento del viejo hidalgo, y la señorita Castelli, a pesar de todas las observaciones y de todas las frases de condolencia, guardó absoluto silencio. Mientras la joven estuvo presente, la señora Bronicz no se atrevió a expresar cuán terrible había sido para ella aquel desengaño; pero, en cuanto Lineta se hubo alejado, acompañada del señor

Kopovski, dio libre curso a su cólera, sin tener miramiento alguno y provocando el enojo del señor Osnovski, con el que volvió a sostener un vivo altercado.

Afortunadamente, la aparición de la señora Masko impidió que se prolongase la disputa. La señora Bronicz enmudeció como si la cólera hubiese ahogado las palabras en su garganta, y Anetka preguntó a la señora Masko dónde se hallaba la comitiva.

—Lineta, Kopovski y Estefanía están en el invernáculo contestó la esposa del abogado—; las señoritas dibujan orquídeas, y entretanto el señor Kopovski las divierte.

—¿De qué modo? —preguntó Osnovski.

—Con sus curiosas observaciones, que las hacen desternillar de risa.

En aquel momento llegó el criado con el correo: Osnovski lo tomó y lo distribuyó.

—¡Para Anetka! ¡Para Anetka! —dijo—. Mi escritorcita tiene mucha correspondencia. Esta para la tía, y esta otra para Estefanía. ¿Me permiten ustedes que vaya a entregar la carta a Estefanía?

—Ve, mientras nosotras leemos las nuestras —le contestó Anetka.

Osnovski fue al invernadero y encontró a las jóvenes atareadas en reproducir al lápiz un jarro de orquídeas colocado encima de una mesita de hierro, junto a la cual estaban sentadas ellas. Kopovski se hallaba en pie junto a las dibujantes, mirando los trabajos por encima de sus hombros. Llevaba un traje blanco, y medias negras, y fumaba un cigarrillo sacado de una pitillera que había colocado encima de un jarro de flores al alcance de su mano.

—¡Buenos días! —exclamó Osnovski—. ¿No es verdad que son preciosas mis orquídeas? ¡Qué flores *tan* raras!... Tengo una carta para ti, Estefanía. Léela en seguida; me parece que conozco la letra.

La señorita Ratkovski rompió el sobre y se puso a leer. De pronto enrojeció vivamente y en seguida se tornó pálida como la cera. Osnovski la observaba lleno de curiosidad, hasta que, después de haber terminado la lectura, la joven le mostró la firma, diciéndole:

—¡Lee!

—¡Ah! —exclamó Osnovski, que comprendió al punto de qué se trataba.

—¿Puedes concederme un ratito de conversación?

—Estoy a tus órdenes, niña mía —contestó Jozio.

Los dos se alejaron.

—¡Al fin estamos solos! —murmuró Kopovski.

Lineta no contestó. Tomó la petaca de piel de Kopovski y se acarició ligeramente la cara con ella. El joven le lanzó una mirada, bajo cuya influencia la señorita Castelli pareció desvanecerse. Desde largo tiempo sabía ella muy bien lo que tenía que pensar de él; no obstante, la hermosura y la elegancia de aquel currutaco le hacían hervir la sangre.

—¿Ha observado usted —repuso Kopovski—, que desde algún tiempo acá se nos espía continuamente?

Pero ella, como si no hubiera oído la pregunta, siguió pasándose la petaca por la cara, y después de haberla paseado hasta por encima de los labios, dijo:

—¡Qué fino y agradable es su contacto! Pruébelo usted.

Kopovski tomó la cigarrera y la besó en el sitio mismo donde Lineta había apoyado sus labios. A esto siguió un breve silencio.

—Ahora nos tenemos que ir —le dijo la joven.

Tomó el jarro de las orquídeas y fue para colocarlo en el estante de madera de donde lo había cogido, pero no lo consiguió porque estaba demasiado inclinado.

—Déjeme usted hacer a mí —dijo Kopovski.

—No, aquí podría caer y romperse. En el lado opuesto hallaré otro sitio mejor.

Esto diciendo, pasó al otro lado de la estantería, donde entre ésta y la pared había un pasadizo estrecho. Kopovski la siguió. Llegada allí se encaramó sobre un montón de ladrillos y colocó el jarro en la tabla más alta del estante, pero cuando se disponía a bajar moviéronse los ladrillos y la joven se tambaleó. Kopovski, que estaba al lado de ella, la recibió rápido entre sus brazos y la atrajo a sí, permaneciendo en esta situación durante algunos segundos.

—¿Qué hace usted?... ¡Esto no está bien! —murmuró Lineta apoyando la cabeza en su hombro.

Pero, por toda respuesta, Kopovski la apretó más contra su pecho y la besó en la boca. Entonces Lineta le echó los brazos al cuello y correspondió a sus besos con delirio. En su embriaguez no advirtió que Osnovski había vuelto a penetrar en el invernadero y les observaba con los ojos desmesuradamente abiertos y con el semblante pálido de estupor.

LIII

Entretanto, Zavilovski, iba ora a Varsovia, ora a Bucineck, según las exigencias de los asuntos. Como sus bodas debían celebrarse en otoño, Polaniecki le había aconsejado que se buscara y dispusiera una casa. Además, su presencia era necesaria en Bucineck con motivo de sus relaciones con la señorita Elena. Esta, heredera universal de aquella cuantiosa fortuna no había ocultado que su padre tenía intención de hacer un testamento nuevo, y hasta confesaba que la única causa que se lo había impedido había sido su inesperada muerte.

En realidad, nadie podía figurarse la manera como ella quería reconocer a Ignacio, y antes de proceder a un inventario completo de todo lo que constituía la herencia, ni ella misma lo habría podido decir. Entretanto le tocaba todo aquello a que él tenía derecho como último vástago de la familia.

Bajo este concepto tuvo toda la plata, una importante y preciosa colección de armas, algunos caballos, que por de pronto fueron entregados a Polaniecki, y la colección de pipas de que tanto se había preocupado en cierta ocasión el señor Kopovski. Fría e indiferente en apariencia a todo lo que pasaba en torno de ella, la señorita Elena, gracias a la expresión de dura serenidad de su rostro, no podía conquistarse, ni la buscaba, la confianza de los otros; mas para su joven pariente demostraba una ternura casi fraternal, como si hubiese heredado también de su padre su inclinación hacia el joven poeta. Cuando supo por Polaniecki que Zavilovski estaba haciendo preparativos para su próximo casamiento, ella le entregó cierta cantidad de dinero para que la depositara en un Banco a nombre de

su primo, pero encargándole al mismo tiempo que por entonces no se hablase de ello.

Zavilovski, que tenía un corazón agradecido, puso en su prima un cariño fraternal y esto hizo que en poco tiempo se vieran unidos por una confianza y benevolencia recíprocas. Esta especie de inclinación se transforma, generalmente, con el tiempo, en esa amistad sólida y duradera que en las horas tristes de la vida nos puede servir de gran provecho.

Yendo y viniendo así de Varsovia a Bucineck, tuvo ocasión de conocer al profesor Vaskovski, que había regresado de su largo viaje.

Había visitado todas las costas del Adriático, lo propio que toda la península Balcánica; pero su estado de salud era en la actualidad tan alarmante, que Polaniecki le había hecho venir a Bucineck para que allí le cuidaran.

El médico, mandado llamar al efecto por Polaniecki, declaró que la cocina demasiado frugal de los jóvenes arrianos había echado a perder el estómago del anciano, que estaba atacado de *marasmus senilis*.

A Zavilovski le pareció, además, haber notado que en el espíritu del profesor sucedía algo singular, esto es, una lucha entre la fe y la idea por la que había combatido hasta entonces, y a la cual había dedicado toda su vida, y la duda y el terror de haberse equivocado. Únicamente Zavilovski podía comprender todo lo trágico de semejante *ergo erravi*, al fin de una existencia, y esto le conmovía profundamente.

La mayoría de la gente consideraba loco al profesor, pero éste parecía no oír sus aseveraciones, expresadas a veces hasta en voz alta. Sin embargo, veía que Polaniecki y Marina le tenían cariño; y a despecho de todos sus desengaños, en su infinita bondad no había cambiado respecto a los demás. Estimaba todavía a todos aquellos a quienes había conocido: Marina, Polaniecki, Svirski y hasta el mismo Masko. Seguía teniendo las mismas extrañas ideas sobre los hombres, a saber, que éstos, queriendo o no queriendo, servían para realizar un fin determinado, impelidos por la mano de Dios, de uno a otro sitio, como otras tantas piezas de un tablero de ajedrez, y que los artistas como Svirski eran otros tantos enviados como mensajeros de paz.

En la misma categoría de Svirski había colocado al poeta Zavilovski, cuyas producciones conocía ya desde largo tiempo. Cuando éste le fue presentando por vez primera le contempló durante algunos minutos, como si se hallara en presencia de un prodigio, y al otro día, mientras el joven estaba ausente, y se hablaba de él durante el té, el viejo profesor levantó en alto un dedo y con acento misterioso dijo, volviéndose hacia Marina:

—Es un enviado del Señor. Lo que el Omnipotente ha escrito en su faz y cuál es el papel a que lo ha predestinado, ni él mismo lo puede saber.

La llegada de Svirski interrumpió el discurso que el anciano pedagogo había comenzado sobre la predestinación.

A Marina no le tomó de improviso esta visita, porque ya sabía que el pintor vendría o que habría escrito para participarle el resultado de su demanda de matrimonio. Cuando entró en la sala, la miró de una manera tan singular, que Marina se quedó perpleja. Polaniecki vino en su auxilio, preguntando al pintor:

—¿Desea usted ir al jardín con mi mujer? Sé que tiene usted algo que decirle.

—¿Se lo ha contado usted, pues, a su marido? —le preguntó Svirski en cuanto se halló a solas con Marina.

Esta se puso colorada, y como si hubiese cometido una falta, contestó:

—Stach se interesa mucho por usted y yo no tengo secretos para él.

Svirski le besó la mano.

—¡Oh! No quiero que usted se figure que esto me desagrada, aunque no me he salido con la mía.

—¡Imposible! —exclamó Marina—. ¡Usted habla en broma!

—¡Palabra de honor! Pero no lo tome usted más a pecho que yo. Ha sucedido lo que tenía que suceder. Si estoy aquí, señal es de que no me he suicidado... Ni malditas las ganas que tengo de hacerlo, a pesar de haberme llevado tan tremendo chasco.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué le ha contestado a usted?

—¿Por qué? ¿Qué me ha contestado? —repitió el pintor—. Esto es precisamente lo que, no sin cierta amargura, me he preguntado a mí mismo. Confieso con franqueza que la inclinación que yo le tenía a la señorita Ratkovski no era excesiva. Me gustaba, estaba convencido de que tenía un corazón bueno y agradecido y por eso le pedí su mano. Aquí tengo la respuesta. Leeré únicamente el final de la carta, porque el principio de ella no son más que lugares comunes que usted misma se puede imaginar. Leamos pues: «No me hallo en situación de poder consagrarle mi corazón por completo, como usted lo merece, porque tengo hecha ya mi elección, y si por esto no ha de ser jamás feliz, no quiera hacerme acreedora en lo sucesivo al reproche de no haber sido sincera. Aquí han acaecido sucesos que me privan de escribir más extensamente, pero le ruego que me crea que le quedaré eternamente agradecida por la confianza que me ha demostrado y que todos los días rogaré a Dios para que usted pueda hallar un corazón que le comprenda y que sea digno del suyo». ¡Esto es todo!

Tras un corto silencio, Svirski continuó:

—Esto es decir de una manera muy sencilla y cortés: «Estoy enamorada de otro».

—Indudablemente —repuso con tristeza Marina—; ¡pobre niña! De todos modos, su carta es digna y sincera.

—Justamente por eso es por lo que lo siento. Ella no me quiere; muy bien. Es perfectamente libre de amar a otro: tiene este derecho; pero, ¿de quién está enamorada? Supongo que no será ni de Osnovski ni de Zavilovski. ¿De quién pues? ¿De esa cabeza de chorlito, de ese imbécil, de ese periódico de modas, ideal de todas las camareras? ¿No se ha fijado usted nunca en esas hermosas figuras de hombre estampadas en los figurines? Pues bien, son exactamente sus retratos. Si lo colocaran en un escaparate de una peluquería, todas las muchachas se atropellarían delante de los cristales. Por eso le tengo inquina. Es una mala prueba para las mujeres, porque yo me digo: si tú fueses un Newton, un Rafael o un Napoleón y quisieras alcanzar el amor de una mujer, sería inútil, porque ésta prefiere una cabeza de peluquería llena de serrín. ¡Todas son así!

—¡No todas, no todas! Pero usted, como artista, no debiera ignorar lo que es el amor. Este flecha a una de improviso, a despecho de toda clase de lógica.

—Tiene usted razón —contestó el pintor algo apaciguado—; dice usted que el amor flecha de improviso a despecho de toda clase de lógica, y yo creo que el amor se parece a una enfermedad; pero hay enfermedades a las cuales son refractarias ciertas naturalezas superiores.

Todas estas palabras demostraban que Svirski no estaba muy enamorado, y por lo tanto, Marina se tranquilizó. Pensando luego en ciertas frases de la carta re la señorita Ratkovski, se detuvo de pronto y dijo:

—¿No le ha sorprendido una parte de la carta que dice: «Aquí han acaecido ciertos sucesos que me privan de escribir más extensamente»? ¿Tiene usted una idea de lo que puede haber ocurrido?

—Quizá Kopovski la habrá pedido en matrimonio.

—No lo creo, pues lo habría dicho.

—Mañana voy a Pitrulov —dijo Svirski—. Lo hago de propósito para dar a entender que no estoy enojado con nadie. Si realmente ha ocurrido algo grave, no dejaré de comunicárselo a usted. ¿Está allí todavía Zavilovski?

—No, hoy está en Varsovia. Mañana o pasado mañana, estará aquí en casa de su prima Elena. Hoy Stach va también a Varsovia. Mi amiga sor Angela está muy enferma y queremos ver la manera de traérsela aquí; pero, como yo no puedo viajar, Stach se ha encargado de ir a buscarla.

En aquel momento Polaniecki se dejó ver al extremo opuesto de la alameda y en cuanto reparó en ellos se apresuró a ir a reunírseles.

—Acabo de saber que va usted a Varsovia —dijo Svirski—; si me lo permite, le acompañaré a usted.

—Perfectamente —contestó Polaniecki.

Y dirigiéndose luego a su esposa añadió:

—Tenía miedo de que te cansaras demasiado. ¿No quieres apoyarte en mi brazo?

Precisamente Marina deseaba eso mismo, y juntos regresaron a la galería. Una vez allí, Marina fue a dar órdenes para que sirvieran el té, y entonces Polaniecki se aproximó rápidamente al pintor y le dijo en voz baja:

—He recibido un telegrama muy extraño y no he querido hablar de él a mi mujer. Osnovski me pregunta dónde está Ignacio, y me ruega, por el cariño que éste nos inspira, que me halle mañana en Varsovia. ¿Qué puede significar todo eso?

—¡Es raro! —contestó Svirski—. La señorita Ratkovski me ha escrito también que en Pitrulov ha ocurrido algo.

—¿Habrá caído enfermo alguien?

—Si se hubiesen puesto enfermas la señorita Castelli o la señora Bronicz, habrían llamado inmediatamente a Zavilovski.

—Y, además, el señor Osnovski lo habría dicho en el telegrama.

LIV

A la mañana siguiente Osnovski fue a llamar a la puerta de la habitación de Polaniecki en Varsovia, y éste salió a abrirle. Desde la tarde anterior, hallábase Polaniecki poseído de una viva inquietud, porque presumía que de un día a otro debía estallar la bomba en Pitrulov, y ahora se devanaba inútilmente los sesos tratando de adivinar la relación que todo eso pudiera tener con Zavilovski. Al saludar a Osnovski, le estrechó con fuerza la mano, cual sólo en casos

excepcionales de la vida se suele efectuar. Cuando Polaniecki le invitó a entrar en la sala inmediata, Osnovski le preguntó si la señora Marina se hallaba en Bucineck.

—Sí —contestó Polaniecki—; aquí estamos completamente solos.

Después que Osnovski hubo tomado por unos instantes, respirando trabajosamente. Polaniecki esperó unos instantes, y luego, cediendo a su natural viveza, preguntó:

—Pero, ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido una gran desgracia —contestó con aire triste Osnovski—. El casamiento de Zavilovski es ya imposible.

—¿Pero por qué?

—Hay de por medio tantas cosas desagradables, que sería preferible para Ignacio que no llegase jamás a conocer la verdad entera. Durante largo tiempo he estado vacilando sobre si debía callar, pero me es imposible. Quizá el coraje y la aversión le harán sobrellevar su desventura. El casamiento es de todo punto irrealizable, porque la señorita Castelli es indigna de ser la esposa de un hombre semejante.

Hizo aquí Osnovski una nueva pausa para tomar aliento. Polaniecki, que le había escuchado hasta entonces como atontado, volvió a preguntarle con impaciencia:

—Pero, por Dios, dígame usted, ¿qué ha sucedido?

—Ha sucedido que las dos señoras han salido para el extranjero hace tres días, con Kopovski, el novio de Lineta.

Polaniecki se levantó violentamente de su asiento para volver a sentarse en seguida; miró por algunos momentos a Osnovski y luego, casi sin saber lo que decía, dijo:

—¡Kopovski! ¿También está enamorado de él la señorita Castelli?

Osnovski estaba demasiado conmovido y excitado; a no ser así, de seguro se hubiera sorprendido de aquella imprudente exclamación..

—Desgraciadamente —contestó—, ya sabe usted que soy pariente de aquellas señoras, y por lo tanto, comprenderá que habría ocultado con mucho gusto lo ocurrido. Pero, ¿de qué serviría ahora? Si la señorita Castelli fuese mi hermana, yo diría de ella lo mismo que voy a decir ahora. En cuanto a Zavilovski, probablemente no le volveré a ver, porque hoy mismo parto con mi mujer, y, por otra parte, le confieso a usted que no habría tenido valor suficiente para hablar con él. Usted es su mejor amigo y tal vez sabrá atenuar el tremendo golpe que le amenaza. De todos modos, es menester que lo sepa todo, porque el único medio de salvación para él, es el horror que le producirá la indigna conducta de esa muchacha.

Aquí refirió a Polaniecki la escena que se había desarrollado en el invernadero y de la cual él había sido testigo invisible.

—En el primer momento perdí por completo la cabeza —prosiguió—. Verdad es que no soy un hombre furioso; sin embargo, no sé qué me detuvo en aquel instante para que no le abofeteara; quizá fue la idea de que era mi huésped. Repito, pues, que había perdido la cabeza, y me alejé. Pero inmediatamente después volví a donde ellos se hallaban y les obligué a seguirme. Estaba sumamente pálido, pero noté que era resuelto, le reproché su conducta incalificable y de haber abusado de la hospitalidad de personas honradas; dije que Lineta era una mujer indigna y que no tenía palabras de desprecio suficientemente enérgicas para decirle que no se consideraba ya novia de Zavilovski. Por lo que me

contestó, deduje que los dos se entendían ya desde hace tiempo, y que él estaba dispuesto a casarse con ella. En cuanto a Zavilovski, me dijo que no le debía ninguna consideración, y creía que no tenía deber alguno contraído para con él; pero que, de todos modos, estaría siempre a su disposición. Lo que luego habrá ocurrido entre él, la tía, y Lineta, no se lo podría decir: lo único que sé es que la señora Bronicz me embistió furiosa, reprochándonos, a mí y a Anetka, por no haber permitido a Lineta que siguiera la voz de su corazón, por haberle impuesto Zavilovski, a pesar de que no le amaba, añadiendo que la pobre niña había estado llorando día y noche por este casamiento que debía ser su desgracia, y que si se hubiese realizado, la habría costado la vida. En suma, estuvo declamando una hora larga, y al fin resultó que éramos nosotros los culpables, y que las únicas personas que estaban sin mancha de pecado eran ella y su sobrina.

Osnovski se secó el sudor que inundaba su frente, y continuó:

—¡Ay, mi buen señor! He llegado a los treinta y cinco años sin saber lo que realmente era la estupidez irracional de las mujeres y su perversidad. Esta habilidad de invertirlo todo, de cambiarlo todo en favor suyo, de hacer que parezca negro lo que es blanco, y blanco lo que es negro, es inconcebible... Con ese par de espías, el pobre Ignacio habría pasado una vida desesperada... pero, ¡qué golpe tan tremendo será éste para un joven exaltado como él! ¡Y esa Lineta! ¡esa señorita que se cree llamada a tan elevados destinos!... Y eso después de las pocas semanas que hace que dio su palabra a Zavilovski. ¡Verdaderamente hay para volverse loco!

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó Polaniecki.

—Nos dejaron aquel mismo día, y hace tres que salieron para Scheveningen. Kopovski tenía ya despachado su pasaporte, y esto demuestra, que, a veces, hasta los tontos pueden ser previsores y astutos. ¿Acaso no nos han hecho creer que hacía la corte a mi prima Estefanía Ratkovski?

—¿Por qué no me ha enterado usted más pronto?

—¿Por qué?... Porque mi mujer se puso enferma. Tuvo terribles ataques de nervios. No puede usted imaginarse cuán a pecho ha temado ese asqueroso enredo, y no es de extrañar. ¡Una mujer como ella! Y haber tenido que suceder ese escándalo en su propia casa y ante sus mismos ojos, fue un golpe terrible para su delicadeza, para su honradez de sentimientos. Al principio he temido por su estado de salud, y aun hoy ruego a Dios para que aquella terrible sacudida de nervios no tenga graves consecuencias.

Polaniecki miró atentamente a su interlocutor, se retorció los bigotes, pero no despegó los labios, mientras Osnovski continuaba diciendo:

—Como es natural, hice llamar al médico. Afortunadamente para mí, hallábanse presentes Estefanía y la señora Masko, las cuales se ofrecieron con tanta cordialidad para atender a mi Anetka, que yo les quedaré agradecido por toda la vida. La señora Masko pasa por ser una mujer fría, y tiene, por el contrario, un corazón de ángel.

—Creo que nada de eso habría acaecido, si el viejo Zavilovski hubiera legado sus bienes a nuestro amigo —dijo Polaniecki con objeto de dar otro giro a la conversación que para él empezaba a hacerse penosa.

—Es muy posible contestó Gsnovski—, por más que estoy convencido de que los instintos de la señorita Lineta la habrían impelido siempre hacia un hombre como Kopovski. La señorita Castelli es demasiado ligera, demasiado superficial para poder enamorarse formalmente de Zavilovski. La vanidad, el amor propio y los miramientos por lo que la gente pudiera decir, fue lo que le indujo a no rechazar a Ignacio.

Osnovski hizo otra pausa, pero continuó inmediatamente:

—Me imagino el dolor y la indignación que experimentará la señora Marina; pero le puedo asegurar a usted que también Anetka ha sufrido mucho y sufre todavía... ¡Y la señora Masko!... Sí, no todas las mujeres son iguales.

Aquí la voz de Osnovski se puso trémula de emoción.

En cambio Polaniecki no podía comprender que un hombre capaz de hacer tan sutiles observaciones y de juzgar con tanta rectitud, pudiera ser al mismo tiempo tan ingenuo.

—¿De modo que no quiere usted hablar con Zavilovski? —preguntó Polaniecki.

—Ya se lo he dicho a usted que no tengo valor. Hoy regreso a Pitrulov, y luego salimos para el extranjero. Tengo que sacar, ante todo, a mi mujer, porque ella misma me lo ha pedido con lágrimas en los ojos; y en segundo lugar, porque espero que un cambio de aires y de localidad podrá influir favorablemente en su salud. A usted tengo que pedirle todavía otro favor. Ya sabe usted cuánto aprecio a Ignacio: escríbame usted cómo sobrellevará el golpe que le amenaza.

—Envieme usted sus señas sucesivas, e iré enterándole de todo —contestó Polaniecki—. Ya que usted me encomienda la triste misión de enterar a nuestro amigo de todo lo que ha pasado, tenga usted al menos la bondad de hacérmelo en cierto modo fácil. Refiriéndole yo mismo directamente el estado de las cosas, podría abrigar él la duda de que mi relato no fuera del todo exacto. En semejantes casos, los hombres se agarran hasta a una brizna de hierba. A este fin, siéntese usted junto a aquella mesa, y escríbale usted una carta refiriéndole todo lo que me ha dicho a mí. Creo que esta carta es absolutamente necesaria; pues de lo contrario sería capaz él de echar a correr en pos de su ex novia. Mientras usted escribe le dejaré solo.

—Tiene usted razón, mucha razón —contestó Osnovski yendo a sentarse al escritorio.

—¡Qué ironía del destino! —pensaba Polaniecki, con el corazón agitado, mientras se paseaba de arriba abajo de la habitación inmediata—. ¿Quién es esa Lineta Castelli, con su belleza y con los instintos de una fregona, esa elegida del Señor, como la llamó el otro día Vaskovski? ¿Qué son esa señora Bronicz, ese Osnovski, con su increíble confianza en su mujer, y esa señora Masko, con el corazón de un ángel? Comediantes que representan una farsa ridícula, en la cual el uno engaña al otro u se engaña a sí mismo, nada más que embaucadores y embaucados, nada más que embusteros, ciegos y locos.

Pero de pronto pensó en sí mismo, y se dijo que él era el último que tenía derecho a arrojar la primera piedra contra la señorita Castelli.

Osnovski terminó su carta, y, mientras abría la puerta, dijo:

—He procurado decírselo todo con los miramientos debidos. ¡Que Dios le dé el valor necesario para soportar los tristes momentos que se le preparan! Ahora tengo que marcharme porque Anetka me aguarda. Adiós, ¡ojalá podamos vernos en tiempos mejores! Póngame usted a los pies de su señora.

Algunos minutos después de haber partido Osnovski, sonó de nuevo la campanilla de la puerta de la escalera. Polaniecki sintió que se le helaba la sangre en las venas, presumiendo que podía ser Zavilovski quien llamaba. Brotó de su pecho un suspiro de desahogo, cuando oyó la voz de Svirski en la antesala, aunque, sintiéndose fatigado y rendido, deseara estar solo. Resolvió contárselo todo a su amigo. Este, mientras escuchaba el relato, exclamaba de vez en cuando:

—¡Qué desgracia! ¡Dios proteja a ese desdichado! —o bien—: ¡Mal rayo les parta!

Y dominado por la cólera agitaba sus hercúleos puños.

Polaniecki, deseoso de no abandonar a Zavilovski, rogó a Svirski que acompañara en su lugar a la señora Emilia a Bucineck, y que dijera a Marina que los negocios le obligaban a pasar la noche en Varsovia.

Después fueron los dos juntos a visitar a la señora Emilia, y la hallaron en estado digno de compasión. El rostro de sor Angela habíase puesto casi transparente, tenía los ojos espantosamente hundidos, y sólo podía andar apoyándose en un bastón. No sufría mucho, y esto los médicos lo consideraban como una señal aciaga.

Cuando Polaniecki le preguntó cómo se hallaba, ella le contestó:

—No puedo andar, pero no me siento mal.

A pesar de que estaba convencida de que una peregrinación a Lourdes le habría vuelto a la salud, no quería separarse de la tumba de Litka. Además, deseaba ardientemente morir, aunque pensaba que tal vez no le era permitido descuidar su existencia, y la turbaba la idea de que no podía negarse a vivir, porque eso habría equivalido a rechazar un don de Dios.

Quedaron de acuerdo en que a eso de las cinco iría Svirski a buscarla y luego se retiraron los dos con intención de ir a comer; porque el pintor, a pesar de la compasión que le inspiraba su amigo Zavilovski, tenía un hambre atroz.

—Tengo que pedirle a usted otro favor —le dijo Polaniecki, cuando estuvieron sentados a la mesa del *restaurant*— ¿Quiere usted advertir a la señorita Elena de lo que ha sucedido y rogarle que nada diga a mi mujer?

—Sí —contestó Svirski—; iré expresamente a Jasmien. Si la señorita no me quiere recibir, escribiré en la tarjeta que tengo que participarle algo grave, y si por casualidad quisiera venir aquí, yo la acompañaría. ¿No le ha dicho a usted Osnovski si la señorita Ratkovski marcha con ellos o si se queda en Pitrulov?

—No, nada me ha dicho. La señorita Ratkovski vive habitualmente con una vieja parienta suya; pero hallándose indispuesta la señora Osnovski, podría muy bien ser que la acompañara en su viaje. El corazón de aquella sencilla y honrada niña debe de haberse horrorizado de lo que ha sucedido.

—¡Ah, sí! —apoyó Svirski—. A la señorita Ratkovski se la invitó a ir a Pitrulov por aquel hermoso mequetrefe de Kopovski; ahora que éste se ha escapado con otra, no es probable que quiera seguir permaneciendo todavía allí. Pero, ¡por Baco! —exclamó de pronto—, ¿sabe usted que es fabuloso lo que pasa? Excepción hecho de la señora Osnovski, todas están enamoradas de ese burro.

Polaniecki se sonrió irónicamente, e hizo con la cabeza una señal de asentimiento. Ganas le habían dado de contestar:

—No; sin excepción, sin excepción.

Pero no se atrevió a articular esta frase.

—Una obra de Fidias pasaría inadvertida para ellas; pero en presencia de un figurín de periódico de modas, se dejan llevar de su entusiasmo —prosiguió el pintor—. ¿Se acuerda usted de lo que contesté cuando usted me pidió noticias de la familia Bronicz? Le dije que eran unos canallas sin educación y sin carácter, verdaderos *parvenus* del espíritu, y nada más... Me dan asco; quiero hacer un viaje al extranjero con Zavilovski.

Después que hubieron acabado de comer y se hallaron de nuevo en la calle, Svirski preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Ir en busca de Zavilovski.

—¿Dónde piensa usted hallarle?

—Con su padre. Y de no hallarle allí, iré a aguardarle a su casa.

En aquel preciso momento Zavilovski se encaminaba al *restaurant*; Svirski fue el primero que reparó en él.

—¡Ahí viene! —murmuró—. Yo me voy, porque, bien mirado, sería un testigo inútil.

—Tiene usted razón —contestó Polaniecki.

Zavilovski había notado también su presencia y apretó el paso para reunirseles más pronto.

—Mi padre está mejor —dijo.

Y les tendió la mano riéndose.

—Hoy mismo vuelvo a Pitrulov —añadió.

Svirski le tendió de nuevo la mano, y se alejó sin decir palabra. Sorprendido el joven poeta, le siguió con la vista y mirando luego a Polaniecki le preguntó.

—¿Habré tal vez ofendido al señor Svirski sin saberlo?

Sólo entonces echó de ver el aire triste que tenía el semblante de su amigo.

—Mi buen Ignacio —empezó a decir Polaniecki, con acento conmovido y enlazándole el brazo con el suyo—, siempre he admirado en usted no solamente su talento poco común, sino también su extraordinaria fuerza de carácter. Tengo que darle una mala noticia; pero confío que tendrá usted valor suficiente para no dejarse abatir por la desgracia.

—Pero, ¿qué ha ocurrido? —volvió a preguntar Zavilovski con el semblante alterado por la ansiedad.

Polaniecki hizo detener un coche que pasaba.

—Suba usted —dijo a su interlocutor.

Y dirigiéndose al cochero, ordenó:

—¡Al puente!

Después sacó de su cartera la carta de Osnovski y, sin añadir palabra, se la entregó a Zavilovski.

Este rompió con viveza el sobre y se puso a leerla.

Polaniecki le pasó un brazo alrededor de la cintura, sin apartar de él los ojos. El estupor, la incredulidad, una especie de aturdimiento y sobre todo un pesar infinito se retrató en su semblante mientras leía. Se había puesto pálido como la cera: era evidente que comprendía su desgracia, pero sin poder darse cuenta exacta de ella. Cuando hubo terminado su lectura, miró como atontado a su compañero, y con melancólico acento le dijo:

—¿Es posible?... ¿Ha sido capaz?...

Quitóse el sombrero y se pasó una mano por la frente.

—No sé con exactitud lo que Osnovski ha escrito —le dijo Polaniecki—; pero, de todos modos, el hecho culminante es este, y él no podía tener propósito alguno preconcebido de ocultar la verdad. Tenga usted el valor suficiente para decirse a sí mismo que estas cosas no se pueden cambiar. Sería un gran perjuicio para usted y para todos que se dejara abatir por el dolor, porque usted vale mucho más que todos los otros: y existen aún personas que le quieren a usted y le aprecian de todas veras. Comprendo que usted tome esto como una desgracia, y un hermano suyo no podría sentirlo más de lo que lo siento yo. Pero ya está hecha la cosa, mi querido Ignacio... Lineta ha partido con su tía: sólo Dios sabe dónde están. El señor Osnovski y su esposa han abandonado también Pitrulov. Ya me figuro lo que pasa en su interior; pero Dios le ha destinado a usted para grandes cosas, y de

seguro que le habrá concedido mayor fuerza de voluntad que a los demás. Usted es la lumbrera del país, y tiene deberes muy especiales para con usted mismo y para con su prójimo. Sé muy bien que es sumamente difícil poder renunciar a lo que se ama sin dejar escapar un lamento, y nadie podrá exigir esto de usted; pero, a lo menos, no se abandone usted a la desesperación, mi buen Ignacio.

Así habló Polaniecki, y sus palabras salían verdaderamente del corazón. Después de una breve pausa continuó:

—Los hombres tenemos que hacer frente a la suerte adversa, y avanzar confiados hacia el porvenir, y si tenemos que conducir con nosotros nuestro dolor, éste iría debilitándose cada vez más en nuestra memoria, porque nosotros no vivimos para el pasado.

En estas palabras de Polaniecki había algo de verdad, pero nada tenía que ver con el asunto principal: la carta de Osnovski. En aquel momento, ésta era lo único que existía en el cerebro de Zavilovski, y lo que Polaniecki decía estaba desprovisto de sentido para él y le importaba tan poco como el ruido que producía el puente de hierro por donde a la sazón corría el coche. Lo que pensaba y sentía era infinitamente triste, y experimentaba además la sensación de que nunca más podría reconciliarse con su desgracia y sobrellevarlo tranquilamente. En ninguna otra cosa podía pensar en aquel momento, ni podía tan siquiera formarse una idea clara de lo que había perdido, de la extensión de su dolor, no comprendía aún que las columnas de su vida se habían derrumbado. No había más que una cosa evidente: que Lineta no le amaba, que le había dejado a él para prometerse con Kopovski.

Llegado a la parte opuesta del puente, el coche tuvo casi que detenerse para dejar pasar una manada de bueyes que eran conducidos a la ciudad. Pasaron rozando, casi todos, los costados del coche, produciendo un confuso rumor con sus pisadas, y lanzando a intervalos prolongados mugidos. Polaniecki seguía hablando, y Zavilovski oía las palabras Svirski... Italia... extranjero... arte... Pero no podía darse cuenta de que Svirski era el nombre de un amigo, ni de que Polaniecki le proponía un viaje, hablando de Italia y de arte, porque en aquel mismo momento él decía mentalmente a Lineta:

—Sí, puede ser, pero, ¿qué será de mí? ¿Cómo has podido olvidar que mi amor no tenía límites?

Y le parecía que si entonces ella hubiese estado presente, tal vez se habría puesto a llorar, apoyándose contra su pecho.

—Estamos fuertemente unidos los dos —proseguía—, yo soy siempre el mismo, no he cambiado, todavía soy tuyo.

De repente un estremecimiento recorrió todo su ser, hincháronsele las venas de la frente, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Polaniecki sentía que la emoción le henchía el corazón, y se le oprimía la garganta.

—Yo no se lo puedo decir, porque no la volveré a ver jamás —proseguía Zavilovski abismado en sus pensamientos—. Ella ha partido ya con Kopovski, con su novio.

Ante esta última idea, comprendió toda su desventura, y comprendió además que si Lineta hubiera muerto esto habría sido para él una pérdida menos sensible. Hacíase cargo de que debía arrancarla de su corazón, pero sabía también que eso no haría cesar su amor. En el mismo instante en que había concebido la extensión de su dolor, había comprendido que era demasiado fuerte para poder ser soportado.

—Vete a Italia con Svirski —le dijo de nuevo Polaniecki—. Y procura hacerte dueño de tu corazón, amigo mío. Tienes que escucharle. El mundo es grande, y encierra cosas tan bellas, que vale la pena de que se viva por ellas. El mundo te está abierto, y lo está para ti de un modo especial. Nuevas impresiones distraerán tu dolor y te llevarán alivio al corazón, porque tus pensamientos no podrán mantenerse siempre fijos en un mismo lugar. Svirski te acompañará por Italia; ya verás qué compañero tan agradable es y qué nuevos horizontes hará abrir a tu mente enamorada de lo bello. Un hombre como tú, ha de tener la fuerza de la concha de convertirlo todo en perlas. Como verdadero amigo te aconsejo que partas pronto, en seguida. ¿Me lo prometes? Si mi mujer puede, con la ayuda de Dios, vencer el peligro de la maternidad, iremos también nosotros esta primavera, a reunimos contigo en Italia. Ya verás qué hermosos días pasaremos juntos. Quedamos entendidos, ¿eh?

—Sí —contestó Zavidovski, que sólo había oído las últimas palabras, y que por lo tanto no sabía de lo que se trataba.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Polaniecki—. Volvamos a la ciudad y pasaremos juntos la velada. Tengo que detenerme dos o tres horas en Varsovia para mis asuntos, y por lo tanto podré hacerte compañía.

El sol estaba próximo al ocaso, Polaniecki dio orden al cochero de que volviera atrás.

Era el término de un día espléndido, de esos que se ven con frecuencia a fines de verano. Sobre la ciudad se extendía un vapor ligero y dorado. Los techos y los campanarios se destacaban sobre el fondo del cielo, inundados por los últimos rayos del sol poniente.

Los dos amigos permanecieron largo rato en silencio.

—¿Quieres venir ahora mismo conmigo, o prefieres ir antes a tu casa? —preguntó Polaniecki, mientras volvían a entrar en la ciudad.

El movimiento por las calles había despertado de sus sueños a Zavidovski, que miró a su compañero y contestó tranquilamente:

—Desde ayer no he estado en casa, porque he dormido cerca de mi padre. Podría ser que hubiese cartas para mí.

La suposición de Zavidovski era fundada. Halló, en efecto, una carta de la señora Bronicz, fechada en Berlín, rompió vivamente el sobre y se puso a leerla.

Cuando hubo terminado su lectura, dejó caer la cabeza entre sus manos; al cabo de un instante, la levantó de nuevo, y extendiendo la carta a Polaniecki le dijo:

—Lee.

Estanislao leyó lo siguiente;

«Sé que usted consideraba sinceros sus sentimientos hacia Lineta, y por lo tanto, tendría por una desgracia lo que ha acaecido; pero crea usted que no era cosa tan fácil, ni para usted, resolverse al paso definitivo: quizá no habría sabido usted apreciar a Lineta tanto como se merecía; pero de esto no le haga cargo alguno, porque los hombres no saben apreciar nada. Sin embargo, usted debe conocerla lo bastante para saber cuánto le ha costado darle un disgusto. ¿Qué quiere usted hacerle? Dios lo ha dispuesto así y sería un pecado tratar de oponerse a ello. Nosotras hemos seguido la voz de la conciencia, y Lineta es demasiado digna para concederle la mano sin sentir una inclinación formal.

»Si ella se hubiese casado con usted sin amor, ¿cómo habría podido resistir a las tentaciones a que no puede menos que estar expuesta una criatura que tiene corazón, y éste se habría destrozado si se le hubiese hecho violencia?

»Mas si cree usted haber sido engañado, interrogue a su conciencia y se convencerá de que Lineta no es la más culpable de los dos.

»¡Cuántos dolores le ha proporcionado usted a esta pobrecita! usted la ha esclavizado no permitiéndole seguir los impulsos naturales de su corazón. En su egoísmo de hombre, quería usted sacrificar su felicidad y hasta su vida; porque yo estoy convencida de que, en tales circunstancias, ni un año habría podido vivir.

»Que el Omnipotente le perdone como nosotras lo perdonamos, y sepa usted que rogaremos por usted y que hemos hecho celebrar una misa en San Luis para que el Cielo le proteja.

»Hágame usted el favor de mandar a Pitrulov la sortija de Lineta; la suya le será devuelta por la señorita Ratkovski, porque los señores Osnovski están de viaje. Reitero mis votos para que Dios le perdone y le conserve bajo su santa protección.»

—¡Pero eso es inaudito, monstruoso! —exclamó Polaniecki.

—Jamás habría creído que se pudiera falsear de tal manera la verdad y el amor —dijo Zavidovski con amargo acento.

—Oye, Ignacio —repuso Polaniecki, empleando de nuevo e involuntariamente el tuteo confidencial—. Aquí no se trata solamente de tu desventura, sino hasta de tu dignidad. Por eso no tienes que darles a entender que estás apesadumbrado.

El joven poeta no contestó, lo cual dio lugar a que reinara un prolongado silencio.

Por último, Polaniecki, que no podía sacarse de la cabeza la carta de la señora Bronicz, repuso de pronto:

—Una monstruosidad semejante supera a toda idea. Svirski vuelve hoy mismo de Bucineck y pasará la velada en mi casa. Ven, acompáñanos también tú y hablaremos de vuestro próximo viaje.

—No —contestó Zavidovski—; quiero volver con mi padre. Mañana por la mañana iré sin falta a tu casa.

En estas palabras se dejaba adivinar el deseo que tenía el joven de quedar solo. Polaniecki aprobó la idea de su amigo, de pasar la noche con su padre, con la esperanza de que los cuidados que tendría que dispensar al enfermo le distraerían, y que la fatiga y el sueño acabarían por imponérsele; pero decidió acompañarle hasta el manicomio.

Separáronse frente a la puerta. Zavidovski no hizo lo que había dicho; después de haberse enterado de cómo seguía su padre, regresó inmediatamente a su casa, encendió la luz, volvió a leer la carta de la señora Bronicz, y ocultó la cabeza entre las manos, abismándose en profundos pensamientos. A pesar de la carta de Osnovski y de las palabras de Polaniecki, no había podido deshacerse hasta entonces de una especie de incertidumbre y de una secreta esperanza, y le parecía estar siendo víctima de una pesadilla; pero, a juzgar por la carta de la señora Bronicz, Lineta estaba ya perdida para él; para él había desaparecido la felicidad. Kopovsaki había sido preferido, y a él se le había sacrificado sin consideración alguna, pisoteándosele como a un insecto venenoso, y condenándosele a una eterna soledad. Pensó en la fiesta del día en que se habían prometido, y recordó

que aquélla se había estremecido entre sus brazos cuando él le dio las buenas noches.

—En este momento se estremece quizá en los brazos de Kopovski —se dijo a sí mismo.

Y ante este pensamiento tuvo que morder el pañuelo, para no dejar escapar un grito de cólera y de dolor. Tomó luego de nuevo la carta, como si quisiera encontrar en ella la solución del enigma y volvió a leerla.

—¿Pero es posible? —se preguntó luego a sí mismo—. ¿En qué he faltado?

De pronto sintió que sus ideas se confundían, que ya no sabía distinguir la verdad de la mentira, el bien del mal, lo justo de lo injusto. Con Lineta se había perdido a sí propio, no hallaba punto alguno sólido donde apoyarse, pues la inteligencia, la conciencia y la existencia se le escapaban... Sabía aún que amaba a Lineta más que a la vida, y que jamás había deseado su daño; pero todo el resto estaba destruido en él por el peso de la desdicha.

Largo rato permaneció sentado en silencio, y habíase consumido la mitad de la vela, cuando despertó de aquel sueño. Entonces se operó en él algo extraño, algo extraordinario. Parecíale como si se hallara en una nave, y que se apartaba de la orilla y experimentaba la singular sensación de que no era él sino la orilla la que se alejaba, transportando su ser, sus pensamientos, sus deseos, sus esperanzas, su amor, y hasta su Lineta. Todos los martirios que había sufrido se le aparecían ahora como algo raro, infinito, que pertenecía definitivamente a aquella costa que, cuanto más se alejaba, tanto más pequeña se volvía, tomando cada vez más el aspecto de un sueño, el aspecto de un fantasma. Y entretanto, la veía alejarse, con la idea de que nunca más podría volver a ella, porque todo lo que de él había quedado, pertenecía a otro mundo, que se abría ahora para acogerlo en su misteriosa e infinita vastedad.

LV

Cuatro días después (era el de la festividad de la Asunción de María), celebrábase el cumpleaños de la señora Polaniecki, y con tal motivo Bigiel, su esposa y Svirski habían ido a Bucineck. No hallaron a Marina en casa, porque había ido a misa con sor Angela. Cuando lo supo la señora Bigiel, fue también allá con todos sus hijos, dejando solos a los hombres, ocupados en hablar del suceso que había conmovido toda la ciudad, o sea del intento de suicidio del poeta Zavidovski.

—Hoy he estado tres veces en su casa —decía Bigiel—; pero los criados no me han dejado pasar, porque había orden de no permitir la entrada más que a los médicos.

—Y ¡a mí —respondió Polaniecki—. Únicamente hoy no le he podido ver, pero antes he pasado todos los días algunas horas a su lado. A mi mujer le decía que me veía obligado a permanecer en la oficina para asuntos del comercio.

—¿Pero cómo ha sucedido esa desgracia? —preguntó Bigiel.

—De la manera siguiente —contestó Polaniecki—. Ignacio me había hecho creer que iba al manicomio para pasar la noche al lado de su padre, y yo me alegraba de ello, porque habría servido para distraerle de sus pensamientos. Le acompañé hasta la puerta, donde me prometió que a la mañana siguiente vendría a mi casa. Después he sabido que todo aquello no fue más que una maniobra suya para librarse de mí y poder alojarse una bala en la cabeza, sin que nadie se lo estorbara.

—¿No has sido tú el primero en enterarse del suceso?

—No. Fue una verdadera fortuna que la señorita Elena se encontrara en Varsovia, adonde había llegado con motivo de la ruptura del casamiento de su primo.

—Lo supo por mí —dijo Svirski—, y a fe que lo siento muchísimo.

—Dónde y cómo acaeció la desgracia, todavía no se sabe con certeza —prosiguió Polaniecki—. Lo cierto es que la señorita Elena fue la primera que le encontró y prestó auxilio, hizo llamar un regimiento de médicos y por último ordenó que le transportaran a su casa.

—¿Y los médicos confían en salvarle?

—Hasta ahora nada han asegurado. Según parece, Zvilovski, en el momento de disparar, inclinó demasiado el arma, y esto hizo que la bala, después de haber penetrado en la frente, subiese a la parte superior del cráneo, donde quedó alojada. Se le pudo extraer con gran facilidad, pero si sobrevivirá o si quedarán o no perturbadas sus facultades mentales son preguntas a las cuales por ahora no se puede contestar. Uno de los médicos cree que difícilmente podrá hablar.

—¡Y todo por aquella miserable mujer! —exclamó el pintor con expresión de rabia.

—¡Abandonémosla a la justicia divina! —dijo en voz baja el profesor Vaskovski, que se hallaba cerca de ellos.

Bigiel encomiaba la bondad, la generosidad y el valor de la señorita Elena.

—Los desocupados la criticarán; de eso no cabe duda —añadió.

—¡Bah! eso la tiene sin cuidado— observó Polaniecki—. No se preocupa por el qué dirá la gente, ni le pide nada a nadie, porque es tan altiva como su primo. Demuestra gran cariño a Zvilovski, y lo que ha ocurrido ha debido producirle una terrible sensación. ¿Ha oído usted referir la historia de Ploszovski? (1).

—Le conocí personalmente —contestó Svirski—. Su padre fue el primero, en Roma, que me pronosticó que haría carrera en el arte. A la señorita Elena se la creía novia de Ploszovski.

—No, no era su novia, pero estaba enamorada de él, y después de la muerte de Ploszovski se transformó por completo. En una persona tan piadosa como ella, el suicidio del hombre que amaba entrañablemente hubo de producirle una impresión aterradora, y ahora la tragedia se ha repetido en Zvilovski. Ayer me pareció más muerta que viva por el cansancio y por las vigias, y eso que allá hay personas que podrían cuidar al herido. La señorita Ratkovski me ha dicho que la señorita Elena lleva tres días sin dormir.

—¿La señorita Ratkovski?, —interrogó Svirski.

(1) La historia de Ploszovski se refiere en la novela *Más allá del misterio*, publicada en esta misma Biblioteca, según indicamos en otro lugar.

—¡Ah, sí! Me había olvidado de decirlo. Esta se enteró del triste suceso por los periódicos, y el mismo día se trasladó a casa de la señorita Zavilovski para ayudarla a cuidar al enfermo.

—¿Le señorita Ratkovski? —repitió el pintor.

Y en aquel momento acudieron a su mente las palabras contenidas en la carta que le dirigiera dicha señorita. Sólo entonces comprendió el significado trágico de tales palabras. Despreciando todo miramiento humano, sin hacer caso alguno de la maledicencia, la joven había acudido al lecho del herido... luego, la cosa era clara como la luz del día.

—Has estado ciego y loco—se dijo Svirski a sí mismo—. Otra persona cualquiera la habría compadecido; tú, en cambio, la has acusado de una muchacha superficial y de estar enamorada de aquel fatuo de Kopovski. Has hablado mal de ella en presencia de Marina y de Polaniecki y has injuriado a esa pura y angelical criatura, no por el dolor de haber sido rechazado, sino solamente por tu amor propio ofendido. Eres un pedazo de bruto indigno de ella. Ahora lo hecho no tiene remedio, y es preciso que te vayas a Oriente. En ninguna otra parte del mundo hay una luz como en Egipto... Una mujercita como aquélla no tiene precio. Su negativa casi ha producido en mí un buen efecto, porque ha echado por tierra todas mis teorías sobre la mujer. Pero tengo que hablar con esa señorita; le quiero decir lo que de ella pienso.

Y, en efecto, al día siguiente se presentó en casa de la señorita Elena. Ante la insistencia con que pidió verla, se le recibió, y la señorita Zavilovski, convencida de que aquella visita tenía por único objeto ver a su amigo, le acompañó en seguida al cuarto del herido.

Allí, en medio de la semioscuridad, en aquella atmósfera saturada de yodoformo, que hasta desde la escalera se percibía, yacía el pobre poeta con la cabeza vendada. Junto a su lecho se hallaban a la sazón las fieles enfermeras, en cuyas facciones se veían las huellas de las largas noches de insomnio, teniendo más aspecto de espectros que de personas.

Zavilovski tenía la boca abierta, y por debajo de los vendajes se distinguían sus ojos cerrados e hinchados. Estaba espantosamente desfigurado, y tenía la apariencia de un viejo. Svirski, que le profesaba mucho cariño, y que experimentaba hacia él una profunda compasión, que no le iba en zaga a la de Polaniecki y a la de Osnovski, sintió que el corazón se le oprimía dolorosamente.

—¡En qué estado tan terrible se halla! —pensó.

Y luego, dirigiéndose a la señorita Elena, le preguntó:

—¿No ha vuelto en sí todavía?

—No —suspiró ésta.

—¿Qué dicen los médicos?

La señorita Zavilovski hizo con su demacrada mano un movimiento que significaba que no podían asegurar cosa alguna. Y luego, en voz baja, añadió:

—Ya han pasado cinco días.

—La fiebre ha bajado —añadió la señorita Ratkovski.

Svirski se ofreció a ayudar a las dos señoritas en el cuidado del herido; pero Elena le señaló con la mirada al joven doctor, en quien él no había reparado todavía; y que estaba sentado en un ángulo de la habitación, junto a una mesa, encima de la cual había vasijas y varios aparatos para vendajes. El médico dormía, porque indudablemente le había rendido la fatiga, mientras aguardaba al colega que le debía relevar.

—Pero me parece que están ustedes muy cansadas —observó Svirski.

—Ahora únicamente se trata del enfermo —contestó Elena mirándole.

Entretanto los ojos del pintor se habían acostumbrado a la obscuridad, y ahora veía el semblante rígido del paciente y sus amoratados labios. Su cuerpo yacía inmóvil, únicamente sus dedos nudosos se movían como inquietos, enrollando el cobertor.

—No tiene más allá de tres días de vida —pensó Svirski.

Mas, para no desanimar a las dos jóvenes, dijo:

—Esta especie de heridas, si no matan en seguida, casi siempre curan.

La señorita Elena no contestó: sólo su semblante se alteró convulsivamente, y sus labios se pusieron todavía más pálidos.

Svirski había ido allá para tener un coloquio con la señorita Ratkovski y decirle lo que sentía en su corazón; pero en aquel momento, en presencia de aquel herido que estaba en peligro de muerte, reconoció desde luego cuán mezquinas eran sus intenciones, y que no era aquella la ocasión más oportuna para semejantes conversaciones.

Llevóse sucesivamente a los labios la mano de Elena y de la señorita Ratkovski, y salió del cuarto del enfermo, dejando escapar un profundo suspiro.

A pesar de toda su compasión, no podía menos que experimentar una especie de rebeldía.

—Él se alojó una bala en la cabeza porque todo el mundo, y hasta su propio talento, se le habían hecho indiferentes —murmuró—; y aquellas pobres almas se afanan por él y tiemblan por su vida.

Sintió una especie de celos, y de compasión de sí mismo, y continuó:

—Si tú, despreciando tu talento, te hubieras metido, como él, un pedazo de plomo en la mollera, nadie se habría cuidado de ti.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por el señor Plavicki con quien se encontró frente a frente al doblar una esquina.

—Acabo de llegar de Karlsbad —le dijo el viejo—. ¡Voto a sanes! ¡cuántas mujeres hermosas he encontrado allí! He visto ya a Polaniecki y sé que está bien. Pero me parece que mi yerno tiene mala cara.

—Ha tenido algunos disgustos... ¿No sabe usted lo de Zavilovski?

—Sí, es verdad. ¿Y usted qué dice de todo eso?

—Que es una gran desgracia.

—Sí, pero también es una desgracia que los hombres de nuestros días no tengan ya principios. Y esto se debe a vuestro ateísmo, hipnotismo, socialismo, etc... La juventud moderna no tiene principios, se lo repito, y en esto se debe buscar la razón de todas las calamidades.

LVI

A consecuencia de la horrible catástrofe, Polaniecki había olvidado por completo la promesa hecha a Osovski de tenerle al corriente de la manera como

Zavilovski recibiría la noticia de la ruptura de su boda y de la partida de la señorita Castelli.

Pero Osnovski, que se enteró por los periódicos de lo que había acaecido, se informaba cada día telegráficamente del estado del herido, porque no podía fiarse de las disparatadas noticias que circulaban entre el público y la prensa.

Algunos periódicos daban como desesperado el estado del poeta; en cambio otros decían que estaba casi curado. Ni el mismo Polaniecki pudo, por algún tiempo, darle informes exactos, y sólo catorce días después pudo expedirle un telegrama anunciándole que el enfermo, que hasta entonces se había encontrado entre la vida y la muerte, estaba al fin completamente fuera de peligro, según la opinión de los médicos. Osnovski contestó inmediatamente a este despacho con esta carta fechada en Ostende:

«¡Loado sea Dios, por la agradable noticia que me comunica usted! ¿De modo que está conjurado todo peligro? No puede usted imaginarse el enorme peso que su telegrama me ha quitado del pecho. Dígale usted a Ignacio que, no solamente yo, si no hasta mi mujer ha derramado lágrimas de alegría por la salvación de su preciosa vida. Anetka no sabe hablar de otra cosa ni acierta a pensar en otra cosa que en él. ¡Ah, amigo mío! ¡lo que son las mujeres!... Volúmenes enteros se podrían escribir acerca de ellas.

»Por su telegrama me he enterado de que Ignacio se halla bajo los cuidados de la señorita Elena. ¡Bendígala Dios por su buen corazón! Esta no tiene a nadie más en el mundo a quien querer, y creo que Ignacio le inspirará todavía más cariño porque le recordará a Ploszovski. Ahora que me ha tranquilizado usted respecto a nuestro común amigo, voy a darle algunas noticias acerca de la señora Bronicz y de Lineta.

»Después de haber pasado una larga temporada en Scheveningen, por miedo a la viruela, huyeron de allá y se vinieron a Ostende, seguidas del inseparable Kopovski. Aquí nos hemos encontrado varias veces en el balneario, pero, como comprenderá usted, hicieron como si no nos conocieran. Bien es verdad que Kopovski dejó en casa su tarjeta, pero yo, naturalmente, no he correspondido, por más que mi mujer sostiene que él es el menos culpable de todos.

»Inmediatamente después de recibido su despacho de usted, no pude menos de hacerles saber que Ignacio estaba salvado. Aquí se encuentran muy mal y expuestas a continuas humillaciones, porque han notado que todos sus conocidos procuran esquivarlas, y yo he querido darles, por lo menos, la seguridad de que tenían sobre su conciencia la vida de un hombre. Aquel mismo día nos visitaron, y mi mujer, que considera cada acción mala como una enfermedad moral, sostuvo que estábamos obligados a asistir a los parientes enfermos, y por lo tanto, me convenció de que debía ir a buscarlas. La primera entrevista fue, como es de suponer, muy embarazosa para ambas partes. De Ignacio no se habló una palabra. Kopovski se ha presentado con el carácter oficial de novio de Lineta, pero esta no me ha parecido muy dichosa, y, por lo que he podido comprender, debe haber sufrido mucho por la tentativa de suicidio del que era ya su prometido esposo. Respecto a la señora Bronicz, también parece que la noticia le ha afectado, pero he sabido también, y ya puede usted figurarse con cuánta indignación, que había tratado de persuadir a algunos bañistas de que Lineta había tronado con Zavilovski por las ideas irreligiosas de éste, que fueron las que le indujeron al

suicidio. Ella procura engañar a todo el mundo, y no comprende que al fin y al cabo logra engañarse a sí misma.

»El casamiento de Lineta con Kopovski se verificará en París, así se dice por lo menos, dentro de dos meses; pero mi mujer se muestra muy escéptica sobre este punto.

»Si su estado de salud lo permite, abrace usted a Ignacio en mi nombre, y hágame usted el obsequio de asegurarle que tendrá siempre en mí Un amigo que le quiere con todo corazón y con toda el alma.»

A pesar de lo adelantado de la estación, Marina seguía residiendo en Bucineck, y de consiguiente Polaniecki, que por razón de sus negocios se hallaba en Varsovia, enseñó aquella carta a los esposos Bigiel, con quienes comía.

—Una cosa me gusta —dijo la señora Bigiel, después que hubo leído la carta hasta el final—; y es que Lineta se casa con ese Kopovski; porque, de lo contrario, siempre me atormentaría la idea de que, una vez curado, Ignacio volviera a hacer las paces con ella.

—No, Zvilovski tiene demasiado carácter para eso, y, a mi entender, no le perdonará jamás —objetó Bigiel—. ¿Qué te parece a ti, Stach?

—Yo —contestó el interrogado—, creo que Lineta, después de lo que ha sucedido, reanudaría con mucho gusto sus antiguas relaciones; y en cuanto a él, he vivido ya bastante y he visto realizarse cosas tan increíbles, que no pondría la mano en el fuego por nadie.

—Si tú te hallaras en su lugar, ¿la perdonarías? —insistió preguntándole Bigiel.

—No lo creo, pero de nada respondo —contestó Polaniecki malhumorado, porque sabía que no podía fiarse ni de sí mismo—. Lo que hay de cierto es que no me habría pegado un tiro en la cabeza. Por lo demás, nada sé y no me hago responsable de nadie.

—No sé lo que daría —dijo la señora—, para poder ver a Ignacio; pero es más fácil asaltar una fortaleza que llegar hasta él. No comprendo por qué la señorita Elena ha dado una consigna tan absoluta.

—Probablemente porque los médicos habrán aconsejado un reposo absoluto. Por lo demás, Zvilovski, desde que ha recobrado los sentidos, no tiene ganas de ver a nadie, ni a sus amigos.

—¿Va usted a verle todos los días?

—Me lo han concedido, porque desde el principio he estado mezclado en esa triste historia.

—¿Nombra alguna vez a Lineta?

—Esto mismo le he preguntado a la señorita Elena y ésta me ha contestado que no. Yo mismo he permanecido horas enteras a su lado, y nunca he notado que se acordara de aquel nombre: es una cosa rara. Sabe que ha estado herido y enfermo, pero de lo que pasó antes parece que de nada se acuerda. Y los médicos sostienen que semejantes heridas en la cabeza producen a veces singulares efectos. Por lo demás, reconoce a todos los que se le acercan, y se muestra muy agradecido de su prima y de la señorita Ratkovski. A esta última la tiene una preferencia especial, y apenas se despierta la busca en seguida con los ojos. Pero también estas dos mujeres son verdaderas hermanas de la caridad: y por cierto, no hay palabras suficientes para ensalzar tan nobles corazones.

—Quien se conmueve de una manera especial es la señorita Ratkovski —dijo la señora Bigiel.

—Después de maduras reflexiones —observó Bigiel—, he llegado a persuadirme de que está enamorada de Ignacio.

—Esto es claro como la luz del sol. La joven ocultó sus sentimientos hasta el día de la desgracia. Por eso debió rechazar a Svirski. Cuando Zavidovski quiso suicidarse, ésta se hallaba en Varsovia al lado de su vieja parienta, y apenas supo que la señorita Elena había acogido a Ignacio en su propia casa, corrió a verla y le pidió con gran insistencia que la dejara quedarse allí. Como es natural, la gente no ha tardado en averiguar el estado de las cosas; pero tanto ella como la señorita Elena no se ocupan poco ni mucho en las habladurías de los demás.

Al llegar a este punto, Polaniecki se detuvo, y dirigiéndose luego a la señora Bigiel, añadió:

—¡Ah, mi buena señora! A usted le conmueve más la señorita Ratkovski, pero piense usted por un momento en la situación de la señorita Elena. A lo únenos Zavidovski vive, mientras que Ploszovski tuvo mejor puntería. La señorita Elena le amó con toda su alma, y de consiguiente, ya puede usted imaginarse cuánto debió sufrir. A aquel suicidio ha seguido otro que ha vuelto a abrir, y ha irritado heridas todavía no bien cicatrizadas, haciendo despertar dolorosos recuerdos, todavía no bien dormidos del todo.

—Eso es verdad —dijo Bigiel—. Zavidovski, una vez curado, se casará probablemente con la señorita Ratkovski.

—Eso admitiendo que haya olvidado a Lineta; y admitiendo asimismo que se cure.

—¿Por qué dices: «Admitiendo que se cure»? ¿No has asegurado tú mismo su curación?

—Sí, por lo que se refiere al cuerpo; pero es muy dudoso que sea el Zavidovski de antes. Aun no habiendo tratado de suicidarse, habría sido difícil juzgar si una sacudida moral tan violenta no habría inutilizado a un hombre tan exaltado como él. Y pensad en la manera como se ha herido. Aun ahora, a pesar de haber recobrado los sentidos, y a pesar de que habla con sensatez, a veces se detiene de pronto a la mitad de una palabra, porque no acierta a acordarse de la manera como se pronuncia. Lo raro es que no ha olvidado los nombres de los objetos; pero en cambio, si se trata de un hecho, de un acto cualquiera, enmudece con frecuencia porque o no lo puede recordar sino con gran dificultad, o no lo recuerda poco ni mucho.

Aquí vino a interrumpir la conversación un criado que traía una carta para Polaniecki. Estaba firmada por Masko y contenía las siguientes palabras:

«Deseo hablarte con motivo de circunstancias graves. Te aguardaré en casa hasta las cinco.»

—Tengo curiosidad de saber qué más quiere de mí —dijo Polaniecki.

—¿Quién?

—Masko desea hablarme.

—De seguro que se tratará de algún embrollo. Está enredado hasta el cuello. A veces me pregunto dónde encuentra ese hombre valor... Ya sabrás que la señora Kraslavski ha regresado de Viena completamente ciega. Nosotros hemos ido a

visitarla antes de que dejara el campo. Toda la casa respira miseria. Es cosa que da lástima.

Polaniecki absorbió apresuradamente su taza de café negro hirviendo y se despidió. Aunque desde hacía algún tiempo cualquier conversación que se refería a la señora Masko se le hacía insoportable, trató de adivinar lo que Masko pudiera desear de él. Probablemente sería una cuestión de dinero.

—Ahora —decíase a sí mismo— no puedo, ni debo rehusárselo.

No sabía qué era lo que tenían que ver con la casa y con los asuntos de aquel hombre sus antiguas relaciones con la señora Masko, pero comprendía que con respecto a Masko, él no era tan independiente como antes. Mas sus presunciones debían verse desmentidas por los hechos.

—Te he mandado aquel billete —dijo Masko a su amigo en cuanto le vio aparecer—, porque me he figurado que difícilmente te habría podido encontrar en casa o en la oficina. Tengo que hablarte de varias cosas que te interesan.

—¿En qué puedo servirte? —le preguntó Polaniecki.

—Ante todo tengo que suplicarte que guardes el secreto sobre todo lo que te voy a decir.

—Por de contado: puedes hablar.

Masko miró a su amigo, permaneciendo en silencio por algunos segundos, como si quisiera prepararle para oír graves noticias; al fin le dijo con una calma singular y pronunciando lentamente las palabras:

—Quería anunciarte que estoy irremisiblemente arruinado.

—¿Has perdido el pleito?

—Hasta ahora, no. Pero sé que la victoria ya es imposible para mí.

—Pero podrás apelar.

—No, amigo mío; es imposible.

—¿Por qué?

—Porque tengo más deudas que cabellos en la cabeza, y porque mis acreedores, en cuanto sepan que he sido derrotado en primera instancia, me asaltarán como otras tantas bestias feroces.

Y bajando aquí la voz, añadió:

—No me queda otro recurso que la fuga.

Lanzó un profundo suspiro, y alzando la cabeza, continuó:

—Ahora hablemos de lo que te interesa a ti personalmente. Escucha. Por lo que se refiere al contrato de Kerzemien, yo le debo a tu mujer una cierta cantidad; tú me has prestado algunos miles de rublos, y por último tengo que pagar a tu suegro una renta vitalicia. Ahora bien, te confieso que a mí no me queda otro recurso que huir al extranjero como quebrado, y que todos vosotros no cobraréis ni un céntimo.

Y después de haber pronunciado estas palabras con el énfasis y la sangre fría de un hombre que nada tiene ya que perder, fijó los ojos en Polaniecki como si esperara una explosión de cólera.

Pero se equivocó por completo. A Polaniecki se le oscureció por un momento el semblante a impulsos de la ira que procuraba reprimir; pero en seguida se calmó visiblemente.

—Ya había previsto que la cosa tenía que concluir así —contestó.

Masko, que se esperaba otra cosa muy diferente, le miró lleno de asombro, como preguntándole qué había pasado en él, mientras para sus adentros Polaniecki pensaba:

—Si en este momento me pide más dinero, no se lo puedo rehusar.

Y repitió en voz alta:

—Era de prever.

—No —replicó Masko con la vehemencia apasionada de un hombre convencido de que era víctima de una serie de circunstancias fatales—; tú no puedes decir esto, y estaría yo dispuesto a jurarlo, aunque fuera a la hora de mi muerte.

—Amigo mío —repuso Polaniecki con impaciencia—, vamos a ver, ¿qué quieres de mí?

—Nada absolutamente. Me he dirigido a ti como a un amigo que me ha demostrado benevolencia, y a quien debo, no solamente dinero, sino además mucha gratitud. En una palabra, para confesarte francamente cómo están la cosas, y al mismo tiempo para decirte: «Salva lo que puedas y todo lo más que puedas.»

Polaniecki se mordió los labios y pensó:

—Que el diablo se lleve a ti y al dinero: me basta con que me vea libre de tu presencia.

Pero reprimió las ganas que tenía de pronunciar en alta voz estas palabras, y contestó sencillamente:

—No veo el medio.

—Hay uno —observó Masko—. Mientras no se sepa que estoy arruinado por haber perdido el pleito, y mientras mi firma tenga algún valor, tú podrás vender en el tercio de su valor el crédito de tu mujer, diciéndole al comprador que quieres realizar tu capital u otra cosa por el estilo. Siempre se encuentra un judío, sobre todo si vendes con pérdida. Yo prefiero hacer daño a otro que hacértelo a ti. Tú puedes no haber oído decir a nadie lo que te acabo de confesar yo de mi próxima ruina, y siempre puedes esperar que gane el pleito. Por lo demás, está seguro de que quien compre tu crédito no tendrá escrúpulo alguno en vendérselo a otro, aunque tuviera la seguridad de que al día siguiente no debía valer ni un céntimo. El mundo es una Bolsa, y los negocios de Bolsa son parecidos a los que te acabo de proponer. A esto se le llama Providencia.

—No —contestó Polaniecki—, se llama con otro nombre. Tú has mencionado a los judíos. Pues bien; hay cierta clase de negocios a los cuales se les caracteriza con el nombre de *sucios*. Procuraré salvar de alguna otra manera el dinero de mi mujer.

—Como te plazca. Yo te he propuesto este medio porque no tenía otro. Quiero beber una taza de té y un vasito de coñac, porque ya no puedo tenerme en pie.

Polaniecki llamó y Masko, después de haber ordenado lo que quería, continuó:

—En mi caída arrastraré a otros, pero no lo puedo evitar; por esto prefiero arrastrar a los que me son extraños con preferencia a los que me han servido.

Entretanto el criado había traído el té y el coñac. Masko, que sentía la necesidad de un cordial, llenó la taza mitad de té y mitad de coñac y la vació de un sorbo.

—Amigo mío —le dijo Polaniecki—, tú debes conocer mejor que yo tu situación, y todo lo que yo podría decir en pro o en contra de tu idea de hoy, y sobre tus intenciones respecto a tus acreedores, te lo has dicho tú mismo; por lo tanto, hablemos de otra cosa. Dime: ¿Tienes a lo menos lo suficiente para hacer el viaje?

—Sí. Que se me declare fallido por cien mil o por cien mil uno, para mí viene a ser lo mismo. De todos modos, te doy las gracias por la pregunta.

Después de haber absorbido otra taza de té y coñac, Masko prosiguió:

—No creas que bebo por desesperación; es que estoy en pie desde esta mañana y me siento muerto de fatiga. No quiero darme por vencido y, como ves, aún no me he alojado una bala en la cabeza, porque esta clase de tragedias han pasado de moda. Sé muy bien que para mí todo ha terminado, pero, de todos modos, ¡aquí nunca habría podido rehabilitarme.

—Pero ahora, ¿qué piensas hacer?

—Ahora —dijo Masko tras un breve silencio—, ahora me tendrán por un bribón y a nadie se le ocurrirá que hay diversas clases de quiebra... A mi mujer no la he pedido ninguna firma, ni la más pequeña garantía; por lo tanto le quedará todo lo que tenía antes de nuestro matrimonio. Por ahora parto solo, y ella se quedará aquí con su madre hasta que haya mejorado mi situación. Ya debes saber que la señora Kraslavski ha quedado completamente ciega, y por consiguiente, comprenderás que me sería imposible llevarla conmigo, tanto más cuanto que ni yo mismo sé a dónde iré a hacer fondo. Lo mismo puedo ir a París que a Amberes. Ellas nada saben aún, y esto es lo que me aflige; es una tragedia.

Cerró convulsivamente los ojos y se ocultó de nuevo la cabeza entre las manos.

—¿Cuándo piensas partir? —le preguntó Polaniecki.

—No lo sé aún; de todos modos, te lo avisaré. He comprendido que tú habías venido con la intención de prestarme un servicio, y me lo puedes prestar, aunque no en metálico. Mi pobre mujer se verá acosada, en los primeros momentos, por mis acreedores. Llévatela por algún tiempo con vosotros. ¿Puedo contar con ello?

—¡Dios de los cielos! —pensó Polaniecki—. ¡Hay para volverse loco!

Pero en voz alta contestó:

—¡Desde luego!

—Te lo agradezco de todo corazón; y ahora, una última súplica. Tú tienes mucha influencia sobre mi mujer y mi suegra, las cuales creen todo lo que tú dices; de consiguiente, durante los primeros días de mi ausencia, procura animarlas, hacerlas comprender la diferencia que hay entre el deshonor y la desventura, y persuadirlas, finalmente, de que yo no soy tan bribón como me representarán. Ya has visto que yo habría podido envolver a mi mujer en mi ruina, y no lo he hecho; que habría podido pescarte algunos miles de rublos más, y ni siquiera lo he intentado. Estos dos hechos te servirán para persuadirla y ella te creerá. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

Masko se apretó con más fuerza la cabeza entre las manos, y con el semblante alterado por el dolor, agregó:

—Cree que ésta es verdaderamente para mí la más grave ruina, lo que más me abate.

Casi inmediatamente después los dos amigos se separaron y Polaniecki tomó un coche para hacerse conducir a Bucineck. Por el camino, después de haber estado pensando en el destino de Masko, se dijo:

—También yo hago quiebra, desde cierto punto de vista.

Y era verdad. Desde hacía algún tiempo, sentíase atormentado por una incesante e indefinida inquietud, contra la cual nada podía. En torno suyo sólo veía esperanzas defraudadas, dolores y desventuras, y, por más que hacía, no conseguía librarse de la idea de que todo aquello no era otra cosa que una amenaza y una amonestación. A veces se preguntaba:

—¿Por qué he de constituir yo solo una excepción?

Y su corazón se oprimía lleno de angustia, como si previera una próxima desventura. En tan triste disposición de ánimo llegó a Bucineck a hora ya avanzada.

Hizo detener el coche, y tomó por el sendero enarenado, procurando no hacer ruido con los pies. Al pasar por delante de las ventanas iluminadas, divisó a Marina, a la señora Emilia y al señor Vaskovski, sentados alrededor de la mesa en el centro de la sala. Marina hacía un solitario con los naipes y parecía estar explicándoselo a la señora Emilia, pues, vuelta la cara hacia ésta, señalaba las cartas con el dedo. A su vista, Polaniecki recordó lo que desde mucho tiempo acontecía en él, y penetró en su casa sumamente preocupado.

—Hoy has venido tarde —le dijo Marina, y te esperábamos a cenar.

—Masko me ha entretenido —respondió Polaniecki—. ¿Hay novedades?

—Ninguna: todo es viejo.

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Como el pez en el agua —contestó Marina sonriendo.

Y después de haberle presentada la frente para que la besara, le pidió noticias de Zavilovski.

Desde que se había separado de Masko, sólo ahora respiraba con libertad.

—Mi mujer está buena y todo va a pedir de boca —pensó casi con extrañeza.

Aquella habitación iluminada y aquella tranquilidad, le habían producido un efecto bienhechor. En medio de aquellas caras amigas, al lado del ser que le era querido, experimentaba un dulce bienestar, y sentía que para él aquélla era la verdadera felicidad. Al mismo tiempo comprendía también cuán neciamente había jugado con aquella felicidad, cuánto había alterado la pura atmósfera de aquella casa, llevando a ella elementos envenenados, y cuán poco había merecido habitar bajo aquel techo.

LVII

Hacia la mitad del mes de septiembre, habíase enfriado tanto la temperatura, que Polaniecki juzgó conveniente abandonar Bucineck y regresar a Varsovia. Para recibir dignamente a Marina, había hecho renovar por completo su habitación, adornándola con flores frescas. Con su mujer había perdido por completo aquel exagerado sentimiento de sí mismo y aquella especie de alta consideración que constituían los últimos obstáculos para el logro completo de la felicidad de Marina. Ahora su conducta con ella era tal, que con frecuencia se habría podido creer que su mujer era todavía la señorita Plavicki y él el enamorado inseguro de que fuera amado.

Inmediatamente después del regreso de los dos esposos a Varsovia, llegaron de Ostende otras noticias de nuevas y graves desventuras.

Un día Svirski penetró como una bomba en la oficina y, después de haber perdido a Bigiel y a Polaniecki que pasaran un momento con él a una sala inmediata, les dijo con aire de gran misterio:

—¿Sabéis lo que ha pasado? Ayer Kraszovski, apenas llegado de Ostende, ha venido a verme y me ha contado que Osnovski se ha separado de su mujer, después de haber casi aplastado a Kopovski. Un escándalo fenomenal. En todo Ostende no se habla de otra cosa.

En los primeros momentos, Polaniecki y Bigiel quedaron mudos de estupor; al fin dijo el primero:

—Un día u otro tenía que suceder. Al fin Osnovski ha abierto los ojos.

—Por mi parte no entiendo absolutamente nada —manifestó Bigiel.

—¡Es inaudito! —exclamó el pintor—. ¿Quién habría podido figurarse una cosa semejante?

—¿Y qué le ha dicho a usted Kraszovski?

—Osnovski se había puesto de acuerdo con algunos ingleses para hacer juntos una excursión que tenía que durar algunos días; pero, como perdieron el tren que debía conducirles, y faltaban todavía dos horas para la llegada del otro tren, Osnovski creyó conveniente llegarse hasta su casa. Imaginaos lo que debió ver, para que un hombre tan pacífico como él pudiera encolerizarse de tal modo que ni hiciera caso del escándalo. Figuraos que apaleó tan despiadadamente a Kopovski, que el desgraciado salió tan maltrecho que todavía se ve obligado a guardar cama.

—Estaba tan enamorado de su mujer, que nada tendría de extraño que se hubiera vuelto loco y le hubiese matado —observó Bigiel—. Es una historia terrible.

—Sí, sí —exclamó Svirski—; así son ellas.

Polaniecki no despegó los labios, y Bigiel, afectado por la desventura de Osnovski, se puso a dar paseos por la habitación. Por último se detuvo delante del pintor, y después de meterse las manos en los bolsillos, dijo:

—Y sin embargo, todavía no lo entiendo.

Svirski, sin contestar directamente, se volvió a Polaniecki y repuso:

—¿Se acuerda usted de todo lo que dije en Roma respecto a esta señora? El viejo Zavilovski la llamaba la mariposa, y ahora comprendo que tenía razón; sólo que, en vez de posarse encima de las flores, se ha posado sobre el estiércol.

—¡Qué triste es todo esto! —agregó Bigiel.

—Muy triste —repitió el pintor—. Esta señora lo había encontrado todo en su marido: riqueza, bondad, amor. Pero ella ha preferido pisotearlo todo.

—¿Se han separado de verdad?

—De verdad. La señora Anetka ha partido ya. Y preciso es que haya sido muy grave la cosa para que Osnovski se decidiera a separarse de ella. ¡Casi es increíble!

—Lo único que me gustaría saber —dijo Bigiel con su calma habitual—, es cómo podrá vivir aquella señora, partiendo de la suposición de que toda la fortuna es del marido.

—Como no la ha matado en aquel instante, es probable que tampoco la quiera dejar morir de hambre. Kraszovski me decía que Osnovski se ha quedado en Ostende, para agarrar de una oreja al Adonis, cuando éste pueda abandonar la cama y le hayan desaparecido los cardenales. La señora Bronicz y Lineta han salido más que de prisa para París.

—¿Y el casamiento de Kopovski?

—Ya se comprende que se ha roto. Del mal no puede salir bien. Ahora se halla compuesta y sin novio, a no ser que en el extranjero dé con un príncipe Crepelesku. Después de lo que ha pasado, únicamente un bribón o un imbécil podrá avenirse a tomar por mujer a la señorita Castelli. De seguro que Zavidovski no va a volver dejarse fascinar por aquella sirena.

—Lo mismo le dije a Stach —observó Bigiel—, y él me contestó: «¡Quién sabe!»

—¡Qué! —exclamó Svirski—, ¿de veras ha contestado usted eso?

—No sé, no sé —dijo con viveza Polaniecki—. No respondo de nadie, ni de mí mismo.

Svirski le miró algo sorprendido, y luego repuso:

—Tal vez tenga usted razón. Si alguien me hubiese dicho ayer que Osnovski se quería separar de su mujer, le habría tomado por un loco.

Después de estas palabras, el pintor se despidió, porque le esperaban a comer en casa de Kraszovski; Bigiel y Polaniecki quedaron solos.

—El mal no puede quedar sin castigo —dijo sentenciosamente Bigiel tras un breve silencio—. ¿Sabes lo que pienso en este momento? Que el nivel moral va bajando cada día más entre nosotros. Considera por un rato a la Bronicz, a la Castelli, a la Osnovski. Todas canallas con pretensiones exageradas y carácter de fregonas. Verdaderamente da asco el pensarlo. Y los hombres como Osnovski y Zavidovski son los que tienen que pagar la pena.

—¡Hay en este mundo tantas cosas desprovistas de lógica y que por lo mismo son incomprensibles! —contestó con tristeza Polaniecki.

Bigiel se puso a pasear de uno a otro extremo de la habitación. De repente se detuvo frente a su socio, y, dándole un golpecito en el hombro, le dijo:

—Vaya, viejo mío, que tú y yo, podemos estar bien contentos: en la lotería de la vida, nosotros hemos ganado el primer premio. En realidad, nosotros tampoco éramos unos santos, pero es probable que Dios nos habrá concedido esta suerte, porque nosotros dos nunca hemos sabido qué era eso de entrar a escondidas en casa ajena.

Polaniecki no despegó los labios, y se dispuso a salir.

Todas las circunstancias de la vida le habían exasperado de tal manera, que todo lo que acaecía y oía en torno suyo producía en sus nervios el efecto del chirrido de una sierra. A veces le asaltaba la idea de ir a sepultarse con Marina en un pueblecillo cualquiera para hallarse lo más distante posible de la comedia de la vida, que se le hacía cada vez más repugnante. Pero luego calculaba que no podía obligar a Marina a seguirle a un desierto. Sin embargo, había renunciado a la idea de comprar definitivamente Bucineck, porque había resuelto buscar para el verano una quinta mucho más distante de la ciudad y no tan accesible. El comercio con los hombres se le había hecho pesado de una manera especial. Algunas veces, pero muy raramente, se despertaba en él el antiguo hombre enérgico, y entonces se decía:

—Bien mirado, me estoy atormentado por un pecado que los hombres cometen cada día con la mayor indiferencia.

Mas en vano trataba de defenderse a sí mismo. La falta de un hombre casado de seis meses atrás con una mujer como Marina, de un hombre próximo a ser padre, era monstruosa; y mientras se encaminaba a su casa, en aquel momento en que pesaba sobre él la noticia de la desventura de Osnovski, casi le parecía que él era cómplice de lo acaecido.

—Porque yo —decíase—, soy un accionista de la fábrica que produce tan tristes sucesos, que produce mujeres como la señorita Castelli y como la señorita Osnovski. En Marina, empero, no hay ni sombra de falsedad.

Veíala distintamente, como se ve una persona en quien se piensa con todas las fuerzas del alma. Veía su carita siempre graciosa, con la boca un poquito grande y con los ojos dulces, de una pureza infantil, y paulatinamente se fue sintiendo invadido por una profunda emoción.

—Verdaderamente me ha tocado el primer premio en la lotería de la vida, pero no he sabido apreciar, como debía, mi fortuna.

Bigiel había dicho que una mala acción se tiene que evitar, y Polaniecki, que había tenido ya a menudo este pensamiento, experimentaba ahora un terror supersticioso. Parecíale imposible poder gozar para siempre y sin obstáculos de la posesión de una criatura semejante, a despecho de toda lógica. ¡Si Marina sucumbiese al ser madre! ¿No podría la señora Masko, para vengarse, decir una sola palabra que se lo revelase todo a Marina, y que pudiera ser fatal para ella, atendido el estado en que se hallaba? ¿Y quién sabe si ya en aquel momento estaba la señora Masko al lado de Marina? Caminaba sobre ascuas, y en la angustia que le oprimía el corazón, apresuró el paso para llegar más pronto a su casa.

Pero no encontró allí a la señora Masko. En cambio Marina le entregó un billete de la señorita Elena, rogándole que fuese a verla después de comer.

—Temía que el señor Zavilovski hubiese empeorado —dijo Marina.

—No; esta mañana le he ido a ver. La señorita Elena estaba conferenciando con su procurador, por cuyo motivo no he visto más que a la señorita Ratkovski y a Ignacio: él estaba muy bien y me ha parecido alegre.

Polaniecki había decidido explicar a su mujer, durante la comida, las tristes noticias recibidas de Ostende. Comprendía que no le era posible guardar el secreto, y además, tenía la seguridad de que ésta lo sabría más o menos tarde de algunos otros labios indiscretos.

Cuando Marina le preguntó si ocurría alguna novedad en sus negocios, él, aprovechando la ocasión, se apresuró a contestar:

—En los negocios nada nuevo; mas por ahí se habla de un gran escándalo acaecido en la familia Osnovski.

—¿En la familia Osnovski?

—Sí, en Ostende ha sucedido algo grave. Dicese que Kopovski ha sido la causa del escándalo.

—¿Por qué no me lo dices todo, Stach?

—No puedo contarle más que lo que me han contado. ¿Te acuerdas de mis observaciones del día de los esponsales de Zavilovski? Mira si yo tenía razón entonces. Ha acaecido un verdadero pandemonio, y parece que la cosa se ha puesto muy mal.

—¿No me habías dicho que Kopovski se había prometido con la señorita Castelli?

—Es verdad, pero no lo es menos que nada hay sagrado en este mundo.

A Marina le impresionó mucho la noticia. Quería interrogar de nuevo a su marido, pero éste le dijo que no sabía nada más y que probablemente dentro de pocos días llegarían otras noticias.

La joven esposa compadeció muy de veras al pobre Osnovski, y la conducta de la señora Anetka le parecía inconcebiblemente indigna.

—A lo menos habría tenido que respetarle —dijo—; aunque no fuese más que por el gran cariño que él la demostraba. Es indigna de ser la esposa de un hombre semejante, y ahora encuentro que Svirski está muy acertado cuando tiene formada tan mala opinión de las mujeres.

La llegada del señor Plavicki vino a interrumpir esta conversación. Venía del *restaurant*, donde había almorzado, para contar la gran noticia, de la que hablaba ya toda Varsovia. Alegróse Polaniecki de haber hablado él antes de esto con Marina, porque en la boca del viejo Plavicki la cosa tomaba un aspecto distinto, complaciéndose él en pintarla con colores bastante subidos. Habló largo y tendido de las mujeres de otros tiempos, comparándola con las de nuestros días, y acabó por tomar por el lado cómico la desgracia conyugal del infeliz Osnovski.

—Esa picara —concluyó diciendo el viejo—, es una mujercita decidida; a todos les miraba con muy buenos ojos; ¡pobre Osnovski!... Fijaos bien, a todos les dirigía miradas tiernas.

Alzó los ojos hacia el techo, y luego miró a Marina y a Polaniecki como si quisiera convencerse de que éstos habían comprendido el verdadero significado de aquel *todos*. Una expresión de repugnancia se dibujó en el rostro de Marina, la cual, dirigiéndose a su marido, contestó:

—¡Psch! ¡qué sucio y asqueroso es todo esto!

LVIII

Por la tarde Polaniecki se trasladó a casa de la señorita Elena. El joven poeta llevaba puesta todavía una venda negra para sostener un extenso parche que le cubría la herida. Hablaba aún con alguna dificultad, pero su estado iba mejorando de día en día, y el médico había asegurado que este último síntoma acabaría también por desaparecer.

Cuando Polaniecki entró, el enfermo se hallaba sentado junto a una mesa, en un gran sillón, usado ya por el viejo Zavilovski. Estaba escuchando, con los ojos entornados, sus poesías, que la señorita Ratkovski le leía. Al ver a Polaniecki, ésta dejó el libro encima de la mesa.

—Buenas tardes, señorita —dijo Estanislao saludándola—. ¿Cómo sigue Ignacio? Dispénseme usted, señorita, si he interrumpido su lectura. ¿Qué leía usted de bueno?

—Las poesías del señor Zavilovski.

—¿Tú estás escuchando tus poesías? —preguntó riéndose Polaniecki—; eso quiere decir que te gustan.

—Al oírlas experimento una singular impresión —contestó Zavilovski—. Me parece que no soy quien ha escrito estas cosas.

Luego, tras un corto silencio, hablando con lentitud y deteniéndose de vez en cuando para buscar las palabras que no acertaba a recordar, continuó:

—Tan pronto como pueda volveré a escribir; pero antes es necesario que me restablezca por completo.

Era evidente que este último pensamiento le preocupaba sobremanera.

—Puede usted tener la seguridad —le dijo la señorita Ratkovski, para animarle—, de que dentro de pocos días ya estará usted en disposición de escribir poesías nuevas, tan bonitas o más que las que ahora estoy leyendo.

Dirigióle él una sonrisa de gratitud, pero no contestó palabra. En aquel instante entró Elena, acercóse en seguida a Polaniecki y tendiéndole la mano, le dijo:

—Estoy muy contenta de que haya venido usted. Necesito pedirle un consejo.

—Estoy a sus órdenes, señorita.

—Tenga usted, pues, la bondad de venir conmigo.

La joven le condujo a otra habitación, le ofreció una silla y sentándose a su vez frente a él, permaneció unos instantes silenciosa, como para concentrar sus ideas.

Polaniecki, que estaba de espaldas a la luz, notó por vez primera algunas hebras blancas en los cabellos de la bella Elena.

—Deseo de usted —comenzó diciendo ésta— no sólo un consejo, sino también una promesa. Sé que es usted un amigo verdadero de mi pobre primo, y le estoy muy agradecida de las muestras de simpatía que me tiene usted dadas desde la triste ocasión de la muerte de mi padre. Por eso quiero hablarle con entera franqueza y en confianza, cosa que hasta el presente no me he atrevido a hacer. Por razones más particulares, que creo innecesario explicar, he resuelto crearme una vida nueva que me sea soportable. Mucho tiempo ha que lo habría hecho, pero los deberes que tenía para con mi padre me lo han impedido. Luego sucedió una desgracia y me consideré obligada a acoger en mi casa a mi último pariente, al único que lleva nuestro nombre y a quien profeso una amistad leal y sincera. Ahora, gracias a Dios, está salvado y, como: el Cielo le ha concedido una inteligencia nada vulgar y le ha predestinado para grandes cosas, tiene que desenvolver sin obstáculos toda su actividad.

Detúvose pensativa unos instante, y luego prosiguió:

—Curado él, ha desaparecido el único impedimento que se oponía a la realización de mi deseo, y debo reanudar el estudio de mis proyectos. Pero antes, fuerza es que atienda al destino que hay que dar a la cuantiosa fortuna que mi padre ha dejado y que para mí ha venido a ser completamente inútil, dadas mis intenciones para el porvenir. Si pudiera considerar toda esa fortuna como de mi absoluta propiedad, quizá trataría de dar otro destino a una parte de ella; pero como, por el contrario, he de considerarla como perteneciente a la familia, no puedo disponer de ella a mi antojo, desde que vive un Zavilovski. No quiero negar que ha influido en esta determinación mía la inclinación que mi padre manifestaba hacia Ignacio; pero le confiesa que en este momento es sólo la conciencia la que regula mi conducta.

»Quiero reservarme lo necesario para mis necesidades, y el resto será todo para mi primo, exceptuando una parte que reservo para la señorita Ratkovski. Se trata, pues, de anunciar mi determinación al enfermo. He preguntado a los médicos si esto podía perjudicar su salud, y me han asegurado que una buena noticia no podía por menos que serle agradable.

La joven se sonrió tristemente resignada; pero Polaniecki, estrechándole una mano, profundamente conmovido, le preguntó:

—Y usted, excelente señorita, ¿qué se propone hacer? Crea usted que no se lo pregunto por mera curiosidad.

—Todos tenemos el derecho de ponernos bajo la protección directa de Dios —contestó evasivamente Elena—. Por lo que toca a Ignacio, estoy segura de que las riquezas no le pervertirán; pero es todavía joven e inexperto. Su vida empieza de nuevo y en muy diferentes condiciones, y por esto, ya desde el principio de nuestra conversación, le he dicho que deseaba de usted una promesa.

»Usted es un caballero y, además, amigo suyo; protéjale contra las malas personas y, sobre todo, conserve en él al poeta. Me interesa no sólo la salvación de su vida sino también la de su ingenio. Tiene que escribir, que trabajar, que poner al servicio de la humanidad el talento de que Dios le ha dotado.

De repente sus labios quedaron exangües, juntó convulsivamente las manos y se detuvo, imposibilitada de continuar.

Polaniecki, notando la desesperada aflicción de aquella pobre alma, consideró oportuno distraer sus pensamientos, y a este fin dijo:

—¿No sería mejor, señorita, que esta donación que tan radical cambio ha de producir en la existencia de Ignacio, se aplazara para de aquí a un año, o a lo menos para dentro de seis meses?

—¿Por qué razón?

—No sé si ha llegado a sus oídos que el casamiento de Kopovski y la señorita Castelli no se efectuará ya y que, por consiguiente, la situación de aquellas señoras ha venido a ser muy triste. Si éstas lograran reconciliarse con Ignacio, estarán a salvo, y yo no dudo de que lo intentarán si llegan a saber que, gracias a su desprendimiento de usted, es muy rico. Tenga usted en cuenta que el pobre Ignacio está débil a consecuencia de su enfermedad y que tal vez no podría oponer mucha resistencia.

—No soy de su parecer de usted —repuso Elena, tras un instante de silencio—, porque Ignacio ha hecho ya otra elección.

—Adivino a lo que usted alude; pero no hay que olvidar el amor intenso que sentía por aquella señorita y que por ella ha llegado hasta atentar contra su propia vida.

En aquel momento acaeció una cosa que Polaniecki no se hubiera esperado jamás. Elena se puso vivamente en pie, y levantando sus descarnados brazos exclamó:

—Y si así fuera... si para él no hubiera otro medio de ser feliz... ¡Ay, amigo mío! sé que no lo debería hacer, pero hay circunstancias que son más fuertes que nuestra voluntad, y cosas que son absolutamente necesarias para hacer apetecible la vida. Además, toda persona es susceptible de enmienda.

Polaniecki la miraba poseído de profundo asombro, y no pudo por menos que decirse:

—Jamás hubiera podido adivinar que la señorita Elena diría una cosa semejante.

Y en voz alta añadió:

—Si su resolución es irrevocable, no nos queda otra cosa que hacer que volver al lado de Ignacio.

Zavilovski acogió la noticia primero con estupor, mas luego con cierta alegría. Habríase podido creer que, con el auxilio de la inteligencia, había comprendido la fortuna que se le ofrecía, y se habría dicho que estaba contento de ello, sin que el corazón fuera ajeno a su alegría. Preguntó luego a Elena qué era lo que ella tenía intención de hacer. La joven pretendió evadir la respuesta, como lo había hecho

con Polaniecki, y se puso a hablar de otras cosas, dándole a su pariente consejos maternos y recomendándole mucho que no descuidara su talento y que no defraudara las esperanzas que en él habían puesto sus amigos.

Zavilovski, con los ojos llenos de lágrimas, sólo pudo repetir su acostumbrada frase:

—Volveré a escribir tan pronto como me haya restablecido por completo.

La señorita Elena le hizo notar que ahora ella debía considerarse como huésped, y que dentro de dos días partiría. El poeta no quiso avenirse a ello, y tan insistentemente suplicó que al fin ésta, para no conmovérle demasiado, prometió quedarse a su lado por ocho días. Esta promesa le tranquilizó, a la manera que se tranquiliza a un niño cuando, después de mucho insistir, se le concede una cosa que antes se le había negado!

LIX

Un nuevo acontecimiento había llamado la atención de toda la ciudad. Habíase esparcido la noticia de un duelo entre Osnovski y Kopovski, a consecuencia del cual el primero había resultado gravemente herido. El segundo regresó casi inmediatamente después a Varsovia, precedido de la fama de un héroe, tan invencible en el amor como en las armas.

Osnovski, que realmente había recibido una herida pero muy ligera, habíase retirado entretanto a Bruselas. Pocos días después Svirski había recibido de él una carta, en la que anunciaba que se hallaba muy bien y tenía intención de ir a Egipto a mediados de invierno; pero, de todos modos, iría antes a pasar unos días a Pitrulov. Al recibir esta noticia, el pintor fue a ver a Polaniecki, y le comunicó sus temores de que en esta venida no ocultase Osnovski el propósito de pedirle a Kopovski una nueva satisfacción.

—Estoy íntimamente convencido —observó el pintor— de que fue herido porque en aquel duelo buscó la muerte. Yo sé cómo tira, pues un día, en mi presencia, dio diez veces consecutivas en el blanco a veinte pasos de distancia. Si él hubiese querido, en este momento Kopovski no se pavonearía por Varsovia.

—Puede muy bien ser —contestó Polaniecki—, pero si habla de hacer un viaje a Egipto, prueba que esta vez tiene pocas ganas de hacerse matar. Yo creo, más bien, que viene antes aquí a ver si decide a Zavilovski a que le acompañe en su viaje.

—Sería un pensamiento magnífico. A nuestro Ignacio le conviene ver algo de mundo. Ya que tengo tiempo voy a verle. ¿Cómo sigue ahora?

—Hoy no lo he visto todavía, y por lo tanto le acompañaré. En estos días ha estado siempre bien, pero he observado en él cambios muy extraños. Recordará usted que antes tenía un carácter orgulloso y resuelto; ahora parece un niño. A la más insignificante contrariedad, se le vienen las lágrimas a los ojos.

Pocos minutos después los dos amigos se hallaban ya en la calle.

—¿La señorita Elena está al lado de Zavidovski? —preguntó Svirski al cabo de algunos pasos.

—Sí; tenía la intención de pasar a su lado una semana nada más, pero en vista de las vivas instancias de su primo continúa allí, y todavía no sé cuándo se marchará definitivamente.

—¿Y qué piensa hacer después?

—No se lo ha dicho a nadie, pero, por lo que he podido comprender, quiere retirarse a un convento a rezar por Ploszovski.

—¿Y la señorita Ratkovski?

—Ha vuelto a casa de su vieja parienta.

—Eso no le gustará mucho a Zavidovski.

—En los primeros días parecía que no, pero ahora casi nunca habla de ella.

—Si no se casa con ella antes de que se acabe el año, volveré a preguntarle si me quiere por marido.

—Según mis noticias, la señorita Elena quisiera que su primo se casara con ella. No sé si llegará a realizar este deseo.

—Pues yo estoy seguro de que se casará con ella y que quedarán nuevamente desbaratados mis planes. Y acabaré por no casarme jamás.

—Oí hablar a mi mujer de este proyecto de usted, pero Marina se ríe de él y lo considera un mero capricho.

—Nada de esto —exclamó Svirski—, no hay tal capricho. Lo que hay es que yo no tengo suerte con las mujeres. ¡Ah! ahí viene la señora Masko.

En aquel momento pasaba un coche de dos caballos, en el cual iban la señora Kraslavski y la esposa del abogado.

Hacia un día hermoso, pero frío, y la señora Masko parecía tan atareada en arreglar el chal de su madre, que no reparó en el saludo de los dos amigos, y de consiguiente no correspondió a él.

—Anteayer visité a estas dos señoras —repuso Svirski después de un largo silencio—. La señora Masko es una buena mujer.

—Por lo menos es una hija excelente —observó Polaniecki.

—Sí, de ello me he convencido durante mi última visita; pero como yo soy un escéptico impenitente, al principio se me figuró asistir a una comedia, en la cual ella hacía el papel de hija amante. De seguro que usted ha tenido ocasión de notar que con frecuencia las mujeres hacen algo bueno con la esperanza de hacerse interesantes.

Entretanto los dos amigos habían llegado a su destino. Zavidovski se mostró muy contento de verlos, y cuando le dijeron que Svirski pensaba volver a Italia, le rogó que le permitiera acompañarle.

—¡Bravo! —pensó Svirski, que había accedido al punto a los deseos del joven poeta—; eso quiere decir que no piensa en la señorita Ratkovski.

Y luego en voz alta añadió:

—Mas ahora no puedo estar mucho tiempo ausente de Varsovia porque tengo varios retratos que hacer y he prometido al señor Polaniecki que asistiría al bautizo. Y a propósito —añadió dirigiéndose a este último—, ¿será bautizo de niña o de niño?

—Para mí lo mismo me da —contestó el interrogado—; me basta con que todo vaya bien.

Como Svirski y Zavidovski se pusieron a hablar de su próximo viaje, Polaniecki se despidió de ellos para volverse a la oficina, pues tenía que despachar toda la correspondencia del día. Encerróse en su despacho, y después de haber

leído todas las cartas, estaba señalando las que reclamaban respuesta urgente, cuando un ordenanza que estaba en la casa de hacía poco tiempo, entró a anunciarle que había una señora que deseaba verle en seguida.

Polaniecki se alarmó. Sin saber por qué, se le ocurrió que aquella señora no podía ser otra que la de Masko, y ante la expectativa de una explicación penosa y de una escena desagradable, empezó a latirle precipitadamente el corazón.

Sintióse como aliviado de un peso enorme cuando vio comparecer a Marina.

—¡Hola! —exclamó ésta—, ¿qué te parece? ¿Verdad que te he preparado una sorpresa?

Polaniecki se levantó prestamente y acercándose con solicitud a su mujer, la tomó ambas manos llevándoselas a los labios.

—¡Adorada Marina! —dijo—. ¡Sí que es una sorpresa! Pero, ¿cómo se te ha ocurrido la idea de venir aquí?

Esto diciendo le había acercado un sillón en el cual ésta tomó asiento. Él rostro radiante de Polaniecki reflejaba la alegría que en aquel momento le proporcionaba la presencia de su mujer.

—Ahora dime la verdad —dijo ésta—. Cuando el criado te ha dicho que había una señora, ¿quién te figurabas que era? Anda, respóndeme en seguida.

Y sonriendo le amenazaba con el dedo.

—¿Cómo quieres que pudiera figurarme quién era? —respondió Estanislao—. ¡Viene tanta gente a una oficina como la nuestra! Verdad es que no me había figurado que fuese mi querida Marina. ¿Qué deseas de mí?

—Lee esta carta que he recibido hace una hora.

Polaniecki tomó con inquietud la carta, y leyó lo que sigue:

«Apreciada señora mía:

»Probablemente le sorprenderá que me dirija a usted, pero sólo usted, que está próxima a ser madre, puede comprender lo que pasa en el corazón de una madre, testigo de la infelicidad de su hija. Y para mí, créalo usted, sólo se trata de mitigar el dolor de la pobre criatura, desgraciada por culpa mía, porque yo fui la causa de todo lo que ha sucedido». Esta es la verdad. No hubiera debido perder la cabeza por un bribón, un sinvergüenza, que, aprovechándose del momento en que Lineta se hallaba indispuesta y en la imposibilidad de defenderse, tuvo la desfachatez de tocarle con sus indignos labios. El culpable fue el señor Jozio Osnovski que hizo cuestión de matrimonio lo que sólo era cuestión de gabinete, aprovechando la ocasión para deshacerse de Kopovski. Él ha tratado de proporcionarse una reparación a costa de la felicidad ajena. ¡Ah, apreciada señora Polaniecki! Yo, como he dicho, perdí la cabeza: en el primer momento juzgué que el mejor medio de salir en bien de la cosa, debía ser el casamiento con aquel hombre indigno, y que Lineta perdiera el derecho de ser la esposa de Ignacio.

»Si pudiera usted ver cuánto ha sufrido y sufre la pobrecita, cuánto ha influido en su salud la triste tentativa de Zavilovski, de seguro sentiría usted por ella una verdadera compasión. Él no debería haber hecho esto, aunque no fuera más que por consideración a la pobre niña; pero los hombres no saben ni pueden pensar más que en ellos mismos. Ella es inocente como un niño recién nacido, y yo tengo que asistir a su lenta consunción, porque ella ha sido la causa inocente de su infelicidad, porque ella, por culpa ajena, ha arriesgado su porvenir. Se me desgarró el corazón. El médico me ha dicho que si continuaba todavía por algún tiempo este estado de cosas, no podía responder de la vida de Lineta. Dios es

misericordioso, pero también a usted, señora, le ruego que tenga misericordia de una desdichada madre. Envieme usted, de cuando en cuando, noticias de Ignacio; escríbame usted, se lo ruego, que está curado, que está tranquilo, que ha olvidado el pasado y que no maldice a nadie, para que yo pueda enseñar esta carta a Lineta y mitigar de esta manera su dolor. Todos los días rezaré para que su hija de usted, si el Cielo le da una niña, pueda ser más dichosa que mi pobre Lineta.»

—Y bien, ¿qué te parece? —preguntó Marina.

—Creo que la noticia del cambio de fortuna de Zavilovski ha llegado a sus oídos, y que esta carta, dirigida a ti, va, en realidad, dirigida a Ignacio.

—Quizá tengas razón. Esta carta no me parece sincera; pero también pudiera ser que fueran dignas de lástima.

—La verdad es que no pueden estar muy satisfechas, y es muy probable que les remuerda la conciencia. Pero, ¡cuánta astucia aparece en este escrito! No conviene enseñarlo a Zavilovski.

—No; ni pensarlo —exclamó Marina, que a la sazón era completamente favorable a la señorita Ratkovski.

Polaniecki, fijo siempre en la idea que desde tanto tiempo le atormentaba, observó:

—Existe cierta lógica, en virtud de la cual el perverso debe tener su castigo, y nadie puede cosechar otra cosa que lo que siembre. El mal se puede comparar con una ola; ésta se estrella contra la playa, pero se reproduce sin cesar.

Marina, que se había puesto pensativa y se entretenía en trazar figuras en el pavimento con la punta de su sombrilla, al oír aquellas palabras levantó hacia su marido sus límpidos ojos y contestó: .

—Sí, verdad es que el mal reproduce el mal; pero si el pecador se consume en el dolor y en el arrepentimiento, Dios se reconcilia con él y no le castiga.

Si Marina hubiera sabido lo que turbaba a su Stach y hubiese tratado de aliviar su dolor y de infundirle valor, no habría podido hacerlo mejor que con aquellas sencillas palabras. Polaniecki estaba constantemente atormentado por el temor de que le sobreviniera alguna desgracia, y aquellas palabras fueron un bálsamo para él. Experimentaba un imperioso deseo de estrechar contra su corazón a aquella pura y noble criatura que le había prodigado aquel bálsamo, pero no se atrevió, coartado por una especie de vacilación que, desde hacía algún tiempo, sentía en su presencia. Limitóse, pues, a besarle las manos, y a decirle:

—Tienes mucha razón y tus palabras son las de un ángel.

Extraordinariamente contenta por aquel elogio, Marina le sonrió y se dispuso a partir.

Cuando se hubo marchado, Polaniecki se acercó a la ventana y la siguió largo trecho con la vista. En aquel instante estaba aún más convencido de que aquélla era la criatura más adorable del mundo,, de que él no amaba más que a ella y de que la amaría hasta la muerte.

LX

Dos días después, Polaniecki recibía el siguiente billete de Masko:

«Parto hoy. Al despedirme de ti no puedo menos de darte nuevamente las gracias por la amistad que me has demostrado siempre. ¡Permita Dios que seas más dichoso que yo! Salgo para Berlín en el tren de las nueve. Adiós de nuevo, y mil gracias por todo cuanto has hecho por mí.

»Masko.»

Polaniecki se alegró casi de aquella carta, porque le ahorraba el tener que despedirse personalmente de Masko. Pero, al anochecer, púsose a pensar en aquella partida y empezó a sentir una especie de compasión por aquel desgraciado, y finalmente, al pensar en la alegría que experimentaría Masko si le volvía a ver, resolvió ir a la estación a despedirle. Por el camino se le ocurrió que indudablemente encontraría allá a Teresa; pero se dijo que un día u otro tendrían que encontrarse, y que abstenerse de ir por esta sola razón sería cobardía inútil.

En la sala de espera de primera clase hallábanse sentadas ya varias personas, y junto a ellas veíase gran número de maletas y otros varios objetos de viaje. Polaniecki divisó en seguida sentada en un ángulo de la sala, a la señora Masko.

—Buenas noches —dijo mientras se aproximaba a ella—. He venido para despedir a su esposo. ¿Dónde está?

La señora Masko correspondió al saludo con imperceptible movimiento de cabeza y dijo con frialdad:

—Está tomando el billete; vendrá en seguida.

Precisamente Masko llegaba en aquel instante seguido de un faquín que llevaba el equipaje. Con su holgado gabán negro su sombrero hongo, sus largas patillas y sus lentes de oro, parecía un diplomático de viaje.

—Me parece que no hemos olvidado nada —dijo dirigiendo una mirada alrededor de la sala—. Pero y mi maletita, ¿dónde está? ¡Ah! ya la veo.

Luego volviéndose a Polaniecki a quien había saludado ya, prosiguió:

—Te agradezco qué hayas venido. Ya que estás aquí hazme otro favor, acompaña a mi mujer hasta casa o cuando menos hasta el coche. Teresa —añadió dirigiéndose a su mujer—; el señor Polaniecki te acompañará cuando te vayas.

Y en voz baja añadió:

—Ella ignora la verdadera causa de mi marcha; pero le he aducido una razón plausible que no tengo tiempo de explicarte.

Sonó la señal de partida, apresuráronse todos a tomar sus respectivos bultos y salieron al andén. Masko se detuvo ante el *sleeping-car*. La luz del farol le daba de lleno en el rostro, y Polaniecki notó que en aquel instante tenía dos profundas arrugas en la frente. A pesar de todo hablaba con toda tranquilidad, como un hombre a quien los negocios le obligan a ausentarse por unos días y se propone regresar en breve.

—Conque, Teresa, hasta la vista; saluda de nuevo a mamá en mi nombre y conservaos buenas. ¡Hasta la vista, hasta la vista!

Esto diciendo tomó la mano de su mujer y la tuvo largo rato apretada contra los labios.

Polaniecki, que se hallaba algo separado de ellos, pensó:

—Se ven por última vez, y quién sabe si dentro de seis meses estarán separados judicialmente. La madre y la hija han tenido el mismo destino: las dos han hecho dos magníficos casamientos en apariencia, y los maridos de entrambas han tenido que abandonar los patrios lares, dejando a sus mujeres sumidas en el pesar y la vergüenza.

Masko subió al coche y el tren empezó a moverse. Por algunos breves instantes pudo verse todavía su rostro a través de los anchos cristales del *sleeping-car*... Después el tren desapareció en medio de la obscuridad de la noche.

—Estoy a sus órdenes, señora —dijo en aquel momento Polaniecki.

Figurábase que ella rechazaría su compañía, cosa que en aquel momento le habría desagradado, porque deseaba hablar no solamente de Masko, sino hasta de sí mismo. Pero la señora inclinó la cabeza en señal de asentimiento. También ella tenía su plan preconcebido. Había ido acumulando, por tanto tiempo, tanto odio en su corazón contra Polaniecki, que estaba resuelta a vengarse aunque él quisiera (y de esto estaba plenamente convencida) aprovechar aquella oportunidad de hallarse a solas con ella.

Pero se había completamente equivocado.

Polaniecki habíase transformado en otro hombre; ahora aspiraba con todas las fuerzas de su corazón a una vida libre de engaños y de falsedad, y su prolongado arrepentimiento había extinguido en él todo deseo.

Después de haber subido al coche con ella, empezó a hablar en seguida de Masko, para cumplir la promesa hecha a su amigo y para disponerla a la catástrofe.

Habló largamente, a fin de lograr quitarla poco a poco el velo que cubría sus ojos y que le ocultaba el porvenir; y cuando hubo concluido habían llegado ya frente a la puerta de su casa.

Fuese que la señora Masko no hubiese comprendido el significado de las palabras, o que estuviera contrariada por no haber podido hallar la manera de vengarse, antes de bajar del coche le dijo:

—Tratando de llevar a mi espíritu la inquietud, debe usted haber perseguido un fin especial suyo.

—No, señora —contestó Polaniecki, aprovechando al mismo tiempo la ocasión para expresar lo que interiormente se había propuesto decirle—: respecto a usted no tengo más que un objeto, el de manifestarle que me he portado con usted de una manera indigna, incalificable, y que en este instante le pido que me perdone.

La joven señora entró en el portal de su casa sin contestar.

Polaniecki volvió a su casa con el corazón aliviado; parecíale haber cumplido su estricto deber.

Respecto a los demás, le tenía sin cuidado que la señora Masko le hubiese entendido o no.

—De todos modos —se dijo—, ahora podré, a lo menos, mirarla a la cara sin temor.

LXI

Paulatinamente íbase formando una especie de vacío alrededor de Polaniecki. Casi todas sus relaciones se habían desparramado por el mundo. Svirski y Zavilovski habían partido ya para Italia; Osnovski continuaba en Bruselas y la mujer de éste ignorábase dónde se hallaba. La señora Bronicz y la señorita Castelli habíanse quedado en París; y la señora Kraslavski y Teresa no se movían de casa ni recibían visitas. Habíanle quedado únicamente la familia Bigiel y el profesor Vaskovski, de modo que actualmente la vida de Polaniecki se deslizaba tranquila. Trabajaba muchísimo para su Casa y trabajaba más todavía para él. Quería convertirse en un hombre nuevo.

Rodeaba de cuidados y de atenciones a su mujer, y cada día iba haciéndose más sencillo y más afable, no sólo con Marina, sino con todos los que tenían que tratar con él.

De esta manera sucedíanse las semanas, y sólo de vez en cuando venía una carta de Svirski a interrumpir la monotonía de aquella vida.

En una de estas cartas el pintor preguntaba en nombre de Zavilovski si la señora Polaniecki permitiría a este último escribir sus impresiones de viaje, bajo la forma de cartas dirigidas a ella.

«He hablado ya mucho con nuestro Ignacio sobre este particular —escribía Svirski—. Él está convencido de que de esta manera le será, más fácil el trabajo, y que, por otra parte, también a ustedes les habrá de gustar oír un eco de este país, donde pisaron su luna de miel y al cual les unen dulces recuerdos.

»Ignacio está bueno; come y duerme admirablemente. Todas las noches se sienta al escritorio para trabajar, y hasta he observado que trata de poner algo en verso. Pero todavía no lo ha conseguido; le falta el estro poético, pero quizás con el tiempo lo recobrará. Por último, tengo que añadir que se acuerda constantemente de la señorita Elena, por la cual demuestra una gratitud ilimitada, y que cuando se le habla de la señorita Ratkovski, su rostro se anima de alegría, por lo cual yo se la recuerdo con frecuencia. ¿Qué quiere usted que haga un pobre diablo como yo? Cuando uno no está destinado a conseguir una cosa, es inútil que se atormente para obtenerla, y es mejor hacer lo que yo, dejar tranquilo el corazón.»

A principios de noviembre llegó de Roma otra carta que dio mucho que pensar a los esposos Polaniecki. Svirski escribía lo que sigue:

«Figúrense ustedes, mis queridos amigos, que la señora Bronicz y la señorita Castelli se encuentran aquí, y que yo he hablado ya con ellas. Tuve inmediatamente noticia de su llegada a Roma, y ¿saben ustedes lo que entonces hice? Persuadí a Ignacio para que hiciéramos una excursión a Sicilia. He pensado que si llegaba a caer en manos de la *mafia*, saldrá mejor librado de lo que le costó el derecho de llevar por algún tiempo la sortija de la señorita Castelli. Respecto a esas señoras, yo había adivinado el motivo de su venida. Efectivamente, algunos días después de la partida de Zavilovski, llegó una carta dirigida a él, y yo reconocí en seguida el carácter de la letra de la digna viuda del difunto Teodoro, de feliz

memoria. Escribí sin vacilar un momento encima del sobre que Ignacio había salido en dirección ignorada, y devolví la carta a su procedencia. Pero todo esto no es más que el prólogo de la historieta.

»Al día siguiente recibí un billetito en el cual se me invitaba a una entrevista. Contesté en seguida que, con gran sentimiento mío, no podía hacer visitas porque tenía entre manos un trabajo muy urgente. Entonces me mandaron otro billete. Esta vez (palabras textuales) apelaban a mi carácter excelente, a mi gran talento, a mi hidalguía, a mi buen corazón, y por último, a mi piedad hacia una infeliz con la súplica de que fuera a verlas o de que les señalara hora para poder venir a mi estudio. ¿Qué hacer yo? No me quedaba más que ir, y fui. La señora Bronicz me recibió con lágrimas en los ojos y con un diluvio de palabras, según las cuales Lineta era una segunda Santa Inés, una verdadera mártir. Al preguntarle yo en qué podía servirle la señora me contestó que ante todo se trataba de poder lograr de Zvilovski una palabra de paz porque la pobrecita estaba enferma, tenía una tosecita seca, muy seca, y que a lo más le quedaba, un año de vida; pero que antes de su muerte deseaba oír de labios de Ignacio una palabra de reconciliación.

»Después de aquel diluvio de palabras he de confesar que me sentí algo enternecido, pero me mantuve firme en mi propósito de no darle las señas ni la dirección de nuestro amigo. Sudaba como si estuviera tomando un baño de vapor, y al fin no pude menos de prometerla que la primera vez que Ignacio me hablase de Lineta yo le comunicaría el deseo de ésta.

»Pero no acaba aquí la historieta. Mientras estaba pensando para mis adentros, y con gran satisfacción, que ya me la había quitado de encima, entró de repente la señorita Castelli, y rogó a tu tía que la dejara un momento sola conmigo. Le hago observar de paso que realmente está muy flaca, que parece todavía más alta que antes y que se asemeja a uno de esos chopos que un golpe de viento puede tronchar. Apenas hubimos quedado solos, ella fue a sentarse frente a mí, y me dijo:

»—La tía trata de excusarme. Lo hace porque me quiere, pero yo no puedo soportarlo por más tiempo, y le declaro a usted francamente que me reconozco muy culpable, que he sido mala y ligera, y que me he merecido mi infelicidad.

»Estas palabras, como era natural, me sorprendieron; pero hube de reconocer que en aquel momento Lineta era sincera, porque le temblaba la voz y sus ojos estaban humedecidos por el llanto. Ya sabe usted que tengo un corazón tierno como la manteca, y por lo tanto, no se extrañará usted si le digo que me sentí profundamente conmovido, y le pregunté qué era lo que podía hacer por ella. Me contestó que deseaba únicamente que yo diese crédito a sus palabras, o sea que ella no tenía parte alguna en los esfuerzos de su tía para reanudar sus relaciones con Zvilovski, y por último, que no olvidaría jamás que ella había sido la única culpable de tan desgraciados sucesos.

»—¿Qué le parece? ¿Habría usted creído jamás posible todo esto?

»Dos cosas hay claras para mí: la primera, que el suicidio intentado por Zvilovski la conmovió profundamente; que no sólo es muy desgraciada, sino que también está muy enferma. Ahora me acude a la memoria la frase de la señorita Zvilovski, que un día usted me repitió, esto es: que jamás se debe desesperar de que, mientras dure la vida de una persona, se vuelva mejor de lo que es. Por mi parte, sé perfectamente que en este mundo hay caracteres femeniles mejores e incomparablemente mucho más nobles que éste; pero sé también que sería indigno y execrable en mí el creer que yo pudiese arrojar la primera piedra.»

Como es natural, el contenido de esta carta produjo una gran impresión y por largo tiempo fue el tema principal de todas las conversaciones entre las dos familias Bigiel y Polaniecki, y en ellas vino a conocerse cuánto había cambiado éste en los últimos tiempos. Antes, no habría hallado palabras suficientemente enérgicas para condenar a la señorita Castelli; en cambio ahora, respondiendo a la señora Bigiel, que le preguntaba si no veía en aquella historia una muy astuta maniobra de la señorita Lineta, le hubo de decir:

—No, es demasiado joven para eso, y yo la creo sincera. Mucho es ya que ella haya reconocido, sin tratar de excusarse, su culpabilidad, y esto demuestra que está cansada de mentir. Ahí tiene usted a Masko, por ejemplo. Este reconoció en varias ocasiones que seguía por la senda del deshonor, pero en seguida buscaba fuera de él razones que le pudieran disculpar. «Entre nosotros es necesario hablar así», o bien: «de todo esto quien tiene la culpa es nuestra sociedad; yo no puedo pagar con otra moneda que con la que circula entre nosotros»; ésta y otras parecidas eran sus excusas, todas las cuales, en mayor o menor grado, tienen una base falsa. Se necesita cierto valor para poder decir: «La culpa es toda mía», y quien posee este valor vale algo todavía.

—Según eso —repuso la señora Bigiel—, ¿cree usted que Zavilovski haría bien reconciliándose con ella?

Pronto, empero, decayó el vivo interés que aquella noticia había promovido, ante la grave inquietud que empezaba a despertar el estado de salud de Marina. Sufrió frecuentes y fuertes palpitaciones de corazón, y a veces se sentía tan fatigada, que no se podía levantar, sino con mucha dificultad, del sillón en que solía estar sentada. Después vinieron vivos dolores en los riñones y frecuentes mareos. En el decurso de estos ocho días se había cambiado de tal manera y se había puesto tan flaca, que hasta el médico empezó a preocuparse. El rostro diáfano de la pobre señora tomaba a veces un color azulado; especialmente cuando tenía cerrados los ojos, parecía un cadáver. La señora Bigiel, que pasaba por ser una mujer que nunca desconfiaba, no podía verse libre de un triste presentimiento, especialmente después de que el médico tuvo que declarar sin rodeos que, en tales condiciones, no solamente sería difícil que la enferma pudiera sobrellevar con felicidad la maternidad, sino que hasta sobrellevándola, las consecuencias de ésta podían ser en extremo peligrosas.

Marina era la única que no había perdido la esperanza, aunque se sentía cada día más débil y anquilada.

Polaniecki no se forjaba ilusiones. Vivía en un momento tan grave para él, que todo lo que había sufrido en el pasado le parecía nada comparado con aquella espantosa angustia que rayaba a veces en desesperación.

Había habido una época de su vida en que creía que un hijo era la cosa más importante en un matrimonio; en cambio ahora habría renunciado de muy buena gana no sólo a un hijo, sino a todos los que pudiera tener en lo sucesivo, con tal que se salvara su mujer. Oprimíasele cruelmente el corazón cada vez que Marina, con débil acento, le repetía la pregunta que muchas otras veces le había dirigido ya:

—Stach, ¿y si fuese un niño?

En aquel instante habría querido caer a sus pies para decirle:

—¿Qué me importa el niño? Me basta con que me quedes tú.

Mas en vez de hacer esto, tenía que mantenerse tranquilo y sonriente, y asegurarle que ahora le era ya indiferente que fuese un niño o una niña. Háblale asaltado de nuevo la inquietud que antes le había turbado ya; y la esperanza que

en él habían despertado las palabras de Marina, a saber, que el arrepentimiento hace perdonar la falta, se había desvanecido por completo. No podía alejar de su mente la triste idea de que la enfermedad de Marina debía ser consecuencia de su pecado. Al mirar aquel rostro pálido y demacrado, se decía con frecuencia:

—Sólo un loco puede creer aún que sea posible salvarla.

Luego trataba de leer en el semblante de los parientes un rayo de esperanza. Parecíale una injusticia que los ojos de aquella mujer tuvieran que cerrarse para siempre, antes de que él hubiera podido demostrarle cuánto la amaba, antes de que ella hubiera advertido que él se había enmendado y de que su falta de atención y su egoísmo habían desaparecido para siempre, y antes de que le hubiera dicho que ella había llegado a ser el alma de su alma, y que no sólo la amaba sobre todas las cosas del mundo, sino que la adoraba.

El médico y la señora Bigiel le advertían todos los días que no dejara notar sus penas y angustias a la enferma, y él mismo comprendía que tenían razón. Pero este violento esfuerzo sobre sí mismo le producía nuevas penas. ¿Y si ella hubiese atribuido esa calma artificial, esa indiferencia lograda con tanta fatigaba carencia de corazón, y muriese persuadida de que si no la amaba? Las noches de insomnio, la fatiga y la angustia acabaron por reducirle a un estado de exaltación nerviosa que le hacía ver el peligro, ya bastante grande de sí, más grande todavía.

A principios de diciembre regresaron a Varsovia Svirski y Zavilovski, después de dos meses de ausencia en Italia. Cuando por vez primera volvieron a ver a Polaniecki, quedaron asustados de hallarle tan completamente cambiado y de su absoluta indiferencia por todo cuanto pasaba en torno suyo.

No prestó atención alguna a sus palabras de consuelo, y pareció que no oía la relación de los sucesos acaecidos que hacía el excelente pintor con la esperanza de distraerle.

¿Qué le importaba a Polaniecki el destino de Zavilovski, ni la señora Bronicz, ni la señorita Castelli, cuando su Marina podía morir de un momento a otro?

Svirski, que profesaba una verdadera amistad a Polaniecki y a Marina, corrió en seguida a ver a la señora Bigiel, con la esperanza de oír alguna palabra algo consoladora; pero también ésta había perdido ya toda esperanza. La excelente mujer prorrumpió en llanto y exclamó:

—¡Pobre Marina!... ¡Y hasta él me asusta! ¡Si a lo menos le pudiera quedar el hijo, en el cual hallaría el valor suficiente para soportar el golpe!

Y después de haberse secado los ojos, añadió:

—Lo que no alcanzo a comprender ni poco ni mucho es cómo lo hace él para poder tenerse en pie.

Y era verdad. Polaniecki casi no comía y no cerraba los ojos ni de día ni de noche. Ni por un solo instante abandonaba el lecho de la enferma, y sólo alguna que otra vez salía por la noche para proporcionarse flores, que tanto gustaban a Marina.

Ahora también ella sospechaba que se aproximaba su fin. Con su marido no quería hablar de eso, pero una vez, estando sola con la señora Bigiel, se le saltaron las lágrimas, dominada por el pesar que le causaba tener que separarse de la vida y de su Stach.

Sufría ante la idea del dolor que a este último le había de causar su muerte. Por un lado deseaba que él tuviese que llorarla mucho, y por otro lado deseaba no tener que padecer demasiado.

Durante largo tiempo fingió, en presencia de su marido, que estaba próxima su curación; pero al fin resolvió hablarle con claridad. Considerábalo como un

deber, y cierta noche, mientras se hallaba a solas con él, apoderóse de una de sus manos diciéndole:

—Stach, tengo que hablarte, y pedirte un favor.

—¿Qué deseas, mi vida? —le preguntó Polaniecki.

Marina permaneció un instante pensativa, discurriendo la manera de formular su petición, y luego contestó:

—Prométeme... ya sé que tengo que curar... pero prométeme que, aunque sea un niño, le amarás lo mismo y serás bueno con él.

—Amor mío, tesoro mío —murmuró Polaniecki con afectada calma—, yo os amaré siempre a ti y a él. ¿Puedes dudarlo?

Marina quiso llevar a sus labios la mano de su esposo, pero, débil como estaba, no lo consiguió. Dirigióle una triste sonrisa, llena de gratitud, y dijo:

—Otra cosa todavía... No creas que mi estado sea más grave de lo que es... no, pero desearía confesarme.

—Está bien —balbució él con alterado acento.

Y acordándose Marina de que una vez a él mismo le había recordado lo que era el servicio de Dios, trató de convencerle de que sólo quería entonces cumplir con un deber religioso y sonriéndose añadió:

—Un sencillo deber para con Dios, para con la religión.

La confesión se efectuó al día siguiente. Polaniecki creía ver en esto el fin de todo y casi se asombró al ver a Marina viva aún y hasta notar en ella una ligera mejoría.

A eso de media noche Marina tuvo con él una rencilla, como de costumbre, porque Estanislao no quería retirarse a descansar un momento. Al principio, éste no se daba a partido, sosteniendo que había dormido durante el día y que no se sentía cansado, cosa que no era absolutamente cierta. Pero, ante la viva insistencia de la enferma, resolvió complacerla, por haberle hecho observar, además, la señora Bigiel que no había peligro alguno y que para velar a Marina hallábanse allí, a más de ella, una enfermera y el médico. Polaniecki abandonó la habitación y fue a sentarse en una cómoda butaca, que estaba junto a la puerta, en la que pasó casi la mitad de la noche, con el oído siempre atento.

Al menor ruido estaba ya en pie, y cuando éste cesaba, volvía a sentarse. Sus pensamientos sucedíanse unos a otros rápidos y confusos, como sucede siempre cuando la imaginación está fatigada y amenaza un peligro. Luego fueron perdiéndose poco a poco en una especie de danza cada vez más fantástica y, a pesar de su robusta constitución física, empezaba ya a dominarle el sueño. Maquinalmente se repetía a sí mismo que Marina estaba en peligro de muerte, y que per lo tanto no debía dormir; pero estas excitaciones no producían efecto alguno sobre él, y recobrando sus fueros la fatiga y el cansancio, quedó sumido en un sueño pesado y profundo, en el cual se perdieron por completo la realidad y el mundo iodo, en el cual la vida parecía haberse petrificado.

Por la mañana, un golpe dado a la puerta le despertó.

—¡Señor Estanislao! —llamóle en voz baja la señora Bigiel.

Púsose en pie de un salto y, volviendo súbitamente a la realidad de las cosas, entró en la habitación de la enferma. Lanzó una única y rápida mirada al lecho de Marina, pero cuando vio echadas las colgaduras, tambaleóse como si estuviera ebrio.

—¿Qué ha pasado? —murmuró lívido de terror.

La señora Bigiel, le contestó en voz muy baja, trémula por la emoción.

—Tiene usted un hijo.

Y apoyó el índice sobre sus labios para imponerle silencio.

LXII

Sucedieron los días difíciles. Era tal la debilidad de Marina, que su vida se podía comparar a una lámpara que se extingue. Pero al fin la juventud y su organismo se sobrepusieron, y una mañana la enferma despertó de aquella especie de prolongado letargo y pidió de comer. La señora Bigiel, que aquella noche la había velado, llamó en seguida al médico que descabezaba un sueñecito en la habitación inmediata, y pocos minutos después el doctor abandonaba la habitación de Marina, contestando a Polaniecki, que le preguntó cómo estaba su esposa:

—¿Que cómo está? Vaya usted a verla y dé gracias a Dios.

Polaniecki entró de puntillas en la alcoba. Marina paseaba su mirada por la habitación, y apenas advirtió la presencia de su marido, exclamó:

—Stach, me encuentro bien, ¿sabes?

—Me alegro, niña mía —contestó él en voz baja.

Fue a sentarse silencioso junto a la cabecera de la cama, no atreviéndose a hablar por temor de cansarla, apoyó la cabeza sobre el cobertor y permaneció largo rato contemplando a su esposa. Marina, a pesar de su debilidad, le dirigió una sonrisa de alegría, le miró en los ojos, y después, acariciando con su descarnada mano los negros cabellos de su marido, dijo, dirigiéndose a la señora Bigiel:

—¡Cuánto me quiere!

La mejoría continuó rápidamente y la joven esposa se rejuveneció, cual si para ella hubiese comenzado una nueva primavera.

Marina no podía amamantar al niño y fue preciso tornar una nodriza. Stach, para complacer a la enferma, había buscado una antigua criada de Kerzemien. Era una aldeana joven y robusta, y el pequeñuelo no podía menos de hacer rápidos progresos bajo sus cuidados. Por lo demás, el niño, desde los primeros momentos que abrió los ojos a la luz del mundo, debió tenerse por un personaje muy importante, porque no guardaba consideraciones a nadie y sólo se cuidaba de sus necesidades y de sus deseos. En prueba de ello, baste decir que, cuando no estaba ocupado en chupar o en dormir, ejercitaba sus pequeños pero robustos pulmones con gritos tan estridentes que sólo eran perdonados en atención a su corta edad. Las señoras sostenían largas discusiones sobre sus cualidades físicas e intelectuales, lo propio que sobre el maravilloso parecido que tenía con sus padres. Sosteníase con tesón, qué la nariz era igual que la de su madre, a pesar de que el marido de la nodriza hallaba que se parecía más bien a la de un gatito; y se profetizaba que su sonrisa sería deliciosa, que sería un guapo morenito, de elevada estatura, y que su viveza era una señal de su extraordinario talento.

Alegres carcajadas resonaban ahora en la casa desde la mañana hasta la noche. Marina creía aún en lo que otras veces había oído decir, y en lo que ahora

parecía evidente, esto es, que el amor de su marido hacia ella renacería gracias al hijo, y que éste estrecharía todavía más los santos lazos que le unían a Stach. Así llegó el día fijado para el bautizo. Pokniecki había invitado a las personas más íntimas, y por lo tanto, asistieron, a más del abuelo, la señora Emilia, que había reunido todas sus fuerzas para poder concurrir a la ceremonia, la familia Bigiel, Vaskovski, Svirski, Zavilovski y la señorita Ratkovski.

La joven madre estaba tan bella y aparecía tan dichosa, que el pintor, al verla, alzó las manos al cielo exclamando:

—¡Esto es inconcebible! Verdaderamente hay para perder la cabeza.

Los primeros padrinos del pequeño Polaniecki tenían que ser Bigiel y la señora Emilia, y los segundos Svirski y la señorita Ratkovski. Pero el pintor comenzó a poner dificultades, tratando de substraerse a tal cargo. Lo habría aceptado, empero, con mucho gusto, porque había venido de Italia expresamente para esto; sin embargo, objetaba que, como él jamás había tenido una criatura en la pila bautismal, sería mejor que escogiesen otro, ya que tan desafortunado había sido él con las mujeres y temía ser de mal agüero. Polaniecki, riéndose, le llamó italiano supersticioso; pero Marina, que adivinó al punto la verdadera causa de aquel conato de negativa, se acercó a él diciéndole en voz baja:

—Como usted no es uno de los padrinos principales, no se debe preocupar por eso. Zavilovski no lo tomará a mal.

El pintor la miró sonriendo, y luego, dirigiéndose a la señorita Ratkovski le dijo:

—Es verdad; nosotros estamos en segunda línea, y de consiguiente, estoy a sus órdenes.

A pesar de su amistad con Svirski, Marina había fijado el sitio que debía ocupar la señorita Ratkovski en la mesa al lado del señalado a Zavilovski. Tanto ella, como todos los amigos, y el mismo Svirski, deseaban que se explayaran algo las recíprocas relaciones de los dos jóvenes; pero el poeta se condujo de una manera muy extraña durante la comida, y el pintor sostuvo que Zavilovski no se hallaba todavía en su estado normal.

En realidad, el joven poeta estaba muy bien, dormía como un bienaventurado, comía con envidiable apetito, hasta había engordado, discurría con acierto, pero daba muestras de una carencia de voluntad y de una incapacidad de iniciativa que no existían en él antes de su desgracia. En Italia había manifestado una vehemente simpatía hacia la señorita Ratkovski, pero desde su regreso a la patria, parecía que no existía para él aquella joven. Durante el banquete comió también con mucho apetito, y aun daba muestras de impaciencia cuando tardaban en llegar a él los platos, que se ofrecían primeramente a los más viejos. La señorita Ratkovski, que había notado esto, le miraba con sincera compasión; pero Marina, por el contrario, estaba disgustada de ello, y, para obligarle a entablar conversación con su vecina de mesa, le dijo, inclinándose hacia él:

—Cuénteles usted a Estefanía algo de su viaje por Italia. Usted no ha estado nunca allí, ¿verdad, señorita?

—No —respondió Estefanía—; tiempo atrás leí un libro de viajes, pero no es lo mismo leer que ver con los propios ojos.

Púsose de pronto encarnada como una cereza, porque, involuntariamente, había confesado que, mientras Zavilovski se hallaba en Italia, ella había leído libros de viajes por aquel país.

—Me dejé convencer por Svirski para dar un paseo hasta Sicilia—dijo el poeta—; pero hacía allí un calor horrible. Esta sería la estación oportuna para hacer ese viaje.

—A propósito —repuso Marina—. Ahora que recuerdo: ¿qué ha sido de las impresiones de viaje que usted debía dirigirme en forma epistolar? Yo no he recibido ni una sola carta.

Zavilovski se puso encarnado como una amapola, miró con perplejidad en torno suyo, y contestó con voz insegura: —Es que... no pude. Pienso escribir mucho, desde luego, pero más tarde.

Svirski, que había oído estas palabras, se acercó a Marina cuando terminó la comida y le susurró al oído mientras con los ojos señalaba al poeta:

—¿Sabe usted a qué le comparo, a veces, cuando le miro? A un precioso instrumento de cuerda que se ha roto.

LXIII

Algunos días después del bautizo, Svirski fue a ver a Polaniecki, que se hallaba en la oficina, para informarse de la salud de Marina y al mismo tiempo para hablarle de cosas que le interesaban. Pero viendo que Polaniecki se disponía a salir, ofrecióse a acompañarle hasta su casa.

—Me dispensará si no me detengo—le dijo Polaniecki—. Marina sale hoy por primera vez, Los Bigiel nos han convidado y no quisiera hacerles esperar. Sólo falta media hora.

—¿Eso quiere decir que se encuentra bien?

—Sí, gracias a Dios, como un pez en el agua —contestó Polaniecki con aire satisfecho.

—¿Y el joven arriano, como le llama el profesor Vaskovski?

—El joven arriano es listo también como un pez.

—¡Hombre afortunado! —exclamó Svirski.

—No puede usted figurarse cuánto me interesa ahora ese rapazuelo. No lo hubiera podido sospechar siquiera. ¿Recuerda usted que yo deseaba una niña?

—¡Ah, amigo mío! Todavía no ha llegado usted al fin de su jornada. También vendrá la niña. Pero usted lleva prisa, salgamos.

Polaniecki se puso el abrigo y los dos salieron juntos del despacho. El cielo estaba sereno, pero hacía un frío intenso. Los trineos corrían veloces, por encima de la nieve helada, al alegre sonido de las campanillas. Los transeúntes habían levantado los cuellos de sus abrigos hasta taparse las orejas. Una blanca helada cubría sus barbas y la respiración que salía de sus bocas formaba una pequeña nube de vapores.

—¡Qué día tan hermoso! —exclamó Polaniecki—. Me alegro por Marina.

—Está usted contento y por eso lo hallo bonito —le dijo Svirski asiéndole por un brazo.

Pero luego lo soltó de pronto y poniéndosele delante se detuvo en medio de la acera, y con aire que parecía agresivo, le dijo:

—¿Sabe usted que su esposa es la señora más hermosa de Varsovia? Se lo digo yo, yo.

Y diciéndole esto, se golpeaba el pecho con el puño, como para confirmar que era él y no otro quien lo decía.

—Sí —contestó sonriéndose Polaniecki—, y hasta la mejor y la más digna. Pero, andemos, que parados nos helamos.

Cuando Svirski hubo vuelto a apoyarse en su brazo añadió con voz trémula:

—Lo que he sufrido durante su enfermedad, sólo Dios lo sabe; pero vale más no hablar de ello. Su curación ha sido para mí una felicidad inesperada, y, si el Omnipotente nos deja con vida, la próxima primavera le prepararé una sorpresa que ha de serle muy agradable.

Dieron algunos pasos en silencio, y luego Polaniecki pidió noticias al pintor sobre su próximo viaje.

—Es probable que vaya a Florencia en seguida —contestó éste—, porque tengo que arreglar allí algún asunto, y luego saldré para Roma. De esto precisamente le quería hablar a usted, porque esta mañana Zavilovski ha venido a verme y me ha pedido que lo tome por compañero de viaje.

—¿Y ha consentido usted? —preguntó Polaniecki.

—No podía negarme, a pesar de que algunas veces su compañía es algo pesada. Esto queda entre nosotros. Ya sabe usted cuánto le aprecio y cuánta compasión me inspira, y, por lo tanto, ya comprenderá cuán penoso es para mí hablar de él en estos términos, pero ya no es el mismo de antes; ha cambiado de una manera espantosa... El día del bautizo le dije a la esposa de usted que me parecía un precioso instrumento de cuerda que se ha roto, y es así. No puede usted imaginarse lo que le atormentan aquellas cartas que debían ser dirigidas a su esposa, y en las cuales tenía que describir sus impresiones de viaje. Pasaba horas enteras paseándose arriba y abajo por su cuarto, apretábase la frente entre las manos, se sentaba, volvía a ponerse en pie, y todo sin poder lograr su objeto. ¡Quiera Dios que vuelva a ser lo que era! Dice a todo el mundo que seguirá escribiendo, pero él mismo empieza a dudar de que lo pueda hacer, y por eso se aflige; esto lo sé.

—¡Qué desgracia para él y para la señorita Elena! —exclamó Polaniecki.

—Pero a la que yo compadezco más —repuso Svirski—, es a la señorita Ratkovski. También ésta duda de que pueda volver a ser el Zavilovski de antes.

—¡Pobre señorita! —observó Polaniecki—. Si él quiere partir, prueba que ya no piensa en ella.

—Todavía esperaré un año —declaró Svirski—. Transcurrido este plazo, la vuelvo a pedir por esposa; entonces ya no tendré las manos atadas. Tal vez durante este tiempo se verifique algún cambio en ella, tanto más, cuanto el otro se preocupa tanto por ella como yo por el Gran Turco. ¡Qué singular es todo esto! Puede usted creer que lo he intentado todo para despertar en su corazón una chispa de interés hacia esa muchacha. Ahora no quisiera que la señorita Ratkovski pudiera figurarse que he sido yo quien le ha inducido a partir. He aceptado su proposición porque no podía hacer otra cosa. Por lo tanto, si alguna vez recayese la conversación sobre este viaje, hágame usted el favor de decir a la señorita Ratkovski que yo no he estimulado a Ignacio, y añada que haré todo lo que juzgue que pueda contribuir a su felicidad, aun en perjuicio de la mía.

—Será usted complacido —contestó Polaniecki.

—Se lo agradezco. Antes de partir, iré a ofrecer mis respetos a la señora Marina.

—Ya lo supongo. Venga usted al anochecer, porque así podremos estar más rato juntos. Si este verano vuelve usted, espero que pasará algunos días conmigo, en compañía de Zavilovski.

—¿En Bucineck?

—Quizá en Bucineck o tal vez en otro sitio. Todavía no está resuelta la cosa.

De pronto Polaniecki se interrumpió. Había visto al señor Osnovski, que en aquel momento salía de una tienda de frutas, llevando un paquete en la mano.

—¡Toma, Osnovski! —exclamó Svirski.

—Está desconocido —observó Polaniecki.

En efecto, Osnovski había cambiado mucho. Del cuello de la pelliza surgía una cara flaca, amarillenta y envejecida. Cuando advirtió la presencia de los dos amigos experimentó una especie de terror, y de seguro que por un momento tuvo la idea de pasar de largo, fingiendo que no los había visto. Pero la acera estaba desembarazada y los dos amigos le veían casi de frente, por lo cual se acercó a ellos y les saludó con tal diluvio de palabras, que daba a entender que por este medio trataba de dar una dirección distinta a las ideas que a ellos se les pudieran haber ocurrido a su vista.

—¡Buenos días, señores! Es raro que os haya encontrado, porque resido en Varsovia. Me he hecho traer uvas, porque me las prescribieron para curarme; pero, como me las mandaron embaladas con serrín, han tomado un olor desagradable. Confío que éstas —añadió mostrando el paquete—, serán mejores. ¡Qué frío hace hoy! En Pitrulov tenemos magníficas carreras de trineos.

Dieron juntos perplejos algunos pasos, hasta que, por fin, Polaniecki le preguntó:

—¿No pensaba usted hacer un viaje a Egipto?

—Sí, y pienso todavía hacerlo. Quizá salga uno de estos días. Aquí, durante el invierno, nada tenemos que hacer, y uno se aburre horriblemente.

Interrumpióse de pronto, como si le hubiera acudido la idea de que la conversación tomaba un giro desagradable para él, y se siguió un silencio todavía más embarazoso. Todos se hallaban dominados por ese sentimiento que experimentamos cuando, a consecuencia de un acuerdo tácito, nos esforzamos en hablar de cosas fútiles, para no vernos en la precisión de hablar de las importantes, porque nos son penosas. Osnovski se habría despedido de muy buena gana, pero las personas acostumbradas a observar las formas convencionales de la buena sociedad procuran siempre, aun en casos graves, guardar al menos las apariencias, y por eso él quería buscar un medio oportuno y natural para deshacerse de los amigos. Pero, como no acertaba a dar con él, la situación iba haciéndose cada vez más desagradable. Estaba casi a punto de tomar la resolución de separarse sin aducir pretexto alguno, cuando otra idea le contuvo. Hacíasele insoportable la comedia. ¿Por qué tenía que hacer un secreto de su desgracia, por qué no tenía que hablar de ella? Obedeciendo a este pensamiento, se detuvo, y, con voz entrecortada y casi balbuciente, les dijo:

—Dispénsenme ustedes, señores, si les entretengo un momento. Ya sabrán que me separé de mi esposa y no existe razón alguna que me impida hablar de ella a los amigos a quienes aprecio, como les aprecio a ustedes. Esto ha acaecido, porque... porque yo lo deseaba.

Faltóle la voz y no pudo hablar más. Evidentemente quería darse a sí propio la culpa de lo acaecido, pero en seguida se había hecho cargo de la inutilidad de

semejante mentira, que no podía ser justificada, ni por el sentimiento del propio deber, ni por un miramiento humano. Como era natural, perdió completamente la cabeza. Dibujóse en su semblante una penosa perplejidad y, con su paquete de uvas en la mano, se alejó lo más de prisa que le fue posible.

—¡Dios mío! —exclamó Polaniecki—, ese hombre acabará por matarse.

—Lo que en este momento me preocupa —dijo Svirski—, es el pensar que la infelicidad, al igual que la muerte, rompe todos los lazos que unen a los hombres entre sí.

—Exacto; usted conoce a Osnovski tanto como le conozco yo; sé que me tiene cariño y, sin embargo, ya verá usted cómo llegaremos a ser extraños el uno para el otro. No hay remedio, pero me entristece. Verdaderamente es una historia muy triste. Dudo que exista otra mujer en el mundo que haya sido tan idolatrada por su marido como esa señora Osnovski. Me parece casi imposible que ese señor pueda sobrevivir a su desdicha.

—¿Quién sabe? Tal vez se conformará con su destino —concluyó Svirski.

Pero Osnovski, por el contrario, no podía conformarse con él.

Tanto en Pitulov como en Varsovia, donde todo le recordaba a su mujer, la vida había llegado a hacérsele insoportable, y de consiguiente, resolvió partir.

Hallándose ya algo alterada su salud, durante su viaje se sintió peor, y, llegado a Viena, se puso gravemente enfermo.

Al principio se trataba de una simple *influenza*, pero no tardó ésta en degenerar en un tifus violentísimo.

El enfermo perdió el conocimiento y, recogido en un asilo, quedó encomendado a manos mercenarias y cuidado por médicos extranjeros.

Lejos de su patria, quedó solitario y enfermo en país extraño; en sus sueños calenturientos, parecía tener cerca de él un rostro conocido, un rostro que era para él el más querido en la tierra, y lo creyó asimismo cuando recobró los sentidos; pero se sentía tan débil, que ni siquiera podía moverse, ni hablar, ni asociar sus ideas.

Después, inmediatamente después, desvaneciéndose aquel rostro que había soñado.

Buscó a la Hermana que con tanta solicitud le había curado, y se apoderó de él un inextinguible afán de recobrar la mujer que estaba perdida para él.

LXIV

Cuando Svirski y Zavilovski se hubieron marchado, los esposos Polaniecki reanudaron su primitiva vida de retiro, y sólo veían a la familia Bigiel, a la señora Emilia y al profesor Vaskovski, lo cual no impedía que se hallaran muy bien y muy dichosos. Polaniecki trabajaba con afán y se preocupaba especialmente en llevar a cabo un negocio suyo particular del cual no quería decir palabra a nadie.

Tan pronto como acababa su trabajo, apresurábase a volver a su casa; ahora deseaba más que nunca estar al lado de Marina como cuando eran novios, y vivía ella aún al lado de su padre.

Así transcurrió el invierno. En el mes de febrero, Polaniecki hizo varios viajes para negocios, y cada vez que regresaba de uno de esos viajes, celebraba largas conferencias con Bigiel. Pero, a fines del mes, pudo dedicarse más a su familia, y dio paseos con su mujer y con el niño.

Su vida uniforme veíase, de vez en cuando, modificada por las visitas de la señora Bigiel.

Por ésta vino Marina a saber que la señorita Ratkovski había fundado un asilo para niños, con el pequeño capital que Elena le había destinado, y que Osnovski había partido realmente para Egipto, pero no solo, sino acompañado de su Anetka, que después de su curación había vuelto a reunirse con él. El señor Kraslavski, aquel sujeto que fue segundo testigo en el duelo de Masko, había encontrado juntos a los dos esposos en Trieste, y se lo había contado en tono irónico a Polaniecki, terminando con estas palabras:

—Ahora la señora Osnovski ha tomado el aire de una penitente.

Pero Polaniecki, que sabía por experiencia propia cuánto puede cambiar el dolor de una persona, y que por lo tanto debía creer sincero el arrepentimiento de la esposa extraviada, contestó con tono grave:

—Si su marido la ha perdonado, nadie tiene ya el derecho de condenarla.

Entretanto había llegado de Italia una noticia sorprendente, que conmovió no sólo a los amigos de Svirski, sino a Varsovia entera. Corría la voz de que el pintor se había desposado con la señorita Castelli, y que sus bodas se celebrarían por Pascua.

Marina, en extremo sorprendida, persuadió a su marido de que escribiera en seguida a Svirski para pedirle aclaraciones. Diez días después llegó contestación y cuando Polaniecki, pronunciando las palabras: «Carta de Roma», entró en el cuarto de su mujer, ésta corrió a su encuentro, y en medio de una viva curiosidad leyeron juntos lo que sigue:

«¿Me pregunta usted si es verdad lo que se está propalando? No, amigo mío: no es verdad. Mas para hacerle comprender que es imposible una cosa semejante y que no sucederá jamás, es preciso que antes le hable de Zavilovski. No hace más que tres días que se halla aquí, porque yo le había aconsejado que pasara una corta temporada en Florencia, luego en Parma y por último en Rávena. Ahora le he persuadido de que haga un viaje a Atenas, y mañana sale para Brindis. Entretanto pasa casi todo su tiempo en mi estudio, y habiendo yo observado que había algo que le preocupaba, para darle ocasión a que se explicara, tuve la imprudencia de preguntarle si tenía oculto, por casualidad, algún soneto en su bolsillo. ¿Sabe usted qué efecto le produjo esta sencilla pregunta? Se puso pálido como la cera, y repuso que hasta entonces aún no había escrito nada, pero que pronto comenzaría a hacer algo. Después, bruscamente, tiró el sombrero al suelo y se puso a llorar como un niño. Jamás había visto una explosión de dolor semejante. Me dijo repetidas veces que él, por sí mismo, había aniquilado su talento, que ahora no se le ocurría ninguna idea, que nunca más volvería a rehacerse, y que habría sido mil veces mejor que la señorita Elena no le hubiera salvado. Esto es lo que ha pasado, mientras que la gente imagina que ya no escribe porque se ha vuelto rico. Ya no es posible remediarlo.

Ese infeliz se ha echado a perder al asesinar su corazón y su talento.

»No puedo apartar de la imaginación lo que usted me ha preguntado. ¡Dios omnipotente! ¡casarme con la señorita Castelli! Con esa mujer que, después de haberse burlado de nuestro infeliz amigo, le despidió como un juguete inútil... no, esto jamás lo podré olvidar. Creo haberle dicho alguna vez que únicamente un bribón o un loco podía casarse con tal señorita, y yo, ni soy loco, ni mucho menos un bribón. Podría llegar a perdonar una ofensa hecha a mí; pero inferida a otro, jamás. Esto es todo lo que puedo decirle sobre este asunto.

»Esperaré todavía un año, y luego le volveré a preguntar a la señorita Ratkovski si quiere ser mi mujer. ¡Bendígala Dios, tanto si acepta como si me rechaza! Mi resolución es irrevocable.

»Ese chisme se habrá originado de haberme visto alguna vez con la señora Bronicz y con su sobrina, que se hallan todavía en Roma; pero no hablemos más de eso, porque no vale la pena de gastar papel y tiempo.

»¿Qué me dice usted de Osnovski? Decididamente existe algo bueno en aquella señora, y luego, ¡le cuidó con tanta abnegación durante su enfermedad! ¡Oh! a pesar de que me he devanado los sesos para explicármelo, todavía no sé lo que debo pensar de ese par... ¡Basta!

»Un beso en mi nombre al pequeño arriano. Volveré a fines de primavera.

»Svirski!»

LXV

La primavera de aquel año fue muy precoz. Entre fines de marzo y principios de abril, Polaniecki hizo varios viajes de corta duración, y estuvo ausente algunos días. Él y Bigiel estaban tan atareados que muchas veces permanecían en su despacho hasta horas muy avanzadas de la noche. La señora Bigiel estaba convencida de que se trataba de negocios de una gravedad excepcional, pero se extrañaba de que su marido, que no sólo tenía la costumbre de hablar con ella de todos sus asuntos, sino que hasta muchas veces le pedía consejos, ahora guardaba un silencio tan misterioso como absoluto.

También Marina había notado que su Stach debía llevar algo entre manos. Siempre estaba tierno y solícito, pero ella comprendía que le absorbía por completo una sola idea, que no podía ahuyentar. Esta singular distracción seguía creciendo de día en día, y cuando llegó mayo Polaniecki se hallaba en un estado febril... Marina estuvo por largo tiempo en la indecisión de si debía o no preguntar a su marido la causa de todo aquello, aunque no fuese por otra cosa que porque él no se figurase que a ella le tenían sin cuidado los asuntos de su marido. Al fin resolvió esperar una ocasión oportuna.

Cierto día creyó llegada esta ocasión. Polaniecki había regresado a su casa más pronto de lo acostumbrado, y parecía estar de muy buen humor. Marina le miró y le preguntó casi sin querer:

—Hoy debe haberte pasado algo agradable, ¿no es verdad, Stach?

Este se sentó a su lado y en vez de contestarle, le dijo con un tono de voz muy singular:

—¡Qué tiempo tan maravillosamente hermoso tenemos este año! ¿Sabes lo que he estado pensando a menudo durante estos días? Que este año, tanto para tu salud como para la del niño, tendremos que abandonar la ciudad más pronto que el año pasado.

—¿Crees que no estará ya alquilada a otro la quinta de Bucineck?

—Bucineck está vendido ya —contestó Polaniecki.

Y tomando entre sus manos las de su mujer, y fijando en sus ojos una mirada de infinito amor, añadió:

—Tengo que decirte algo, amor mío, que te gastará mucho; pero antes prométeme que no te conmoverás demasiado.

—¡Oh! ¿De qué se trata, Stach?

—Oye, niña mía. Cuando Masko huyó al extranjero porque no podía pagar sus deudas, los acreedores embargaron todos sus bienes y los subastaron. Magierow fue dividido en lotes; pero Kerzemien, Skoki y Suchacin se podían salvar aún, y por eso... no te conmuevas, bien mío... por eso, lo he comprado para ti.

Marina le miró estupefacta durante algunos segundos, como si no diera crédito a sus propios oídos; pero su marido estaba también tan conmovido, que no era posible hubiese hablado en broma. Llenáronsele de lágrimas los ojos, y por último, echándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Stach!

Nada más pudo decir; pero había tanta gratitud, tanto amor y tanta alegría en aquella sola palabra, que Polaniecki se dio por sobradamente recompensado.

—He tratado de reparar una antigua falta mía —repuso—. Dios sabe que no tengo otra alegría que la tuya... Pero si yo te hubiese comprado diez Kerzemien, no te habría recompensado aún por toda la felicidad que me has proporcionado.

Sus palabras tenían la entonación de la sinceridad. Marina apoyó la cabeza en el hombro de su marido, y mirándole con ojos húmedos y brillantes, exclamó:

—¡Oh, Stach mío! ¡Jamás, jamás habría imaginado que debería ser tan dichosa!

Polaniecki, conmovido, pero triunfante, se puso a recorrer a grandes pasos la habitación.

—¿Pero qué estás diciendo, Marina? —continuó—. Tenemos que ponernos aún de acuerdo sobre lo más importante, porque yo no tengo ni la más mínima idea de lo que es la administración de una hacienda, y tú tendrás mucho que hacer. Trabajaremos juntos. Me parece que hay tarea para rato.

—¡Mi adorado Stach! Sé que has hecho esto únicamente para mí; pero confío que no habrás perjudicado tus intereses...

—Absolutamente nada. He obtenido Kerzemien a muy buen precio, según confesión expresa de Bigiel. Además, no dejo de formar parte de nuestra casa comercial. No debes abrigar temor alguno de que en Kerzemien vuelvan a empezar para ti los aburrimientos y los disgustos de otro tiempo. Aun partiendo del supuesto de que allí todas las cosas nos fueran mal dadas, cosa que no creo, puedes tener la seguridad de que tendríamos siempre lo suficiente para vivir.

—¡Oh! —dijo Marina mirándole como si su Stach fuese un Napoleón u otro conquistador cualquiera—, estoy convencida de que tú eres capaz de llevar a término todo lo que emprendas; pero sé que has comprado Kerzemien para mí.

—¡Claro está! —replicó Polaniecki—, pero lo he hecho porque te amo y porque tu corazón está encariñado con Kerzemien. Tú me has dado a comprender lo que significa poseer un pedazo de tierra que sea nuestro.

Restablecida la calma, acordaron ir juntos, con toda la familia, en peregrinación a la casa solariega, a fines de semana, habiéndolo ya prevenido todo Polaniecki para dar hospedaje a la señora de la hacienda. De pronto aquél prorrumpió en una carcajada.

—Me gustaría oír a tu papá —dijo.

La idea del inmenso asombro que experimentaría su padre, fue otro motivo de satisfacción para Marina. Cuando el viejo Plavicki vino a comer, ésta le salió al encuentro y le comunicó inmediatamente la alegre nueva. No fue menos su estupefacción de lo que lo había sido la de Marina.

Fuese que le hubiera conmovido la alegría de su hija, o que sintiera cierto cariño a aquel pedazo de tierra donde había transcurrido casi toda su vida, ello fue que los ojos del viejo se humedecieron, y empezó a hablar de su sudor que había fecundado aquella tierra, del último asilo del pobre viejo, y finalmente, dirigiéndose a Polaniecki terminó diciendo:

—Quiera Dios que tú seas, allí más afortunado que yo, y que sepas componértelas como he sabido componérmelas yo. Puedes contar con que siempre estaré dispuesto a ayudarte con mi cooperación y con mis consejos.

Aquella misma noche, Marina, loca de alegría, le dijo a la señora Bigiel:

—¿No te parece imposible el que una no esté enamorada de un hombre como éste?

LXVI

Toda la familia Polaniecki llegó a Kerzemien después de anocheado; la servidumbre les ofreció pan y cecina. Después, Marina, medio llorando y medio riendo, visitó todos los rincones de la casa, y la emoción no le dejó conciliar el sueño hasta el amanecer del siguiente día. Por este motivo Polaniecki no le permitió levantarse temprano; pero como ella deseaba asistir a la misa mayor, en la iglesia de Vatoré, le prometió que la despertaría con tiempo. Entretanto, Polaniecki, después de haber almorzado, salió al campo libre para visitar su nueva posesión.

Era a principios de mayo. Durante la noche había llovido, pero entonces el sol brillaba con todo su esplendor por entre las nubes, que empezaban a disolverse. Como era domingo, los campos estaban desiertos, y por todas partes reinaba la calma y el silencio. Polaniecki caminó largo rato; cuando más adelantaba, más iba notando lo descuidada que estaba aquella hacienda. Aunque era poco práctico en

los terrenos, y casi nada entendía de agricultura, persuadióse, sin embargo, de que para hacer que Kerzemien diese su producto, y para sacarlo de su actual estado de decadencia, se necesitaba mucho trabajo y mucho capital.

—Por fortuna, tengo dinero suficiente, y no carezco de la inteligencia necesaria para darme cuenta de que no sé nada y que tengo mucho que aprender —se dijo—. Pongamos, pues, manos a la obra.

Involuntariamente se quedó plantado. Habíase alejado demasiado de su casa.

Consultó su reloj y comprendió que tenía que andar muy de prisa si quería llegar a tiempo para que pudieran asistir a la misa mayor de Vatoré. Al fin entró en Kerzemien medio rendido, y llegado a la puerta del cuarto de Marina, dio dos golpes en ella, preguntando:

—¿La señora está dispuesta para ir a misa?

—Sí; estoy dispuesta; pasa adelante.

Marina habíase puesto un traje claro de percal, completamente parecido al que llevaba la primera vez que Polaniecki fue a visitar Kerzemien. Se había vestido expresamente de aquel modo, y con gran satisfacción de ella, su marido lo había notado en seguida, puesto que, tendiéndole los brazos, exclamó:

—¡Señorita Plavkki!

Acercóse ésta, ruborizándose, y apretando la rosada nariz contra las mejillas de su esposo, señaló con la mano donde dormitaba su hijito. Pocos minutos después hallábanse con el papá Plavicki, camino de Vatoré, a donde llegaron cuando ya habían acabado de tocar a misa.

La nave de la iglesia estaba atestada de campesinos y llena de nubes de incienso. El celebrante era el mismo que Polaniecki había visto ya, y las mismas ramas de encina azotaban, movidas por el viento, los vidrios de la ventana.

—Todo pasa —pensó Polaniecki—; dolor y alegría, temor y esperanza, cambiábanse las ideas y los sistemas filosóficos: únicamente la misa sigue celebrándose como antiguamente, como si ésta debiese durar por toda una eternidad.

Terminado el incruento sacrificio, al salir de la iglesia, se acercaron a saludarles todos los habitantes de los alrededores amigos de Marina y de Plavicki. Este último miraba a todos lados buscando a la señora Jamiz; pero en vano, porque a la sazón la señora Jamiz se hallaba en Varsovia.

En cambio, el consejero se acercó muy gozoso a Marina, y le dijo:

—¡Mi querida discípula! Los pajarillos vuelven al nido. Tiene, realmente, el aspecto de una niña, a pesar de ser ya madre de un jovencito.

Marina se puso encendida de gozo; pero en aquel momento se aproximó Gatoski, con sus maneras apocadas y rústicas... Parecía extasiado ante la belleza de la señora Polaniecki, y afligido por la felicidad que le había sido negada. Marina le saludó también con cierto embarazo, mientras Plavicki le estrechaba la mano, diciéndole:

—¡Otro viejo conocido! ¿Qué tal vamos?

—Como siempre —contestó Gatoski.

Marina y Plavicki les invitaron a comer en Kerzemien, y allá se encaminaron todos juntos, yendo delante Marina y Polaniecki, después Plavicki y Jamiz, y detrás de todos Gatoski, en su coche tirado por dos jamelgos.

Por el camino, el viejo Plavicki le decía al consejero:

—No puedo decir que mi hija no sea feliz. Polaniecki es un buen hombre y hasta tiene mucha energía; pero...

—¿Pero qué? —preguntó Jamiz.

—Pero tiene algo de loco. ¿Recuerda usted cómo me persiguió por aquellos veinte mil miserables rublos, hasta el extremo de que tuve que vender mi casa solariega?... Si él no me hubiese perseguido, ahora habría sido innecesaria esta compra, porque la hacienda la habría tenido del mismo modo después de mi muerte...

Y tocándose la frente con la mano, añadió:

—Un buen hombre, pero aquí le falta algo.

Entretanto habían llegado frente a la escalinata. Marina les salió al encuentro llevando en brazos al niño.

—Antes de sentarnos a la mesa, he querido presentaros mi hijo —dijo—. ¿No es verdad que está muy crecido?

Esto diciendo, tendía el niño al señor Jamiz, pero apenas éste trató de tomarlo en brazos, el chiquitín hizo una mueca y lanzó un grito tan agudo, que el consejero ni se atrevió a tocarlo.

Mientras tanto había llegado también Gatoski.

Durante la comida, la conversación versó especialmente sobre Kerzemien.

—¿Se acuerda usted —dijo el señor Jamiz, dirigiéndose a Polaniecki—, que le dije que la tierra nos atrae de una manera irresistible, y que únicamente este es el origen de la riqueza? Entonces usted no era de mi opinión, y, sin embargo, ya ve usted, se ha convertido en propietario de Kerzemien.

—Únicamente por ella lo he hecho —contestó Estanislao, señalando a su mujer.

El señor Jamiz, que tenía la debilidad de escuchar con gusto sus propias palabras, entornó los ojos y continuó:

—Sí, ha vuelto usted por su esposa; el mérito es todo suyo y a una señora semejante se le debería engarzar en oro como una piedra preciosa. Usted ha reconquistado el suelo que pertenecía a sus padres. Bien mirado, todos nosotros deberíamos tener esculpido en nuestros blasones un azadón y un arado. Y hoy tenemos que celebrar, no sólo la vuelta del señor Estanislao Polaniecki y de la señora Marina Polaniecki, sino también el regreso de la familia, porque en ésta se ha despertado el espíritu de nuestros antepasados, que nacieron y vivieron en este suelo y lo fecundaron con su sudor.

Pronunciadas estas palabras, levantóse el consejero y, alzando su vaso, brindó:

—¡A la salud de la familia Polaniecki!

Pusiéronse todos en pie para hacer chocar sus vasos con el de Marina, que les daba las gracias hondamente conmovida. Volviéndose luego ésta a su marido murmuró:

—¡Stach, qué dichosa soy!

Al atardecer, Marina y Polaniecki dieron una vuelta por el jardín, agarrados del brazo. El sol, próximo a su ocaso, parecía una inmensa bola de fuego. Ni el menor soplo de viento agitaba las hojas de los árboles, cuyas cimas estaban ligeramente doradas. En el corral, situado en la parte posterior de la casita, oíanse graznar las cigüeñas; por todas partes, reinaba la misma calma suave y solemne de otro tiempo.

Los dos esposos hablaban en voz baja. Aquel pedazo pequeño de tierra compendiaba entonces todo su mundo. Allí debía empezar para ellos una nueva vida de trabajo y de fecunda actividad.

Cuando el sol se puso, regresaron a la galería y Marina abrazó a su esposo diciéndole:

—Aquí seremos completamente felices; ¿no es verdad, Stach?

Estrechóla éste todavía más contra su pecho, y le contestó susurrando:

—¡Amor mío! ¡mi dulce y única compañera!

Y para aquellos dos seres empezó una vida que, si bien no estuvo completamente desprovista de cuidados, les ofreció más miel que ajeno.

El autor de este libro ha saboreado esta miel, que ha sido la fuerza de su inspiración.

Contraportada.

LA CASA SOLARIEGA hunde sus raíces profundamente en un corazón femenino, trastornado porque la ha de abandonar.

Vida y costumbres de la sociedad polaca a fines del siglo XIX, con su tipismo, sus defectos y sus virtudes, que personifican Marina y Polaniecki.